San Juan de Ávila

AUDI, FILIA



San Juan de Ávila

Libro Espiritual

SOBRE EL VERSO

Audi, Filia, et Vide, ETC.

Ps., 44, 11 *y* 12.

Que trata de los malos lenguajes del mundo, carne y demonio, y de los remedios contra ellos; de la fe y del propio conocimiento; de la penitencia, de la oración, meditación y pasión de nuestro Señor Jesucristo, y del amor de los prójimos. Compuesto por el Reverendo Padre Maestro San Juan de Ávila, predicador en el Andalucía.

ÍNDICE

APROBACIÓN

del Padre Bartolomé de Isla

Aunque en todo tiempo se ha de desear con mucha razón la buena doctrina de los libros, mucho más en éste, en que vemos cuánto el demonio se esfuerza o sembrar por sus ministros, por las vías posibles, la suya endemoniada hasta en los libros de romance, con que el pueblo cristiano se ayuda para aprovecharse en la virtud. Y por esta causa me parece se debe estimar en mucho esta obra, del Padre Maestro Juan de Ávila, que se intitula: *De los malos lenguajes del mundo, carne y demonio, etc*. Que aunque antes de ahora se imprimió debajo de otro título y con el nombre deste mismo autor, en hecho de verdad, ni él lo supo, ni para la tal impresión, si lo supiera, diera su consentimiento, por no haberla entonces acabado de reveer. Ahora se ha presentado ante los Señores del Consejo Real de su Majestad, por cuyo mandado yo la he visto, y me parece muy digna de que se mande imprimir, por ser la materia muy útil, y la doctrina muy católica y segura, y que procede con grande propiedad y espíritu en lo que conviene para instruir a una alma en todo género de virtud y santidad.

En este Colegio de la Compañía de Jesús, de Madrid, hoy jueves 26 de Noviembre 1573 años.

Bartolomé de Isla.

PRÓLOGO DEL AUTOR

AL CRISTIANO LECTOR

Veintisiete años ha, cristiano lector, que escribí a una religiosa doncella, que muchos años ha que es difunta[1], un TRATADO sobre el verso del Salmo, que comienza: *Oye, hija, y ve;* y aunque muchos de mis amigos me habían afirmado muchas veces que, corregido el TRATADO y poniéndolo en orden para imprimirse, recibirían provecho los ánimos de los que lo leyesen, no había salido a ello, por parecerme que para quien se quiere aprovechar de leer en romance hay tantos libros buenos, que éste no les era necesario; y para quien no, también sería éste superfluo, como los otros. Y ayudábame a esto mi enfermedad continua de casi ocho años, que basta por ejercicio; y así se había quedado el TRATADO sin imprimirlo, y aun sin acordarme de él, hasta que el año pasado, vencido ya de ruegos de amigos, comenzaba poco a poco a corregirlo y añadir para que se imprimiese, aunque sabía lo mucho que me había de costar de mi salud.

Al cabo de pocos días supe que se había impreso un Tratado sobre este mismo verso, y con título de mi nombre, en Alcalá de Henares, en casa de Juan Brocar, año de 1556. Maravílleme de que hubiese quien se atreva a imprimir libro la primera vez sin la corrección del autor, y mucho más de que alguno diese por autor de un libro a quien primero no preguntase si lo es; y procuré con más cuidado entender en lo comenzado para que, impreso este TRATADO, el otro se desacreditase. Mas las enfermedades que después acá aún han crecido, y haber añadido algunas cosas, han sido causa para que más presto no se acabase. Ahora que va, recíbelo con caridad, y no tengas el otro por mío ni le des crédito. Y no te digo esto solamente por aquel Tratado, mas también por si otros vieres impresos en mi nombre hasta el día de hoy, porque yo no he puesto en orden cosa alguna para imprimir, sino una declaración de los diez Mandamientos que cantan los niños de la doctrina y este TRATADO de ahora.

[1] Esta religiosa doncella fue doña Sancha Carrillo, que murió a los veinticinco años de edad, en Guadalcázar, a 13 de agosto de 1537. Yace en la capilla mayor del convento de San Francisco, de Córdoba.

Y también te aviso que, a las escrituras de mano que con título de mi nombre vinieren a ti, no las tengas por mías si no conocieres mi letra o firma, aunque también en esto hay que mirar, porque algunos han procurado de contrahacerlo.

También me parece avisarte de que, como este libro fue escrito a aquella religiosa doncella que dije, la cual, y las de su calidad, han menester más esforzarlas el corazón con confianza que atemorizarlas con rigor, así va enderezado más a lo primero que a lo segundo. Mas si la disposición de tu ánima pide más rigor de justicia que blandura de misericordia, toma de aquí lo que hallares que te conviene, y deja lo otro para otros que lo habrán menester.

Y todo el libro, con el autor, va sujeto a la corrección de nuestra Madre la Santa Iglesia Romana.

BREVE SUMA

DE TODO LO QUE SE TRATA EN ESTE LIBRO

Para que tengas una breve suma de lo que en este libro se trata has de saber que desde el

Cap. 2-4, se trata del mal lenguaje del mundo.

Cap. 5-16, del mal lenguaje de la carne.

Cap. 17-30, de los engaños del demonio.

Y en cada parte de éstas se ponen algunos remedios contra estos malos lenguajes.

Cap. 30-42, de algunos motivos para probar que la fe católica es verdadera.

Cap. 43-49, de la misma fe católica, infundida por la misericordia de Dios, y de cómo algunas veces la quita Dios en castigo de los pecados.

Cap. 50-55, de algunos engaños acerca de sentimientos espirituales y sus remedios.

Cap. 56-67, del propio conocimiento.

Cap. 68-84, de la oración y meditación, y de la penitencia, y de la pasión de nuestro Señor Jesucristo.

Cap. 85-93, de cómo Dios nos oye, y nos mira con misericordia y amor por merecimientos de nuestro Señor Jesucristo.

Cap. 94-96, del amor de los prójimos.

Cap. 97-102, de cómo hemos de salir de nuestro pueblo y de nuestra voluntad y despreciar el linaje do la carne.

Cap. 103-113, de cómo la hermosura del ánima, que se pierde por el pecado, se recobra por los merecimientos de Jesucristo nuestro Señor y por la penitencia. A cuya misericordia plega de dar gracia para que lo leas para tu provecho y para su gloria.

CAPÍTULO PRIMERO

En que se trata cuánto nos conviene oír a Dios; y del admirable lenguaje que nuestros Padres primeros tenían en el estado de la inocencia, a el cual perdido por el pecado, sucedieron muchos muy malos.

> «Oye, Hija, y ve, e inclina tu oreja, y olvida tu pueblo, y la casa de tu padre, y codiciará el Rey tu hermosura.» (*Ps.,* 44, 11)

Estas palabras, devota Esposa de Jesucristo, dice el Santo David —o por mejor decir, Dios en él— a la Iglesia cristiana, amonestándole lo que debe hacer para que el gran Rey Jesucristo la ame, de lo cual a ella se le siguen todos los bienes. Y porque vuestra ánima es una de las de esta Iglesia —por la gran misericordia de Dios —parecióme declarároslas, invocando primero el favor del Espíritu Santo, para que rija mi pluma y apareje vuestro corazón, para que ni yo hable mal, ni vos oigáis sin fruto; mas lo uno y lo otro sea a perpetua honra de Dios y a aplacimiento[2] [complacimiento, agrado] de su santa voluntad.

Lo primero que nos es amonestado en estas palabras es que *oigamos;* y no sin causa, porque como el principio de la vida espiritual sea *la fe,* y ésta entre en el ánima, como dice San Pablo (*Rom.,* 10. 17), mediante el oír, razón es que seamos amonestados primero de lo que primero nos conviene hacer. Porque muy poco aprovecha que suene la voz de la verdad divina en lo de fuera, si no hay orejas que la quieran oír en lo de dentro. Ni nos basta que cuando fuimos bautizados nos metiese el sacerdote el dedo en los oídos, diciendo que *fuesen abiertos* [*Ephpheta*, que significa *Ábrete* (Ceremonial del Bautismo)], si los tenemos cerrados a la palabra de Dios, cumpliéndose en nosotros lo que de los ídolos dice David (*Ps.,* 113, 4): *Ojos tienen y no ven; orejas tienen y no oyen*.

Mas porque algunos hablan tan mal, que oírlos es oír sirenas, que matan a sus oyentes, es bien que veamos a quién tenemos de oír y a quién no. Para lo cual es de notar, que Adán y Eva, cuando fueron criados, un

---

[2] Se subrayan las palabras arcaicas de difícil comprensión, cuyo significado se ha pone a continuación entre paréntesis cuadrangulares […]. Así facilitamos la lectura y evitamos la abundancia de notas a pie de página. (NOTA DEL EDITOR)

solo lenguaje hablaban, y aquél duró en el mundo hasta que la soberbia de los hombres, que quisieron edificar la torre de la *confusión* [Babel significa confusión], fue castigada con que, en lugar de un lenguaje con que todos se entendían, sucediese muchedumbre de lenguajes, con los cuales unos a otros no se entendiesen. En lo cual se nos da a entender que nuestros primeros padres, antes que se levantasen contra Él que los crió, quebrantando con atrevida soberbia su mandamiento, un solo lenguaje espiritual hablaban en su ánima, el cual era una perfecta concordia que tenía uno con otro, y cada uno consigo mismo y con Dios; viviendo en el quieto estado de la inocencia, obedeciendo la parte sensitiva a la racional, y la racional a Dios; y así estaban en paz con Él, y se entendían muy bien a sí mismos, y tenían paz uno con otro. Mas como se levantaron con desobediencia atrevida contra el Señor de los cielos, fueron castigados —y nosotros con ellos— en que en lugar de un lenguaje, y bueno, y con que bien se entendían, sucedan otros muy malos e innumerables, llenos de tal confusión y tinieblas que ni convengan unos hombres con otros, ni uno consigo mismo, y menos con Dios.

Y aunque estos lenguajes no tengan orden en sí, pues son el mismo desorden, mas; para hablar de ellos, reduzcámoslos, al orden y número de *tres,* que son: lenguaje de *mundo, carne y diablo*; cuyos oficios, como San Bernardo dice, son: del primero, hablar cosas vanas; del segundo, cosas regaladas; del tercero, cosas malas y amargas.

CAPÍTULO 2

Que no debemos oír el lenguaje del mundo y honra vana; y cuán grande señorío tiene sobre los corazones de los que la siguen; y cuál será el castigo de los tales.

El lenguaje del mundo no le hemos de oír, porque es todo mentiras, y muy perjudiciales para quien las creyere, haciéndole que no siga la verdad que es, sino la mentira que tiene apariencia y se usa. Y con esto engañado el hombre, echa tras sus espaldas a Dios y a su santo agradamiento, y ordena su vida por el ciego norte del aplacimiento [agrado] del mundo, y engéndrasele un corazón deseoso de honra y de ser estimado de hombres; semejante al de los antiguos soberbios romanos, de los cuales dice San Agustín que por amor de la honra mundana deseaban vivir, y por ella no

temieron morir. Précianla tanto, que en ninguna manera pueden sufrir ni una liviana palabra que contra ella se diga, ni cosa que sepa ni huela a desprecio ni de muy lejos. Antes hay en esto tantas sutilezas y puntos, que por maravilla hay quien se escape de no tropezar en alguno de ellos, y ofender al sensible mundano, y aun muchas veces sin pensar que le ofende. Mas éstos tan fáciles en el sentir el desprecio, ¡cuán difíciles y pesados son en lo despreciar y en lo perdonar! Y si alguno lo quisiere hacer, qué tropel de falsos amigos y de parientes se levantarán contra él, y alegarán tales leyes y fueros del mundo, que de ellos se concluya que es mejor perder la hacienda y salud, casa y mujer e hijos; y aun esto les parece poco; pues dicen que se pierda la vida del cuerpo y del ánima; y todo lo de la tierra y del Cielo; y que el mismo Dios y su Ley sean tenidos en poco y puestos debajo de los pies, porque la vanísima honra no se pierda, y sea estimada sobre todas las cosas y sobre el mismo Dios.

¡Oh honra vana, condenada por Cristo en la cruz a costa de sus grandes deshonras! ¿Y quién te dio *asiento en el templo de Dios,* que es el corazón cristiano, con tan grande estima, que a semejanza del Anticristo, quieras tú ser más preciada que el Altísimo Dios? ¿Quién te hizo competidora con Dios, y que le lleves ventaja en algunos corazones, en ser preciada más que Él, renovándole aquella grave injuria que le fue hecha cuando quisieron a Barrabás más que a Él? (*Jn.,* 18, 40). Grande por cierto es tu tiranía en los corazones de los sujetos a ti, y con gran presteza y facilidad te hacen servicio, por costoso que sea. Pensaba Aarón (*Ex.,* 32, 24) que por pedir él los zarcillos de oro, que traían en las orejas las mujeres e hijos e hijas de aquéllos que le pedían ídolo a él, que, por no ver despojados a los que amaban, se apartarían de la mala demanda del falso dios; y no fue así, porque no [bien] fueron pedidos cuando fueron dados. Ni se tuvo cuenta, ni se tiene, con lo que han menester casa ni hijos, con [tal] que haya ídolo de honra, al cual sacrifiquen. Y acaece muchas veces, que algunos de los que te sirven entienden cuan vana cosa y sin tomo [importancia, valor] eres, y cuan perdida cosa es seguirte; y pudiendo librarse de tu grave yugo con sólo romper contigo, es tanta su flaqueza y miseria, que eligen más reventar, y hacer contra la honra de Dios, que descansar y honrar a Dios huyendo de ti.

Serviréis a dioses ajenos de día y de noche (*Jerem.,* 16, 13), echa Dios por maldición a los que sirven a los falsos dioses; y cúmplese muy bien en los que adoran la honra. Hablando San Juan (12, 43) de una gente principal de Jerusalén, que creyeron en Cristo, mas no osaron publicarse por suyos por respeto de los hombres, dice de ellos con gran vituperio que

amaron más la honra de los hombres que la honra de Dios. Lo cual con mucha razón se puede decir de estos amadores de la honra, pues vemos que por no ser despreciados de los hombres desprecian a Dios, cuya Ley se avergüenzan de seguir, por no ser avergonzados de los hombres.

Mas hagan lo que quisieren; honren su honra hasta que no puedan más; que fija y firme está la sentencia pronunciada contra ellos por Jesucristo, soberano Juez, que dice (*Lc.,* 9, 26): *Quien se avergonzare de Mí y de mis palabras, avergonzarse ha de él el Hijo de la Virgen; cuando viniere en su Majestad, y de su Padre y de sus ángeles. Y entonces cantarán todos los ángeles y todos los Santos* (*Ps.,* 118, 137): *Justo eres, Señor, y justos tus juicios*; que si el vil gusano se avergonzó de seguir al Rey de la Majestad, que Tú, Señor, te avergüences, siendo la misma honra y alteza, de que una cosa tan baja y tan mala esté en compañía de los tuyos y tuya. ¡Oh, con qué *ímpetu* (*Apoc.,* 18, 21) *será* entonces *echada* la honra de *Babilonia* en los profundos infiernos, en compañía de tormentos del soberbio Lucifer, pues quisieron ser compañeros de él en la culpa de la soberbia! No se burle nadie, ni tenga por pequeño mal el amor de la honra del mundo, pues el Señor, que escudriña los corazones, dijo a los fariseos (*Jn.,* 5, 44): *¿Cómo podéis creer en Mí, pues que buscáis ser honrados unos de otros, y no buscáis la honra que de sólo Dios viene?* Y pues este mal afecto es tan poderoso, que bastó a hacer que no creyesen en Jesucristo, ¿qué mal no podrá?, ¿y quién de él no se santiguará? Por lo cual dijo San Agustín que ninguno sabe qué fuerzas tiene para dañar el amor de la honra vana, sino aquel a quien ella hubiere movido guerra.

CAPÍTULO 3

De qué remedios nos habemos de aprovechar para desapreciar la honra vana del mundo, y de la grande fuerza que Cristo da para la poder vencer.

Mucha ayuda contra este mal nos debía ser, que la misma lumbre natural lo condene; pues nos enseña que el hombre ha de hacer obras dignas de honra, mas no por la honrar merecerla y no preciarla; y que el corazón grande debe despreciar el ser preciado y el ser despreciado; y que ninguna cosa debe tener por grande, sino la virtud. ´

Mas si con todo esto no tuviere el cristiano corazón para despreciar esta vanidad, alce los ojos a su Señor puesto en cruz, y verle ha tan lleno de deshonras, que si bien se pesaren, pueden competir con la grandeza de los tormentos que recibía. Y no sin causa eligió el Señor muerte con extrema deshonra, sino porque conoció cuan poderoso tirano es el amor de la honra en el corazón de muchos; que no dudan de ponerse a la muerte, y huyen del género de la muerte, si es con deshonra. Y para darnos a entender que no nos ha de espantar lo uno ni lo otro, eligió muerte de cruz, en la cual se juntan graves dolores con excesiva deshonra.

Mirad, pues, si ojos tenéis, a Cristo estimado por el más bajo de los hombres, y aviltado [(de vil), menospreciado, afrentado] con graves deshonras; unas, que la misma muerte de cruz trae consigo, pues era la más infame de todas; y otras con que particularmente ofendieron a nuestro Señor, pues ningún género de gente quedó que no se emplease en le blasfemar, despreciar e injuriar con géneros de deshonras no vistos; y veréis cuan bien cumple lo que predicando había dicho (*Jn.,* 8): *Yo no busco mi honra*. Haced vos así. Y si paráredes las orejas de vuestra ánima a oír con atención aquel lastimero pregón que contra la misma inocencia se dio, pregonando a Jesucristo nuestro Señor por malhechor por las calles de Jerusalén, os confundiréis vos cuando viéredes que os honran, o cuando deseéis ser honrada; y diréis con gemido entrañable: ¡Oh Señor! ¿Vos pregonado por malo, y yo alabada por buena? ¿Qué cosa de mayor dolor? Y no sólo se os quitará la gana de la honra del mundo, mas tendréis gana de ser despreciada, por ser conforme al Señor, seguir al cual, como dice la Escritura (*Ecli.,* 23, 38), *es grande honra*. Y entonces diréis con San Pablo (*Gal.,* 6, 14): *No plega* [agrada] *a Dios que yo me honre, sino en la cruz de Jesucristo nuestro Señor*; y desearéis cumplir lo que el mismo Apóstol dice (*Hebr.,* 13, 13): *Salgamos, a Cristo fuera de los reales, imitándole en su deshonra*.

Y si es poderosa cosa el afecto de la honra vana, muy más poderosa es la medicina del ejemplo y gracia de Cristo, que de tal manera la vencen y desarraigan del corazón, que le hacen sentir que es cosa muy abominable, que viendo un cristiano al Señor de la Majestad bajarse a tales desprecios, se quede el gusano vil hinchado con amor de la honra. Por lo cual el Señor nos convida y esfuerza con su ejemplo, diciendo (*Jn.,* 16, 33): *Confiad, que yo vencí el mundo*. Como si dijese: Antes que yo acá viniese, cosa recia era tomarse con el mundo engañoso, desechando lo que en él florece, y abrazando lo que él desecha; mas después que contra mí puso todas sus fuerzas, inventando nuevo género de tormentos y

deshonras, todo lo cual yo sufrí sin volverles el rostro, ya no solamente pareció flaco, pues encontró con quien pudo más sufrir; mas aún queda vencido para vuestro provecho, pues con mi ejemplo que yo os di, y fortaleza que os gané, lo podréis ligeramente vencer, sobrepujar y hollar.

Mire el cristiano, que pues el mundo despreció al bendito Hijo de Dios, que es eterna Verdad y Bien sumo, no hay por qué nadie en nada le tenga, ni en nada le crea. Antes mirando que fue engañado en no conocer una tan clarísima luz, y en no honrar al que es verdaderísima honra; aquello repruebe el cristiano, que el mundo aprueba; y aquello precie y ame, que el mundo aborrece y desprecia; huyendo con mucho cuidado de ser preciado de aquel que a su Señor despreció; y teniendo por grande señal de ser amado de Cristo, el ser despreciado del mundo, con Él y por Él.

De lo cual resulta, que así como los que son de este mundo no tienen orejas para escuchar la verdad y doctrina de Dios, antes la desprecian, así el que es del bando de Cristo no las ha de tener para escuchar ni creer las mentiras del mundo. Porque ahora halagué, ahora persiga, ahora prometa, ahora amenace, ahora espante, o parezca blando, en todo se engaña y quiere engañar, y con tales ojos lo debemos mirar; pues es cierto que en tantas mentiras y falsas promesas le hemos tomado, que las medias [la mitad] que un hombre dijese, en ninguna cosa nos fiaríamos de él, y a duras penas, aunque dijese verdad, le daríamos crédito. No es bien ni mal verdadero lo que el mundo puede hacer, pues no puede dar ni quitar la gracia de Dios. Ni aun en lo que parece que puede, no puede nada, pues que no puede llegar al *cabello de nuestra cabeza* sin la voluntad del Señor (*Lc.,* 21, 18): y si otra cosa nos quisiere hacer entender, no le creamos. ¿Quién habrá ya que no ose pelear contra un enemigo qué no puede nada?

CAPÍTULO 4

En qué grado y por qué fin es lícito desear la humana honra; y del grandísimo peligro que hay en los oficios honrosos y de mando.

Para que mejor entendáis lo que se os ha dicho, habéis de saber que una cosa es amar la honra o estimación humana por sí misma y parando en ella, y esto es malo según se ha dicho, y otra cosa es cuando estas cosas se aman por algún buen fin, y esto no es malo.

Claro es que una persona que tiene mando o estado de aprovechar a otros, puede querer aquella honra y estima para tratar su oficio con mayor provecho de los otros; pues que si tienen en poco al que manda, tendrán en poco su mandamiento, aunque sea bueno.

Y no solamente estas personas, mas generalmente todo cristiano debe cumplir lo que está escrito (*Eccli.,* 41, 15): *Ten cuidado de la buena fama*. No porque ha de parar en ella, mas porque ha de ser tal un cristiano, que quienquiera que oyere o viere su vida, dé a Dios gloria; como la solemos dar viendo una rosa, o un árbol con fruto y frescura. Esto es lo que manda el santo Evangelio (*Mt.,* 5, 13), que *luzca nuestra luz delante de los hombres, de manera que, viendo nuestras buenas obras, den gloria al celestial Padre*, del cual procede todo lo bueno.

Y este intento de la honra de Dios y de aprovechar a los prójimos movió a San Pablo (2 *Cor.,* 4) a contar de sí mismo grandes y secretas mercedes que nuestro Señor le había hecho, sin tenerse por quebrantador de la Escritura, que dice (*Prov.,* 27): *Alábete la boca ajena, y no la tuya*. Porque contaba él estas sus alabanzas tan sin pegársele nada de ellas, como si no las hablara; cumpliendo él mismo lo que había dicho a los de Corinto (1 *Cor.,* 7), *que los que tienen mujeres sean como si no las tuviesen, y los que lloran como si no llorasen,* con otras cosas semejantes a éstas. En lo cual quiere decir, que aquél provechosamente usa de lo temporal, próspero o adverso, gozoso o triste, que no se le pega el corazón a ello; mas pasa por ello como por cosa vana y que presto se pasa. Y cierto, cuando San Pablo contaba estas cosas de sí, con un corazón las decía, no sólo despreciador de la honra, mas amador del desprecio y deshonra por Jesucristo, *cuya cruz él tenía por honra suprema* (*Gal.,* 6, 14) Y de estos tales corazones bien se puede fiar que reciban honra, o digan ellos cosas que aprovechen para tenerla; porque nunca harán estas cosas sino cuando fuere muy menester; para algún buen fin.

Más así como es cosa de mucha virtud tener la cosa cómo si no la tuviesen, y no pegarse al corazón la honra que de fuera nos dan, así es cosa dificultosa y que muy pocos la alcanzan. Porque, como San Crisóstomo dice: «Andar entre honras y no pegarse al corazón del honrado, es como andar entre hermosas mujeres sin alguna vez mirarlas con ojos no castos.» Y la experiencia nos ha mostrado que las dignidades y lugares de honra muy pocas veces han hecho de malos buenos, y muy muchas de los buenos malos; Porque para sufrir el peso de la honra y ocasiones que vienen con ella, es menester gran fuerza y virtud. Porque, según San Jerónimo dice:

«Los montes más altos con mayores vientos son combatidos.» Y cierto es que se requiere mayor virtud para tener mando que para obedecer. Y no sin causa, y gran causa, nuestro soberano Maestro y Señor, que todo lo sabe, huyó de ser elegido por Rey (*Jn.,* 6). Y pues Él no podía peligrar en estado por alto que fuese, claro está que es doctrina para nuestra flaqueza, que debe ella huir de lo peligroso, pues huyó Él, que estaba seguro.

Y si es atrevimiento muy grande, y contra el ejemplo de Cristo, recibir el estado de honra cuando lo ofrecen, ¿qué será desearlo y qué será procurarlo? Porque para decir cuánto mal es dar dineros por ello, no hay hombre que baste. Cosa es de grandísimo espanto, que pudiendo un hombre andar seguramente por tierra llana, escoja los peligros de andar por la mar; y no con bonanza, sino con tempestades continuas. Porque, según San Gregorio dice: «¿Qué otra cosa es el poderío de la alteza sino tempestad del ánima?» Y tras estos trabajos y peligros que en lugar alto hay, sucede aquélla terrible amenaza dicha por Dios, aunque de pocos oída y sentida, (*Sab.,* 6): *Juicio durísimo será hecho en los que tienen mando*. ¿Qué será esto, que siendo el juicio ordinario de Dios tal, que los más estirados en la virtud tiemblan y dicen (*Sal.,* 142, 2): *No entres en juicio con tu siervo. Señor,* hay gente tan atrevida que elija entrar en juicio, no cualquiera, mas estrechísimo y *durísimo?* Y viendo que un Rey Saúl, a quien fue el reinó ofrecido de parte de Dios, sin que por ello él se ensalzase ni hiciese caso de él, y aun se escondió por no recibirlo, y fue hallado porque Dios lo manifestó (1 *Reg.,* 10), con todo esto maltratóle tan mal la alteza de la dignidad con sus ocasiones, que habiendo precedido elegirlo Dios, y huirlo él, sucedió tan mala vida y mal fin, que debe poner temor y escarmiento a los que entran en estados de honra, aun llamados y por buena puerta, y muy mayor a los que no entran por tal.

Y cierto, es cosa de maravillar que haya gente tan *tasada* [escasa] en el servicio de nuestro Señor, que si les dicen que hagan algo, aunque muy bueno, andan mirando y remirando si es cosa que no les obliga a pecado mortal para no la hacer; porque dicen que son flacos, y no quieren meterse en cosas altas y de perfección, sino andar camino llano, como ellos dicen. Y éstos por una parte tan cobardes en buscar la perfecta virtud para sí mismos, que con la gracia del Señor les fuera fácil de alcanzar, por otra parte son tan atrevidos en meterse en señoríos y mandos y honras, que para usar bien de ellos y sin daño propio, es menester perfecta o aprovechada virtud, que se hacen entender que la tienen, y que darán buena cuenta del lugar alto, sin que peligren sus conciencias en lo que muchos han peligrado. Tanto ciega el deseo de la honra y mandos y de intereses

humanos, que a los que no osan acometer lo fácil y seguro, hace acometer lo que está lleno de peligros y dificultad. Y los que no fían de Dios que les ayudará en las buenas obras que tocan a sí mismos, se prometen con grande osadía que los traerá Dios de la mano en lo que toca a regir a los otros, pudiendo Dios responder con mucha justicia, que pues ellos se metieron en aquel peligro, ellos se ayuden a valerse en él. Porque de estos tales dice Dios (*Oseas,* 8, 4): *Ellos reinaron, y no por mi parecer: fueron príncipes, y yo no lo supe*. Quiere decir: No lo aprobé, ni me pareció bien. Y quien mirare que desechó Dios de su mano al Rey Saúl, habiéndole el mismo Dios metido en el reino, tendrá mucha razón para desengañarse, pues que no hay quien le asegure de que no sea tan flaco como Saúl, sino la soberbia y gana del mando. Y por muy buena entrada que tenga en él, no será mejor que la de Saúl.

Razón tuvo San Agustín en decir que el lugar alto es necesario para regimiento [gobierno, régimen] del pueblo. Aunque cuando se tiene se administre como conviene, mas cuando no se tiene, no es lícito desearlo. Y él decía de sí mismo, que deseaba y procuraba salvarse en el lugar bajo, por no peligrar en el alto. Especialmente se debe esto hacer cuando el tal lugar tiene regimiento de ánimas; lo cual tiene tanta dificultad para hacerse bien, que se llama «arte de artes». Huir se deben estos peligros en cuánto buenamente fuere posible, imitando el ejemplo ya dicho, que el Señor nos dio, en huir de aceptar el reino, y el que nos han dado muchas personas santas y sabias que los han huido con todo su corazón [San Juan de Ávila rehuyó las mitras de Segovia y Granada]. Y para entrar bien en ellos ha de ser o por revelación del Señor, o por obediencia de quien lo puede mandar, o por consejo de persona que entienda, muy bien la obligación del oficio y los peligros de él, y tenga el juicio de Dios delante sus ojos, y muy atrás de ellos todo respeto temporal. Y si estas condiciones no se hallaren, será menester que haya tales conjeturas de que Dios es de ello servido, que sean de tanto peso, que pueda el tal hombre fiarse, de ellas para entrar en tan grave peligro. Y con todo esto aún hay que temer; y conviene velar y suplicar al Señor, que pues guardó la entrada de mal, guarde también la salida, porque no pare en eterna condenación. Porque a muchos de los que han vivido contentos en estos estados, hemos visto morir con deseo de no los haber tenido, y con grandes temores de lo que primero, a su parecer, estaban seguros. Débese mejor parecer la verdad de las cosas temporales, cuanto el hombre más se aleja de ellas, y más se acerca al juicio de Dios, en el cual hay toda verdad.

CAPÍTULO 5

De cuánto debemos huir los regalos de la carne; y cómo es peligrosísimo enemigo; y de qué medios nos habemos de aprovechar para vencerlo.

La carne habla regalos y deleites; unas veces claramente, y otras debajo de título de necesidad. Y la guerra de esta enemiga, allende [además] de ser muy enojosa, es más peligrosa, porque combate con deleites, que son armas más fuertes que otras. Lo cual parece en que muchos han sido de los deleites vencidos, que no lo fueron por dineros, ni honras, ni recios tormentos. Y no es maravilla, pues es su guerra tan escondida y tan a traición, que es menester mucho aviso para se guardar de ella. ¿Quién creerá que debajo de blandos deleites viene escondida la muerte, y muerte eterna, siendo la muerte lo más amargo que hay, y los deleites el mismo sabor? Copa de oro y ponzoña de dentro, es el falso deleite, con el cual son embriagados los hombres que no miran sino a la apariencia de fuera. Traición es de Joab que abrazando a Amasás lo mató (2 *Reg.,* 20, 9); y de *Judas, que con falsa paz entregó* a la muerte a su bendito Maestro (*Lc.,* 22, 47). Y así es, que en bebiendo del deleite del pecado mortal, muere Cristo en el alma; y Él muerto, el ánima muere; porque la vida de ella viene de Él. Y así dice San Pablo (*Rom.,* 8, 13): *Si según la carne viviéredes, moriréis*. Y en otra parte (1 *Tim.,* 6, 6): *La viuda que en deleites está, viviendo está muerta;* viva en la vida del cuerpo, y muerta en la del ánima. Y cuanto la carne es a nos más conjunta, tanto más nos conviene temerla; pues el Señor dice (*Mt.,* 10, 36) que los *enemigos del hombre son los de su casa*; y ésta no sólo es de casa, mas de dos paredes que tiene nuestra casa, ella es la una.

Y por esta y otras causas que hay, dijo San Agustín que «la pelea de la carne era continua, y la victoria dificultosa»; y quien quisiere salir vencedor, de muchas y muy fuertes armas le conviene ir armado. Porque la preciosa joya de la castidad no se da a todos, mas a los que con muchos sudores de importunas oraciones y de santos trabajos la alcanzan de nuestro Señor. El cual quiso ser envuelto en sábana limpia de lienzo, que pasa por muchas asperezas para venir a ser blanco; para dar a entender que el varón que desea alcanzar o conservar el bien da la castidad, y aposentar a Cristo en sí como en otro sepulcro, conviene le con mucha costa y trabajos ganar esta limpieza: la cual es tan rica que, por mucho que cueste, siempre se compra barato.

Y así como se piden otros trabajos más ásperos de penitencia y satisfacción al que mucho ha ofendido a nuestro Señor que a quien menos, así, aunque a todos los que en esta carne viven convenga temerla, y guardarse de ella, y enfrenarla, y regirla con prudente templanza, mas los que particularmente son de ella guerreados, particulares remedios y trabajos han menester. Por tanto, quien esta necesidad sintiere en sí mismo, debe primeramente tratar con aspereza su carne, con apocarle la comida y el sueño, con dureza de cama, y de cilicios, y otros convenientes medios con que la trabaje. Porque, según San Jerónimo dice: «Con el ayuno se sanan las pestilencias de la carne»; y San Hilarión, que decía a su propia carne: «Yo te domaré y haré que no tires coces, sino que, de hambrienta y trabajada, pienses antes en comer que en retozar.» Y San Jerónimo aconseja a Eustoquio [hija de Santa Paula, discípula de S. Jerónimo], virgen, que aunque ha sido criada con delicados manjares, tenga gran cuenta con la abstinencia y trabajos del cuerpo, afirmándole que sin esta medicina no podrá poseer la castidad. Y si de aqueste tratamiento se sigue flaqueza a la carne, o daño a la salud, responde el mismo San Jerónimo en otra parte: «Más vale que duela, el estómago, que no el alma; y mejor es que mandes al cuerpo, que no que le sirvas; y que tiemblen las piernas de flaqueza, que no que vacile la castidad.» Verdad es que en otra parte dice que no sean los ayunos tan excesivos, que debiliten el estómago; y en otra parte reprende a algunos que él conoció haber corrido peligro de perder el juicio por la mucha abstinencia y vigilias.

Para estas cosas no se puede dar una general regla que cuadre a todos; pues unos se hallan bien con unos medios, y otros no; y lo que daña a uno en su salud, a otro no. Y una cosa es ser la guerra tan grande, que pone al hombre a riesgo de perder la castidad, porque entonces a cualquier riesgo conviene poner el cuerpo por quedar con la vida del alma; y otra cosa es pelear con una mediana tentación, de la cual no se teme tanto peligro ni ha menester tanto trabajo para la vencer. Y el tomar en estas cosas el medio que conviene, está a cargo del que fuere guía prudente de la persona tentada; habiendo de parte de entrambos humilde oración al Señor, para que dé en ello su luz. Y pues San Pablo (1 *Cor.,* 9, 27), *vaso de elección*, no se fía de su carne, mas dice que *la castiga y la hace servir*, porque predicando él a otros que sean buenos, no sea él hallado malo cayendo en algún pecado, ¿cómo pensaremos nosotros, que seremos castos sin castigar nuestro cuerpo, pues tenemos menos virtud que él, y mayores causas para temer? Muy mal se guarda la humildad entre honras, y templanza entre abundancia, y castidad entre los regalos. Y si sería digno

de escarnio quien quisiese apagar el fuego que arde en su casa y él mismo le echase leña muy seca, muy más digno de escarnio, es quien por una parte desea la castidad, y por otra hinche de manjares y de regalo su carne, y se da a la ociosidad; porque estas cosas no sólo no apagan el fuego encendido, mas bastan a encenderlo a quien muy apagado lo tuviere. Y pues el Profeta Ezequiel (16, 49) da testimonio que la causa por que aquella desventurada ciudad de Sodoma llegó a la cumbre de tan abominable pecado, fue la hartura y abundancia de pan y ociosidad que tenía, «quién osará vivir en regalos ni ocio, ni aun verlos de lejos, pues los que fueron bastantes a hacer el mayor mal, con más facilidad harán los menores. Ame, pues, la templanza y mal tratamiento de su carne quien es amador de la castidad; porque si lo uno quiere tener sin lo otro, no saldrá con ello, mas antes se quedará sin entrambas cosas. Que a los que Dios juntó, ni los debe el hombre querer apartar (*Mt.,* 19, 6), ni puede aunque quiera.

CAPÍTULO 6

De dos causas de las tentaciones sensuales; y que medios habemos de usar contra ellas cuando nacen de la impugnación del demonio.

Debemos mucho advertir que el remedio que habemos dicho de afligir la carne suele ser provechoso cuando la tentación nace de la misma carne, como suele acaecer a los mozos y a los que tienen buena salud y regalada su carne; y entonces aprovecha poner el remedio en ella, pues está en ella la raíz de la enfermedad.

Mas otras veces viene esta tentación de parte del demonio; y verse ha ser así, en que más combate con pensamientos y feas imaginaciones del ánima, que con feos sentimientos del cuerpo; o si los hay, no es porque la tentación comience en ellos, mas comenzando por pensamientos, resulta el sentimiento en la carne; la cual algunas veces estando flaquísima y como muerta, están los malos pensamientos vivísimos, como a San Jerónimo acaecía, según él lo cuenta. Y tienen también otra señal, que es venir importunamente y cuando el hombre menos querría, y menos ocasión hay para ello. Y ni acatan reverencia a tiempos de oración, ni de misa, ni lugares sagrados, en los cuales un hombre, por malo que sea, suele tener acatamiento y abstenerse de pensar estas cosas. Y algunas veces son tantos

y, tales estos pensamientos, que el hombre nunca oyó, ni supo, ni imaginó tales cosas como se le ofrecen. Y en la fuerza con que vienen, y cosas que oye interiormente, siente el hombre que no nacen de él, sino que otro las dice y las hace. Cuando estas y otras señales semejantes hubiere, tened por cierto que es persecución del demonio en la carne, y que no nace de ella, aunque se padece en ella. La cual guerra es más peligrosa que la pasada, por querernos muy mal quien la hace, y por ser enemigo tan infatigable para guerrear, velando y durmiendo, y en todo tiempo y lugar.

Y el remedio de este mal es procurar alguna buena ocupación que ponga en cuidado y trabajo, con el cual pueda olvidar aquellas feas imaginaciones. Y a este intento procuró San Jerónimo, según él mismo lo cuenta, de estudiar la lengua hebrea con mucho trabajo, aunque no sin fruto, y dice: «Haz siempre alguna buena obra porque te halle el demonio bien ocupado.» Y también hablando en este propósito, de cuán provechosa es para esto la vida de los monasterios, le aconseja diciendo: «Y en ella cumplas cada día lo que te fuere encargado, y seas sujeto a quien no querrías, y vayas cansado a la cama, y andando te caigas dormido; y sin haber cumplido con el sueño seas constreñido a te levantar, y digas tu Salmo cuando te viniere, y sirvas a los hermanos, y laves los pies a los huéspedes; y siendo injuriado, calles, y temas, como al señor al abad del monasterio, y le ames como a padre, y creas que todo lo que él te mandare es cosa que te conviene, y no juzgues a tus mayores, pues que tu oficio es obedecer y cumplir lo mandado, según dice Moisés (*Deut.,* 6): *Oye, Israel, y calla*. Y estando ocupado en tantos negocios, no tendrás lugar para otros pensamientos; y pasando de una obra en otra, aquello solamente tendrás en la memoria, que de presente eres constreñido a hacer.» Esto dice San Jerónimo. Y conforme a esto, se usaba entonces en los monasterios ejercitar a los mozos en buenas ocupaciones, más que en soledad y larga oración, por el peligro que de parte de su carne y pasiones no mortificadas les puede y suele venir.

Aunque esta regla tiene excepciones, por haber en las personas disposiciones diversas y dones particulares de Dios; por lo cual con justa causa puede darse la oración larga al mozo y quitarse al viejo. Y dije que no ocupaban al mozo en larga oración; entiendo de aquella en la cual se gasta casi todo el tiempo, y se tiene como por oficio. Porque no tener algunos ratos de ella sería yerro muy grande, por los bienes que perdería; y porque aun para bien hacer la ocupación es menester ganar espíritu y fuerzas en la oración; que de otra manera suelen los ocupados quejarse y

andar desabridos, como carro cargado y no untado con la blandura de la devoción.

Y estén advertidos los principiantes a que el demonio particularmente procura de traerles las tales imaginaciones al tiempo de la oración, por hacer que la dejen y descanse él. Porque aunque el demonio nos fatiga mucho con sus tentaciones, mucho más le fatigamos a él y le queman nuestras devotas oraciones; y por eso procura que no las hagamos, o que las hagamos mal hechas. Mas nosotros debemos, como a porfía, trabajar todo lo que nos fuere posible por no dejar nuestro ejercicio, pues en la persecución que en él tenemos se demuestra bien cuán provechoso nos es. Y si tanto nos acosare la guerra haciendo la oración mentalmente, y sintiéremos mucho peligro por las tales imaginaciones, debemos a más no poder orar vocalmente, y herir nuestros pechos, lastimar nuestra carne, poner los brazos en cruz, alzar las manos y los ojos al Cielo pidiendo socorro a nuestro Señor; de manera que, en fin, se gaste bien aquel rato que para orar teníamos diputado [dispuesto]; o hacer algo que nos divierta [distraiga], especialmente hablar con alguna buena persona que nos esfuerce; aunque esto ha de ser a más no poder, porque no se vence nuestra flaqueza a querer vencer huyendo, y nos haga nuestro enemigo perder el lugar de nuestra pelea y las fuerzas de pelear; que, en fin, el Señor piadoso y poderoso mandará, cuando nos convenga, que nuestro adversario calle, y no nos impida nuestra secreta y amigable habla que solíamos tener con Él.

CAPÍTULO 7

De la grande paz que Dios nuestro Señor da o los que varonilmente pelean contra este enemigo; y de lo mucho que conviene para lo vencer huir familiaridad de mujeres.

Todas estas escaramuzas se suelen pasar en esta guerra de la castidad, cuando el Señor lo permite para probar sus caballeros, si de verdad le aman a Él y a la castidad por quien pelean. Y después de hallados fieles, envía su omnipotente favor, y manda a nuestro adversario que no nos impida nuestra paz ni nuestra secreta habla con Él. Y goza el hombre entonces de lo trabajado, y sábele bien y esle más meritorio.

Es también menester, y muy mucho, para guarda de la castidad, que se evite la conversación familiar de mujeres con hombres, por buenos o

parientes que sean. Porque las feas y no pensadas caídas que en el mundo han acaecido acerca de aquesto, nos deben ser un perpetuo amonestador de nuestra flaqueza, y un escarmiento en ajena cabeza, con el cual nos desengañemos de cualquiera falsa seguridad que nuestra soberbia nos quisiere prometer, diciendo que pasaremos sin herida nosotros flacos, en lo que tan fuertes, tan sabios y, lo que más es, tan grandes santos fueron muy gravemente heridos. ¿Quién se fiará de parentesco, leyendo la torpeza de Amnón con su hermana Thamar (2 *Reg.,* 13, 8); con otras muchas tan feas, y más, que en el mundo han acaecido a personas que las ha cegado esta bestial pasión de la carne? ¿Y quién se fiará de santidad suya o ajena, viendo a David, que fue *varón conforme al corazón de Dios*, ser tan ciegamente derribado en muchos y feos pecados por sólo mirar a una mujer? (2 *Reg.,* 11, 2). ¿Y quién no temblará de su flaqueza oyendo la santidad y sabiduría del rey Salomón, siendo mozo, y sus feas caídas contra la castidad, que le malearon el corazón a la vejez, hasta poner muchedumbre de ídolos y adorarlos, como lo hacían y querían las mujeres que amaba? (3 *Reg.,* 11, 4). Ninguno en esto se engañe, ni se fíe de castidad pasada o presente, aunque sienta su ánima muy fuerte, y dura contra este vicio como una piedra; porque gran verdad dijo el experimentado Jerónimo, que: «Animas de hierro, la lujuria las doma.» Y San Agustín no quiso morar con su hermana, diciendo: «Las que conversan con mi hermana no son mis hermanas.» Y por este camino de recatamiento han caminado todos los santos, a los cuales debemos seguir si queremos no errar.

Por tanto, doncella de Cristo, no seáis en esto descuidada; mas oíd y cumplid lo que San Bernardo dice: «Que las vírgenes que verdaderamente son vírgenes, en todas las cosas temen, aun en las seguras.» Y las que así no lo hacen, presto se verán tan miserablemente caídas, cuanto primero estaban con falsa seguridad miserablemente engañadas. Y aunque por la penitencia se alcance el perdón del pecado, no se alcanza la corona de la virginidad perdida, y «cosa fea es, dice San Jerónimo, que la doncella que esperaba corona pida perdón de haberla perdido», como lo sería si tuviese el Rey una hija muy amada, y guardada para la casar conforme a su dignidad, y cuando el tiempo de ello viniese, le dijese la hija que le pedía perdón de no estar para casarse, por haber perdido malamente su virginidad. «Los remedios de la penitencia, dice San Jerónimo, remedios de desdichados son», pues que ninguna desdicha o miseria hay mayor que hacer pecado mortal, para cuyo remedio es menester la penitencia. Y por tanto, debéis trabajar con toda vigilancia por ser leal al que os escogió, y

guardar lo que prometisteis, porque no probéis por experiencia lo que está escrito (*Jerem.,* 2, 19): *Conoce y ve cuan mala y amarga cosa es haber dejado al Señor Dios tuyo, y no haber estado su temor en ti*; mas gocéis del fruto y nombre de casta esposa, y de la corona que a tales está aparejada.

CAPÍTULO 8

Por qué medios suele engañar él demonio a los hombres espirituales con este enemigo de nuestra carne; y del modo que se debe tener para no dejarnos engañar.

Debéis estar advertida, que las caídas de las personas devotas no son al principio entendidas de ellos, y por esto son más de temer. Paréceles primero, que de comunicarse sienten provecho en sus ánimas, y fiados de aquesto usan, como cosa segura, frecuentar más veces la conversación, y de ella se engendra en sus corazones un amor que los cautiva algún tanto, y les hace tomar pena cuando no se ven, y descansan con verse y hablarse. Y tras esto viene el dar a entender el uno al otro el amor que se tienen; en lo cual y en otras pláticas, ya no tan espirituales como las primeras, se huelgan estar hablando algún rato; y poco a poco la conversación que primero aprovecharía a sus ánimas, ya sienten que las tienen cautivas, con acordarse muchas veces uno de otro, y con el cuidado y deseo de verse algunas veces, y de enviarse amorosos presentes y dulces encomiendas o cartas; «las cuales cosas, con otras semejantes blanduras, como San Jerónimo dice, el santo amor no las tiene.» Y de estos eslabones de uno en otro suelen venir tales fines, que les da muy a su costa a entender que los principios y medios de la conversación, que primero tenían por cosa de Dios, sin sentir mal movimiento ninguno, no eran otro [otra cosa] que falsos engaños del astuto demonio, que primero los aseguraba, para después tomarlos en el lazo que les tenía escondido. Y así, después de caídos, aprenden que «hombre y mujer no son sino fuego y estopa», y que el demonio trabaja por los juntar; y juntos, soplarles con mil maneras y artes, para encenderlos aquí en fuegos de carne, y después llevarlos a los del infierno.

Por tanto, doncella, huid familiaridad de todo varón, y guardad hasta el fin de la vida la buena costumbre que habéis tomado, de nunca estar sola

con hombre ninguno, salvo con vuestro confesor; y esto, no más de cuanto os confesáis, y aun entonces decir con brevedad lo que es menester, sin meter otras platicas; temiendo la cuenta que de la habla que habláredes o que oyéredes habéis de dar al estrecho Juez. Y tanto más habéis de evitar esto en la confesión, cuanto más es para quitar los pecados hechos y no para cometer otros de nuevo, ni para enfermar con la medicina. Y la Esposa de Cristo, especialmente si es moza, no fácilmente ha de elegir confesor, mas mirando que sea de muy buena y aprobada vida, y fama, y de madura edad. Y de esta manera estará vuestra conciencia segura delante de Dios, y vuestra fama clara y sin mancha delante de los hombres; porque tened entendido que entrambas cosas habéis menester para cumplir con el alteza del estado de virginidad.

Y cuando tal confesor halláredes, dad gracias a nuestro Señor, y obedecedle y amadle como a cosa que Él os dio.

Mas mirad mucho que aunque el amor sea bueno por ser espiritual, puede haber exceso en ello por ser demasiado, y puede poner en peligro al que lo tiene; porque fácil cosa es el amor espiritual pasar en carnal. Y si en esto no tenéis freno, vendréis a tener un corazón tan ocupado, como lo tienen las mujeres casadas con sus maridos e hijos. Y ya vos veis que esto sería gran desacato contra la lealtad que debéis a nuestro Señor, que por Esposo tomasteis. Porque, como dice San Agustín: «Todo aquel lugar ha de ocupar en vuestro corazón Jesucristo, que si os casárades había de ocupar el marido.» No tengáis, pues, metido en lo más dentro de vuestro corazón a vuestro Padre espiritual, mas tenedle cerca de vuestro corazón, como a amigo del Desposado, no como a esposo. Y la memoria que de él tengáis sea para obrar su doctrina, sin parar más en él, teniéndole por cosa que Dios os dio para que os ayudase a juntaros toda con vuestro celestial Esposo, sin que él se entremeta en la junta. Y debéis estar aparejada a carecer de él con paciencia, si Dios lo ordenare, en el cual sólo ha de estar colocada vuestra esperanza y arrimo. Y lo que en San Jerónimo leemos del amor y familiaridad que entre él y Santa Paula hubo, conforme a estas reglas fue. Aunque muchas cosas son lícitas y seguras a los que tienen santidad y edad madura, que no lo son a quien les falta lo uno o lo otro, o entrambas cosas. De esta manera, pues, os habéis de haber con el Padre espiritual que eligiéredes, siendo tal cual os he dicho.

Mas si tal no lo halláredes, muy mejor es que os confeséis y comulguéis en el año dos o tres veces y tengáis cuenta con Dios y con vuestros buenos libros en vuestra celda, que no, por confesar muchas

veces, poner vuestra fama a algún riesgo. Porque si, como dice San Agustín: «La buena fama nos es necesaria a todos para con los prójimos», ¿cuánto más necesaria será a las doncellas de Cristo? La fama de las cuales es muy delicada, según San Ambrosio dice; y tanto, que tener confesor a quien falte alguna calidad de las dichas pone una mancha en su fama de ellas, que por ser en paño tan preciado y delicado parece muy fea, y en ninguna manera se debe sufrir. Y porque las que se contentan con decir: «No hay mal ninguno; limpia está mi conciencia», y tienen en poco la fama de su honestidad, no se pudiesen favorecer de que a la sacratísima Virgen María le hubiesen impuesto alguna infamia de aquestas, quiso su benditísimo Hijo que ella fuese casada, eligiendo antes que lo tuviesen a Él por hijo de José, no lo siendo, que no que dijesen los hombres alguna cosa siniestra de su sacratísima Madre, si la vieran tener hijo y no ser casada. Y por tanto, las que estos escándalos no curan de quitar, busquen con quien se amparar; que lo que de la sacratísima Virgen María y de las santas mujeres pueden aprender es limpieza de dentro, y buena fama y buen ejemplo de fuera, con todo recatamiento en la conversación.

Y aunque de las demasiadas conversaciones ninguna cosa de éstas se siguiera, aun se debían huir; porque con pensamientos que traen, quitan la libertad del ánima para libremente volar con el pensamiento a Dios. Y quitándole aquella pureza que el secreto lugar del corazón, donde Cristo solo quiere morar, había de tener, parece que no está tan solo y cerrado a toda criatura como a tálamo de tan alto Esposo conviene estar; ni del todo parece haber perfecta pureza de castidad, pues hay en él memoria de hombre.

Y habéis de entender que lo que se os ha dicho es cuando hay exceso en la familiaridad o nace escándalo de ella; porque cuando no hay cosa de éstas, no habéis de tratar con quien conviene con turbado o amedrentado corazón; porque de esto suele muchas veces nacer la misma tentación; mas tratar con una santa y prudente simplicidad no descuidada ni maliciosa.

CAPÍTULO 9

Que uno de los más principales remedios para vencer este enemigo es el ejercicio de la devota y ferviente oración, donde se halla el gusto de las cosas divinas que hace aborrecer las mundanas.

En un capítulo pasado [Cap. 6] se os dijo cuan fuerte arma es la oración, aunque no muy larga, para pelear contra este vicio. Ahora sabed que si la oración es devota, larga y tal, que en ella se da el gusto, según a algunos es dado, la dulcedumbre divina, no sólo la tal oración es arma para pelear, mas del todo degüella a este vicio bestial. Porque *luchando* el ánima *con Dios* a solas, con los brazos de pensamientos y afectos devotos, por un modo muy particular alcanza de Él, como otro Jacob (*Gen.,* 32, 24), que la bendiga con muchedumbre de gracias y entrañable suavidad. Y queda herida *en el muslo*, que quiere decir en el sensual apetito, mortificándosele de arte, que de allí en adelante cosquea [cojea] de él; y queda viva y fuerte en las afecciones espirituales, significadas por el otro muslo que queda sano. Porque así como el gusto de la carne hace perder el gusto y fuerzas del espíritu, así gustado el espíritu es desabrida toda la carne. Y algunas veces es tanta la dulcedumbre que el ánima gusta siendo visitada de Dios, que la carne no la puede sufrir, y queda tan flaca y caída como lo pudiera estar habiendo pasado por ella alguna larga enfermedad corporal. Aunque acaece otras veces, con la fortificación que el espíritu siente, ser ayudada la carne y cobrar nuevas fuerzas, experimentando en este destierro algo de lo que en el Cielo ha de pasar, cuando de estar el ánima bienaventurada en su Dios y llena de indecibles deleites, resulte en el cuerpo fortaleza y deleite, con otros preciosísimos dotes que el Señor ha de dar.

¡Oh soberano Señor, y cuan sin excusa has dejado la culpa de aquellos que, por buscar deleite en las criaturas, te dejan y ofenden a Ti, siendo los deleites que en Ti hay tan de *tomo* [importancia, valor], que todos los de las criaturas que se junten en uno, son una verdadera hiel en comparación de ellos! Y con mucha razón, porque el gozo o deleite que de una cosa se toma es como fruto que la tal cosa de sí da. Y cual es el árbol, tal es el fruto. Y por eso el gozo que se toma de las criaturas es breve, vano, sucio y mezclado con dolor; porque el árbol de que se coge, las mismas condiciones tiene. Mas en el gozo que en Ti, Señor, hay, ¿qué falta o brevedad puede haber, pues que Tú eres eterno, manso, simplicísimo,

hermosísimo, inmutable y un bien infinitamente cumplido? El sabor que una perdiz tiene es sabor de perdiz; y el gusto de la criatura, sabe a criatura; y quien supiere decir quién eres Tú, Señor, sabrá decir a qué sabes Tú. Sobre todo entendimiento es tu ser, y también lo es *tu dulcedumbre, la cual está guardada y escondida para los que te temen* (*Ps.,* 30, 20) y para aquellos que, por gozar de Ti, renuncian de corazón el gusto de las criaturas. Bien infinito eres, y deleite infinito eres; y por eso, aunque los celestiales Ángeles y bienaventurados hombres que en el Cielo están y han de estar gozando de Ti, y con fuerzas dadas por Ti, que no son pequeñas, y aunque muchos más sin comparación se juntasen con ellos a gozar de Ti, y con mucho mayores fuerzas, es el mar de tu dulcedumbre tan sin medida, que nadando y andando ellos embriagados y llenos de tu suavidad, queda tanto más que gozar de ella, que si Tú, Omnipotente Señor, con las infinitas fuerzas que tienes, no gozases de Ti mismo, quedaría el deleite que hay en Ti quejoso, por no haber quien goce de él cuanto hay que gozar.

Y conociendo Tú, Señor sapientísimo, como Criador nuestro, que nuestra inclinación es a tener descanso y deleite, y que un ánima no puede estar mucho tiempo sin buscar consolación, buena o mala, nos convidas con los santos deleites que en Ti hay, para que no nos perdamos por buscar malos deleites en las criaturas. Voz tuya es, Señor (*Mt.,* 11, 28): *Venid a Mi todos los que trabajáis y estáis cargados, que Yo os recrearé*. Y Tú mandaste pregonar en tu nombre (*Isa.,* 55): *Todos los sedientos venid a las aguas*. Y nos hiciste saber que *hay deleites en tu mano derecha que duran hasta la fin* (*Ps.,* 15, 11). Y que *con el río de tu deleite*, no con medida ni tasa, *has de dar a beber a los tuyos en tu reino* (*Ps.,* 35, 9). Y algunas veces das a gustar acá algo de ello a tus amigos, a los cuales dices (*Cant.,* 5, 1): *Comed, y bebed, y embriagaos, mis muy amados*. Todo esto, Señor, con deseo de traer a Ti con deleite a los que conoces ser tan amigos de él. No ponga, pues, nadie, Señor, en Ti tacha que te falte bondad para ser amado ni deleite para ser gozado; ni vaya a buscar conversación agradable ni deleitable fuera de Ti, pues el galardón que has de dar a los tuyos es decirles (*Mt.,* 25, 22): *Entra en el gozo de tu Señor*. Porque de lo mismo que tú comes y bebes, comerán ellos y beberán; y de lo mismo de que tú te gozas, ellos se gozarán. Porque convidados los tienes que *coman sobre tu mesa en el reino de tu Padre* (*Lc.,* 22, 30).

¿Qué dirás a estas cosas, hombre carnal? Y tan engañado, que llega tu engaño a que los sucios deleites que hay en la carne, de que gozan, y con mayor abundancia, los viles y malos hombres, y aun las bestias del

campo, tienes en más que la soberana dulcedumbre que hay en Dios, de la cual gozan Santos v Ángeles, y el mismo Dios Criador de ellos. Cosa es de bestias lo que tú precias y amas; y tus pasiones bestias son; y tantas veces pones al Altísimo Dios debajo los pies de tus vilísimas bestias, cuantas veces le ofendes por tus deleites carnales.

Huid, doncella, de cosa tan mala, y subíos al monte de la oración, y suplicad al Señor os dé algún gusto de Sí, para que esforzada vuestra ánima con la suavidad de Él, despreciéis los lodosos placeres que hay en la carne. Y habréis entonces compasión entrañable de la gente que anda perdida por la bajeza de los valles de vida bestial; y espantada diréis: ¡Oh hombres, y qué perdéis, y por qué! ¡Al dulcísimo Dios, por la vilísima carne! ¿Y qué pena merece tan falso peso v medidas, sino eterno tormento? Y cierto, les será dado.

CAPÍTULO 10

De muchos otros medios que debemos usar cuando este cruel enemigo nos acometiere con los primeros golpes.

Los avisos que para remedio de esta enfermedad habéis oído son cosas que ordinariamente habéis de usar, aunque sea fuera del tiempo de la tentación.

Ahora oíd lo que habéis de hacer cuando os acometiere y os diere el primer golpe. Señalad luego la frente o el corazón con la señal de la cruz, llamando con devoción el santo nombre de Jesucristo, y decid: ¡No vendo yo a Dios tan barato! ¡Señor, más valéis Vos, y más quiero a Vos!

Y si con esto no se quita, abajad al infierno con el pensamiento, y mirad aquel fuego vivo cuan terriblemente quema, y hace dar voces y aullar y blasfemar a los miserables que ardieron acá con fuegos de deshonestidad, ejecutándose en ellos la sentencia de Dios, que dice (*Apoc.,* 18, 7): *Cuanto se glorificó en los deleites, tanto le dad de tormento y lloro*. Y espantaos de tan grave castigo —aunque justísimo—, que deleite de un momento se castigue con eternos tormentos; y decid entre vos lo que San Gregorio dice: «Momentáneo es lo que deleita, y eterno lo que atormenta.»

Y si esto no os aprovecha, subíos al Cielo con el pensamiento, y represénteseos aquella limpieza de castidad que en aquella bienaventurada

ciudad hay; y cómo no puede *entrar allí* bestia ninguna, quiero decir, hombre bestial, y estaos un rato allá, hasta que sintáis alguna espiritual fuerza con que aborrezcáis vos aquí lo que allí se aborrece por Dios.

También aprovecha dar con el cuerpo en la sepultura, según vuestro pensamiento, y mirar muy despacio cuan hediondos y cuáles están allí los cuerpos de hombres y mujeres.

También aprovecha ir luego a Jesucristo puesto en la cruz, y especialmente atado a la columna y azotado, y bañado en sangre de pies a cabeza, y decirle con entrañable gemido: Vuestro virginal y divino cuerpo, Señor, tan atormentado y lleno de graves dolores, ¿y yo quiero deleites para el mío, digno de todo castigo? Pues Vos pagáis con azotes, tan llenos de crueldad, los deleites que los hombres contra vuestra ley toman, no quiero yo tomar placer tan a costa vuestra, Señor.

También aprovecha representar súbitamente delante de vos a la limpísima Virgen María, considerando la limpieza de su corazón y entereza de cuerpo, y aborrecer luego aquella deshonestidad que os vino, como tinieblas que se deshacen en presencia de la luz.

Mas si sabéis cerrar la puerta del entendimiento muy bien cerrada, como se suele hacer en el íntimo recogimiento de la oración, según adelante diremos, hallaréis con facilidad el socorro más a la mano que en todos los remedios pasados. Porque acaece muchas veces que, abriendo la puerta para el buen pensamiento, se suele entrar el malo; mas cerrándola a uno y a otro, es un volver las espaldas a los enemigos, y no abrirles la puerta hasta que ellos se hayan ido, y así se quedarán burlados.

También aprovecha tender los brazos en cruz, hincar las rodillas y herir los pechos. Y lo que más, o tanto como todo junto, es recibir con el debido aparejo el santo cuerpo de Jesucristo nuestro Señor, el cual fue formado por el Espíritu Santo, y está muy lejos de toda impuridad. Es remedio admirable para los males que de nuestra carne concebida en pecados nos vienen. Y si bien supiésemos mirar la merced recibida en entrar Jesucristo en nosotros, nos tendríamos por relicarios preciosos, y huiríamos de toda suciedad, por honra de Aquel que en nosotros entró. ¿Con qué corazón puede uno injuriar su cuerpo, habiendo sido honrado con juntarse con el santísimo cuerpo de Dios humanado? ¿Qué mayor obligación se me pudo echar? ¿Qué mayor motivo se me pudo dar para vivir en limpieza, que mirar con mis ojos, tocar con mis manos, recibir con mi boca, meter en mi pecho al purísimo cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, dándome honra inefable para que no me abata a vileza, y

atándome consigo, y dedicándome a Él por su entrada? ¿Cómo o con qué cuerpo ofenderé al Señor, pues en este que tengo ha entrado el Autor de la puridad? He comido a Él, y con Él a una mesa, ¿y serle he traidor ahora, ni en toda mi vida? Así es razón que se estime esta merced, para que recibamos corona en nuestra flaqueza. Mas si mal lo recibimos, o mal de Él usamos, sucede el efecto contrario, y se siente el tal hombre más poseído de la deshonestidad, que antes de haber comulgado.

Y si con todas estas consideraciones y remedios la carne bestial no se asosegare, debéisla tratar como a bestia, con buenos dolores, pues no entiende razones tan justas. Algunos sienten remedio con darse recios y largos pellizcos, acordándose del excesivo dolor que los clavos causaron a nuestro Señor Jesucristo; otros con azotarse fuertemente, acordándose de cómo el Señor fue azotado; otros con tender las manos en cruz, alzar los ojos al Cielo, herirse el rostro, y con otras cosas semejantes a éstas, con que causan dolor a la carne; porque otro lenguaje en aquel tiempo ella no entiende. Y este modo leemos haber tenido los Santos pasados, uno de los cuales se desnudó y se revolcó por unas espinosas zarzas, y con el cuerpo lastimado y ensangrentado cesó la guerra que contra el ánima había. Otro se metió en tiempo de invierno en una laguna de agua muy fría, en la cual estuvo hasta que el cuerpo salió medio muerto, mas el ánima muy libre de todo peligro. Otro puso los dedos de la mano en una lumbre, y con quemarse algunos de ellos cesó el fuego que atormentaba a su ánima. Y un mártir, atado de pies y manos, con el dolor de cortarse con sus propios dientes la lengua, salió vencedor de aquesta pelea. Y aunque algunas de estas cosas no se han de imitar, porque fueron hechas con particular instinto del Espíritu Santo, y no según ley ordinaria, mas debemos aprender de aquí que en el tiempo de la guerra, en que nos va la vida del ánima, no nos hemos de estar quietos ni flojos, esperando que nos den lanzadas nuestros enemigos, mas resurtir del pecado *como de la faz de la serpiente*, según dice la Escritura (*Eccli.,* 21, 2), y tomar cada uno el remedio con que mejor se hallare, y según su prudente confesor le encaminare.

CAPÍTULO 11

De algunas causas, allende de las dichas, por las cuales vienen algunos a perder la castidad, para que huyamos de ellas si no la queremos perder; y con qué medios nos debemos animar a ello.

Ningún cuidado ni trabajo que por la guarda de esta limpieza se ponga debe parecer a nadie demasiado, si sabe estimar el precio y mérito de ella y su galardón. Y pues que nuestro Señor os ha dado a entender el valor de ésta joya, y os ha dado gracia para que la eligiésedes y prometiésedes, no será menester tanto deciros la excelencia de ella, cuanto daros avisos de cómo no la perdáis; enseñándoos algunas causas más de las ya dichas por donde algunos la pierden, para que sabidas, las evitéis, porque no la perdáis, y vos seáis perdida con ella.

Piérdenla unos por tener recias inclinaciones naturales contra ella; y por no ser importunados, ni pasar guerra contra sí mismos tan cruel y durable, se dan maniatados a sus enemigos con miserable consejo, no entendiendo que el propósito del cristiano ha de ser morir o vencer, con la gracia de Aquel que ayuda a los que por su honra pelean.

Otros hay que aunque no son muy tentados, tienen una vileza y pequeñez natural de corazón, inclinada a cosas bajas. Y como ésta sea una de las más viles y bajas, y que más a mano se les ofrece, encuentran luego con ella, y danse a ella como a cosa proporcionada con la bajeza y vileza de su corazón, que no se levanta a emprender aún vida de hombres regidos por razón natural; con la cual enseñado uno, dije que en los deleites carnales no hay cosa digna de magnánimo corazón. Y otro dijo que la vida según los deleites carnales es vida de bestias. Porque no sólo la lumbre del Cielo, mas aun la de la razón natural, condena a los que en esta vileza se ocupan como a gente que no vive según hombres, cuya vida ha de ser conforme a razón, mas según bestias, cuya vida es por apetito. Y si bien se mirase, podrían con mucha justicia quitar a estos tales el nombre de hombres, pues, teniendo figura de hombres, viven vida de bestias, y son verdadera deshonra de hombres. Y no sería cosa poco monstruosa, ni que diese pequeña admiración a los que la viesen, traer una bestia enfrenado a un hombre, llevándole adonde ella quisiese, rigiendo ella a quien la había de regir.

Y hay tantos de éstos, regidos por el freno de apetitos bestiales, bajos y altos, que no sé si por ser muchos, no hay quien eche de ver en ello. O, lo

que más creo, es porque hay pocos que tengan lumbre para mirar qué miserable está una ánima muerta con deleites carnales, debajo de un cuerpo especialmente hermoso y de fresca edad: ¡Oh, a cuántas ánimas de éstos y de otros tiene abrasados este fuego infernal, y ni hay quien eche lágrimas de compasión sobre ellos, ni quien diga de corazón: *A Ti, Señor, daré voces, porque el fuego ha comido las cosas hermosas del desierto* (*Joel.,* 1, 19). Que, cierto, si hubiese viudas en Naim que amargamente llorasen a sus hijos muertos, usaría Cristo de su misericordia para los resucitar en el ánima, como lo usó con el hijo de la otra en el cuerpo, de quien el Evangelio (*Lc.,* 7, 13) hace mención. No debe dormirse el que en la Iglesia tiene oficio de orar e interceder por el pueblo con afecto de madre, porque no castigue Dios al orador [el que tiene oficio de orar] y su pueblo, diciendo (*Ezech.,* 22, 30): *Busqué entre ellos varón que se pusiese por muro, y se pusiese contra Mí, porque no destruyese la tierra, y no lo hallé: y derramé sobre ellos mi enojo; en el fuego de mi ira los consumí.*

Guardaos, pues, vos de tener corazón tan pequeño y envilecido, que os parezcan bien y os contenten estas vilezas. Y acordaos de lo que San Bernardo dice: «Que si bien consideráredes el cuerpo y lo que sale de él, es un muladar muy más vil que cualquiera que hayáis visto.» Despreciadlo de corazón con todos sus deleites, atavíos y flor, y haced cuenta que ya está en la sepultura, convertido en una poca de tierra. Y cuando algún hombre o mujer viéredes, no miréis mucho su faz ni su cuerpo; y si lo miráredes, sea para haber asco de él; mas enderezad vuestros ojos interiores al ánima que está encerrada y escondida en el cuerpo, en las cuales no hay diferencia de hombre a mujer; y aquella ánima engrandeced, como cosa criada de Dios; cuyo valor de una sola es mayor que de todos los cuerpos criados y por criar.

Y así despedida de la bajeza de los cuerpos, buscad grandes bienes y emprended nobles empresas, y no menores que aposentar a Dios en vuestro cuerpo y vuestra ánima con entrañable limpieza de corazón. Miraos con estos ojos, pues dice San Pablo (1 *Cor.,* 3, 16): *¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?* Y en otra parte (1 *Cor.,* 6, 19) dice: *¿No sabéis que vuestros miembros son templo del Espíritu Santo que en vosotros está, el cual Dios os lo ha dado, y que no sois vuestro? Y pues sois comprados por precio grande, honrad a Dios en vuestro cuerpo*. Considerad, pues, que cuando recibisteis el santo Bautismo fuisteis hecha templo de Dios, y consagrada vuestra ánima a Él por su gracia, y vuestro cuerpo, por ser tocado con el agua santa; y de ánima y de cuerpo se sirve el Espíritu Santo, como un señor de toda su

casa, moviendo a buenas obras a ella y a él. Y por eso se dice que también *nuestros miembros son templo del Espíritu Santo*. Grande honra nos da Dios en querer morar en nosotros, y honrarnos con verdad y nombre de templo; y grande obligación nos echa para que seamos limpios, pues *a la casa de Dios conviene limpieza* (*Ps.,* 92). Y si mirásedes que fuisteis comprada, como dice San Pablo, *con preció grande*, que es con la vida de Dios humanado que por vos se dio, veréis cuánta razón es *honrar a Dios* y traerlo *en vuestro cuerpo*, sirviéndole con él, y no haciendo cosa en él que sea para deshonra de Dios y daño vuestro. Porque verdadera y justa sentencia es (1 *Cor.,* 3, 17) que *quien ensuciare el templo de Dios lo ha de destruir Dios*; y que no ha de haber en su templo sino cosa de su honra y de su alabanza. Y acordaos de lo que dijo San Agustín: «Después que entendí que me había Dios redimido y comprado con su sangre preciosa, nunca más me quise vender.» Y añadid vos: Cuanto más por vilezas de carne.

Obra habéis comenzado de gran corazón, pues queréis tener en la carne corruptible incorrupción; y tener por vía de virtud lo que los Ángeles tienen por naturaleza; y pretender particular corona en el Cielo y ser compañera de las vírgenes, que *cantan el nuevo cantar, y acompañar al Cordero doquiera que va* (*Apoc.,* 14, 4). Mirad vuestro título que de presente tenéis, que es ser esposa de Cristo, y el bien que esperáis en el Cielo cuando vuestro Esposo os ponga en su tálamo allá; y amaréis tanto la limpieza de la virginidad, que de buena gana perdáis la vida por ella, como lo hicieron muchas vírgenes santas, que por no dejarlo de ser, pasaron martirio, y con grandeza de corazón; la cual procurad de tener, porque es muy necesaria para conservar el grande estado en que Dios os ha puesto.

CAPÍTULO 12

Que suele Dios castigar a los soberbios con permitir que pierdan la joya de la castidad, para humillarlos; y de cuánto conviene ser humildes para vencer aqueste enemigo.

Otros ha habido que han perdido esta joya de la castidad por vía de castigarles Dios con justo juicio, en entregarlos, como dice San Pablo (*Rom.,* 1, 24), *en los deseos deshonestos de su corazón* como en manos de crueles sayones, castigando en ellos unos pecados con otros pecados; no

incitándolos Él a pecar, porque del sumo Bien muy extraño es ser causa que nadie peque; mas apartando su socorro del hombre por pecados del mismo hombre, la cual es obra de justo Juez; y si justo, bueno. Y así dice la Escritura (*Prov.,* 23, 27): *Pozo hondo es la mala mujer, y pozo estrecho la mujer ajena; aquel caerá en él con quien Dios estuviere enojado* (*Prov.,* 22, 14). No se asegure, pues, nadie con que no da enojos a Dios cerca de la castidad, si los da en otras cosas, pues que suele dejar caer en lo que el hombre no caía ni querría, en castigo de caer en otras cosas que no debía.

Y aunque esto sea general en todos los pecados, pues por todos se enoja Dios, y por todos suele castigar, mas particularmente, como dice San Agustín, «suele castigar Dios la secreta soberbia con manifiesta lujuria». Y así se figura en Nabucodonosor, que en castigo de su soberbia, perdió su reino, y *fue alanzado de la conversación de los hombres, y le fue dado corazón de bestia, y conversó entre las bestias* (*Dan.,* 4, 22, 29, 30), no porque perdiese la naturaleza de hombre, sino porque le parecía a él que no lo era. Y así estuvo hasta que le dio Dios conocimiento y humildad con que *conociese* y confesase *que la alteza y reino es de Dios, y que lo da Él a quien quiere*. Cierto, así pasa, que el hombre que atribuye a la fortaleza de su brazo el edificio de la castidad, lo echa Dios de entre los suyos, y salido de tal compañía, que era como de Ángeles, mora entre bestias, con corazón tan bestial como si no hubiera amado a Dios, ni sabido qué era castidad, ni hubiese infierno, ni gloria, ni razón, ni vergüenza, tanto que ellos mismos se espantan de lo que hacen, y les parece no tener juicio ni fuerzas de hombres, sino del todo rendidos a este vicio bestial, como bestias, hasta que la misericordia del Señor se adolece [se compadece] de tanta miseria, y da a conocer al que de esta manera ha caído que por su soberbia cayó, y por medio de humildad se ha de levantar y cobrar. Y entonces confiesa que *el reino* de la castidad, por el cual reinaba sobre su cuerpo, *es dádiva de Dios*, que por su gracia *la da* y por pecados del hombre *la quita*.

Y este mal de soberbia es tan malo de conocer —y por eso mucho de temer—, que algunas veces lo tiene el hombre metido tan en lo secreto de su corazón que él mismo no lo entiende. Testigo es de esto San Pedro, y otros muchos, que estando agradados y confiados de sí, pensaban que lo estaban de Dios; el cual, con su infinita sabiduría, ve la enfermedad de ellos, y con su misericordia, junta con su justicia, los cura y sana, con darles a entender, aunque a costa suya, que estaban mal agradados y mal confiados de sí mismos, pues se ven tan miserablemente caídos. Y aunque la caída es costosa, no es tan peligrosa como el secreto mal de soberbia en

que estaban; porque no le entendiendo, no le buscaran remedio, y así se perdieran; y entendiendo su mal con la caída, y humillados delante la misericordia de Dios, alcanzan remedio de Él para entrambos males. Y por esto dijo San Agustín que «castiga Dios la secreta soberbia con manifiesta lujuria», porque el segundo mal es manifiesto a quien lo comete, y por allí viene a entender el otro mal que secreto tenía.

Y habéis de saber que estos soberbios unas veces lo son para consigo solos, y otras, despreciando a los prójimos por verlos faltos en la virtud y especialmente en la castidad. Mas, ¡oh Señor, y cuan de verdad mirarás con ojos airados aqueste delito! ¡Y cuan desgraciadas te son las gracias que el fariseo te daba, diciendo (*Lc.,* 18, 11): *¡No soy malo como los otros hombres, ni adúltero, ni robador, como lo es aquel arrendador que allí está!* No lo dejas, Señor, sin castigo; castígaslo, y muy reciamente, con dejar caer al que estaba en pie, en pena de su pecado, y levantas al caído por satisfacerle su agravio. Sentencia tuya es, y muy bien la guardas (*Lc.,* 6, 37): *No queráis condenar, y no seréis condenados*. Y (*Mt.,* 7, 2): *Con la misma medida que midiereis seréis medidos; y quien se ensalzare será abajado*. Y mandaste decir de tu parte al que desprecia a su prójimo (*Isai.,* 33, 1): *¡Ay de ti que desprecias, porque serás despreciado!* ¡Oh, cuántos han visto mis ojos castigados con esta sentencia, que nunca habían entendido cuánto aborrece Dios aqueste pecado, hasta que se vieron caídos en lo que de otros juzgaron, y aun en cosas peores! «En tres cosas —dijo un viejo de los pasados— juzgué a mis prójimos, y en todas tres he caído.»

Agradezca a Dios el que es casto la merced que le hace, y viva con temor y temblor por no caer él, y ayude a levantar al caído, compadeciéndose de él y no despreciándolo. Piense que él y el caído son de una masa, y que cayendo otro cae él cuanto es de su parte. Porque, como dice San Agustín: «No hay pecado que haga un hombre, que no lo haría otro hombre, si no lo rige el Hacedor del hombre.» Saque bien del mal ajeno, humillándose con ver al otro caer; saque bien del bien ajeno gozándose del bien del prójimo. No sea como ponzoñosa serpiente, que saque de todo mal; soberbia en las caídas ajenas y envidia en los bienes ajenos. No quedarán estos tales sin castigo de Dios; dejarles ha caer en lo que otros cayeron y no les dará el bien de que hubieron envidia.

CAPÍTULO 13

De otras dos peligrosas causas por las cuales suelen perder la castidad los que no las procuran evitar.

Entre las miserables caídas de castidad que en el mundo ha habido, no es razón que se ponga en olvido la del rey David; que por ser ella tan miserable, y la persona tan calificada, pone un escarmiento tan grande a quien la oye, que no hay quien deje de temer su propia flaqueza. La causa de aquesta caída dice San Basilio que fue un liviano complacimiento que David tomó en sí mismo, una vez que fue visitado de la mano de Dios con abundancia de mucha consolación, y se atrevió a decir: *Yo dije en mi abundancia: No seré ya mudado* de este estado para siempre. Mas ¡oh cuan al revés le salió! ¡y cómo después entendió lo que primero no entendía, que (*Eccl.,* 7, 15) *en el día de los bienes que tenemos, nos hemos de acordar de los males en que podemos caer!* Y que se debe tomar la consolación divinal con peso de humildad, acompañada del santo temor de Dios, para que no pruebe lo que el mismo David luego dijo (*Ps.,* 29, 8): *Quitaste tu faz de mí, y fui hecho conturbado*.

Otra causa de su caída nos da a entender la Escritura divina, diciendo (2 *Reg.,* 11, 1): *Que al tiempo que los reyes de Israel solían ir a las guerras contra* los infieles, *se quedó el rey David en su casa; y andándose paseando en un corredor, miró* lo que le fue causa de adulterio y homicidio, y no de uno, más de muchos hombres; todo lo cual se evitara si él fuera a pelear las peleas de Dios, según otros reyes lo acostumbraban, y él mismo lo había hecho otros años.

Si vos os estáis paseando cuando están recogidos los siervos de Dios, y si estáis ociosa cuando ellos trabajan en buenas obras, y si derramáis vuestros ojos con soltura cuando ellos con los suyos lloran por sí y por los otros amargamente, y si al tiempo que ellos se levantan de noche a orar vos os estáis durmiendo y roncando, y perdéis, por lo que se os antoja, los buenos ejercicios que solíades tener, que con su fuerza y calor os tenían en pie, ¿cómo pensáis guardar la castidad estando descuidada y sin armas para la defender, y teniendo tantos enemigos que pelean contra ella, fuertes, cuidadosos y armados? No os engañéis, que si a vuestro deseo de ser casta no acompañan obras con que defendáis vuestra castidad, vuestro deseo saldrá en vano, y acaeceros ha a vos lo que a David, pues ni sois más privilegiada que él ni más fuerte ni santa.

Y para dar conclusión a esta materia de las causas por que se suele perder aquesta preciosa joya de la castidad, debéis saber que la causa por que Dios permitió que la carne se levantase contra la razón en nuestros primeros padres —que de allí lo heredamos nosotros— fue porque ellos se levantaron contra Dios, desobedeciendo su mandamiento. Castigóles en lo que pecaron; y fue, que pues ellos no obedecieron a su superior, no les obedeciese a ellos su inferior. Y así el desenfrenamiento de la carne, esclava y súbdita, contra su superior, que es la razón, castigo es de inobediencia de la razón contra Dios, su superior. Y, por tanto, guardaos mucho de desobedecer a vuestros superiores, porque no permita Dios que vuestro inferior, que es la carne, se levante contra vos, como permitió que Adad se levantase contra el rey Salomón, su señor (3 *Reg.,* 11, 14), y os azote y persiga, y por vuestra flaqueza os derribe en lo profundo del pecado mortal.

Y si estas cosas ya dichas, que con los ojos del cuerpo habéis leído, las habéis bien sentido con lo interior del corazón, veréis cuánta razón hay para que miréis por vos y qué hay en vos. Y porque vos no bastáis a conoceros, debéis pedir lumbre a nuestro Señor para escudriñar los más secretos rincones de vuestro corazón, porque no haya en vos algo —que sepáis o que no sepáis— por lo cual se ponga a riesgo de perder por algún secreto juicio de Dios la joya de la castidad, que tanto os importa que esté bien guardada con el amparo divino.

CAPÍTULO 14

De cuánto se debe huir la vana confianza de alcanzar victoria contra este enemigo con sola industria y trabajo humano, y que debemos entender que es dádiva de Dios, a quien se debe pedir, poniendo por intercesores los Santos, y en particular a la Virgen nuestra Señora.

Todo lo dicho, y más que se pueda decir, suelen ser medios para alcanzar esta preciosa limpieza. Mas muchas veces acaece que, así como trayendo piedra y madera y todo lo necesario para edificar una casa, nunca se nos adereza el edificarla, así también acaece que haciendo todos estos remedios no alcancemos la castidad deseada. Antes hay muchos que, después de vivos deseos de ella y grandes trabajos pasados por ella, se ven miserablemente caídos o reciamente atormentados de su carne, y dicen con

mucho dolor (*Lc.,* 5, 5): *Trabajado hemos toda la noche y ninguna cosa hemos tomado*. Y paréceles que se cumple en ellos lo que dice el Sabio (*Eccl.,* 7, 24): *Cuanto más yo la buscaba, tanto más lejos huyó de mí*. Lo cual muchas veces suele venir de una secreta fiucia [esperanza esforzada] que en sí mismos estos trabajadores soberbios tenían, pensando que la castidad era fruto que nacía de sus solos trabajos y no dádiva de la mano de Dios. Y por no saber a quién se había de pedir, justamente se quedaban sin ella. Porque mayor daño les fuera tenerla y ser soberbios e ingratos a su Dador, que estar sin ella llorosos y humillados y perdonados por la penitencia. No es pequeña sabiduría saber cuya dádiva es la castidad; y no tiene poco camino andado para alcanzarla quien de verdad siente que no es fuerza de hombre, sino dádiva de nuestro Señor. La cual nos enseña el santo Evangelio (*Mt.,* 19, 11) diciendo: *No todos son capaces de esta palabra, mas aquellos a los cuales es dado por Dios*. Y aunque los remedios ya dichos para alcanzar este bien sean provechosos, y debamos ejercitar nuestras manos en ellos, ha de ser con condición que no pongamos nuestra fiucia en ellos; mas hagamos con devota oración lo que David hacía y nos aconseja, diciendo (*Ps.,* 120, 1): *Alcé mis ojos a los montes,* [*de*] *donde me vendrá socorro. Mi socorro es del Señor, que hizo el Cielo y la tierra*.

Buen testigo será de esto el glorioso Jerónimo, que cuenta de sí que le ponían en tanto estrecho aquestos aprietos carnales, que no le libraban de ellos ayunos muy grandes, ni dormir en el suelo, ni largas vigilias, ni estar su carne casi muerta. Y entonces, como hombre desamparado de todo socorro, y que en ningún remedio hallaba remedio, se echaba a los pies de Jesucristo nuestro Señor y los regaba con lágrimas y limpiaba con sus cabellos en su pensamiento devoto. Y aun alguna vez le acaecía dar voces a Cristo todo el día y la noche. Mas en fin era oído, y le daba Dios el deseo de su corazón, con tanta serenidad y espiritual consolación, que le parecía estar entre coros de Ángeles. Así socorre Dios a los que le llaman con entera voluntad y están firmes en la guerra por Él hasta que Él envíe socorro.

Y no sólo debemos llamar a Dios que nos favorezca, mas también a sus Santos, significados por *los montes* que aquí dice David. Y principalmente, más que ninguno de ellos, debe ser llamada la limpísima Virgen María, importunándola con servicios y oraciones que nos alcance esta merced; las cuales Ella oye y recibe de muy buena gana, como verdadera amadora de lo que le pedimos. Especialmente he visto haber venido provechos notables por medio de esta Señora a personas

molestadas de flaqueza de carne, por rezarle alguna cosa en memoria de la limpieza con que fue concebida sin pecado, y de la limpieza virginal con que concibió al Hijo de Dios. A esta Señora, pues, tomad por particular Abogada para que os alcance y conserve con su oración esta limpieza. Y pensad que si hallamos en las mujeres de acá algunas tan amigas de honestidad, que amparan con todas sus fuerzas a quien quiere apartarse de la vileza de este vicio y caminar por la limpieza de la castidad, ¿cuánto más se debe esperar de esta limpísima Virgen de vírgenes, que pondrá sus ojos y orejas en los servicios y oraciones del que quisiere guardar la castidad, que Ella tan de corazón ama?

No os falte, pues, deseo de haber este bien; no falte fiucia en Cristo, ni oración importuna, ni otros servicios como hemos dicho; que ni faltará en sus Santos cuidado ni amor para orar por vos, ni misericordia celestial para conceder este don, que Él solo lo da; y quiere que todo hombre a quien lo da así lo conozca y le dé gloria de ello, pues, según verdad, se le debe.

CAPÍTULO 15

Como al Señor reparte el don de la castidad, no igualmente a todos; porque a algunos lo da solamente en el ánima, y de lo mucho que las tentaciones contra la castidad aprovechan, si se saben llevar.

Y es de mirar con atención que este don no lo da Dios por un igual a todos, mas diferentemente según a su santa voluntad place. Porque a unos da más de él y a otros menos. A algunos da castidad en el ánima sola, que es un propósito firme y deliberado de no caer en este vicio por cosa que sea; mas con este propósito bueno tiene este tal en su ánima imaginaciones feas, y en la parte sensitiva tentaciones penosas, que aunque no hagan consentir a la razón en el mal, aflígenla y danle que hacer en defenderse de sus importunidades. Lo cual es semejante a Moisés y a su pueblo, que estando él en lo alto del monte en compañía de Dios, estaba el vulgo del pueblo adorando ídolos en lo bajo de él. Y quien en este estado está, debe hacer gracias a nuestro Señor por el bien que le ha dado en su ánima, y sufrir con paciencia la poca obediencia que su parte sensitiva le tiene. Porque así como aunque Eva comiera sola del árbol vedado, no se cometiera el pecado original si Adán, su virón, no consintiera y comiera,

así mientras aquel propósito bueno de no consentir cosa mala estuviere vivo en lo más alto del ánima, no puede hacer la parte sensitiva, por mucho que coma, que haya pecado mortal, pues el varón no consiente con ella, antes le desplace y le reprende.

En lo cual debéis estar advertida, que no dejéis que las imaginaciones o movimientos se estén en vos sin las desechar; porque quien ve el peligro en que está con tener aquel fuego infernal dentro de sí y la serpiente en su seno —cuanto más si ha probado otras veces que de aquello le suele venir el consentimiento en la mala obra o en aquel mal deleite— y no lo desecha, juzgase la tal negligencia por pecado mortal, pues vio el peligro y lo amó, por no desecharlo. Mas mientras hubiere propósito vivo de no consentir en mala obra ni en mal deleite, y resistir, aunque flacamente, cuando miráis el peligro en que estáis, pensad que no os dejó nuestro Señor caer en pecado mortal.

Y porque en esto a duras penas se puede dar cierta sentencia sin información de quien lo padece, conviene informar de ello al docto confesor y tomar su consejo. Y si, con todo esto, se le hiciere de mal sufrir guerra tan continua dentro de sí, mire que con el trabajo de la tentación se purgan los pecados pasados y se anima el hombre más a servir a Dios viendo que le ha más menester; y conocemos nuestra flaqueza, por locos que seamos, viéndonos andar a tanto peligro y en los cuernos del toro, que a dejarnos Dios un poquito de su mano, caeríamos en la espantosa hondura del pecado mortal. Y hasta que esta flaqueza sea muy de raíz confesada y experimentada, no cesarán en ti las tentaciones de la carne, que son como tormentos y golpes que te hagan confesar cómo no mora en ti este bien, si de arriba no es concedido.

Y si fueres fiel siervo de Dios, mientras más tu carne te combatiere, tanto más tú con tu ánima te esforzarás a guardar tu castidad, y las tentaciones serán como golpes que te ayudarán a arraigar más en ti la limpieza; y verás las maravillas de Dios, que así como por ocasión de nuestra maldad parece mayor su bondad, así por la flaqueza de nuestra carne, obra fortaleza en nuestra ánima, diciendo el espíritu, NO, a lo que la carne le convidaba, y afirmándose de nuevo en el amor de la castidad, cuantas veces la carne le convidaba a perderla. Y así, por medio de un contrario tan molesto y vil, obra Dios el otro, que es la castidad, tan precioso y tan digno.

Y acuérdate que vale más buena guerra que mala paz; y que es mejor trabajar nosotros por no consentir, y dar en ello placer a nuestro Señor, que

por tomar un poco de placer bestial, que en pasando deja doblado dolor, dar enojos a quien con todas nuestras fuerzas debemos amar y agradar. Llámale con humildad y con fiucia [esperanza esforzada], que no dejará, de socorrer a quien por su honra pelea; que al fin Él hará que salgas con ganancia de aquesta pelea, y te contará este trabajo en semejanza de martirio. Pues como los mártires querían antes morir que negar la fe, así tú, padecer lo que padeces por no quebrar su santa voluntad. Y hacerte ha compañero en la gloria con ellos, pues lo eres acá en el trabajo. Y entretanto, consuélate con tener en ti mismo una prueba de que amas a Dios, pues por su amor no haces lo que tu carne apetece.

CAPÍTULO 16

De cómo el don de castidad es concedido a algunas personas, no sólo en el interior del ánima, mas también en la sensualidad; y esto por una de dos maneras.

A otros da Nuestro Señor este bien de la castidad más copiosamente; porque no sólo les da en el ánima este aborrecimiento de sus deleites, mas tienen tanta templanza en su parte sensitiva y carne, que gozan de grande paz, y casi no saben qué es tentación que les dé pena. Y esto suele ser en dos maneras: unos tienen paz y limpieza por natural complexión; otros por elección y merced de Dios.

Los que por complexión natural, no deben de engreírse mucho con la paz que sienten, ni despreciar a quien ven tentado. Porque no se mide la virtud de la castidad por tener esta paz, mas por tener propósito firme en el ánima de no ofender en este pecado a nuestro Señor. Y si uno, siendo tentado en su carne, tiene este propósito bueno en su ánima, con mayor firmeza que el otro, que carece de aquestas guerras, más casto será éste combatido, que el otro con su paz. Ni tampoco deben estos bien acomplexionados desmayarse diciendo: Poco hago, o gano, en ser casto; mas deben aprovecharse de su buena inclinación, eligiendo con el espíritu la castidad por agradar al Señor, a la cual su inclinación les convida. Y de esta manera servirán a Dios con lo superior de su ánima por la elección virtuosa, y con la parte sensitiva con su obediencia y buena inclinación.

Otros hay, que no por inclinación natural, mas por merced de nuestro Señor, son tan castos, que en su ánima sienten entrañable aborrecimiento a

aquesta vileza; y en su parte sensitiva tanta obediencia, que no va arrastrando a lo que le manda la razón, mas obedece con deleite y presteza, teniendo en entrambas entrañable paz. Este excelente estado rastrearon los filósofos que dijeron que había algunos varones tan excelentes, que tenían sus ánimos tan purgados, que no sólo obraban el bien sin guerra de pasiones, mas aun que, de muy vencidas, las tenían olvidadas; y que no sólo las pasiones no los vencían, mas aun ni los acometían. Mas esto que los filósofos hablaban y no tenían, porque sin gracia no hay verdadera virtud, los buenos cristianos lo tienen; a los cuales Dios quiere conceder este don perfecto, no ganado por fuerza de ellos, más concedido por el fuerte y celestial Espíritu Santo suyo, el cual se da por Jesucristo nuestro Señor, a semejanza del mismo Señor, que tuvo en carne corruptible entereza de virginidad.

Este celestial Espíritu infunde perfecta castidad en los que a Él place. Y hace esto, que así como lo superior del ánima está con perfecta obediencia sujetísimo a Dios, y recibe de Él poderosas fuerzas y excelentísima lumbre, estando unido tan perfectamente con Él y tan regido por la voluntad de Él, que diga el Apóstol (1 *Cor.,* 6, 17): *El que se llega a Dios, un espíritu es con Él*; así esta eficacia de Dios que infunde fuerza y pone disposición en la parte sensitiva, hace que, dejada la bestialidad y fiereza que de su naturaleza tiene, obedezca con deleite a la razón y se le dé muy sujeta. Y aunque en la naturaleza sean diversas, por ser una espiritual y otra sensual, mas allégase tanto la parte sensitiva a la razón, y toma tan bien su freno, que anda domada y doméstica; y aunque no es *razón*, anda como razonada, no impidiendo, mas ayudando al espíritu, como fiel mujer a su marido. Y así como hay ánimas de algunos tan miserablemente dadas a su carne, que no se rigen por otro norte sino por el apetito de ella, y siendo de naturaleza espiritual, se abaten a la miserable sujeción de su cuerpo, tan transformados en su carne que se tornan *encarnizadas*[3] y parecen, en su voluntad y pensamientos, un puro pedazo de carne, así la sensualidad de estotros se junta tanto con la razón, que parece más razón que las mismas ánimas de los otros.

Dificultosa cosa de creer parece ésta; mas, en fin, es obra y dádiva de Dios, concedida por Jesucristo su único Hijo, especialmente en el tiempo de la Iglesia cristiana; del cual tiempo estaba profetizado (*Isa.,* 11, 6) que *habían de comer juntos lobo y cordero, oso y león*; porque las afecciones

[3] Así habla el autor en el Trat. 3º del Santísimo Sacramento: «Cuando amas el dinero, está tu alma *endinerada*; y cuando amas a la mala mujer, está *enmujerada*, *encarnizada*, etc…

irracionales de la parte sensitiva, que como fieros animales querían tragar y maltratar el ánima, son pacificadas por el don de Jesucristo, y dejada su propia guerra, viven en paz, como dice Job (5, 23): *Las bestias de la tierra te serán pacíficas, y con las piedras de la región tendrás amistad*. Y entonces se cumple lo que es escrito en el Salmo (54, 14), que dice: *Tú, hombre unánime conmigo, y guía mía, y conocido mío, que comías conmigo los dulces manjares; anduvimos en la casa de Dios de un consentimiento*. Las cuales palabras dice el hombre interior a su exterior; teniéndole tan sujeto que le llama de un ánima, y tan conforme a su querer que dice que *comen entrambos dulces manjares, y andan en uno en la casa de Dios*, porque están tan amigos, que si el interior come castidad, u ora, o ayuna y vela, y otros santos ejercicios, hallando mucha dulcedumbre en ellos, también el nombre exterior hace estas obras, y le saben como dulce manjar.

Mas no entendáis por aquesto que venga uno en este destierro a tener tanta abundancia de paz, que no sienta algunas veces, en esto o en otras cosas, movimientos contra su razón; porque sacando a Cristo nuestro Redentor y a su Madre sagrada, no fue a otros concedido este privilegio. Mas habéis de entender, que aunque haya estos movimientos en las personas a quien Dios concede este don, no son tales ni tantos que les den mucha pena; antes, sin ponerles en estrecho de mucha guerra, ni quitarles la verdadera paz, son ligeramente por ellos vencidos. Como si viésemos en una ciudad a dos muchachos reñir, y luego se apaciguasen, no diríamos que por aquella breve contienda faltaba paz en la ciudad, si la hubiese en los restantes del pueblo. Y pues este estado confesaban los filósofos, sin conocer las fuerzas del Espíritu Santo, no sea dificultoso al cristiano confesar esto, y desearlo a gloria de la redención de Cristo y de su poder, al cual no hay cosa imposible; de cuyo advenimiento estaba profetizado que había de haber en él *abundancia de paz* (*Ps.,* 71, 3, 7). La cual llama Isaías (66, 12) ser como río. Y San Pablo (*Filip.,* 4, 7) dice ser *sobre todo sentido*.

Pues cuando la carne así estuviere obediente y templada, entonces estamos bien lejos de oír su lenguaje, y seguros de caer en la terrible maldición que echó Dios a Adán nuestro padre *porque oyó la voz de su mujer* (*Gen.,* 3, 17). Antes nosotros hacemos a ella que nos sirva y oiga nuestra voz; y como a pájaro encerrado en jaula, le enseñamos a hablar nuestro lenguaje, y ella lo aprende, pues con presteza nos obedece. De la cual larga obediencia que a la razón tiene, queda tan bien acostumbrada, que si algo pide, no son deleites, sino necesidad, y entonces bien la

podemos oír, según Dios mandó a Abraham (*Gen.,* 21, 12) *que oyese la voz de su mujer Sara*, que era ya muy vieja, y su carne tan enflaquecida y mortificada que *no tenía las superfluidades de otras mujeres de menos edad* (*Gen.,* 18, 11); y de esta tal carne algo más podemos fiar oyendo lo que nos dice. Aunque no debemos tanto creerla, que su dicho nos baste; mas debemos examinarla por la prudencia del espíritu, porque la que pensábamos estar muerta no se haga engañosamente mortecina, y tanto más peligrosamente nos derribe, cuando por más fiel la teníamos.

CAPÍTULO 17

En que se comienza a tratar de los lenguajes del demonio, y cuánto los debemos huir; y que uno de ellos es ensoberbecer a un hombre para le traer a grandes males y engaños; y de algunos medios para huir este lenguaje de la soberbia.

Los lenguajes del demonio son tantos cuantas son sus malicias, que son innumerables. Porque así como Cristo es fuente de todos los bienes, que se comunican a las ánimas de los que con obediencia se sujetan a Él, así el demonio es padre de pecados y tinieblas, que instigando y aconsejando a sus miserables ovejas, las induce a maldad y mentira, con que eternalmente se pierdan. Y porque sus astucias son tantas que sólo el Espíritu del Señor basta para descubrirlas, hablaremos pocas palabras, remitiendo lo demás a Cristo, que es verdadero enseñador de las ánimas.

Por muchos nombres es llamado el demonio, para declarar los males que él tiene; mas entre todos hablemos de dos, que son ser llamado *dragón* y *león*. *Dragón*, dice San Agustín, porque secretamente pone asechanzas; *león*, porque abiertamente persigue.

El asechanza que tiene para engañar es aquesta: alzarnos con la vanidad y mentira, y después derribar con verdadera y miserable caída. Ensálzanos con pensamientos que nos inclinan a estimarnos en algo, haciéndonos caer en soberbia; y como él sepa por experiencia ser este mal tan grande, que bastó a hacer en sí mismo de ángel demonio, trabaja con todas sus fuerzas de hacernos participantes en él, porque también lo seamos en los tormentos que él tiene. Sabe él muy bien cuánto desagrada la soberbia a Dios, y cómo ella sola basta a hacer inútil todo lo demás que el hombre tuviere, por bueno que parezca. Y trabaja tanto por sembrar esta

mala semilla en el ánima, que muchas veces dice verdades, y da buenos consejos y sentimientos devotos, solamente para inducir a soberbia, teniendo en muy poco lo que pierde en que uno haga algún bien, con que le pueda ganar todo entero, con el pecado de la soberbia, y con otros que tras él vienen. Porque así como un rey suele andar acompañado de gente, así la soberbia de otros pecados. La Escritura dice (*Eccli.,* 10, 15): *Principio de todo mal es la soberbia, y quien la tuviere será lleno de maldiciones*; quiere decir, de pecados y de castigos.

De un solitario leemos, al cual el demonio apareció mucho tiempo en figura de Ángel de Dios, y le decía muchas revelaciones, y hacía que cada noche relumbrase la celda, como si en ella hubiera lumbre de alguna vela o candil; después de todo lo cual lo persuadió que matase a su propio hijo, para que fuese igual en merecimientos al Patriarca Abraham. Lo cual el solitario engañado se aparejaba a hacer, si el hijo que lo sospechó no se fuera huyendo.

A otro apareció también en figura de Ángel, y le dijo mucho tiempo muchas verdades para acreditarse con él; y después dijóle una gran mentira contra la fe, la cual el otro engañado creyó.

También leemos de otro, que después de haber vivido cincuenta años con muy singular abstinencia, y con guarda de soledad más estrecha que cuantos estaban en aquel yermo, le hizo el demonio entender en figura de Ángel que se echase en un hondísimo pozo, para que por experiencia probase que a quien tanto había servido a Dios como él, ni aquello ni otra cosa le podía empecer [dañar]. Todo lo cual él creyó, y lo puso por obra; y siendo con mucho trabajo sacado medio muerto del pozo, y siendo amonestado por los santos viejos del yermo que se arrepintiese de aquello, porque había sido ilusión del demonio, no lo quiso creer ni hacer. Y lo que peor es, que aunque murió al tercero día, tenía tan metido el engaño en su corazón, que aun viéndose morir por causa de la caída, creyó todavía que había sido revelación de Ángel de Dios.

¡Oh, cuánto conviene a los aprovechados en la virtud vivir en el santo recelo de sí, como gente, que aunque tengan conjeturas de que están bien con Dios, mas no certidumbre; ni saben si son dignos de amor o de aborrecimiento en el tiempo presente, y menos lo que será de ellos en el tiempo que les resta de vivir! Y especialmente se deben de guardar mucho de creerse a sí mismos, acordándose de aquella profunda sentencia de San Agustín: «La soberbia merece ser engañada.»

Y, si como os he contado estos engaños pasados, os hubiese de contar los que han acaecido en tiempos presentes, ni se podrían escribir en pequeño libro, ni los podríades leer sin mucho cansancio. Por una parte es así, según lo podemos juzgar, que llueve Dios en los corazones de muchos aguas de misericordias particulares, con que no sólo hacen frutos exteriormente buenos, mas aun tienen con el Señor comunicación interior, y tan familiar, que con dificultad podrá ser creído. Y por otra parte se tiene también experiencia, que trae el demonio, permitiéndolo Dios, particular diligencia en estos tiempos, para engañar con falsos sentimientos y falsas hablas, exteriores e interiores, y con falsa luz de entendimiento a los que son soberbios y amigos de su parecer, con título que es parecer de Dios; y aun también para ejercitar por diversas vías a los que con humildad y cautela sirven a Dios. Por lo cual en aquestos tiempos, en los cuales parece haberse soltado Satanás, como dice San Juan (*Apoc.,* 20, 3), conviene que haya diligencia doblada en les que sirven a Dios, para no creer fácilmente estas cosas, y profunda humildad y santo temor, para que Dios no los deje engañar; y procurar luego de dar cuenta de lo que sienten y pasa en ellos a sus Prelados y mayores, que les pueden enseñar la verdad.

El Profeta dice (*Ps.,* 13, 3) que *debajo de la lengua de los malos hay ponzoña de víboras*; ¿cuánto mayor la habrá en el lenguaje del demonio, más malo que todos los malos? Y si él nos ensalzare de [por] los bienes que tenemos, humillémonos nosotros mirando los males que hacemos y que hicimos; los cuales fueron tantos, que si el Señor por su gran misericordia no nos fuera a la mano, y nos saliera al camino en que tan de corazón caminábamos, para quitarnos de él, como hizo a San Pablo, fuéramos creciendo en maldades como en edad, hasta que los infernales tormentos fueran pequeños para nuestro castigo. ¡Oh abismo de misericordia!, ¿y qué te movió a dar voces desde el Cielo en nuestro corazón y decir (*Act.,* 9, 4): *¿Por qué me persigues* con tu mala vida? Con las cuales nos derribaste de nuestra soberbia, y nos hiciste saludablemente temer y temblar, y que con dolor de haberte ofendido y deseo de agradarte te dijésemos: *Señor, ¿qué quieres que haga?* Y quieres Tú, Señor, que el remedio de nuestros males lo esperemos de Ti, mediante las medicinas de tu palabra y Sacramentos que tus ministros en tu Iglesia dispensan, y mandas que vayamos a ellos, como San Pablo a tu siervo Ananías. Así, que sabemos muy bien que *la perdición fue de nosotros, y el remedio fue tuyo* (*Oseas,* 13, 9). Y confesamos que tu infinita bondad te hizo llamar para Ti los que tan vueltas tenían las espaldas a Ti, y acordarte de los olvidados de Ti, haciendo mercedes a los que merecían tormentos,

tomando por hijos a los que habían sido malos esclavos, y aposentando tu Real Persona en los que primero fueron hediondos, y establo de suciedades. Estos males que entonces hicimos, nuestros eran; y si otra cosa somos, por Dios y en Dios lo somos, como dice el Apóstol (*Efes.,* 5, 8): *Erades algún tiempo tinieblas, mas ahora luz en el Señor*.

Conviene, pues, acordarnos del miserable estado en que por nuestra flaqueza nos metimos, si queremos estar seguros en el dichoso estado en que por su misericordia Dios nos ha puesto; creyendo muy de verdad que lo mismo haríamos que entonces hicimos, si la poderosa y piadosa mano de Dios de nos se apartase. Y si miramos a los muchos peligros a que estamos sujetos por nuestra flaqueza, no osaríamos del todo alegrarnos con el bien que de presente tenemos, por el temor de los pecados que podemos hacer. Y entenderemos cuan sano consejo es el de la Escritura (*Pr.,* 28, 14): *Bienaventurado el varón que siempre está temeroso*. Item (*Philip.,* 2): *Obrad vuestra salud con temblor y temor*. Y (1 *Cor.,* 10): *El que está en pie, mire no caiga*. Gemido ha de costar el pecado cometido para ser perdonado; y temor ha de costar el que está por hacer para que de él seamos librados; como se figura muy bien (*Gen.,* 33) en el temor que tuvo Jacob a Esaú, cuando de Mesopotamia venía, aunque Dios le había mandado venir.

Grande alegría mostraron los hijos de Israel, y devotos cantares hicieron a Dios, cuando tan gran maravilla hizo con ellos, que los pasó por el mar a pie enjuto (*Ex.,* 15); y parecíales, que pues en tan gran peligro no habían peligrado, ninguna cosa había de ser bastante para los derribar ni impedir que alcanzasen la tierra por Dios prometida. Mas la experiencia salió de otra manera; porque después de aquel gran favor sucedieron tentaciones y pruebas; y fueron hallados flacos e impacientes en la prueba y pelea los que habían sido devotos y alegres después de la pasada del mar. Y porque no alcanzan la corona prometida por Dios sino los que son hallados fieles en las pruebas que les envía, éstos no la alcanzaron porque no lo fueron; mas en lugar de la vida prometida, fueron castigados con morir en el desierto.

¿Quién será, pues, tan desatinado que, ahora mire a la vida pasada, ahora a la que le resta de vivir, que ose alzar su cabeza a tomar alguna soberbia, pues en lo pasado ve que tan miserablemente cayó, y en lo por venir a tantos temores está sujeto? Y si bien conociere y sintiere la verdad de cómo todo lo bueno viene de Dios, verá que el tener dones de Dios no ha de ensalzar vanamente al que los tiene, mas abajarle más, como quien

más agradecimiento y servicio debe. Y cuando piensa que «creciendo las mercedes, crece la cuenta que ha de dar de ellas», como San Gregorio dice, parécenle los bienes que tiene una carga pesada, que le hace gemir y ser más cuidadoso y humilde que antes.

Y porque es tanta nuestra liviandad, y tenemos tan metida en los huesos la secreta soberbia, que fuerzas humanas no bastan a limpiarnos del todo de este pecado, debemos pedir a Dios este don, suplicándole importunamente no nos permita caer en tan gran traición, que nosotros seamos robadores de la honra que de todo lo bueno a Él es debida. Con el ayuno se sanan las pestilencias de la carne, y con la oración las del ánima. Y por eso conviene al que esta pestilencia siente en su ánima, orar con toda diligencia y continuación, y presentarse delante del acatamiento de Dios, suplicándole le abra los ojos para conocer la verdad de quién sea Dios y de quién sea él, para que ni atribuya a Dios algún mal, ni atribuya a sí algún bien. Y así estará lejos de oír el falso lenguaje del soberbio demonio, que con la propia estima lo querría engañar; mas oye la verdad de Dios, que dice (2 *Cor.,* 10, 18) que la verdadera honra y estima de la criatura no consiste en sí misma, mas en recibir mercedes y ser estimada y amada de su Criador.

Y porque adelante se hablará más largo de esta materia cuando se hable del propio conocimiento [Cap. 57], no os diré más ahora.

CAPÍTULO 18

De otro lazo, contrario al pasado, que es la desesperación con que el demonio pretende vencer al hombre; y cómo nos habremos contra él.

Otra arte suele tener el demonio contraria a esta pasada; la cual es, no haciendo ensalzar el corazón, mas abajándolo y desmayándolo, hasta traerlo a desesperación; y esto hace trayendo a la memoria los pecados que el hombre ha hecho, y agravándolos cuanto puede, para que el tal hombre, espantado con ellos, caiga desmayado como debajo de carga pesada, y así se desespere. De esta manera hizo con Judas, que al hacer el pecado quitóle delante la gravedad de él, y después trájole a la memoria cuan gran mal era haber vendido a su Maestro, y por tan poco precio, y para tal muerte; y así cególe los ojos con la grandeza del pecado, y dio con él en el lazo, y de allí en el infierno.

De manera que a unos ciega con las buenas obras, poniéndoselas delante y escondiéndoles sus males, y así los engaña con la soberbia; y a otros escondiéndoles que no se acuerden de la misericordia de Dios, y de los bienes que con su gracia hicieron, y tráeles a la memoria sus males, y así los derriba con desesperación.

Mas así como el remedio de lo primero fue, queriéndonos él vanamente alzar en el aire, asirnos nosotros más a la tierra, considerando, no nuestras plumas de pavón, mas nuestros lodosos pies de pecados que hemos hecho, o haríamos, si por Dios no fuese, así en estotro engaño es el remedio quitar los ojos de nuestros pecados, y ponerlos en la misericordia de Dios y en los bienes que por su gracia hemos hecho. Porque en el tiempo que nuestros pecados nos combaten con desesperación, muy bien hecho es acordarnos de los bienes que hemos hecho o hacemos, según tenemos ejemplo en Job (13, 18), y en el rey Ezequías (4 *Reg.,* 20, 3). Y esto, no para poner confianza en nuestras buenas obras en cuanto son nuestras, porque no caigamos en un lazo huyendo de otro, mas para esperar en la misericordia de Dios, que pues Él nos hizo merced de que hiciésemos el bien con su gracia, Él nos lo galardonará, aun hasta el jarro de agua que por su amor dimos; y que, pues nos ha puesto en la carrera de su servicio, no nos dejará en la mitad de ella; pues *sus obras son acabadas* (*Deut.,* 32, 4), como Él lo es; y más hizo en sacarnos de su enemistad, que en conservarnos en su amistad. Lo cual nos enseña San Pablo diciendo (*Rom.,* 5, 10): *Si cuando éramos enemigos fuimos hechos amigos con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más ahora que somos hechos amigos, seremos salvos en la vida de Él*.

Cierto, pues su muerte fue poderosa para resucitar a los muertos, también lo será su vida para conservar en vida a los vivos. Si nos amó desamándole nosotros, no nos desamará, pues le amamos. De manera, que osemos decir lo que dice San Pablo (*Philip.,* 1, 6): *Confío que Aquel que comenzó en nosotros el bien, lo acabará hasta el día de Jesucristo*.

Y si el demonio nos quisiere turbar con agravarnos los pecados que hemos hecho, miremos que ni él es la parte ofendida, ni es tampoco el juez que nos ha de juzgar. Dios es a quien ofendimos cuando pecamos, y Él es el que ha de juzgar a hombres. Y, por tanto, no nos turbe que el acusador acuse; mas consolémonos, que el que es parte y Juez, nos perdona y absuelve, mediante nuestra penitencia, y sus ministros y Sacramentos. Esto dice San Pablo así (*Rom.,* 8): *Si Dios es por nos, ¿quién será contra nos? El cual a su propio Hijo no perdonó, mas por todos nosotros lo entregó.*

¿Pues cómo es posible que dándonos a su Hijo, no nos haya dado con Él todas las cosas? ¿Quién acusará contra los escogidos de Dios? Dios es el que justifica; ¿quién habrá que condene? Todo esto dice San Pablo. Lo cual bien considerado, debe esforzar a nuestro corazón a esperar lo que falta, pues tales prendas de lo pasado tenemos.

Ni nos espanten nuestros pecados, pues el Eterno Padre castigó por ellos a su Unigénito Hijo, para que así viniese el perdón sobre quien merecía el castigo, si el tal hombre se dispusiere a lo recibir. Y pues Él nos perdona, ¿qué le aprovecha al demonio que dé voces pidiendo justicia? Ya una vez fue hecha justicia en la cruz de todos los pecados del mundo; la cual cayó sobre el inocente Cordero, Jesucristo nuestro Señor, para que todo culpado que quisiere llegarse a Él y gozar de su redención por la penitencia, sea perdonado. Pues ¿qué justicia sería castigar otra vez los pecados del penitente con infierno, pues ya una vez fueron suficientemente castigados en Jesucristo? Y digo castigar con infierno, porque hablo del penitente bautizado, que por vía del Sacramento de la Penitencia recibe perdón y la gracia perdida, conmutándosele ordinariamente la pena del infierno, que es eterna, en pena temporal, que en esta vida satisfaga con buenas obras, o en el purgatorio padeciendo las penas de allá. Mas no piense nadie que no quitarse toda la pena, sea por falta de la redención del Señor, cuya virtud está y obra en los Sacramentos; porque *copiosa es*, como dice David (*Ps.,* 129, 7); mas es por falta del penitente, que no llevó disposición para más. Y tal dolor y vergüenza puede llevar, que de los pies del confesor se levante perdonado de toda la culpa y de toda la pena, como si recibiera el santo Bautismo, que todo esto quita a quien lo recibe aun con mediana disposición. Sepan todos que el óleo que nos dio nuestro grande Elíseo (4 *Reg.,* 4, 1-7), Jesucristo nuestro Señor, cuando nos dio su Pasión, que obra en sus Sacramentos riquísimos, es para poder pagar con él todas nuestras deudas, y vivir en vida de gracia, y después de gloria. Mas es menester que nosotros, como la otra *viuda*, llevemos vasos de buenas disposiciones, conforme a los cuales recibirá cada uno el efecto de su sagrada Pasión, que, en sí misma, bastantísima es, y aun sobrada.

CAPÍTULO 19

De lo mucho que nos dio el Eterno Padre en darnos a Jesucristo nuestro Señor; y cuánto lo deberíamos agradecer y aprovecharnos de esta merced, esforzándonos con ella para no admitir la desesperación con que el demonio suele combatirnos.

Mucha razón tiene Dios de quejarse, y sus pregoneros para reprender a los hombres, de que tan olvidados estén de esta merced, digna que por ella se diesen gracias a Dios de noche y de día. Porque, como dice San Juan (3, 16): *Así amó Dios al mundo, que dio a su Unigénito Hijo, para que todo hombre que creyere en Él y le amare, no perezca, mas tenga la vida eterna*. Y en esta merced están encerradas las otras, como menores en la mayor, y efectos en causa. Claro es que quien dio el sacrificio contra los pecados, perdón de pecados dio cuanto es de su parte; y quien el Señor dio, también dio el señorío; y, finalmente, quien dio su Hijo, y tal hijo *dado a nosotros*, y nacido para nosotros[4], no nos negará cosa que necesaria nos sea. Y quien no la tuviere, de sí mismo se queje, que de Dios no tiene razón. Que para dar a entender esto, no dijo San Pablo: *Quien el Hijo nos dio todas las cosas NOS DARÁ con Él*; mas dijo: *Todas las cosas NOS HA DADO con Él*; porque de parte de Dios todo está dado, perdón, y gracia y el Cielo. ¡Oh hombres!, ¿por qué perdéis tal bien, y sois ingratos a tal Amador y a tal dádiva, y negligentes a aparejaros para recibirla? Cosa sería digna de reprensión que un hombre anduviese muerto de hambre y desnudo, lleno de males; y habiéndole uno mandado en su testamento gran copia de bienes, con que podía pagar, y salir de sus males, y vivir en descanso, se quedase sin gozar de ellos por no ir dos o tres leguas de camino a entender en el tal testamento. La redención hecha está tan copiosa, que, aunque perdonar Dios las ofensas que contra Él hacen los hombres, sea dádiva sobre todo humano sentido, mas la paga de la Pasión y muerte de Jesucristo nuestro Señor excede a la deuda del hombre en valor, mucho más que lo más alto del Cielo y a lo más profundo del suelo. Como dice San Agustín: «Azotes debía el hombre culpado, y ser preso, y escarnecido y muerto; ¿pues no os parece que están bien pagados con azotes y tormentos y muerte de un hombre, no sólo justo, mas que es hombre y Dios?

[4] *Nobis datus, nobis natus.* (*Hymno* Pange, lingua.)

Inefable merced es que adopte Dios por hijos los hijos de los hombres, gusanillos de la tierra. Mas para que no dudásemos de esta merced, pone San Juan (1, 14) otra mayor, diciendo: *La palabra de Dios es hecha carne*. Como quien dice: No dejéis de creer que los hombres nacen de Dios por espiritual adopción, mas tomad, en prendas de esta maravilla, otra mayor, que es el hijo de Dios ser hecho hombre, e hijo de una mujer.

También es cosa maravillosa que un hombrecillo terrenal esté en el Cielo gozando de Dios, y acompañado de ángeles con honra inefable; mas mucho más fue estar Dios puesto en tormentos y menosprecios de cruz, y morir entre dos ladrones; con lo cual quedó la Justicia divina tan satisfecha, así por lo mucho que el Señor padeció, como principalmente por ser Dios el que padeció, que nos da perdón de lo pasado, y nos echa bendiciones con que nuestra esterilidad haga fruto de buena vida y digna del Cielo; figurada en el hijo que fue dado a Sara (*Gen.,* 18, 10), vieja y estéril. Porque el becerro cocido en la casa de Abraham (*Gen.,* 18, 7), que es Jesucristo, crucificado en el pueblo que de Abraham venía, fue a Dios tan gustoso, que de airado se tornó manso y la maldición conmutó en bendición, pues recibió cosa que más le agradó, que todos los pecados del mundo le pueden desagradar.

Pues ¿por qué desesperas, hombre, teniendo por remedio y por paga a Dios humanado, cuyo merecimiento es infinito? Y muriendo, mató nuestros pecados, mucho mejor que muriendo Sansón murieron los filisteos (*Judi.,* 16, 30). Y aunque tantos hubiésedes hecho tú como el mismo demonio que te trae a desesperación, debes esforzarte en Cristo, *Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo* (*Jn.,* 1, 29); del cual estaba profetizado que *había de arrojar todos nuestros pecados en el profundo del mar* (*Mich.,* 7, 19), y que *había de ser ungido el Santo de los santos, y tener fin el pecado, y haber sempiterna justicia* (*Dan.,* 9, 24). Pues si los pecados están ahogados, quitados y muertos, ¿qué es la causa por que enemigos tan flacos y vencidos te vencen, y te hacen desesperar?

CAPÍTULO 20

De algunas cosas que suele traer el demonio contra el remedio ya dicho para desmayarnos; y cómo no por eso debemos perder el ánimo, antes animarnos más, mirando la infinita misericordia del Señor.

Mas ya oigo, hombre, lo que tu flaqueza responde a lo dicho. Que ¿qué te aprovecha a ti que Cristo haya muerto por tus pecados, si el perdón no se aplica a ti? Y que, con haber muerto Cristo por todos los hombres, están muchos en el infierno, no por falta de *su redención*, que *es copiosa* (*Ps.,* 129, 7), mas por no aparejarse los hombres a la recibir; y por esta parte es tu desesperación.

A lo cual digo, que aunque dices verdad, no te aprovechas bien de ella. San Bernardo dice, que para tener uno testimonio de buena conciencia, que le dé alegría de buena esperanza, no basta creer en general que por la muerte de Cristo se perdonan los pecados, mas es menester confiar y tener conjeturas que se aplica el perdón al tal hombre en particular, mediante las disposiciones que la Iglesia enseña; pues que con creer lo primero puede desesperar, mas no con tener lo segundo; porque esperando, no puede desesperar. Mas debes mirar que es mucha razón que, viendo tú las entrañas del celestial Padre abiertas para dar a su Hijo, como lo dio, y viendo tal costa hecha y el Cordero divino ya muerto para que tú comas de Él y no mueras, debes desechar de ti toda pusilanimidad y pereza, y procurar de aprovecharte de la redención, confiando que te ayudará Dios para ello. Y pues que, para ser tú perdonado, no es menester que Cristo trabaje de nuevo, ni muera por ti, ni padezca poco ni mucho, ¿por qué piensas que ha de querer que, pues está hecha la costa de su convite, falten convidados para le comer? No es así, cierto, *ni es de su voluntad que el pecador muera, mas que se convierta y viva* (*Ez.,* 33, 11); y porque así se hiciese, Él perdió su vida en la cruz.

Y no pienses que, lo que has menester hacer para gozar de su redención, es alguna cosa imposible, o tan dificultosa que desesperes de salir con ella, según eres flaco; un gemido de corazón que a Dios des con dolor por haber ofendido a tal Padre, y con intención de la enmienda; manifiesta tus pecados a un sacerdote que te pueda absolver, y oirán aun tus orejas de carne, para mayor consolación tuya, la sentencia de tu proceso, por la cual te digan: *Yo te absuelvo de todos tus pecados en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo*.

Y si aun te parece que tu dolor no es tan cabal como había de ser, y por esto desmayas, no te fatigues; porque es tanta la gana que el Señor tiene de tu salvación, que suple Él nuestras faltas con el privilegio que dio a su Sacramento, para hacer del atrito contrito[5]. Y si te parece que aun para hacer esto poco no eres, dígote que no presumas de lo hacer tú a solas, mas llama al celestial Padre, y pídele que, por Jesucristo su Hijo, te ayude a dolerte de la vida pasada, y a proponer la enmienda de lo por venir, y a bien confesarte, y, finalmente, para todo lo que has menester. Y Él es tal, que no hay por qué esperar de sus manos sino toda blandura y socorro, pues el mismo que da el perdón inspira la disposición para ello.

Y si con todo esto no sientes consuelo, aunque oíste la sentencia de tu absolución, no te desmayes, ni dejes lo comenzado: que si en una confesión no sentiste consuelo, en otra o en otras lo sentirás, y se cumplirá en ti lo que dijo David penitente (*Ps.,* 50): *A mi oído darás gozo y alegría, y gozarse han mis huesos humillados*. Cierto, así pasa, que las palabras de la absolución sacramental, ya que no den a un hombre tanta certidumbre del perdón, que tenga de ello fe ni evidencia, mas danle tal reposo y consuelo, con que se pueden alegrar *las fuerzas* de su ánima, que por el pecado estaban *humilladas* y quebrantadas.

No cese el hombre de buscar el perdón; que si en la demanda porfía, *el Padre* de las misericordias *saldrá al encuentro a su hijo pródigo*, y se lo dará y le vestirá con celestial ropa de gracia, *y se holgará de ver ganado a su hijo por la penitencia, que estaba perdido por el pecado* (*Lc.,* 15, 20). Y no sea a nadie increíble que Dios usa con los pecadores leyes de tanta blandura y dulzura, sacadas de su bondad y verdaderísimo amor, pues que usó con su Hijo leyes de tanto rigor, que queriéndolo tanto como a sí mismo, y siendo quien es, y pagando por pecados ajenos, no le hizo suelta de un solo pecado, de que su justicia quedase por satisfacer. Y por esto, como un león, aunque bravo, si está bien harto y contento, no hace daño a los animales; que si hambriento estuviera, se los tragara; así la divina Justicia, con el satisfecho [la satisfacción, hartura] que tiene en Jesucristo, Cordero divino, no hace mal a los que ve llegarse a Él para incorporarse en su cuerpo, ni impide a la misericordia para que haga en ellos según su costumbre. Y de aquí viene, que en lugar de airado Juez, nos sea Dios piadoso Padre.

[5] *Del atrito, contrito*. La atrición, junto con el Sacramento de la Penitencia, perdona el pecado e infunde la gracia; y así equivale a la *contrición*.

CAPÍTULO 21

En que se prosigue la grandeza de la misericordia de Dios, que usa con los que le piden perdón de corazón. Es una consideración bastante para vencer toda desesperación.

Peligrosa ponzoña bebe quien hace pecado; feísima y terrible faz tiene para espantar a quien de verdad lo conoce, y muy bastante para desmayar a cualquier hombre, por fuerte que sea, si se para a considerar con vivo sentido lo que ha hecho, y contra quién lo ha hecho, y las promesas del bien que ha perdido, y amenazas del mal que están sobre su cabeza. Mirando las cuales cosas David, aunque hombre esforzado, dice (*Ps.,* 39, 13): *Mi corazón se me ha desmayado*. Mas este mal tan grande no lo deja Dios sin remedio, según hemos dicho. Y porque tome este remedio la persona que lo hubiere menester, manifestaré algo de las grandezas de la misericordia de Dios, de que usa con los pecadores que le piden perdón.

El demonio hará de las suyas, y asombraros ha, según hemos dicho, con la muchedumbre y grandeza de vuestros pecados. No le respondáis vos, mas volveos a Dios y decidle (*Ps.,* 24, 11): *Por tu nombre, Señor, me perdonaras mi maldad, porque mucha es*. Y si Dios os da a sentir el misterio de aquestas palabras, cierto, estaríades bien lejos de desesperar, por mucho que hayáis pecado. ¿Visteis nunca, u oísteis tribunal de juez, donde siendo uno acusado de muchos y grandes pecados, con intención de que sea condenado y castigado según él merece, él mismo confiese sus culpas, y conceda su acusación, y tome por medio para que le absuelvan, la confesión de aquello que el acusador mucho exageraba, y en que estribaba para lo condenar? Dice el culpado al juez: *Señor, yo concedo y confieso que he pecado mucho, mas vos me perdonaréis por la honra de vuestro nombre*; y sale con ello por parte de Dios, y por parte de sí.

El Señor Dios tiene justicia y misericordia; y cuando mira nuestras culpas con su justicia, provócanle a ira; y mientras más pecados tenemos, a mayor castigo le provocamos. Mas cuando mira nuestros pecados con misericordia, no le mueven a ira, sino a compasión; porque no los mira como a ofensa suya, sino como a mal maestro; y como ningún mal nos puede venir que tanto daño nos haga como el pecar, ninguno es materia de misericordia tan a lo propio, como la culpa, mirándola según he dicho. Y cuanto más hemos pecado, tanto más nos hemos hecho más mal, y tanto más se provoca a misericordia el corazón que la tiene y quiere usar de ella,

como lo es el corazón del Señor *misericordioso y hacedor de misericordias*.

Ahora sabed, que en una de dos maneras se han los hombres que mucho han pecado.—Unos, desesperados de remedio, cómo Caín, vuelven las espaldas a Dios y *entréganse*, como dice San Pablo (*Ephes.,* 4, 19), *a toda suciedad* y pecado, y enduréceseles cada día más su corazón para todo bien, hasta que, cuando vienen al profundo de los pecados, no se les da nada de ellos, gloriándose en su malicia, y tanto más dignos de ser llorados cuanto ellos menos se lloran. Lo que a éstos acaecerá es lo que la Escritura dice (*Eccli.,* 3, 27): *Al corazón duro, mal le irá en sus postrimerías*. ¡Y ay de aquel que este mal ha de probar, que muy mejor le fuera no haber nacido!—Otros hay, que habiendo hecho muchos pecados, tornan sobre sí con el socorro de Dios, e hiriendo su corazón con dolor, y llenos do confusión y vergüenza, humíllanse delante de la misericordia de Dios, tanto con mayor humildad y gemido, cuanto han sido sus pecados más y mayores. Y como Dios *tenga sus ojos puestos en el corazón contrito y humillado* (*Ps.,* 50, 19), y *dé su gracia a los tales humildes* (*Jac.,* 4, 6), da mayor gracia a los más humildes. Y la ocasión de ello fue haber pecado muchos pecados, los cuales ellos confiesan y gimen; mas no desesperan, y alegan delante la misericordia de Dios, que pues su miseria y daño es muy grande, sea con ellos la misericordia de Él copiosa y muy grande. Y así decía David: *Ten, Señor, misericordia de mí según tu gran misericordia*. Y como Dios, según hemos dicho, mira con ojos de misericordia al pecador contrito y humillado, da aquí mayor perdón y mayor gracia, que donde no hay tantos pecados ni tanta humildad; cumpliéndose lo que dijo San Pablo (*Rom.,* 5), que *donde el pecado abundó, la gracia sobrepujó*; y resulta la mayor caída del nombre en mayor alabanza de Dios, pues le da mayor perdón y más gracia.

¿Quién, pues, habrá que esto entienda, que se desespere por tener muchas deudas, pues que ve que la liberalidad y merced del Señor es manifestada y más glorificada en dar mayor suelta, y que toma Dios por honra de su nombre el perdonar, y perdonar mucho? Antes, conociendo que es cosa justa que el Señor y su nombre sean glorificados, diremos, no con desesperación, mas muy confiados (*Ps.,* 24): *Por tu nombre, Señor, me perdonarás mi pecado, porque es mucho*. Y la gloria que de aquí Dios saca, no nace de nuestro pecado, pues que de sí mismo es desprecio y desacato de Dios; mas procede de la omnipotente bondad divinal, que saca bien de los males, y hace que le sirvan sus enemigos con dar materia para que sus amigos le alaben.

Acordaos, que estando el pueblo de Dios, cuando de Egipto salió, en muy grande aprieto, y que esperaban la muerte de mano de los enemigos que tras ellos venían, díjoles Moisés (*Ex.,* 14, 13): *No temáis, porque estos* gitanos [egipcios] *perecerán, y nunca más los veréis*. Y como la mar ahogase a los gitanos y los echase a la orilla, paráronselos a mirar los hijos de Israel; y aunque los vieron, viéronlos muertos, y tan sin temor de mirarlos, como si nunca más los miraran; y tomaron ocasión de dar gloria a quien los mató, y dijeron (*Ex.,* 15, 1): *Cantemos al Señor, porque gloriosamente ha sido engrandecido: que al caballo y al caballero ahogádolos ha en el mar*. Todo lo cual es figura de aquel aprieto en que nuestros pecados nos ponen, representándosenos como enemigos muy fuertes que nos quieren matar y tragar; mas la divina palabra, llena de toda buena esperanza, nos esfuerza diciendo que no desesperemos ni tornemos atrás a los vicios de Egipto, mas que siguiendo el propósito bueno, con que comenzamos el camino de Dios, estemos en pie confortados con su socorro, para que veamos sus maravillas; las cuales son, que en la mar de su misericordia, y en la sangre bermeja de Jesucristo su Hijo, son ahogados nuestros pecados; y también el demonio que caballero en ellos venía, para que ni él ni ellos nos puedan dañar; antes acordándonos de ellos, aunque nos duelan como es razón, nos den ocasión que demos gracias y gloria al Señor Dios nuestro por habernos sido piadoso Padre en nos perdonar, y sapientísimo en sacar bienes de nuestros males, matando de verdad el pecado que nos mataba. Y lo que queda vivo de él que es la memoria de lo haber cometido, hace que sirva para que sus escogidos sean más aprovechados que antes, y ensalzadores de la honra de Dios.

CAPÍTULO 22

Donde se prosigue el tratar de la misericordia que el Señor usa con nosotros, venciendo su Majestad nuestros enemigos por admirable manera.

Esta admirable hazaña de Dios, que saca triaca de la ponzoña contra la misma ponzoña, sacando del pecado la destrucción del mismo pecado, nace y tiene semejanza de otra hazaña que el Altísimo hizo, no menor, sino mayor que ésta y que todas; la cual fue la obra de su Encarnación y Pasión. En la cual no quiso Dios pelear con sus enemigos con armas de la

grandeza de su Majestad, mas tomando las armas de nuestra bajeza, vistiéndose de carne humana, que aunque limpia de todo pecado, fue *semejante a carne de pecado* (*Rom.,* 8, 3), pues fue sujeta a penas y muerte, lo cual el pecado metió en el mundo. Y con estas penas y muerte, que sin deberlas tomó, venció y destruyó nuestros pecados; destruidos los cuales, se destruyen penas y muerte, que entraron por ellos; como si uno pegase fuego a un tronco de un árbol con los mismos ramos del árbol, y así quemase el tronco y los ramos. ¡Cuán engrandecida, Señor, es tu gloria! Y ¡con cuánta razón te debemos cantar y alabar, mejor que al otro David, pues sales al campo contra Goliath que ponía en aprieto al pueblo de Dios, sin haber quien lo pudiese vencer, ni aun osase entrar en campo con él! (1 *Reg.,* 17). Mas tú, Señor, Rey nuestro y honra nuestra, disimulando las armas de tu omnipotencia y vida divina, que en cuanto Dios tienes, peleaste con él; tomando en tus manos el báculo de tu cruz, y en tu santísimo cuerpo cinco piedras, que son cinco llagas, lo venciste y lo mataste. Y aunque fueron cinco las piedras, sola una bastaba para la victoria; porque aunque menos pasaras de lo que pasaste, había merecimientos en Ti para nos redimir. Mas Tú, Señor, quisiste que tu redención fuese *copiosa* y que sobrase, para que así fuesen confortados los flacos y encendidos los tibios, con ver el excesivo amor con que padeciste y mataste nuestros pecados; figurados en Goliath, al cual mató David, no con espada propia que él llevase, mas con la misma que el gigante tenía; por lo cual la victoria fue más gloriosa, y el enemigo más deshonrado. Mucha honra ganara el Señor si, con sus propias armas de vida y omnipotencia divina, peleara con nuestros pecados y muerte, y los deshiciera; mas mucha más ganó en vencerlos sin sacar Él su espada, antes tomando la misma espada y efecto *del pecado*, que son penas y muerte, *condenó al pecado en la carne* (*Rom.,* 8, 3) ofreciendo Él su carne para que fuese penada y tratada como si fuera carne de pecador, siendo carne de justo y de Dios, para que por esta vía, como dice San Pablo, *la justificación de la Ley se cumpliese en nosotros, que no andamos según la carne, mas según el espíritu*.

Y pues *la justificación de la Ley se cumple en nosotros*, por andar según el espíritu, claro es que estas tales obras con que se cumple la Ley son cuales ella las pide, y con las cuales ella se satisface. Y así consta haber falsamente hablado quien dijo que «todas las obras que hacía un justo eran pecado»[6]. Cristo venció perfectamente al pecado,

[6] Tal es el error grande y herético de Martín Lutero, que desconoció el efecto santificador producido en el alma por la gracia divina y sobrenatural que Jesucristo

mereciéndonos perdón para los hechos, y fuerza para no los hacer. Y así libró nuestra ánima *de la Ley del pecado*, pues no le tenemos ya por señor. Y librónos *del daño de las penas*, pues que, dándonos gracia para sufrirlas, satisfacemos con ellas la pena que en purgatorio debemos, y ganamos en el Cielo coronas [en esta vida presente y mortal, ya que en el purgatorio ya no se puede merecer]. Y también nos libró de la Ley de la muerte; porque aunque hayamos de pasar por ella, no hemos de permanecer en ella, mas como quien se echa a dormir, y después recuerda, nos ha el Señor de resucitar para vivir una vida que nunca más muera, y tan bienaventurada que *reformará el cuerpo de nuestra bajeza, y lo hará conforme al cuerpo de su claridad* (*Phil.,* 3, 21). Y entonces, alegres y asegurados del todo, despreciando nuestros enemigos y triunfando, diremos (1 *Cor.,* 15, 55): *Muerte, ¿qué es de tu victoria? Muerte, ¿qué es de tu aguijón?* El cual es el pecado, en quien la muerte tiene su fuerza para herir, como la abeja en su aguijón, pues *por el pecado entró la muerte en el mundo* (*Rom.,* 5, 12). El un enemigo y el otro, que solían enseñorearse y herir a las gentes, ahogados quedan en la sangre bendita de Jesucristo, y muertos con su muerte preciosa. Y en lugar de ellos, sucede sempiterna justicia con que el ánima aquí es justificada, y después sucede vista de Dios, faz a faz en el Cielo [por la luz de la gloria], y vida bienaventurada en cuerpo y ánima para siempre.

¿Qué diremos a estas cosas, doncella, sino lo que nos enseña San Pablo diciendo (1 *Cor.,* 15, 57): *¡Gracias a Dios que nos dio victoria por Jesucristo! Al cual adorad, y con corazón amoroso y agradecido decidle: Toda la tierra te adore, y te cante, y diga cantar a tu nombre*? (*Ps.,* 65, 4). Y decidlo muchas veces al día, y en especial cuando en el altar es alzado su sacratísimo Cuerpo por manos del sacerdote.

CAPÍTULO 23

Del grande mal que hace en el ánima la desesperación; y cómo conviene vencer este enemigo con espiritual alegría, y diligencia y fervor en el servicio de Dios.

Es la desesperación y caimiento del corazón tiro tan peligroso de nuestro enemigo, que cuando yo me acuerdo de los muchos daños que por

---

nos mereció con su preciosísima sangre.

ella han venido a conciencias de muchos, deseo hablar algo más en el remedio de aqueste mal, si por ventura resultare algún provecho.

Acaece así, que hay personas que andan cargadas con muchedumbre de grandes pecados, y ni saben qué es desesperación, ni aun un poco de temor, ni les pasa por pensamiento, sino andan asegurados con una falsa esperanza y presunción loca, ofendiendo a Dios y no temiendo castigo. Y si la misericordia de Dios luce en sus ánimas, y comienzan a ver la grandeza de sus males, siendo razón, que pues piden a Dios misericordia con deseo de enmienda, y reciben el beneficio y consuelo de los Sacramentos, con esto estuviesen esforzados para contra lo pasado, y para lo que en el camino de Dios se les pudiese ofrecer; tienen extremo de demasiado temor, como antes lo tenían de falsa seguridad; no entendiendo que los que a Dios ofenden y no se arrepienten, tienen por qué temer y temblar, aunque todo el mundo les favorezca, pues tienen provocada contra sí la ira del Omnipotente, al cual no hay quien resista; y que los que se humillan a Dios y reciben sus santos Sacramentos y quieren hacer su voluntad, deben tener, como dicen, un ánimo de león, pues les está mandado que con estas prendas confíen que Dios es con ellos. Al cuál, como lo tienen por enemigo de malos, y por haberlo ellos sido, por eso temen, es mucha razón que lo tengan por amigo de buenos, y que por aquella buena voluntad que les ha dado, pueden confiar que lo es de ellos y lo será, acrecentando el bien que Él mismo plantó, y perfeccionando lo que comenzó. Cierto, es así, que en diciendo un hombre de verdad lo que decía David (*Ps.,* 118, 48): *Alcé mis manos para obrar tus mandamientos, que yo amé*, pone Dios sus ojos y corazón donde el hombre pone sus manos, para favorecer al tal hombre; y como quien es bueno por infinita bondad, acoge debajo su amparo y de su bando al que quiere pelear por su honra, haciendo guerra a sí mismo por dar contentamiento a Dios.

Y aunque es verdad que cuando el hombre comienza a servir a Dios con llamamiento particular suyo, que le incite a —despreciadas todas las cosas— buscar *la margarita* del Evangelio (*Mt.,* 13, 45) con perfección de vida espiritual, se levantan contra el tal hombre tales asechanzas y guerras de los demonios por sí y por medio de malos hombres, y le ponen en tal aprieto, que al primer paso que se levanta de tierra, y pone el pie en la primera de las quince gradas para subir a la perfección, es constreñido a decir (*Ps.,* 119, 1): *Como fuese atribulado, llamé al Señor y oyóme: Señor, libra mi ánima de los labios malos y lengua engañosa. Labios malos* son los que abiertamente impiden el bien, y *lengua engañosa* la que solapadamente quiere engañar. Y algunas veces se ofrecen, o lo parece, tan

grandes impedimentos para salir con lo comenzado, que son semejables a aquellos grandes gigantes que decían los hijos de Israel (*Núm.,* 13, 34): *Comparados nosotros a ellos, somos como unas pequeñas langostas. Y parecen los muros de la ciudad que hemos de combatir, llegar con su alteza a los cielos, y que la tierra que allí hay traga a sus moradores*. Mas con todo esto debéis mirar, y miremos todos con ojos abiertos, cuánto desagradó a Dios el desmayo y desesperación que los hijos de Israel tuvieron con estas cosas ya dichas; pues que los pecados que en el desierto habían hecho, aunque eran muchos y grandes, y uno de ellos fue adorar por Dios al becerro, que parece no poder más crecer la maldad; todo esto les sufrió Dios, y les dio su favor para proseguir la empresa comenzada, y no les sufrió la desconfianza y desesperación que de su misericordia y poder tuvieron, y les juró en su enojo, como dice David (*Ps.,* 94, 11) *que no entrarían en su holganza*, y como lo juró lo cumplió. ¿No os parece que tenemos razón para maldecir este vicio, contrario a la honra de la bondad divinal, la cual es mayor que nuestra maldad, cuanto Dios es mayor que el hombre?

Y tened por cierto, que como el camino de la perfecta virtud sea una muy reñida batalla, y con enemigos muy fuertes dentro de nos y fuera de nos, no puede llevar consigo quien comienza esta guerra cosa más perjudicial, que la pusilanimidad de corazón; pues quien ésta tiene, de las sombras suele huir.

Con mucha causa mandaba Dios en tiempos pasados que cuando su pueblo estuviese en la guerra, antes que comenzasen a pelear, sus sacerdotes esforzasen al pueblo, no con esfuerzos humanos de muchedumbre de gentes y de armas, mas con la sombra del Señor de los ejércitos, en cuya mano está la victoria; el cual suele vencer los altos gigantes con las pequeñas langostas, para gloria de su santo nombre. Y conforme a esto que Dios mandaba, dice aquel valeroso San Pablo a los que quieren entrar en la guerra espiritual (*Ephes.,* 6, 10): *Confortaos en el Señor, y en el poder de su fortaleza*; para que así confortados peleen las peleas de Dios con alegría y esfuerzo. Como de Judas Macabeo se lee (1 *Mac*., 3, 2) que *peleaba con alegría*, y así vencía. Y San Antón, hombre experimentado en las espirituales guerras, solía decir que «la alegría espiritual es admirable y poderoso remedio para vencer a nuestro enemigo». Que cierto es, que el deleite que se toma en la obra, acrecienta fuerzas para la hacer. Y por esto San Pablo nos amonesta (*Philip.,* 4, 4): *Gózaos siempre en el Señor*. Y de San Francisco se lee que reprendía a los frailes que veía andar tristes y mustios, y les decía: «No debe el que a Dios

sirve estar de esta manera, si no es por haber cometido algún pecado. Si tú lo has hecho, confiésate, y torna a tu alegría.» Y de Santo Domingo se lee parecer en su faz una alegre serenidad, que daba testimonio de su alegría interior, la cual suele nacer del amor del Señor, y de la viva esperanza de su misericordia, con la cual pueden llevar a cuestas su cruz, no sólo con paciencia, mas con alegría; como lo hicieron aquellos que *les robaron los bienes y quedaron alegres* (*Hebr.,* 10, 34). Y la causa fue porque aposentaron en su corazón que tenían mejor hacienda en el Cielo; experimentando lo que dijo San Pablo (*Rom.,* 12, 12): *Gozosos en la esperanza, y sufridos en la tribulación*; porque sin lo primero, mal se puede haber lo segundo.

Mas cuando este vigor y alegría falta, es cosa digna de compasión ver lo que pasan personas que andan en el camino de Dios, llenos de tristeza desaprovechada, aheleados [amargados, llenos de hiel] los corazones, sin gusto en las cosas de Dios, desabridos consigo y con sus prójimos, y con tan poca confianza de la misericordia de Dios, que por poco no tendrían ninguna. Y muchos hay de éstos que no cometen pecados mortales, o muy raramente; mas dicen, que por no servir a Dios como deben y como desean, y por los pecados veniales que hacen, están de aquella manera; como en la verdad sean tales las cosas que se siguen de aquella pena demasiada, que les daña mucho más lo que de la culpa sucede, que la misma culpa que cometieron. Y lo que pudieran atajar, si prudencia y esfuerzo tuvieran, lo hacen crecer, y que de un mal caigan en otro.

Deben éstos procurar y trabajar de servir a Dios con toda diligencia; mas si se vieren caídos, lloren, mas no desconfíen. Y conociendo ser más flacos de lo que pensaban, humíllense más, y pidan más gracia, y vivan con mayor cautela, tomando avisos de una vez para otra. Y hacen muchos al revés de esto, que son descuidados y perezosos en servir a Dios, y en cayendo en la culpa no se saben valer, sino dan consigo en el pozo de la desconfianza y de mayor negligencia; como en la verdad la principal causa para evitar la desesperación sea evitar la tibieza y descuido en el servicio de Dios; porque habiendo estas raíces, quiera el hombre, o no, no puede tener aquel vigor de corazón y esfuerzo que de la buena y diligente vida se siguen. Y si éstos considerasen que pasan mayor trabajo con estos sentimientos tristes y desesperados que de la tristeza se siguen, que pasarían en cortar de raíz las malas afecciones y peligrosas ocasiones que los impiden de servir a Dios con fervor, ya que fuesen amigos de huir de trabajos, habían de elegir los que tiene anejos la perfecta virtud, por huir los que se siguen a la falta de ella.

San Pablo dice (1 *Tim.,* 1, 5): *Fin del mandamiento es la caridad, que procede de puro corazón, y conciencia buena, y fe no fingida*. Y llama *conciencia buena*, como dice San Agustín, a *la esperanza*, para darnos a entender que si no hay buena conciencia, teniendo fe y amor, y buenas obras, que de aquí proceden, no habrá viva esperanza que nos dé alegría. Y si hay alguna falta en la buena conciencia, habrála también en el conhorte [consuelo, esfuerzo] y alegría que se causan por la perfecta esperanza, porque aunque no muera, pues el tal hombre está en gracia, mas en fin obrará flacamente.

Así que los que dicen: «Cree que Dios te perdona y te ama, y serás perdonado y amado» [Para Lutero, a quien alude el autor, la justificación no es más que la fe, la confianza, la corazonada con que uno se persuade que está perdonado, que es justo, aunque siga siendo tan corrompido, pues todas sus obras siguen siendo pecado]; y otras semejables palabras a éstas, muy gravemente se engañan, y dan testimonio que hablan de imaginación, y no de experiencia, ni según la fe. Y aquellos tales esfuerzos, como no son de Dios, no pueden tener en pie al hombre cuando se ofrece tribulación que sea de verdad. El esfuerzo del corazón, y el gozo de la buena conciencia, frutos de la buena vida son; el cual hallan dentro de sí los que bien viven, aunque no miren en ello; y cuanto más crece lo uno, más crece lo otro. Y de causa contraria se sigue el efecto contrario, según está escrito (*Eccli.,* 36, 22): *El corazón malo da tristeza*, y de ésta nace la desconfianza, y otros males con ella.

CAPÍTULO 24

De dos remedios para cobrar esperanza en el camino del Señor; y que conviene no acobardarnos, aunque el remedio de la tentación se dilate; y cómo hay corazones que no se saben humillar sino con golpes de tribulaciones, y por eso los conviene ser así curados.

Lo que de todo esto habéis de sacar es, que pues tanto os conviene andar confortada con la buena esperanza, y alegre en el servicio de Dios, procuréis para ello dos cosas. La una, la consideración de la bondad y amor divinal, que en darnos a Jesucristo por nuestro se nos manifiesta. Y la otra, que echando de vos toda pereza y tibieza, sirváis con diligencia a nuestro Señor. Y cuando en alguna culpa cayéredes, que no os desmayéis

con desconfianza, mas que procuréis el remedio y esperéis el perdón. Y si muchas veces cayéredes, muchas procuréis de os levantar. Porque ninguna razón sufre que vos os canséis de recibir el perdón, pues Dios no se cansa de os lo dar. Que quien mandó que perdonásemos a nuestros prójimos *no sólo siete veces al día, más setenta veces siete* (*Mt.,* 18, 22), que quiere decir, que perdonemos sin tasa, muy mejor dará el Señor su perdón cuantas veces le fuere pedido; pues su bondad es mayor, y está puesta por ejemplo a la cual sigamos nosotros.

Y si la entereza de vida y remedio que vos deseáis no viene tan presto como querríades, no por eso penséis que nunca os ha de venir. Y no seáis semejantes a los que dijeron: *Si en cinco días no enviare Dios remedio, darnos hemos a nuestros enemigos*; porque con mucha razón reprendió a estos tales Judith (8, 11), y les dijo: *¿Quién sois vosotros, que tentáis al Señor? No es tal palabra como ésta para provocarle a misericordia, mas antes para despertar su ira y encender su furor. ¿Habéis vosotros señalado tiempo de la misericordia del Señor? ¿Y habéis señaládole día conforme a vuestra voluntad?* Aprended, pues, a esperar al Señor hasta que venga con su misericordia, y no os canséis de padecer, pues os va en ello la vida. Y si los aprietos grandes os enflaquecen la esperanza, ellos mismos os la deben esforzar, porque suelen ser víspera del remedio; pues la hora del Señor para librar es cuando la tribulación ha mucho tiempo durado, y en el presente aprieta más; como parece en sus discípulos, a los cuales dejó padecer *tres partes de la noche*, y a la postrera los consoló (*Mt.,* 14, 25). Y a su pueblo libró del cautiverio de Egipto cuando estaba más crecida la tribulación que padecía; y así hará a vos cuando no penséis.

Y si os parece que quisiérades tener una vida muy santa y perfecta, y que toda ella diera gloria al Señor, sabed que hay personas tan soberbias y yertas [erguidas, orgullosas, tiesas], que no se saben humillar sino a costa de tentaciones y de desconsuelos, y aun de caídas; y son tan flojas, que no andan el camino de Dios con diligencia, sino a poder de muchas espoladas; y tienen un corazón tan duro, que han menester para quebrantarlo tener muchos males; y no saben tener discreción ni cautela, sino después de haber muchas veces errado; en fin, tienen un corazón, que con pocos bienes se hincha y hace vano; y han menester muchos males para andar humillados para con Dios y los prójimos. Y la cura de estos males ya vos veis que no puede ser sino con cauterios de fuego, de permitir Dios desconsuelos e ignorancias, y aun pecados, para que así lastimados, se humillen y sean libres de los males ya dichos. Dice el Profeta Miqueas (4,

10): *Vendrás hasta Babilonia, y allí serás librado, y te redimirá Dios de la mano de tus enemigos*; porque en la confusión de estas caídas y vida se suele el hombre humillar y buscar el remedio de Dios y hallar lo que por ventura, a no haber caído, lo perdiera por soberbia, o no lo buscara con diligencia y dolor.

Gracias, Señor, a Ti para siempre, que de males tan perjudiciales sueles sacar bienes del Cielo, y que tan bien eres glorificado en perdonar pecadores, como lo eres en hacer justos y tenerlos en pie, y salvas, por vía de corazón contrito y humillado, al que no fue para servirte con lealtad; y haces que los pecados den ocasión a que el hombre sea humilde, cauto y diligente; y que como Tú dijiste (*Lc.,* 7, 43): *A quien más sueltan, más ame*. Y así se cumple lo que dijo tu Apóstol (*Jac.,* 2, 13) que *misericordia en justicia hace parecer más ilustre tu justicia*, pues parece mayor tu bondad en perdonar y salvar a los que han pecado y se tornan a Ti. Y en otra parte dijo (*Rom.,* 8, 28) que *los que aman a Dios, todas las cosas se les tornan en bien*, y aun los pecados que han hecho, como dice San Agustín. Lo cual no toméis por ocasión de tibieza, ni de pecar fácilmente, pues por ninguna cosa se debe hacer; mas para que si tal desdicha os viniere que ofendáis a nuestro Señor, no hagáis otro peor mal en desconfiar de su misericordia.

CAPÍTULO 25

Cómo el demonio procura traer a desesperación poniendo tentaciones contra la fe y cosas de Dios; y de los remedios que habemos de usar contra estas tentaciones.

Otras veces suele el demonio hacer desmayar trayendo pensamientos contra la fe, o muy sucios y abominables contra las cosas de Dios; y hace entender al que los tiene que salen de él y que él los quiere. Y con esto atribúlale de tal manera, que le quita toda la alegría del ánima, y le hace entender que está desechado de Dios y condenado de Él, y pónele gana de desesperar, diciéndole que no puede parar en otra parte sino en el infierno, pues ya tiene blasfemias y cosas semejables a las de allá. No es tan necio el demonio, que no se le entiende que un cristiano católico no ha de venir a consentir en cosas tan aborrecibles a su cristiano corazón; mas su intento es desmayarle, para que así pierda la confianza que en Dios tenía, y

trabajado con tales importunidades, venga a perder la paciencia, y así traiga el corazón alborotado y desabrido; que es cosa de que los demonios suelen sacar mucha ganancia, por el aparejo que tienen de imprimir cualquier mal en tal corazón.

Lo primero que entonces debemos hacer, si no está hecho, es mirar con cuidado y muy de reposo nuestra conciencia, y limpiarla con la confesión de todo lo malo que en ella sintiéremos, y ponerla en concierto, ni más ni menos que si aquel día hubiésemos de morir; y de allí adelante vivir con mayor cuidado que antes en servir a nuestro Señor. Porque acaece algunas veces permitir el soberano Juez que nos vengan estas cosas tan espantables contra nuestra voluntad, en castigo de otras en que caemos por nuestra propia voluntad y descuido que en su servicio tenemos; lo cual el Señor quiere curar con azote que tanto duele, para que, lastimados con él, dejemos de pacer en las cosas vedadas, y aguijemos en nuestro camino, como lo suele hacer un animal sin razón cuando es azotado de quien camina tras él. Aunque otras veces envía el Señor este tormento por otros fines que su alta sabiduría sabe. Mas ahora sea el azote enviado por uno u otro fin, debe cada uno hacer lo que es dicho, de purificar su conciencia, e ir diligente en el servicio de Dios, pues este remedio a ninguna cosa daña y para todas es provechoso.

Y luego, confiado en la misericordia de Dios y pidiéndole su socorro, ya que no puede dejar de oír este lenguaje, pues el demonio, aunque no queramos, puede traernos pensamientos y hablas interiores, a lo menos haga el hombre como que no los oye, y estése en su paz, sin desmayarse con ellos, y sin tomarse a palabras ni respuestas con el enemigo, según dice David (*Ps.,* 37, 14): *Yo, como sordo, no oía; y como mudo, que no abre su boca*. Dificultoso es esto de creer a los que poco saben de las astucias del demonio; los cuales si no dejan de pensar o hacer el bien que hacían, y se ocupan en oír y andar matando las moscas de los tales pensamientos, piensan que por el mismo hecho les han dado consentimiento. Y no saben que va mucha diferencia de sentirlos a consentirlos; y que mientras más los tales pensamientos son tan abominables, tanto más pueden confiar en nuestro Señor, que Él los guardará de consentir en males tan grandes, y a los cuales ninguna inclinación tiene, antes aborrecimiento. Y así el mejor remedio es no curar de ellos, con una sosegada disimulación; pues que no hay cosa que más lastime al demonio, como a soberbio, que el despreciarle tan despreciado, que ningún caso hagamos de él, ni de lo que nos trae; ni hay cosa tan peligrosa como trabar razones con quien tan presto nos puede engañar. Y a

bien librar, hácenos perder tiempo, y dejar de proseguir el bien que hacíamos. Y por esto debemos cerrarle la puerta de nuestro entendimiento cuan fuerte pudiéremos, y unirnos con Dios, y no responder a nuestro enemigo. Y para nuestro consuelo y satisfacción debemos decir algunas veces al día, que creemos lo que cree nuestra madre la Iglesia, y que no es nuestra voluntad consentir en pensamiento falso ni sucio; y decir al Señor lo que está escrito (*Isa.,* 38, 14): *Señor, fuerza padezco; responded Vos por mí*; y confiar en su misericordia que así lo hará. Porque la victoria de nuestra pelea no está colgada de menear nuestros brazos a solas, mas lo principal de ella es invocar al Señor todopoderoso y acogernos nosotros a Él. Porque si muchas hablas y respuestas tenemos con nuestros enemigos, ¿cómo le diremos a Dios que responda por nos? *Vosotros callaréis* —dice la Escritura (*Ex.,* 14, 14)— *y el Señor peleará por vosotros*. Y en otra parte dice Isaías (30, 15): *En silencio y esperanza será vuestra fortaleza*. Y en faltando cualquiera de estas dos cosas, luego el hombre se enflaquece y se turba. Y con este callar con disimulación y buena esperanza, he visto a muchas personas haber sanado en breve tiempo de aqueste mal trabajoso, y haber el demonio callado, viendo que ni le oían, ni respondían; como lo suelen hacer los perrillos que ladran, que si el hombre pasa y calla, también callan ellos, y si no, más ladran ellos.

CAPÍTULO 26

Cómo pretende el demonio en las sobredichas tentaciones apartarnos de la devoción y buenos ejercicios; y que el remedio es crecer en ellos, dejando la demasiada codicia de los dulces sentimientos del ánima; y por qué fin se pueden éstos desear.

Mas dirá algún flaco: Quítanme estos malos pensamientos la devoción, y suélenme venir cuando yo más me llego a la devoción y a las buenas obras; y por no oír tales cosas, me da gana algunas veces de dejar el bien comenzado.

Mas la respuesta está clara: que eso mismo es por lo que el demonio andaba, aunque iba por rodeo de traer pensamientos diferentes de aqueso. Mas debéis antes crecer en el bien que menguar, como persona que adrede lo hace, por hacer ir al demonio con pérdida de lo que pensó llevar ganancia.

Y si faltare ternura de devoción no te penes por ello, pues no se miden nuestros servicios sino por el amor; el cual no es devoción tierna, mas un libre ofrecimiento y propósito de nuestra voluntad para hacer lo que Dios y su Iglesia quiere que hagamos, y para pasar lo que Él quiere que padezcamos por darle contentamiento a Él. Y si algunos, que parece que dejan lo que en el mundo tienen por servir a Dios, dejasen también la desordenada codicia de los dulces sentimientos del ánima, vivirían más alegres de lo que viven, y no hallaría el demonio cabellos de codicias [deseos desordenados, aun de cosas buenas] de que asirles para traerles la cabeza alrededor [al retortero], y lastimarlos y aun engañarlos. Desnudo murió Jesucristo en la cruz, desnudos nos hemos de ofrecer nosotros a Él. Y nuestra vestidura sola, ha de ser hacer su santa voluntad, según está declarada en los mandamientos de Él y de su Iglesia, y recibir con amorosa obediencia lo que Él nos quisiere enviar, por duro que sea. Igualmente hemos de tomar de su mano la tentación y la consolación, y darle gracias por uno y por otro.

San Pablo dice (*Ephes.,* 5, 20), *que en todas las cosas demos gracias a Dios*. Porque como la señal del buen cristiano es amar por amor de Dios a quien le hace mal—pues al bienhechor quienquiera le ama— así el dar gracias a Dios en la adversidad, no mirando lo áspero que de fuera parece, mas la merced escondida que debajo de aquello Dios nos envía, es señal de hombre que tiene otros ojos que los de carne, y que ama a Dios, pues en lo que le duele se conforma con su voluntad. Y así no hemos de estar asidos a los flacos ramos de nuestros deseos, aunque nos parezcan buenos, mas a la fuerte columna de la divina voluntad, para que obedeciéndola, según hemos dicho, participemos a nuestro modo del sosiego e inmutabilidad que ella tiene, y evitemos las muchas mudanzas que en nuestro corazón hemos de sentir, si en él hay codicia. Cierto, poca diferencia va de servir uno a Cristo por dineros, o por consolaciones y gustos del ánima, por cielo o por tierra, si el postrer paradero es codicia mía. Lucifer, según muchos Doctores dicen, la bienaventuranza deseó; mas porque no la deseó como debía y de quien debía, y que se le diese cuando Dios quería, no le aprovechó que lo que deseaba era bueno, mas pecó por no desearlo bien; y así, fue codicia, y no buen deseo. Pues de esta manera os digo que no estemos asidos con ahínco y desorden a gustos espirituales; mas, ofrecidos a la cruz del Señor, tomar de buena gana lo que nos diere, sea miel dulce, o hiel y vinagre.

Ni tampoco he dicho esto porque estas cosas de sí sean malas ni desaprovechadas, si de ellas se sabe usar, y se reciben, no para parar en

ellas, mas para tener mayor aliento en el servicio de Dios; especialmente para los que comienzan, los cuales ordinariamente han menester, conforme a su edad, leche de niños; y quien los quisiere criar con manjar de grandes, y en un día hacerlos perfectos, errarlo ha mucho, y en lugar de aprovechar dañará. Tiene cada edad su condición y su fuerza, conforme a lo cual se le ha de dar su mantenimiento; y como dice el experimentado y santo Bernardo: «El camino de la perfección no se ha de volar, sino pasear.» Ni piense nadie que es todo uno, entenderla y tenerla. Y por tanto, si el Señor da estas consolaciones, recíbanse para llevar su cruz con mayores fuerzas, pues que es su costumbre consolar discípulos en el monte Tabor, para que no se turben en la persecución de la cruz. Y ordinariamente, primero que entre la hiel de la tribulación envía miel de consolación. Y nunca vi estar mal ni tener en poco las consolaciones espirituales sino a quien no ha experimentado qué son. Mas si el Señor nos quisiere llevar por camino de desconsuelos, y que oigamos el penoso lenguaje de que estamos hablando, no nos debemos desmayar por cosa que Él nos envía, mas beber con paciencia el cáliz que el Padre nos da, y porque Él nos lo da, y pedirle fuerzas para que le obedezca nuestra flaqueza.

Ni tampoco penséis que os enseño que se puede excusar el gozo cuando el Señor nos visita, o dejar de sentir su ausencia y el ser entregados a nuestros enemigos para ser de ellos tentados y atribulados. Mas lo que os quiero decir es que procuremos, con las fuerzas que Dios nos diere, de nos conformar con su santa voluntad con obediencia y sosiego, y no seguir la nuestra, de la cual por fuerza se han de seguir desconsuelos y desconfianzas y cosas de aquestas. Suplicad al Señor nos abra los ojos; que, más claro que la luz del sol, veríamos que todas las cosas de la tierra y del Cielo son muy baja cosa para desear ni gozar, si de ella se apartase la voluntad del Señor. Y que no hay cosa, por pequeña y amarga que sea, que si a ella se junta la voluntad del Señor, no sea de mucho valor. Más vale sin comparación estar en trabajos, si el Señor lo manda, que estar en el Cielo sin su querer.

Y si una vez de verdad desterrásemos de nosotros nuestra secreta codicia, caerían con ella muchos malos frutos que de ella proceden, y cogeríamos otros más valerosos de gozo y de paz, que de la unión con la divina voluntad suelen venir, y tan firmes que aun la misma tribulación no nos los puede quitar. Pues aunque los tales se sientan atribulados y desamparados, mas no por eso desesperados ni muy turbados, porque conocen ser aquél el camino de la cruz, a la cual ellos se han ofrecido, y por el cual Cristo anduvo; como parece que estando en la cruz dijo a su

Padre (*Mt.,* 27, 46): *Dios mío, ¿por qué me desamparaste?* Mas poco después dijo (Le., 23, 46): *En tus manos, Padre, encomiendo el espíritu mío*. El Señor dijo (*Jn.,* 16, 22): *Otra vez os veré, y gozarse ha vuestro corazón, y vuestro gozo ninguno os lo quitará*. Porque quien de este estado goza, no hay tribulación que allá en lo de dentro del ánima le desasosiegue notablemente, porque allá dentro está muy unido con la voluntad del que lo envía. Y si así lo hiciésemos, engañaríamos al engañador, que es el demonio, pues que no desmayándonos, ni tornando atrás del bien comenzado por el mal lenguaje que él nos traía, antes tomando lo que el Señor nos envía con obediencia y nacimiento de gracias, salimos sin daño de esta pelea, aunque dure por toda la vida; y aun con mayor provecho que antes teníamos, pues que nos dio ocasión para ganar en el Cielo coronas, en galardón de la conformidad que con la voluntad del Señor tuvimos, sin curar de la nuestra, aun en lo que muy penoso nos era,

CAPÍTULO 27

Que el vencimiento de las tentaciones dichas está más en tener paciencia para las sufrir, y esperanza del favor del Señor, que en la fuerza de querer hacer que no vengan.

Este vencimiento de que hemos hablado, más viene por maña de tener paciencia en lo que nos viene, que por fuerza de querer hacer que no nos venga. Y por eso dice el Esposo en los Cantares (2, 15): *Cazadnos las pequeñuelas zorras que destruyen las viñas, porque nuestra viña ha florecido*. La *viña* de Cristo nuestra ánima es, plantada por su mano y regada con su sangre. Esta *florece* cuando, pasado el tiempo en que fue estéril, comienza nueva vida y fructifica al que la plantó. Mas porque a los tales principios suelen acechar estas y otras tentaciones del astuto demonio, por esto nos amonesta el Esposo florido, que pues nuestra ánima, *viña* suya, ha *florecido*, procuremos de *las cazar*. En la cual palabra da a entender, que ha de ser por maña, como hemos dicho. Y en decir que son *zorras*, da a entender que vienen solapadas, y que pareciendo que tiran a una parte, hieren en otra. Y en decir *pequeñuelas*, da a entender que no son mucho de temer para quien las conoce; porque el conocerlas, es vencerlas del todo, o enflaquecerlas. Y en decir que *destruyen las viñas*, da a entender que hacen mucho daño en los hombres que no las conocen;

porque amedrentados y desconfiados de salir con el negocio de Dios, dejan su camino, y con miserable consejo danse abiertamente a pecar; pareciéndoles que hallan más paz por el camino ancho de la perdición, que por el estrecho de la virtud que lleva a la vida. Y el fin de éstos, si al buen camino no tornan, muchas veces es tal, que trae muy ciertas señales de eterna perdición, como la Escritura dice (*Eccli.,* 28, 27): *Al que se pasa de la justicia al pecado, Dios le aparejó para el cuchillo*; que quiere decir, para el infierno.

Debieran éstos mirar que así como los gabaonitas, por haber hecho amistades con Josué (10, 1-27), fueron cercados y perseguidos de los enemigos, y siendo llamado Josué de ellos para que los socorriese, los socorrió y libertó, teniendo la causa por suya, pues por haber hecho paces con él eran perseguidos de los enemigos; así en comenzando los que sirven a Dios a ser de su bando, luego son perseguidos de los demonios como antes no eran; lo cual parece en que, si quisiesen dejar el bando de Cristo, cesaría contra ellos la persecución comenzada; y si la padecen, por tener en pie el bando de Cristo la padecen. Lo cual es una merced muy particular que Dios hace, como dice San Pablo (*Phil.,* 1, 29): *A vosotros es dado por Cristo no solamente que creáis en El, mas que padezcáis por Él*. Y si los ángeles del Cielo pudiesen haber envidia de los hombres de la tierra, de esto la habrían, de que padecen por Dios.

Y aunque por palabra de Dios (Jac, 1, 12) está prometida *corona al varón que sufre tentación y fuere probado en ella* —el cual galardón es muy bien hecho que lo consideremos y deseemos, para con mayores alientos no ser tibios en el obrar, ni flacos en el padecer, según se dice de Moisés (*Hebr*., 11, 26), que *miraba al galardón*, y David también (*Ps.,* 118, 112)—; mas el verdadero y perfecto amor del Señor crucificado estima en tanto el conformarse con él, que tiene por muy gran merced y galardón el padecer por su Dios. Porque, como dice San Agustín, «dichosa es la injuria de la cual Dios es causa». Y pues no hay hombre que no ampare al que padece porque le entró a servir, mucho más se debe esperar esto de la Bondad divinal, y que tomará la causa por suya, según David lo pedía (*Ps.,* 73, 22): *Levántate, Señor, y juzga tu causa, y acuérdate de tus injurias que el insipiente dice contra Ti todo el día*. A Dios toca el negocio que el que le sirve pretende; y por eso Dios sale a él con gran lealtad. Y en esta esperanza, y no en la nuestra, hemos de osar emprender la empresa del servicio de Dios.

CAPÍTULO 28

Del grande remedio que es contra las tentaciones buscar un confesor sabio y experimentado, a quien se dé entera cuenta y crédito; y lo que el confesor debe hacer con los tales; y del fruto de estas tentaciones.

Suele a los que estas tentaciones tienen dar mucha pena el haberlas de decir abiertamente a su confesor, por ser cosas tan feas y malas, que no merecen ser tomadas en lengua, y que sólo nombrarlas causa desmayo. Y, por otra parte, si no las dicen muy por extenso, y no relatan cada pensamiento por menudo que sea, paréceles no ir bien confesados. Y así nunca van satisfechos, ora lo digan, ora lo callen, mas con más tristeza de la que trajeron. Deben las tales personas buscar un confesor sabio y experimentado, y darle a entender las raíces de la tentación, de manera que él quede satisfecho y entienda el negocio; y darle muy entero crédito en lo que dijere, porque en esto consiste el remedio de estas personas que, o por su poco saber, o por estar apasionados, no son parte para ser buenos jueces de sí.

Y el tal confesor debe orar mucho al Señor por la salud de su enfermo; y no cansarse porque le pregunte el tal penitente muchas veces una misma cosa, ni por otras flaquezas que suelen tener; de las cuales no se espante, ni le desprecie por ellas; mas háyale compasión entrañable, y *corríjale en espíritu de blandura*, como dice San Pablo (*Gal.,* 6, 1), *porque no sea él también tentado* en aquello o en otro, y venga a probar a su costa cuánta es la humana flaqueza. Encomiéndele la enmienda de la vida, y que tome los remedios de los Sacramentos. Y déle a entender que ningún pensamiento hay tan sucio ni malo, que pueda ensuciar el ánima si no lo consiente. Y déle buena esperanza en la misericordia de nuestro Señor, que a su tiempo le librará; y que entre tanto sufra este tormento de sayones, en descuento de sus pecados, y por lo que Jesucristo pasó. Y así confortado el penitente, y llevando su cruz con buena paciencia, y ofreciéndose a la voluntad de nuestro Señor para llevarla toda la vida, si Él fuere de ello servido, ganará más con aquella hiel y vinagre que el demonio le da, que con la miel de devoción que él deseaba.

Y sucede de aquí, que estando nuestra ánima en flor de principios, comience a dar fruto de hombres perfectos; pues mamando antes leche de devoción tierna, comemos ya pan con corteza, manteniéndonos con las piedras duras de las tentaciones, las cuales él nos traía para probarnos *si*

éramos hijos de Dios, como hizo con nuestro Señor (*Mt.,* 4, 3). Y así sacamos de la ponzoña miel, y de las heridas salud, y de las tentaciones salimos probados, con otros millones de bienes.

Los cuales no hemos de agradecer al demonio, cuya voluntad no es fabricarnos coronas, sino cadenas; mas hémoslo de agradecer a aquel sumo y omnipotente Bien, Dios, el cual no dejará acaecer mal ninguno, sino para sacar bien por más alta manera; ni dejaría a nuestro enemigo y suyo atribular a nosotros, sino para gran confusión del enemigo que atribula, y bien del atribulado; según está escrito (*Ps.,* 2): *Que Dios hará burla de los burladores, y el que mora en el Cielo mofará de ellos*. Porque aunque este dragón juega y burla en la mar de este mundo, tentando y amartillando a los siervos de Dios, *hace Dios burla de él* (*Ps.,* 103, 26), porque saca bien de sus males; y mientras él piensa más dañar a los buenos, más provecho les hace. De lo cual él queda tan corrido y burlado, que por su soberbia y envidia no quisiera haber comenzado tal juego, que salió tan a provecho de los que él mal quería. Y la maldad *y lazo que a otros armó, cayó sobre su cabeza* (*Ps.,* 34, 8); y queda muerto de envidia de ver que los que él tentó, van libres y cantando con alegría (*Ps.,* 123, 7): *El lazo ha sido quebrado, y nosotros quedamos libres; nuestra ayuda es del Señor, que hizo el cielo y la tierra*.

CAPÍTULO 29

Cómo el demonio procura con miedos[7] exteriores quitarnos de los buenos ejercicios; y cómo conviene confortar el corazón con la confianza del Señor para lo vencer; y de otras cosas que ayudan para quitar este miedo, y del fruto de esta tentación.

Es tanta la envidia que de nuestro bien tienen los demonios, que todas las vías tientan para que no gocemos de lo que ellos perdieron. Y cuando en una batalla van de nosotros vencidos —y por mejor decir, de Dios en nosotros—, mueven otra y otras, para si alguna vez hallaren algún descuidado a quien traguen. Mudan armas y género de batalla, pensando que a los que no vencieren en una, vencerán en otra. Por lo cual, después que han visto que por astucia no nos han podido empecer [dañar, ofender,

[7] *Miedos*. Todas las ediciones consultadas traen *medios*; pero es errata evidente, como se verá por el contexto.

causar perjuicio], por estar enseñados con la verdadera doctrina cristiana, que nos enseña a ponernos en el justísimo querer del Señor, y sufrir con paciencia lo que nos envía de dentro o de fuera, intentan *guerra más descubierta*, haciéndose *león feroz* el que antes era *dragón* escondido. Ya no tienta de uno y va a parar en otro [En las tentaciones de *astucia* (como dragón) acomete contra una virtud para derribarnos en otra. En estas de *violencia* (como león) acomete abiertamente para vencer por temor.], mas claramente se quiere hacer temer, pensando alcanzar *por espanto* lo que por arte no pudo. Aquí no le verán hecho zorra, mas león fiero, que con su bramido quiere espantar, como dice San Pedro (1 *Petr*., 5, 8): *Hermanos, sed templados y velad, porque vuestro adversario el diablo, como león bramando, rodea, buscando a quien trague; al cual resistid fuertes en la fe*. No deben ser *destemplados* ni *descuidados* los que tienen tal enemigo; y mucho conviene velar, y orar al verdadero Pastor Jesucristo, las ovejas que se ven cercadas de león tan bravo. Mas ¿qué son las armas con que se vence este enemigo para que vaya confundido de esta guerra como de la pasada? Estas son, como dice San Pedro y San Pablo, la fe. Porque cuando un ánima, con el amor de Dios, que es vida de la fe, desprecia lo próspero y adverso del mundo, y cree y confía en Dios, al cual no ve, no hay por dónde el demonio le entre. Y también, como esta lumbre de fe enseña a confiar, cuando hay peligros, en la misericordia de Dios, si el tal combatido se quiere aprovechar de ella, cobra grande ánimo para pelear contra el demonio, que es cosa muy necesaria para esta guerra. Porque si el *medroso de corazón* no era bueno para la guerra de los enemigos visibles, y por esto mandaba Dios que *se tornase de la guerra* (*Deut.,* 20, 8), ¿cuánto menos será para pelear, *no contra carne y sangre, mas contra los demonios, príncipes de las tinieblas*, como dice San Pablo? (*Ephes.,* 6, 12): Y aunque delante el acatamiento de Dios debemos estar postrados, y temiendo no nos desampare Él por nuestros pecados; mas en el tiempo de la guerra que nuestro enemigo nos acomete, en todo caso conviene que estemos con ánimo esforzado, despreciándolo a él, y llamando a nuestro Señor. De esta manera leemos (*Mc.,* 14, 34, 35) que el mismo Señor oró a su Padre antes de su prendimiento, postrado y con angustia de corazón; y de allí salió tan esforzado, que Él mismo fue a recibir a sus enemigos.

El principal intento del demonio en esta batalla es quitar el esfuerzo del corazón, para que por esta vía se deje el bien comenzado. Lo cual él procura, tomando unas veces figura de dragón, o de toro, o de otros animales, y estorbando la oración con estruendos, e impidiendo el reposo del sueño; como al santo Job (7, 14) se lee que hacía; y echando un

entrañable temor en el hombre, que aunque sea esforzado, le hace temblar, y otras veces sudar con angustia: y cosas semejantes a éstas, que dan testimonio que anda por allí este lobo infernal. Claro es, que pues todo el ardid de su guerra se ha por vía de miedo, las armas principales que hemos de tener son en esfuerzo del corazón, confortado, no con nuestra confianza, sino con la fiucia [esperanza esforzada] en nuestro Señor; porque ésta es la que en esta guerra nos hace victoriosos, pues que la fiucia vence al temor, según está escrito (*Is*., 12, 2): *Confiadamente lo haré, y no temeré*. Y tened por cierto, que no os arrepentiréis de haber puesto en Dios vuestra fiucia, que es una esforzada esperanza ni diréis: *Engañado me ha, pues no me salió como yo pensaba*. Porque *la esperanza*, como dice San Pablo (*Rom.,* 5, 5), *no echa en vergüenza; ni quien espera en el Señor, será confundido* (*Ps.,* 24, 3). Nunca ella falta al hombre, si el hombre no falta a ella; y entonces le falta, cuando pierde la caridad, que es vida de la esperanza y de toda virtud.

Y conociendo los viejos del Yermo cuan necesario era este corazón confortado para no ser vencidos en estas peleas contra los demonios, que eran muy usadas entre ellos, iban de noche a hacer oración en soledad a los sepulcros de los difuntos, para ganar libertad del miedo, cuyo señorío es muy dañoso. Y si el consejo de Cristo tomamos, muy seguros viviremos de aqueste temor; porque Él nos lo quita diciendo (*Lc.,* 12, 5): *Yo os enseñaré a quien temáis: temed a Aquel que, después de haber muerto el cuerpo, puede echar en el infierno: a Este temed*. Quien a Dios no teme, ha de temer, por su mala conciencia, al mundo y demonio. Mas quien a Dios teme, no teme al demonio, pues el temerle es un cierto modo de sujeción, como que nos puede dañar en algo; y como no pueda ni llegar al cabello de nuestra cabeza sin la licencia de Dios, no hay por qué temerle a él, sino al Señor, que puede darle licencia. Y por eso debemos estar siempre humillados, y con santo temor delante de Dios; mas para con el demonio, muy esforzados con la esperanza de Dios, y llenos de una santa soberbia. Y cuanto él más bravezas mostrare, tanto más vos temed a Dios, y os encomendad a Él, y tanto menos temed al demonio.

Así leemos de aquel gran vencedor de demonios San Antón, que viéndose cercado de ellos en figura de fieros animales, que parecía que lo querían tragar les decía: «Si tuviésedes algunas fuerzas, uno solo de vosotros bastaría para pelear con un hombre; mas porque sois quebrantados, quitándooslas Dios, procuráis de juntaros a una muchos de vosotros para atemorizar. Si el Señor os ha dado poder sobre mí, veisme aquí, tragadme; mas si no lo tenéis, ¿por qué trabajáis en balde?» Y así

solía decir este santo, que contra los demonios la señal de la cruz y *la fe* del Señor —que algunas veces quiere decir *confianza*— nos es a nosotros muro inexpugnable. Y aunque cotejadas nuestras fuerzas con las de él, son muy pequeñas y flacas; mas la fe nos dice, si sordos no estamos, que el Señor *es defendedor de todos los que esperan en Él* (*Ps.,* 17, 31). Y pues que Él tiene bondad para prometernos su amparo y socorro, y para poner *su corazón y sus ojos* en su Iglesia, figurada en el templo de Salomón (3 *Reg.,* 9, 3), y tiene verdad y poder para cumplir sus promesas, sin que nadie sea bastante a resistirle en cielo, ni en tierra, ni a quien es ayudado por Él, no sentiría el cristiano como cristiano, de Dios y de su verdad, bondad y poder, si no creyese que Él de su parte cumple muy bien las promesas de su socorro.

Mas como éstas, y otras semejables a éstas, que Él hace, se entiendan con condición que el hombre esté en estado de gracia, o se apareje para lo estar —no por sólo creer a las promesas en general, ni por creer que le son aplicadas a él en particular, mas por la penitencia y medios que la Iglesia católica enseña[8]—, aunque creamos de cierto que hay en la Iglesia cristiana muchas personas que están en estado de gracia, a las cuales, sin duda ninguna, Dios cumple sus promesas, de que es defendedor de los que esperan en Él; mas como ninguno esté cierto, sin especial revelación, que él esté en estado de gracia, debe de creer por católica fe que nunca deja de cumplirse de parte de Dios; mas puede y debe temer, que por ventura no se efectúan en él, por su culpa o negligencia de no hacer lo que debe. De manera, que con algún temor de su parte, y con confianza de parte del Señor, procurará de esforzarse, y aprovecharse de las palabras de Dios, que promete socorro a los que pelean por Él.

Y el temor e incertidumbre en que Dios nos dejó, que no supiésemos de cierto si estábamos en su amistad, aunque parece penoso, es provechoso, para guarda de nuestra humildad, y para no despreciar a los prójimos, y para ponernos espuelas para bien obrar; y tanto con mayor cautela y aviso, cuanto menos sabemos de cierto si agradamos al Señor. Mas no penséis que por esto habéis de traer vuestro corazón desmayado con vano temor, pues que siendo verdad lo que os he dicho, no es estorbo para que diga David (*Ps.,* 26, 3): *Si se levantaren contra mí reales* [campamentos], *no temerá mi corazón; y si se levantare contra mí guerra, en Dios esperaré*. Y así amonesta San Pablo (*Hebr.,* 13, 3, 5, 6), que nos aprovechemos de las palabras que dijo Dios: *No te dejaré, ni*

[8] Rechaza el paréntesis el error de Lutero, que atribuía la justificación a sólo la fe y confianza.

desampararé. De tal manera, que confiadamente digamos (*Ps.,* 117): *El Señor es mi ayudador; no temeré lo que me haga hombre*. Las cuales y semejables palabras no quitan del todo el temor que un cristiano por su parte debe tener, mas quitan el demasiado, con la confianza que en Dios debe tener. Y así entre estas dos cosas camina: temor y esperanza.

Y cuanto más crece el amor, crece también la esperanza, y va decreciendo aqueste temor. Por eso, si queréis sentir el mucho esfuerzo y poco temor que sienten los varones perfectos, alanzad de vos la tibieza, y tomad el negocio de la virtud a pechos, y leeréis en vuestro corazón el esfuerzo y seguridad que leéis en los libros. Y entonces pelearéis contra el demonio con osadía, aunque *os rodee como león para tragaros*; porque tendréis esperanza que os defenderá Jesucristo, fuerte *León de Judá*, el cual siempre vence en nosotros, si no perdemos su confianza, y si como cobardes, no nos damos las manos atadas a nuestros enemigos, sin querer pelear.

No deja el Señor venir estas guerras y tentaciones a los suyos sino para mayor bien, pues está escrito (*Jac.,* 1, 12): *Bienaventurado el varón que sufre la tentación; porque siendo probado, recibirá la corona de vida, que Dios prometió a los que le aman*. Quiso Él así, que la paciencia en los trabajos, y el estar en pie por su honra en las tentaciones, fuese el toque [ensaye, prueba que del oro y la plata hace el platero con el jaspe granoso, llamado *piedra de toque*] con que sus amigos fuesen probados. Porque no es señal de amigo verdadero acompañar en el descanso, mas estar fijo con el amigo en el tiempo de la tribulación. Y como cualquier hombre se huelga de tener amigos probados, con hacerle presencia en el tiempo, de su tribulación tomándola por propia de ellos, así se huelga Dios de los tener; y como agradecido les dice (*Lc.,* 22, 28): *Vosotros sois los que permanecisteis conmigo en mis tentaciones*. Y como copioso galardonador les dice: *yo os dispongo el reino, como mi Padre lo dispuso a Mí, para que comáis y bebáis sobre mi mesa en mi reino*. Compañeros en los trabajos y después en el reino. Esforzaros debéis a pelear varonilmente las guerras que contra vos se levantan por apartaros de Dios, pues que Él es vuestro, ayudador en la tierra y vuestro galardón en el Cielo.

Acordaos cómo San Antón, siendo reciamente azotado y acoceado de los demonios, alzando los ojos arriba, vio abrirse el techo de su celda, y entrar por allí un rayo de luz tan admirable, que con su presencia huyeron todos los demonios, y el dolor de las llagas de él fue quitado; y con entrañables suspiros dijo al Señor, que entonces le apareció: «¿Dónde

estabas, oh buen Jesús, dónde estabas cuando yo era tan maltratado de los enemigos? ¿Por qué no estuviste aquí al principio de la pelea, para que impidieras o sanaras todas mis llagas?» A lo cual el Señor respondió diciendo: «Antón, aquí estuve desde el principio; mas estaba mirando cómo te habías en la pelea. Y porque varonilmente peleaste, siempre te ayudaré, y te haré nombrado en la redondez de la tierra.» Con las cuales palabras, y con la virtud del Señor, se levantó tan esforzado, que entendió por experiencia haber recobrado más fuerzas que primero había perdido.

Y de esta manera trata el Señor a los suyos; que los deja muchas veces en trances de tanto peligro, que no hallan dónde hacer pie, ni hallan en sí un cabello de fortaleza a que se asir, ni se pueden aprovechar de los favores que en tiempos pasados han recibido de Dios; y quedan como desnudos, y en unas obscuras tinieblas entregados a persecución de sus enemigos. Mas súbitamente, cuando no piensan, los visita el Señor, y libra; y deja más fuertes que antes estaban, y les pone debajo de los pies a sus enemigos. Y el ánima, aunque más flaca en naturaleza que el demonio, siente dentro de sí un esfuerzo tan poderoso, que le parece que despedazara al demonio como a cosa muy flaca y sin resistencia. Y no sólo con uno, mas con muy muchos osaría pelear; tal es el esfuerzo que siente, que de nuevo le vino del Cielo, con el cual no sólo se defiende, mas dice como David (*Ps.,* 17, 38): *Perseguiré a mis enemigos, y tomarlos he, y no tornaré hasta que sean vencidos; quebrantarlos he, y no podrán estar en pie, y caerán debajo de mis pies*.

¿Qué cosa más provechosa que la que pide San Agustín, cuando dice: «Señor, conózcate a Ti con amoroso conocimiento, y conózcame a mí»? ¿Y qué cosa tan a lo propio para conocerse un hombre a sí mismo, como verse por experiencia en tales trances, que toca con sus manos, como dicen, su propia flaqueza tan de verdad, que queda bien desengañado de su propia estima? Y por otra parte experimenta cuan verdadero es Dios en cumplir las promesas de su socorro en el tiempo de su necesidad, cuan fuerte en librar los suyos de tanta flaqueza, y en darles admirable fortaleza súbitamente; y cuan lleno es de misericordia, pues visita y apiada a los que tan extremadamente están fatigados. Con lo cual el hombre cae en su faz, conociendo su poquedad y miseria; y adora a su Dios, amándolo y esperando socorro de Él, si en otro peligro se viere. Lo cual afirma San Pablo haberle acaecido a él de esta manera (2 *Cor.,* 1, 8): *No quiero, hermanos, que ignoréis nuestra tribulación que pasamos en Asía; en la cual sobre manera y sobre nuestras fuerzas fuimos atribulados; tanto, que nos daba fastidio el vivir, y nosotros, dentro de nosotros, tuvimos por*

cierto que no habíamos de escapar de la muerte. Y esto acaeció así, para que no tengamos fiucia [esperanza esforzada] *en nosotros, mas en Dios, que da vida a los muertos, el cual nos libró de tan grandes peligros; en el cual esperamos que también nos librará de aquí adelante.*

CAPÍTULO 30

De muchas causas que hay para confiar que el Señor nos librará en toda tribulación, por grave que sea; y de dos significaciones que tiene esta palabra CREER.

Según San Gregorio dice, «el cumplimiento de las cosas pasadas da certidumbre de las cosas por venir». Y pues los hombres fían sobre prendas, no parece que se hace mucho con Dios en esperar que nos librará en la tribulación que nos viene, pues nos ha librado muchas veces en las pasadas. Claro es que si un hombre nos hubiese enseñado su amor y favor, socorriéndonos en nuestros trabajos diez o doce veces, creeríamos que nos amaba, y que nos favorecería si en otros trabajos tuviésemos necesidad de él. Pues ¿por qué no tendremos esta credulidad de que Dios nos amparará en nuestros peligros, pues que no doce, sino muchas veces hemos experimentado su socorro en las tribulaciones? Acordaos bien de cuántas veces os ha sacado a vos con victoria de estas peleas tan reñidas con nuestro adversario, y le fuisteis agradecida por ello, y concebisteis crédito y confianza de Él que os amaba, pues tras la tempestad os había enviado bonanza, y tras las lágrimas, gozo; y os había sido verdadero Padre y amparo. Pues ¿por qué ahora, que os quiere probar —con la tribulación presente— la confianza, y amor y paciencia, y hace como que se esconde, y que no responde a vuestros clamores, os enflaquecéis tanto, que una prueba que de presente os viene, os hace perder la confianza que en muchas habíades ganado?

Ya sabéis que lo que de presente tenemos lo sentimos más. Y si miráis al aprieto que de presente tenéis, y cómo el Señor no os saca de él, juzgaréis que el cuidado que el Señor tenía de vos lo ha ya perdido; y diréis lo que dijeron los Apóstoles en una grave tempestad de la mar, al Señor que estaba durmiendo (*Mc.,* 4, 38): *¿Maestro, no se te da nada de que perecemos?* Y de esta manera comprenderos ha la reprensión de la Escritura, que dice (*Eccli.,* 27, 12): *El necio se muda como la luna*;

conviene a saber, porque ya está de una manera, ya está de otra. Y seréis como la veleta del tejado, que aun en un día tiene muchas mudanzas, porque con cada viento se muda. Tuvisteis al Señor en posesión de cuidadoso de vos, y de amparo en vuestros trabajos, porque entonces os sopló el viento de su misericordia y consolación, con que os libró, y disteis le gracias. Y porque ahora os sopla otro viento, con que el Señor os quiere probar y atribular, no tenéis el crédito ni la confianza que antes teníades. De manera que no creéis sino lo que veis; y no tenéis al Señor en otra posesión, sino según de presente lo hace con vos, sin aprovecharos de lo que muchas veces pasadas experimentasteis, para estar confortada en el Señor en la prueba presente. Extraña incredulidad fue la de aquellos que, habiendo visto en Egipto las maravillas de Dios, y las victorias y favores que en el desierto obró Dios con ellos, no creyeron a su palabra, con que les había prometido la entrada en la tierra de promisión; por lo cual, como dice San Pablo (*Hebr.,* 3, 19; 4, 7), no entraron allá. Y así —aunque no según igualdad, mas según semejanza—, es grande la desconfianza y pusilanimidad de aquel hombre que, habiéndolo Dios librado muchas veces de peligros pasados, no cobra fiucia [esperanza esforzada] de que no será desamparado ni confundido en el peligro presente, ni aun en los por venir; pues según hemos dicho, la esperanza que en el Señor se pone, si el hombre no le falta, no echará a nadie en falta, ni le será causa que diga: Engañado fui.

Y conviene saber, que unas veces se toma CREER, por aquella obra que el entendimiento hace, afirmándose en las verdades de la fe católica con suprema certidumbre, según arriba se dijo. Y el que cree contra esta fe, se llama y es hereje e incrédulo a boca llena; y el tal error creído, tiene nombre de herejía e incredulidad. Y de esta manera este desconfiado, de quien estamos hablando, ni es incrédulo ni tiene incredulidad, pues que no tiene obligación de creer, como cosa de fe católica, que Dios le librará de este trabajo[9], como eran los del desierto obligados a creer que les diera Dios vencimiento de los enemigos que estaban en la tierra de promisión, si fueran a pelear contra ellos. Mas otras veces suelen los Santos, y el uso común del hablar, llamar CREER al tener una opinión, causada de razón o conjeturas, la cual llaman *credulidad*; y si es vehemente, llámase *fe*. Y esta manera de credulidad tiene uno, que por conjeturas probables cree que está perdonado de Dios y en su gracia, y que Dios le ayudará en lo que adelante

[9] Muy importante es para la vida espiritual distinguir cuidadosamente lo que pertenece a la fe y lo que toca a la confianza, para no confundir los términos, ni perder la fe, cuando Dios pone a prueba nuestra confianza.

hubiere menester. Y esto que en el entendimiento está, ayuda a la confianza o esperanza que están en la voluntad. Y por esto algunas veces se toma incredulidad por *desconfianza*, y credulidad o fe por *confianza*. Y de esta manera se puede decir que éste, que por haberle Dios librado de otros peligros, y por otros motivos, tenía razón para creer —no con certidumbre—, que Dios también le librará en este peligro, tiene incredulidad, no contra la fe católica, mas contra la que resulta de las conjeturas. Mas, porque los luteranos usan tomar unas palabras de éstas por otras [los luteranos llaman *fe* a la *confianza*, y dijeron que sola la *fe* (esto es, la *confianza*) justifica], debemos los católicos hablar distintamente, llamando la fe y confianza con sus propios nombres; declarando el creer o la incredulidad de qué manera se entiende; pues lo que en un tiempo se puede seguramente decir por unas palabras, en otro se debe evitar.

Tornando, pues, al propósito, huid de la desconfianza, y de *las mudanzas* que la Escritura reprende, que *el necio tiene como la luna*. Y procurad de tener parte en la estabilidad de que alaba al justo, diciendo (*Eccli.,* 27, 12): *Como sol permanece*; quiere decir, que siempre está de una manera. Aprended de unas veces cómo habéis de haberos en otras; y como la Escritura dice (*Eccli.,* 11, 27): *En el día de los bienes, no te olvides de los males; y en el día de los males, no te olvides de los bienes*; para que templando lo próspero de lo uno con lo adverso de lo otro, viváis en una igualdad, que ni estéis derribada en el tiempo de la tribulación con el peso de la desconfianza y tristeza, ni tampoco desvanecida la cabeza con la demasiada alegría, en el tiempo de las consolaciones espirituales. Así se lee de aquella santa Ana, madre del profeta Samuel, que después de haber orado en el templo de Dios, *no fue su rostro mudado en cosas diversas* (1 *Reg.,* 1, 18); quiere decir, que guardó aquesta igualdad de corazón. Isaías (4, 6) dice: *Que había de haber una morada que diese sombra contra el calor del sol, y que diese seguridad y fuese defensa contra el torbellino y la pluvia*. Y sería bien que procurásedes de vivir en esta morada, para que teniendo una fortaleza de corazón, confiado en la misericordia de Dios, os causase esta seguridad aun en los negocios y lugares en que suele haber peligro; según está profetizado del tiempo de la nueva Ley, que *en los bosques habían de dormir los hombres seguros* (*Ezeq*., 34, 25). Y aunque parece cosa extraña tener sosiego y seguridad en este destierro; mas así como en comparación de la que hay en el Cielo, es muy pequeña, mas en comparación de los temores que tienen los malos, es muy grande y de mucha estima. La cual dice Job (11, 14), que tendrá quien echare de si la maldad.

Y particularmente dice San Pablo (*Hebr.,* 6, 19), *que la virtud de la esperanza es como ancora firme y segura del ánima*. Porque aunque tenemos por enemigo al demonio, que con estas peleas nos quiere amedrentar y desconfiar, también tenemos un Amigo más fuerte que él y más sabio. Y si él nos aborrece, mucho más nos ama Cristo, sin comparación. Y si él no duerme, buscando cómo nos dañe, los ojos benditos, de Dios velan sobre nosotros, para ayudarnos a salvar, como sobre ovejas, por quien dio su sangre preciosa. Pues si tenemos con nos el brazo del Omnipotente, ¿qué temeremos al demonio, cuyo poder es flaqueza en comparación del divino? ¿Cómo temerá al demonio quien cree muy de verdad —si se quiere aprovechar de la fe, según arriba se dijo— que en ninguna cosa puede el demonio dañarnos sin tener licencia de Dios? ¿Pudieron, quizá, los demonios, sin tener primero esta licencia, tocar en Job (1, 12; 2, 6) o en cosa suya o ahogar los puercos de los gerasenos? (*Mt.,* 8, 31). Pues quien no puede tocar a los puercos, ¿podrá tocar a los hijos?

Confortaos, pues, en el Señor, dice San Pablo (*Ephes.,* 6, 10), *y en la potencia de su virtud, y tomad las armas de Dios, para poder estar en pie contra las asechanzas del demonio*. Y habiendo contado algunas particulares armas, añade diciendo: *En todas las cosas tomando el escudo de la fe, en el cual podáis apagar todas las lanzadas encendidas con fuego*. Porque como este enemigo pueda más que nosotros, debemos aprovecharnos del *escudo de la fe*, que es cosa sobrenatural, escudándonos con alguna cosa de nuestra fe, así como con una palabra de Dios, o con recibir los Sacramentos, o con una doctrina de la Iglesia. Y creyendo firme con el entendimiento que todo el poder es de Dios, y confortados *con el capacete de la esperanza*, y ofrecidos a Dios con el amor, tomando de buena gana lo que Él nos enviare, venga por donde viniere, haremos burla de nuestro enemigo, y adoraremos al Señor, que nos dio contra Él victoria, no sólo por Sí, mas aun mediante el socorro de sus santos ángeles; los cuales pelean por nos, como fue enseñado al criado del gran Eliseo; el cual tenía mucho temor de un gran ejército de gente que venía a prender a su señor; al cual dijo Eliseo (4 *Reg.,* 6, 101: *No quieras temer, porque más son por nosotros que contra nosotros*. Y como orase Eliseo diciendo: *Abre, Señor, los ojos de este mozo porque vea*, abrió Dios los ojos del mozo, y vio que estaba un monte lleno de caballería y carros en derredor de Eliseo, los cuales eran ángeles del Señor, venidos a defender al Profeta de Dios. De manera que si queremos ser del bando de Dios, tendremos de nuestra parte muchedumbres de ángeles; uno de los cuales puede más que

todos los infernales poderes. Y lo que más es, tendremos al Señor de los ángeles, el cual solo, puede más que los infernales y celestiales poderes. Y por tanto, bastarnos debe tanto favor para despreciar al demonio, dejando todo vano temor, y hacernos fuertes leones contra él, en virtud de Cristo, que fue manso Cordero en entregarse por nosotros a muerte, y fue León en despojar los infiernos, y venciendo y atando los demonios, y defendiendo con su brazo a sus amadas ovejas.

Y si a alguno le parece que he sido largo en esta materia, atribúyalo al deseo que tengo de que no seáis vos una de los muchos que he visto, por miedos del demonio, dejar el servicio de Dios. Bien sé que hay otras guerras con este enemigo, más crueles que aquestas dichas. Y también sé, que en el extremo de la tribulación, cuando ya ni hay fuerza en quien padece, ni sabiduría en quien rige la nao, y cuando el león y oso infernal piensa tener tragada la oveja, viene el esforzado y piadoso David, Jesucristo, y saca la oveja libre y salva de la boca del león, despedazando a quien la llevaba (1 *Reg.,* 17, 34). Y soy testigo de mayores tribulaciones que yo pudiera creer, si no las viera; y de la maravillosa y piadosa providencia de Dios, que no desampara en las tribulaciones a los que le buscan, aunque sea con flaquezas y faltas. Y aunque he visto haber sido muchos de los que temen a Dios, gravemente atribulados en estas peleas, ninguno he visto que haya parado en mal. Por tanto, quien en estos trances se viere, como metido en el vientre de la ballena (*Jon*., 2), llame desde allí a Jesucristo, y ayúdese de los buenos consejos que su confesor le da; y tengan entrambos buena esperanza en el buen Pastor, que dio su vida por sus ovejas (*Jn.,* 10), que *mortifica y vivifica, mete en los infiernos y saca* (1 *Reg.,* 2, 6). Porque ya que en un tiempo envié trabajos, en otro los quita, y con mucha ganancia del atribulado.

CAPÍTULO 31

Que lo primero que debemos oír es la verdad divina, mediante la fe, que es principio de toda la vida espiritual, y nos enseña cosas tan altas que exceden toda humana razón.

Todo lo que hasta aquí se os ha dicho, ha sido daros a entender A QUIÉN NO HABÉIS DE OÍR, y daros para ello los avisos que habéis leído.

Resta deciros A QUIÉN HABÉIS DE OÍR, para que cumpláis la primera palabra que el Profeta dice: OYE, HIJA.

Y sabed que quien merece que le oigan, la verdad sola es. Mas porque hay muchas verdades que el oírlas o conocerlas hace poco a nuestro propósito, pues aquí queremos hablar de la fe católica que tenemos los cristianos, os digo que la habéis de oír y aprender de lo que habla Dios en su divina Escritura y en su Iglesia católica.

Y esta fe es el principio de la vida espiritual; y por eso, como arriba dijimos, con mucha razón somos primeramente amonestados por el Profeta de lo que primeramente nos conviene hacer, pues que dice San Pablo (*Rom.,* 10, 17) *que la fe nos entra por el oído*.

Esta fe es la primera reverencia con que el ánima adora a su Criador, sintiendo de Él altísimamente, como de Dios se debe sentir. Porque aunque algunas cosas de Dios se pueden por razón alcanzar, las cuales llama San Pablo (*Rom.,* 1, 19) *lo manifiesto de Dios*; mas los misterios que la fe cree, no puede la razón alcanzar cómo sean. Y por eso se dice, que cree la fe lo que no ve, y adora con firmeza lo que a la razón es escondido. Lo cual se nos da a entender en que los dos serafines *tenían cubierta la faz de aquel gran Señor* que en el templo vio Isaías (6, 2). Y también cuando Moisés se acercó a tratar con el Señor en el monte, dice la Escritura (*Ex.,* 24, 18), *que entró en la oscuridad o niebla* donde estaba el Señor. Cosa muy extraña parece de Dios poner su morada en tinieblas, pues es lucidísima *Luz, en el cual ningunas tinieblas hay*, como dice San Juan (1 *Jn.,* 1, 15). Mas porque es Luz tan lucida y tan sobreluciente, que, como dice San Pablo (1 *Tim.,* 6, 16), *mora en una luz que nadie puede llegar a ella*, dícese morar en tinieblas; porque ningún ojo criado, de hombre o ángel, puede con su razón alcanzar sus misterios. Y por eso para el tal ojo, tinieblas se llaman la luz; no porque sea luz obscura, mas porque es luz que excede a todo entendimiento sobre toda manera. Como cuando se mueve una rueda velocísimamente, solemos decir que no se menea; y hablamos así porque nuestros ojos no pueden tener cuenta con tan veloz movimiento, no por ser falto, sino por ser muy sobrado a los ojos humanos.

Y no sólo reverencia a Dios nuestra fe, creyendo lo que no alcanza razón; mas también nos le predica ser tan alto, que aunque, *por su lumbre* [la luz de la gloria, que Dios infunde a los bienaventurados, ángeles y hombres, para que puedan ver a Dios cara a cara], Dios sea visto claramente en el Cielo, ningún entendimiento humano ni angélico puede ver tanto de Él cuanto hay que ver en Él; ninguna voluntad, ningún gusto,

aunque todos se junten a una, pueden amar ni gozar cuanto hay en Él que amar y gozar. Sólo Dios es el que se comprende; que los demás, después que le ven, aman y gozan y alaban con todas las fuerzas de su corazón, le reverencian con conocer, que en comparación de lo que Él es, y de lo que de Él se puede decir, y del servicio que se le debe, es muy poco todo lo que de Él conocen y por Él hacen. Y así, cayendo en sus faces, le adoran con un profundo silencio, confesando que Él sólo es su perfecta alabanza, a la cual ellos no pueden llegar. Y este silencio es honra muy propia de Dios, porque es confesión que se le deben tales alabanzas, que son inefables a toda criatura. Y de esta honra dice David (*Ps.,* 64, 1): *A ti conviene alabanza, ¡oh Dios!, en Sión*. De manera, que aunque en el Cielo haya voz sin cesar de alabanza divina, diciendo: *Santo, Santo, Santo, Señor Dios de las batallas*, con otros admirables loores que allá le dan, mas también confiesan con el silencio que es el Señor mayor de lo que pueden entender ni decir. Porque *se subió sobre el querubín y voló, voló, sobre las alas de los vientos* (*Ps.,* 17, 11); porque nadie, por mucha ciencia que tenga, le puede comprender; y todos han de decir, los que le conocieren o vieren, lo que dijeron los hijos de Israel cuando vieron el pan que del Cielo venía (*Ex.,* 16, 15): *Manhú?* Que quiere decir: ¿Qué es esto? Admirándose, como la Reina Sabá, de un infinito abismo de lumbre; del cual, aunque ven en el Cielo más que de él oyeron en la tierra, mas no pueden comprender todo lo que en Él hay. Tal es el Dios que tenemos, y tal nos lo predica la fe, cantando lo que dice David (*Ps.,* 113, 16): *El cielo del cielo es para el Señor*. Porque este secreto de quien Él es —de la manera ya dicha—, para Sí sólo es, pues Él sólo se comprende.

CAPÍTULO 32

De cuan conforme es a razón creer las cosas de nuestra fe, aunque ellas exceden toda humana razón.

Es menester que estéis advertida a que, por haber oído que nuestra fe cree cosas que aunque no sean contra razón no se pueden alcanzar por razón, no por eso penséis que el creerlas es cosa contra razón o sin razón. Porque así como está muy lejos de quien cree, entender claramente lo que cree, así es cosa ajena del creer cristiano haber liviandad en el creer; pues que tenemos para creer tales razones, que osaremos parecer y *dar razón de*

nuestra fe delante cualquier tribunal, por muy justo que sea, como San Pedro nos amonesta, que debemos estar los cristianos *aparejados a ello* (1 *Petr*., 3, 15). Lo cual entenderéis fácilmente con aquesta semejanza que os pongo. Si oyésedes decir que un ciego de nacimiento hubiese cobrado la vista súbitamente, o que un muerto hubiese resucitado, claro es que vuestra razón no podría alcanzar cómo esto se puede hacer, pues es sobre toda naturaleza, y la razón no puede alcanzar lo sobrenatural. Mas tantos testigos y tan abonados os podían afirmar que lo habían visto, que no sólo no fuese liviandad el creerlo, mas fuese incredulidad y dureza de corazón no creer. Porque aunque la razón no alcanza cómo un ciego pueda ver, o un muerto tornar a vivir, a lo menos alcanza que es razón de creer a tales y tantos testigos. Y si estos tales muriesen en confirmación de esto que afirman, habría más razón para lo creer. Y si hiciesen ellos otros milagros tan grandes o mayores como el otro que afirman en confirmación de él, ya gran culpa sería el no creer, aunque fuese cosa muy nueva y muy alta la que éstos decían haber acaecido. Pues así entended, que no hay cosa que la razón menos alcance, que claramente entender lo que cree la fe; ni hay cosa tan conforme a razón, como el creerlo, y es cosa de muy grande culpa el no creer.

Cierto es que por aquellos milagros verdaderos que hizo Moisés, el pueblo de Israel creyó que era mensajero de Dios y que hablaba con Dios; y recibió la Ley como cosa dada por Dios. Y también por unos pocos y *falsos* milagros que hizo Mahoma fue creído de los Alárabes y gente bestial, que era mensajero de Dios, y como de tal recibieron la ley bestial que les dio. Pues mirad a los milagros hechos por Jesucristo nuestro Señor, y por sus Apóstoles, y por los otros santos varones, que en confirmación de esta fe se han hecho desde entonces hasta el día de hoy; y hallaréis, que antes podréis contar las arenas del mar, que la muchedumbre de ellos, y que incomparablemente exceden a todos los que en el mundo se han hecho en calidad y en cantidad. Tres solos muertos fueron resucitados en todo el discurso de la Ley vieja, que duró dos mil años, o casi (3 *Reg.,* 17; 4 *Reg.,* y 13), y si miráis en la nueva San Andrés solo resucitó de una vez a cuarenta muertos. Para que así se cumpla lo que el Señor dijo (*Jn.,* 14, 12): *Quien en Mí cree, hará aún mayores obras que Yo*, y se vea su grande poder, pues no sólo por sí mismo, mas por los suyos, en los cuales él obra, puede hacer todo lo que quisiere, por maravilloso que sea. Heos contado lo que un solo Apóstol de una vez hizo, para que por aquí entendáis los innumerables milagros que por aqueste Apóstol y por los otros Apóstoles y Santos en la Iglesia cristiana se han hecho.

Y aunque en el principio de la Iglesia hubo tantos y tales milagros en confirmación de la fe, que sobra la prueba; mas es tanta *la gana que el Señor tiene que todos se salven y vengan en conocimiento de esta verdad* (1 *Tim.,* 2, 4), y que los que ya la conocen se consuelen, y más se confirmen en ella, que tiene su Providencia cuidado de renovar esta prueba y ser testigo de esta verdad con nuevos milagros. Y así por maravilla hay edad, en la cual algún cristiano no sea canonizado por Santo; lo cual no se hace sin suficiente prueba de vida perfecta, y de muchos milagros. De los cuales, si alguno fuere curioso y los quisiere buscar, no le faltara, aun en nuestros tiempos, que ver entre nosotros; y en las Indias Orientales[10] y Occidentales, con más abundancia.

CAPÍTULO 33

De cuan firmes, constantísimos y abonados testigos ha tenido nuestra fe, los cuales han puesto su vida por la verdad de ella.

Posible es que alguno ponga duda en los dichos de nuestros testigos, que dicen o escriben esta muchedumbre de milagros que ha habido en la Iglesia cristiana. Porque como ellos aborrecen la fe, paréceles que si estos testigos son verdaderos, no pueden dejar de confesar que tenemos mucha más razón para creer nuestra verdad, que ellos su engaño. Mas pregunto: Si a nuestros testigos no se da crédito, y por eso no quieren recibir nuestra fe, ¿por qué la dan a los suyos, y reciben su falsa creencia? Pues que es cierto y manifiesto, si quisiesen tomar trabajo de lo mirar, que nuestros testigos exceden a los suyos en todo género y peso de autoridad. Varones ha habido en la Iglesia cristiana cuya vida ha sido tan buena manifiestamente, que da testimonio estar ellos limpios do toda codicia, y de todo apetito de honra, y de todo cuanto en el mundo se estima y florece, y llenos de toda virtud y de verdad, aun hasta morir por no las perder. ¿Qué interés puede pretender en el testimonio que da el que ninguna cosa del mundo pretende, y aun las que tiene las echa de sí? ¿Qué interés le puede mover a ser falso testigo a quien da su vida con tormentos gravísimos en confirmación de su dicho? Y aunque algunos suelen, a

[10] Rigorosamente contemporáneo del autor era el portentoso taumaturgo de los tiempos modernos, San Francisco Javier, S. J., apóstol de las Indias Orientales, que resucitó *muchos* muertos

poder de tormentos, decir lo que el juez les pide, aunque sea contra verdad, mas si los nuestros dijeran lo que el juez les pedía, no sólo no perdieran hacienda ni vida, mas aun quedaran en todo más prósperos, por lo mucho que los jueces les dieran, según se lo prometían. Mas despreciando todo esto, morían por no perder la fe o la virtud, lo cual quería el juez que perdiesen. De manera, que ninguna cosa temporal amaban, ni cosa temporal temían, por recia que fuese; y por eso ninguna tacha se les puede poner en su dicho.

Y si a alguno le pareciere que estas pruebas son suficientes para tenerlos por buenos, y que a sabiendas a nadie querían engañar, mas que por ventura se engañaban ellos y engañaban a otros sin lo entender; dícese a esto que tal gente ha habido en la Iglesia, que ha derramado la sangre por Cristo, tan llena de sabiduría manifiestamente, que no se puede con razón creer de ellos que se engañasen en cosa tan pensada, y tan afirmada aun hasta perder la vida por ella. Porque lo mucho que en estas cosas se interesa hace a los hombres mirar y remirar lo que afirman. Que no se suele poner la vida en confirmación de verdad, si de ella el tal hombre no está muy suficientemente certificado. Y cosa es notoria haber habido y haber tal sabiduría en el pueblo cristiano, que exceden a las otras generaciones, como maestros muy sabios a muy rudos discípulos. Y haber sido, no uno ni ciento, mas grandísimo número de los tales, es muy gran testimonio de la verdad de nuestra fe, en cuya confirmación perdieron la vida. Porque aunque leemos de algunos haber muerto en confirmación de su error, son sin comparación excedidos de los nuestros en número, virtud y sabiduría.

CAPÍTULO 34

Que la vida perfecta de los que han creído nuestra fe es grande testimonio de su verdad; y de cuánto han excedido en bondad los cristianos a todas otras gentes.

Y pues hemos hecho mención de la bondad y virtud que en mártires cristianos ha habido, no es razón que os deje aquí de decir cuan gran testimonio es de nuestra fe la vida perfecta de los que la creen. Pues que siendo Dios bueno y hacedor de todo lo bueno, toda razón dice que Dios es amigo de buenos, pues que cada uno ama a su semejable, y cada causa a su

efecto. Y si amigo, hales de ayudar en sus necesidades; y la mayor de todas es la salvación de sus ánimas; y no se pueden salvar, sin conocimiento de Dios; y no lo pueden conocer de manera que se salven, si Él no se les descubre. Resta, pues ninguna cosa de éstas se puede negar, que si conocimiento de Dios hay en la tierra con que los hombres se salvan, Dios lo da a los cristianos, pues entre ellos ha habido y hay la gente de más alta vida y perfectas costumbres, que en ningún otro tiempo o generación ha habido.

Los filósofos parece que fueron la flor de naturaleza y la hermosura de ella, donde parece que echó todas sus fuerzas en lo que toca a bien vivir conforme a razón. Mas dejando de decir los feos males que San Jerónimo cuenta de los principales filósofos, y hablando de algunos que tenían al parecer más rastro de virtud que los otros, excédenles tanto los de la Iglesia cristiana, que nuestras flacas mujeres y mozas son de mayor virtud, que los que allá eran estimados por heroicos varones; pues ninguno se puede igualar a la fortaleza y alegría con que una Santa Catalina, Inés, Lucía, Águeda, con otras muchas semejables a ellas, se ofrecieron a gravísimos tormentos y muerte por amor de la verdad y virtud. Y si en la fortaleza, que tan ajena parece de la flaqueza mujeril, éstas tanto exceden, así en número como en la grandeza de los tormentos y en la alegría del padecer, a los varones de allá, ¿cuánto más será el exceso en humildad, caridad y otras virtudes que no son tan extrañas a ellas? Y aunque pusimos a éstas por ejemplo, mas ya vos veis la innumerable copia de varones y mujeres que en toda manera de estado han servido al Señor con vida perfecta en la Iglesia cristiana. Algunos de los cuales, siendo en el mundo muy altos, y en toda riqueza y prosperidad humana abundantes, y esperando heredar señoríos y reinos, y de presente poseyendo mucho, han despreciádolo todo, y por agradar más a Dios, eligieron vida de cruz en pobreza y trabajos, y en obediencia de Dios y de hombres. Y esto con tan grande testimonio de virtud de dentro y de fuera, que ponían admiración a quien los trataba. Gente ha habido en nuestra Iglesia, que, como dice San Pablo (*Phil.,* 2, 15), *lucen en el mundo como las lumbreras* del Cielo, y comparados a lo restante del mundo, les hacen ventaja sin comparación. Lo cual no podrá negar, por muy porfiado que sea, quien mirare la vida de un San Pablo, y de los otros Apóstoles y apostólicos varones que en la Iglesia ha habido. Y pues tanta bondad se ha hallado en aqueste pueblo cristiano, como por las obras parece, ¿qué hay que dudar, sino que hemos de decir que o no hay conocimiento de Dios en la tierra, o que éstos lo

tienen, como gente más amada de Dios, y que mejor se aprovecha del conocimiento, empleándolo en mejor agradar a quien se lo dio?

Y en ninguna manera se debe decir que la tierra esté sin este conocimiento de Dios, necesario para salvarse. Porque sería decir que las principales criaturas que debajo del cielo Dios crió, y por cuyo amor crió todas las cosas, se perdían todas, por no darles Dios medio con que se salven. Y no es Dios tal, que cierra la puerta de la salvación, ni es cosa conforme a las entrañas de su bondad y misericordia, estar sin amigos a quien acá haga grandes mercedes, y en el Cielo mayores.

Esta prueba de nuestra fe, de la buena vida de los cristianos, era muy estimada y encomendada por los santos Apóstoles en el principio de la Iglesia católica. Entre los cuales dice San Pedro (1 *Petr*, 3, 1): *Las mujeres sean sujetas a sus maridos; para que si algunos no creen a la palabra de Dios, sean ganados, sin palabra de Dios, por la buena conversación de sus mujeres, mirando vuestra santa conservación en temor de Dios*. De donde parece la fuerza de la buena vida, pues era poderosa a convertir infieles, que por predicación apostólica, que con grande eficacia iría hecha, y aun con milagros, no se podían ganar. San Pablo dice *que para ir de una tierra a otra no había menester que aquellos a quien había predicado le diesen cartas favorables para acreditarlo con aquellos a quien iba a predicar*. Y dice a los Corintios (2 *Cor.,* 3, 2): *Vosotros sois mi carta, que es conocida y leída de todos*. Y dice esto, porque las buenas costumbres que tenían, por medio de la predicación y trabajos, eran suficiente carta que declaraba quién era San Pablo y cuan provechosa su presencia. Y dice, que esta carta la saben y leen todos, porque cualquier gente, por bárbara que sea, aunque no entiende el lenguaje de la palabra, entiende el lenguaje del buen ejemplo y virtud que ve puesto por obra, y de allí vienen a estimar en mucho al que tales discípulos tiene. Y por eso dice el mismo Apóstol en otra parte (1 *Tim.,* 6, 1), *que los siervos cristianos sirvan con tan buena fe a sus señores, que hermoseen en todas las cosas la doctrina de Dios nuestro Salvador. Quiere decir: Que su vida sea tal, que dé testimonio que la fe y doctrina cristiana sea tenida por verdadera*.

Y cuánto vaya en aqueste punto, el Señor, que todo lo sabe, nos lo enseñó muy bien, cuando orando a su Eterno Padre, dijo estas palabras, rogando por los cristianos (*Jn.,* 17, 21): *Ruego que todos sean una cosa, como Tú, Padre, en Mí, y Yo en Ti, para que ellos sean una cosa en nosotros, para que crea el mundo que Tú me enviaste*. Cierto, gran verdad dice el que es suma Verdad, que si los cristianos fuésemos perfectos

guardadores de la Ley que tenemos, cuyo principal mandamiento en el de la caridad, sería tanta la admiración que en el mundo causaríamos a los que nos viesen iguales a ellos en naturaleza, y muy mayores que ellos en la virtud, que como gente flaca a fuerte, y baja a alta, se nos rendirían y creerían que moraba Dios en nosotros; pues nos veían poder lo que las fuerzas de ellos no alcanzaban, y darían gloria a Dios que tales criados tenía. Y entonces se cumpliría que éramos carta de Jesucristo, en la cual todos leían sus lecciones, y que *ataviábamos la doctrina*, y que éramos *buen olor suyo*, pues por nuestra vida decían bien de Él.

Mas Tú, Señor, sabes, que aunque haya habido en tu Iglesia muy muchos, y siempre haya algunos, cuya vida resplandezca como una gran luz, a la cual podían atinar, si quisiesen los infieles, para conocer la verdad y salvarse: mas también sabes, Señor, cuan muchos hay en tu Iglesia, que comprende a buenos y a malos cristianos, que no sólo no son medio para que los ínfleles te conozcan y te honren, mas para que se enajenen de Ti y se cieguen más; y en lugar de la honra, que en oyendo el nombre cristiano te habían de dar, te blasfemen muy reciamente, pareciéndoles con su engañado juicio que no puede ser verdadero Dios ni Señor quien tiene criados que tan mal viven. Mas día tienes Tú, Señor, guardado para te quejar de esta ofensa, y decir (*Rom.,* 2, 24): *Mi nombre es blasfemado por vuestra causa, entre los infieles*; y para castigar con recio castigo a quien, habiendo de *coger contigo lo derramado, derrama él lo cogido* (*Lc*., 11, 23), o es impedimento para no cogerse. Y entonces darás a todos a entender claramente que Tú eres bueno, aunque tus criados sean malos; porque los males que ellos hacen, a Ti desplacen, y Tú los vedas por tus mandamientos, y reciamente castigas.

CAPÍTULO 35

Que la propia conciencia del que quiere seguir la virtud le da testimonio de ser nuestra fe verdadera; y cómo el amor de la mala vida es impedimento para la recibir y grande parte para la perder.

Cuanto los testigos, son más cercanos y más conocidos, tanto suele ser más creído su testimonio, si ellos traen verdad. Y por esto, ya que se os ha dicho de algunos medios que son testigos de nuestra verdad, oíd ahora de otros, no de pasado, sino de presente, y tan cercanos de vos, que estén

en vuestro mismo corazón, si los queréis recibir; y que tengáis particular conocimiento de ellos, pues lo tenéis de lo que pasa en vuestro corazón. Lo cual va fundado en la palabra que el Señor dijo (*Jn.,* 7, 17): *Si alguno quisiere hacer la voluntad de mi Padre, aquel tal conocerá de mi doctrina si es de Dios*. Bendito seas, Señor, que tan fiado estás de la justicia de esta tu causa, que es la verdad de tu doctrina, que dejas la sentencia de ella en manos de quienquiera que sea, amigo o enemigo, con sola esta condición, que el que quisiere ser de ella juez, quiera hacer la voluntad de Dios, que es que el hombre sea virtuoso y se salve.

Cierto es así, que si un hombre que quisiese de verdad ser bueno para con Dios, y para consigo, y para con los prójimos, y quisiese buscar la mejor doctrina que hubiese para lo ser, si a este tal le pusiesen delante todas las Leyes y doctrinas que en el mundo hay, verdaderas y falsas, a ninguna de las cuales él estuviese aficionado o apasionado, sino que mirase a la sola verdad, este tal, dejadas todas las otras, echaría mano del Evangelio y doctrina cristiana, si la entendiese, como de cosa que le puede encaminar a lo que desea, mejor que otra ninguna. Y como fuere obrando la virtud que desea, irá experimentando la eficacia de esta doctrina, y cuan a propósito es de lo que al ánima cumple, cuan medida viene para remediar sus necesidades, y en cuan breve tiempo y con qué claridad le ayuda a ser virtuoso. De arte, que viniendo este hombre por la misma experiencia de la virtud de esta doctrina, confesará, como dice el Señor, que es doctrina venida de Dios; y dirá lo que dijeron unos que oyeron predicar a Jesucristo nuestro Señor (*Jn.,* 7, 46): *Nunca tan bien ha hablado hombre en el mundo*. Y si los que no conocen a Cristo por fe oyesen aquella admirable y caritativa voz, que el mismo Señor dijo con grande clamor (*Jn.,* 7, 38): *Si alguno ha sed, venga a Mí y beba*; y si quisiesen venir a probar la hartura y experiencia de aquesta doctrina con deseos de ser virtuosos, cierto no quedarían en su ceguedad e infidelidad.

Mas como son amigos de mundo, y no de verdadera y perfecta virtud, ni buscan con cuidado la certidumbre de la verdad y conocimiento de Dios, quédanse sin oírla y sin recibirla. Y aunque la oyesen, no la recibirían algunos, por ser contraria a las cosas que ellos desean. Que por esto dijo el Señor a los fariseos las palabras que ya otra vez hemos dicho (*Jn.,* 5, 44): *¿Cómo podéis vosotros creer, pues que buscáis honra unos de otros, y no buscáis la honra que de sólo Dios viene?* Y no sin gran peso dijo San Pablo (1 *Tim.,* 6, 10), *que algunos habían perdido la fe, siguiendo la avaricia*. No porque se pierda luego la fe, pecando un hombre en cualquier pecado que sea, si no fuere herejía, mas porque un corazón

aficionado a cosas del mundo, y desaficionado de la virtud, como halle en la doctrina cristiana verdades contrarias a los malos deseos de su corazón, y que condena con tan graves penas lo que él desea hacer, busca poco a poco otras doctrinas que no le den mal sabor, ni le ladren contra los malos deseos y obras. Y así el corazón mal aficionado suele ser causa para cegar el entendimiento, y acabar con él a que deje esta fe que ladra contra la maldad, y siga y crea otras doctrinas con que él esté descansado, y con que viva como desea. Y pues la voluntad mala es medio para que, quien tiene la fe, algunas veces la pierda, también lo será para no la recibir el que no la tiene. Porque los unos y los otros tienen fastidio de la perfecta virtud, sin alegar otra causa, sino porque es desabrida o muy buena; y así también tienen fastidio de la verdad de la fe, por ser tan contraria a la maldad que ellos aman.

CAPÍTULO 36

Que la admirable mudanza de los corazones de los pecadores, y los favores grandes que el Señor hace a los que, siguiéndolo con perfecta virtud, le llaman en sus necesidades, es grande testimonio de la verdad de nuestra fe.

¡Cuán mejor librados son los que, con deseo de servir a Dios, han elegido aquesta verdad! Aunque todos los que le sirven gocen, si atentos quisieren estar, de muchos testimonios que la fe tiene en su corazón, mas principalmente gozan de aquesto los que le sirven con aprovechada virtud; muchos de los cuales se vieron primero en estado muy miserable, hechos esclavos de la maldad, y tan aficionados a ella, que parecía estar su corazón transformado en ella, y con tanta determinación a obrar, que por lanzas, como dicen, se metieran por cometerla. Mas estos miserables cautivos, y tan flacos para se libertar de un tirano tan fuerte, unas veces por oír un sermón[11], otras por se confesar[12], otras por sola la inspiración de Dios, y otras por otros medios que en la Iglesia católica hay, sintieron dentro de sí una poderosísima mano, que cautivando a quien los tenía

[11] Por oír un sermón del San Juan de Ávila se convirtió a la santidad San Juan de Dios, en Granada; y por otro, San Francisco de Borja.

[12] Por una confesión que hizo con el mismo San Juan de Ávila se convirtió doña Sancha Carrillo, a quien va dirigido este libro.

cautivos, sacó a ellos del cautiverio de la maldad en que estaban, y les mudó el corazón tan verdaderamente mudado, que muchas veces, en menos tiempo que un mes y que una semana, se han visto más aborrecedores de la maldad, que eran primero amadores de ella, diciendo, de corazón (*Ps.,* 118, 163): *Aborrecido he la maldad, y abominádola he, y he amado a tu ley*; y tan de verdad, que están determinados de no cometer un pecado por vida ni muerte, ni tierra ni Cielo, ni por cosa criada, como dice San Pablo (*Rom.,* 8, 38). ¿Quién hizo aquesta tan maravillosa y tan buena mudanza en tan breve tiempo? ¿Quién sacó agua de peña tan dura? ¿Quién resucitó a, muerto tan miserable, dándole vida tan excelente? No otro, cierto, sino la mano de Dios creído y amado, como en la Iglesia cristiana se cree y se ama; y por medios que la doctrina cristiana tiene y enseña.

Y si este trato así comenzado pasa adelante, como en muchos pasa, que dejadas todas las cosas se emplearon en vacar a su Dios, que *les quebrantó sus cadenas* (*Ps.,* 115, 16), y comenzaron a caminar por el desierto de la vida espiritual, y *estrecho camino que lleva a la vida* (*Mt.,* 7, 14), aunque muchas veces se vieron en grandes aprietos y en tempestades tan bravas que, como dice David (*Ps.,* 106, 27), *hacen perder el tino y tragan la sabiduría de los que navegan*; mas llamando a su Jesús, que es guía de su camino, y otras veces con recibir el socorro de los Sacramentos, y otras veces con oír o leer palabras de Dios, o con otros medios que en la Iglesia hay, se hallaron tan maravillosamente favorecidos en la tribulación, que viendo la bonanza del mar de su corazón tan súbita, dicen lo que los Apóstoles (*Mt.,* 8, 27): *¿Quién es Aqueste, a quien los vientos y mar obedecen? Verdaderamente es el Santo Hijo de Dios*.

San Bernardo cuenta lo que él muchas veces había probado, que Jesús, invocado en verdad, es remedio y medicina contra todas las enfermedades del ánima. Y lo que este Santo dijo, experimentó y probó, acaeció a otros muchos primeros y postreros que él; entre los cuales San Jerónimo es un testigo digno de toda fe; el cual, como arriba dijimos, cuenta de sí que viéndose en tribulación de su carne, sin hallar remedio en cosa hecha, ni saber ya más qué hacer, lo halló en echarse a los pies de Jesucristo, llamándole con devota oración; y recibió tal bonanza de la tempestad, que le parecía estar entre coros de ángeles. Porque este favor que Dios suele dar, no sólo es cesar la tribulación que el hombre tenía, lo cual suele algunas veces acaecer por divertir el pensamiento a otra parte o por otras causas semejantes a ésta, mas es un favor que Dios da, con que les pone disposición del todo contraria a lo que primero sentían. La cual

mudanza y perfecta liberación, y tan súbita, no está en manos del hombre, según lo entenderá quien lo quisiere probar. De fuera viene, de Dios viene, y por medios cristianos viene, y experiencia es de lo que San Pablo dijo (1 *Cor.,* 1, 24): *Que Jesucristo crucificado, para los llamados de Dios, es fortaleza de Dios y sabiduría de Dios*; porque llamándolo en el día de la tribulación, da luz y fortaleza, para que vencidos los impedimentos, puedan los tales proseguir su camino, cantando en él, como dice David (*Ps.,* 137, 6): *Grande es la gloria del Señor*. Y sintiendo en sí mismo lo que dice el mismo Profeta (*Ps.,* 55, 10): *En cualquier día que yo te llamare, he conocido que Tú eres mi Dios*. Porque el remediarlos presto y poderosamente, les es un gran testimonio y motivo que Dios es verdadero Dios, y que tiene de ellos cuidado.

Y no contamos las celestiales visiones y revelaciones que aquéllas por milagros se pueden contar; sino cosas más comunes y de las cuales hay más testimonio.

CAPÍTULO 37

De los muchos y grandes bienes que Dios obra en el hombre que sigue la perfecta virtud, la cual es grande prueba de ser verdad nuestra fe, pues ella nos enseñó los medios para alcanzar aquellos bienes.

No sólo gozan los que este camino de la perfecta virtud siguen con diligencia, de ser librados por Cristo en los peligros que se les ofrecen, mas también de alcanzar y poseer tales bienes en su ánima, que se les diga con mucha verdad (*Lc.,* 17, 21): *El reino de Dios dentro de vosotros está*; el cual, como dice San Pablo (*Rom.,* 14, 17), consiste en tener dentro de sí *justicia, y paz, y gozo en el Espíritu Santo*. Y así están estos tales tan aficionados y amadores de lo justo y bueno, que si las leyes de la virtud se perdiesen de los libros, las hallarían escritas en los corazones de ellos; no porque las sepan de memoria, mas porque el amor determinado de su corazón es aquello mismo que la Ley dice de fuera, por estar ya su voluntad tan transformada en el amor del bien, y obrarlo con tanta presteza y deleite; y seguir lo que su corazón quiere, es seguir la virtud y huir de los vicios, hechos una viva Ley y medida de las obras humanas, según atinaba Aristóteles. Y de aquí les nace una paz y un gozo tan cumplido, cuanto nadie puede entender, sino quien lo prueba, pues que dice Isaías (48, 18),

que la paz de estos tales es como río, y como golfos de mar. Y San Pablo dice (*Phil.,* 4, 7) *que esta paz de Dios sobrepuja a todo sentido*. Y San Pedro (1 *Petr.*, 1, 8) dice *que esta alegría no se puede contar*. *Maná escondido es* (*Apoc.,* 2, 17), que se da a quien varonilmente se vence, y no lo sabe sino quien lo recibe.

¿Pues de dónde diremos que viene esta tan acabada virtud y descanso, que es arra y principio de la eterna felicidad? No, cierto, de parte del demonio. Porque aunque algunas veces, según hemos dicho, el demonio ha aconsejado a algunas personas hacer algún particular bien, para con aquellos consejos acreditarse para después engañar; mas hacer un hombre perfectamente bueno y cumplidor de la Ley natural —la cual no puede negarse ser buena, pues Dios es Autor de naturaleza—; esta tal obra, ni la hace el demonio ni la puede hacer, pues no puede dar la bondad que no tiene. Ni tampoco es obra de sólo el hombre; pues tener virtud, cuánto más perfecta virtud, con que a Dios sirva perfectamente, *dádiva es del Padre de las lumbres, del cual desciende todo perfecto don* (*Jac.,* 1, 17). Y el mismo hombre experimenta una y muchas veces verse librado de males de que no podía salir, y favorecido en bienes que él no podía alcanzar. Y pues esta perfecta virtud, ni es del demonio ni del espíritu humano, resta que sea infundida de Dios, invocado y servido como la fe de la Iglesia lo enseña, y que por los medios de la fe experimenta el hombre venirle aquesta virtud, en testimonio que es verdadera; porque de la mentira no pudieran venir conocimientos tan provechosos para la perfecta virtud, y para invocar a Dios que les favoreciese.

De esta prueba usa San Pablo hablando con los Gálatas (3, 2) diciendo: *Solamente quiero que me digáis: El Espíritu Santo que recibisteis, ¿fue por medio de las obras de la Ley, o por medio de la fe?* Como si dijese: Pues predicándoos yo la fe, y no la Ley vieja, y creyendo vosotros y disponiéndoos a ello con la voluntad, recibisteis al Espíritu Santo, ¿por qué ahora os tornáis a la vieja Ley, pues habéis experimentado que sin ella, y por medio de la fe y de la penitencia, recibiendo el bautismo, alcanzasteis el Espíritu Santo, y su gracia y mercedes? Y así a nuestro propósito, la perfecta virtud que se alcanza por usar bien de la fe y de los otros medios que ella nos enseña, es testimonio que ella es verdadera, pues para tan buena cosa fue medio, y nos enseñó medios. Y así estos tales, tan ricos con los bienes que de Jesucristo les vienen, están tan arrimados a Él y tan ricos con Él, que, cierto, no tienen gana de esperar el Mesías que los judíos esperan, ni gozar del paraíso que Mahoma promete. Porque como desprecian los deleites bestiales de carne que el Mahoma en

su paraíso promete, y los otros bienes perecederos de tierra que los judíos con su Mesías esperan, partirán mano de buena gana de lo uno y de lo otro, aunque les rueguen con ello. Y acuérdanse que estaba profetizado que en el tiempo del Mesías habían de conocer que el Señor era Dios *cuando quebrantase las cadenas del yugo de los hombres* (*Ezech*., 34, 27), y que *había de dar Dios corazón nuevo* (*Ibid*., 36, 26), *y había de escribir su Ley en las entrañas de los que la recibiesen* (*Jer*., 31, 33). Y como tienen conjeturas muy grandes que ellos tienen parte en aquestos bienes, esles testimonio que Cristo es venido. Y así por estos y otros efectos, que no se pueden contar, que tienen dentro de sí, están llenos de gozo y de paz, y asegurados con Jesucristo, que si les dijeren que *está* otro *Cristo en el desierto o en los umbrales de casa* (*Mt.,* 24, 26), ni a lejos ni a cerca no le irán a buscar; porque como el verdadero [Cristo] no sea más de uno, y en el que ellos creen hallan las condiciones del verdadero, con la misma fe que aceptan a uno reprueban los otros.

Y no os digo esto para que penséis que los cristianos creen por estos motivos y experiencias que sienten dentro de sí; que no creen sino por la fe que Dios les infunde, como después se dirá. Mas heos dicho esto para que entendáis los muchos motivos que tenemos para creer, porque de esta materia hablamos; y uno de ellos es estas experiencias que los perfectos en su ánima sienten; las cuales, pues son de cosa que pasa en el corazón, no las habéis de buscar en los libros ni vidas ajenas, mas en vuestra propia conciencia, esforzándoos a la perfecta virtud, para que, según os dije al principio, tengáis testigos cercanos a vos, y conocidos de vos, por estar dentro de vos, y cumpláis lo que la Escritura dice (*Prov.,* 5, 15): *Bebe el agua de tu cisterna*. Y veréis tales maravillas dentro de vos, que se os quite la gana de buscar otras fuera de vos.

CAPÍTULO 38

Que si se pondera la virtud y grandeza de la obra del creer, hallaremos grande testimonio que testifique ser mucha razón que el entendimiento del hombre sirva a Dios con recibir su fe.

Quien tuviese luz para conocer, y peso para pesar la misma obra de este creer, no tendría necesidad de buscar otros testigos para la recibir; mas en ella misma hallaría hermosura para la amar y razón para la recibir.

Porque ¿quién hay que no entienda, que es cosa muy justa que la criatura sirva a su Criador con todas sus fuerzas y con todas sus cosas? Y también todos saben, que aunque con todas le debemos este servicio, mas principalmente, pues que Dios es espíritu, el principal servicio que le hemos de hacer es con nuestro espíritu, por la semejanza que tiene con Dios. Y pues en nuestro espíritu hay razón y voluntad, y no se puede negar que el hombre debe servicio a Dios con la voluntad, tampoco se puede negar el servicio del entendimiento; pues que no es razón que el hombre sirva a Dios con las cosas menores que tiene en sí mismo, y no le sirva con lo principal que hay en él, que es su entendimiento y voluntad. Ni es razón, que pues el servicio que la voluntad hace a Dios es obedecerle, se quede el entendimiento sin obedecer a Dios. Y así como la obediencia de la voluntad consiste en negarse a sí mismo por hacer la voluntad de Dios, así el servicio que el entendimiento le ha de hacer es negarse a sí mismo por creer al parecer de Dios. Porque si el servicio del entendimiento fuese pensar algo o consentir algo de lo que él mismo alcanza por su razón, o no tendría este nombre de servicio, o es servicio muy bajo, pues no hay obediencia en él. Y si la hubiese, sería de la voluntad, a la cual mandaba Dios que mandase a su entendimiento pensar en esto o aquello. Mas para que el servicio y obediencia del entendimiento sea suyo propio de él, conviene que consienta en cosa que él por sí mismo no entendía; y entonces verdaderamente se abaja y se niega, y obedece y cautiva, y hace reverencia al sumo Dios, y cumple lo que dice San Pablo (2 *Cor.,* 10, 3): que hemos de *cautivar el entendimiento en servicio de la fe*. Lo cual en otra parte llama *obediencia de fe* (*Rom.,* 1, 5).

Y pues la bondad de Dios pide que le demos amor, y su liberalidad pide que esperemos más de Él, también pide su Verdad que la creamos, pues no hay menor razón en lo uno que en lo otro. Y así como la obediencia que damos a Dios en el amor presupone que neguemos el nuestro, y el arrimo que penemos en Él ha de ser desarrimándonos de nosotros, así la obediencia que le hemos de dar a su Verdad es, quitando nuestro parecer, creer el suyo con mayor firmeza que si nosotros lo entendiéramos. Porque de otra manera, ¿qué habría que agradecer a uno que cree lo que otro dice, no porque el otro lo dice, sino porque él mismo lo entiende? Mas creyendo sin entender, hace obra loable, y que trae consigo dificultad, como quien fía sin prendas, y anda sin báculo, y ama por Dios a su malhechor. Y por eso, si por Dios se hace, será verdadera virtud, digna que a Dios se ofrezca, y que sea galardonada por Él.

Y pues la voluntad del hombre es dedicada a Dios y santificada, negándose a sí, no se debe quedar el entendimiento como profano, con creerse a sí mismo, sin obediencia de Dios, pues ha de ser en el Cielo bienaventurado con verle allá claramente. Porque, como dice San Agustín, «el galardón de la fe es ver»; por lo cual ninguna razón consiente que el entendimiento deje de servir en la tierra; y su propio servicio es creer.

CAPÍTULO 39

En que se responde a la objeción que pueden poner contra nuestra fe, diciendo que enseña Dios cosas muy altas.

Podrá alguno decir, movido por estas razones o por otras, que es cosa justa que crea el hombre lo que no entiende, porque Dios lo dice. Mas que, pudiéndose esto cumplir con creer otras cosas, no hay por qué se crean las que los cristianos creemos.

Mas decidme, ¡oh hombres ciegos!, ¿qué tacha halláis en lo que los cristianos creemos? Y si no sabéis decir lo que sentís, yo os lo diré. Parecen os tan altas las cosas altas que de la alteza de Dios creemos, que por altas no las creéis. Y parecen os tan bajas las cosas bajas que de la humildad de Dios creemos, que por eso no las tenéis por dignas de Dios, ni las creéis.

Porque, decidme, en el misterio altísimo de la Santísima Trinidad, ¿qué otra cosa os ofende, sino ser tan incomprensible, que reverberados vuestros ojos intelectuales con el abismo de aquella infinita Luz y alteza de tal misterio, cerráis los ojos, y con decir: ¿cómo puede ser esto?, dejáis de creer, siendo cosa conforme a toda razón que sintamos del Altísimo altísimamente, y que le atribuyamos el más alto Ser y mejor Ser que nuestro entendimiento pudiere alcanzar? Y cuando hubiéremos alcanzado de Él cosas muy altas, hemos de creer que aun hay en Él cosas mayores, y que del todo exceden a nuestro entender. Esto es honrar a Dios y tenerle por Dios y por grande. Porque si nuestro entendimiento pudiera entender toda el alteza de Dios, fuera chico Dios; y por eso no fuera Dios, pues no lo puede ser si no fuera infinito, y lo infinito, incomprensible es de la cosa finita.

Y pues es mejor que en Dios haya comunicación suma —pues a la suma Bondad conviene suma comunicación—, y si ésta ha de haber, ha de

ser comunicando su misma y total esencia, y así habrá en Dios suma fecundidad, como a Dios conviene, y no esterilidad, que es cosa muy ajena de Él, según dice por Isaías (66, 9): *Yo que doy fuerza a los otros para engendrar, ¿por ventura quedaréme estéril?*

Y aunque, con criar ángeles y hombres y el universo, se comunica Dios haciendo mercedes, mas ni ésta es fecundidad ni comunicación de bien infinito —porque no les da Él su esencia, sino dales el ser y virtud que ellos tienen—, ni dejara Dios de ser Dios solitario, por muchas criaturas que le acompañaran, pues de ellas a Él hay distancia infinita; así como tampoco dejará de ser Adán solitario, por muchas bestias y otras criaturas que en el mundo había, aunque las tuviera muy cercanas a sí. Y porque el hombre no estuviese solo, le dio Dios compañera que tuviese semejanza e igualdad con él. Y así no es Dios solitario, pues en la unidad de la esencia hay tres Personas divinas: ni es estéril ni avariento, pues hay comunicación de deidad infinita.

Y porque vosotros no entendáis cómo es acuesto, no debéis dejar de creerlo, pues que por ser tan alto, tiene rastro y olor de ser cosa de Dios. Y por ser mejor ser esto así, que no ser así, por eso es cosa que conviene que la tenga Dios, y que así lo creamos nosotros, pues de Dios debemos sentir conforme a Dios, que es cuanto más alto pudiéremos.

CAPÍTULO 40

En que se responde a los que ponen por objeción para no recibir nuestra fe, que enseña de Dios cosas muy humildes o bajas; y cómo en estas cosas humildes que de Dios enseña está altísima gloria.

Ni tampoco hay razón para tropezar en la humildad que tomó el altísimo Dios, abajándose a ser hombre y vivir en pobreza y morir en cruz; porque estas obras, no sólo no son indignas de Dios, mas son mucho dignas, si son entendidas.

Porque si el abajarse fuera a más no poder, o si por abajarse perdiera su alteza que primero tenía, o si le moviera algún propio interés, hubiera alguna sospecha de la tal obra. Mas ni dejó de ser quien era por tomar lo que no era, ni vino forzado del Cielo a la tierra, ni le movió propio provecho, pues no puede Dios crecer en riquezas; mas movióle su sola

bondad y amor de los hombres, y quererlos remediar por el modo que más glorioso fuese a Él, y más provechoso para nosotros.

Y tal es el modo que tomó haciéndose hombre y muriendo en la cruz. Porque no hay mayor señal de amor, que morir un hombre por sus amigos. Y aun el Señor murió por sus enemigos, por hacerlos amigos. El cual amor tan excelente no nació de que ellos lo mereciesen, mas de su excelente bondad. Y así su bajeza y muerte no arguyen en él falta de poder o saber; pues, por ser omnipotente y todo sabio, nos pudiera remediar por otros muchos modos sin éste; mas arguye en Él grandísimo exceso de bondad y de amor; y tanto mayor, cuanto Dios, que ama y padece, es mayor; y lo que padece, más grave y penoso; y aquellos por quien padece, más indignos y bajos. Y pues en amar, y a tales, se manifiesta su excelente bondad, alteza grande se debe decir esta obra, pues en lo espiritual todo es uno, bueno y alto; y mientras más bueno, más alto y más grande. Y pues que la mayor honra que podemos dar a uno es tenerlo por bueno, más que por fuerte o por sabio, pues ninguno hay que honra desee, que así no la quiera; claro es que, pues estas obras manifiestan su bondad y amor más que todas las otras, éstas le dan más honra y mejor que todas las otras. Y si parecía a los ignorantes que el abajarse Dios quitaba honra a su alteza, debe parecer a los sabios, que se le acrecienta la honra de su bondad, y por consiguiente de su alteza y grandeza; y así ni la pierde de uno ni otro.

Y no sólo resplandece en estas obras su bondad más que en las otras, mas también la sabiduría y poder, y otras maravillas grandísimas. Porque entre todas las obras que en tiempo Dios ha hecho y hará, otra no la hay igual y maravillosa, ni tan gran milagro como hacerse Dios hombre, y después padecer por los hombres. Y quien esto no cree, la mayor honra le quita a Dios —cuanto es de su parte—- que le puede quitar, aunque le quitase toda la que tiene por todas las otras obras que en tiempo ha hecho, o ha de hacer. Mirad bien en ello, y veréis cómo resplandece la omnipotencia de Dios y su sabiduría, en juntar dos tan distantes extremos, como son Dios y hombre, en unidad de persona. Y mirad cómo se declara más su poder en pelear y vencer a nuestros pecados y muerte con armas de nuestra flaqueza, que si venciera con las propias de su omnipotencia, como arriba se dijo [Cap. 22] hablando contra la desesperación. Y mirad cómo cuando se estaba Dios en su alteza tenía un pueblo pequeño que le conociese, y casi cada día se le iba a adorar dioses ajenos; y aun el tiempo que esto no hacia servía a su Dios con grandes flaquezas. Mas abajándose Dios a ser hombre y morir, hizo tanta impresión en los hombres, que los altos se abajaron, y los flacos se hicieron fuertes, y los malos buenos; y

finalmente, hubo tanta mudanza en el mundo, así en quitar la idolatría, como en la renovación de costumbres, que se vio claramente el cumplimiento de aquella palabra que dijo el mismo Señor (*Jn.,* 12, 32): *Si Yo fuere alzado de la tierra, puesto en cruz, todo lo traeré a Mí mismo*. Y así parece que alcanzó victoria de corazones humanos con la bajeza, flaqueza y tormentos y muerte, la cual no alcanzó estándose en la alteza de su Majestad. Y así se cumplió lo que dijo San Pablo (1 *Cor.,* 1, 25): *Que lo flaco de Dios, es más fuerte que los hombres*. Y así parece claro, que no sólo gana Dios honra de bueno, mas de sabio y poderoso en tomar nuestra bajeza, y con ella obrar lo que en su alteza no obró.

Por lo cual dice San Pablo (*Rom.,* 1, 16): *Que no se avergüenza de predicar el Evangelio, pues es virtud de Dios para salvar a los hombres*. Porque aunque se cuenten de Dios: humanidad, hambre y deshonras, tormentos y muerte; mas no hay por qué de esto se avergüence el cristiano, pues por medio de aquestas cosas obró Dios vencimiento de cosas tan fuertes como eran muerte y pecado, e hizo que el hombre alcanzase la gracia de Dios y su reino, que son las mayores cosas que al hombre podían venir; con lo cual gana Dios más honra, que en haber criado los cielos y tierra y cuanto hay en ella. Y por esto se llama esta obra por excelencia obra de Dios, como el Señor dijo (*Jn.,* 4, 34): *Este es mi manjar, hacer la voluntad de mi Padre en acabar Yo su obra*, que es la redención de los hombres. No porque Dios no haya hecho otras obras, mas porque la encarnación, y redención, que de ella se sigue, es la mayor obra de todas, y de la cual Él más se precia, como de cosa que más honra le da. Porque aunque de azotar a Egipto, por amor de su pueblo, y de sacarlo y guiarlo por el desierto ganase Dios honra, como dice Isaías (63, 12), mas ya vos veis cuál es mayor hazaña de amor, azotar Dios a los enemigos por amor de su pueblo, o dejarse Dios en su carne azotar por amor de los suyos y de los extraños, de amigos y de enemigos. Una cosa es llevar Dios a los suyos por el desierto, *a semejanza de águila que enseña a volar a sus hijos, y los toma en sus hombros* (*Deut.,* 32, 11), cuando se cansan, para que ellos descansen, no cansándose Dios; y otra cosa es llevar encima los hombros una pesada cruz, que se los desollaba, y todos los pecados del mundo, que *como una pesada viga de lagar* (*Isai.,* 63, 2) le apretaron, hasta quitarle la vida en la cruz, porque los hombres descansen. ¿Quién hay que esto no vea ser excelentísima hazaña de amor y amor nunca visto, que le da a Dios mayor honra que lo pasado? Porque aquello, cosa es común, y poco amor basta para lo hacer; mas esto es cosa de pocos, y a duras penas se hallará en la tierra quien sufra ser azotado públicamente o morir por algún bueno

y amigo, y si esto se hallase, no se puede comparar con lo que el Señor amó y sufrió, porque no tiene igual. Ni es mucho de maravillar que un león obre como león; mas que padezca como cordero, y siendo la causa el amor, eso es maravillosa hazaña, y digna de honra perpetua. Y pues en tiempo pasado dijeron (*Ex.,* 15, 1): *Cantemos al Señor, porque gloriosamente ha sido engrandecido*, digamos nosotros con profundo agradecimiento: *Cantemos al Señor, que humildemente ha sido engrandecido*; pues entonces, ni se abajaba Dios, ni trabajaba en el descanso que daba, ni se empobrecía aunque daba riquezas; mas acá empobrecióse, sudó y *abajóse hasta la muerte, y muerte de cruz* (*Phil.,* 2, 8), por levantar del pecado a los suyos y llevarlos al Cielo; y salió con ello, y cumplióse, lo que dijo Isaías (55, 13): *Que por el pequeño sauce crecerá la haya; y por la ortiga crecerá el arrayán; y será el Señor nombrado en eterna señal, la cual nunca será quitada*. Porque la honra que Dios ganó de ponerse en señal —que es la cruz—, y en ella morir, y hacer de los malos buenos, durará para siempre, sin ser parte nadie para lo estorbar,

CAPÍTULO 41

Que no sólo resplandece la gloria del Señor en las cosas humildes que la fe nos enseña de Dios, mas también nuestro grande provecho, valor y virtud.

No sólo resplandece en las obras de la humanidad y humildad de Dios por excelente modo su honra, mas también resulta de ellas muy gran provecho y precio del hombre. Porque ninguna cosa hay que tanto le ensalce, como haberse Dios hermanado con él; ni cosa que tanto le esfuerce el corazón contra los desmayos que el pecado le causa, como ver que Dios murió por su remedio y le fue dado por suyo. Ni hay cosa que así le mueva a amar a Dios, como verse amado de Él hasta la muerte; ni a despreciar las prosperidades, ni a sufrir las adversidades, ni a humillarse a Dios y a su prójimo, ni a cosa buena, chica ni grande, como ver a Dios abajado y humanado, y que pasó Él por estas cosas, dándole mandamientos que siga, y ejemplos que mire, y esfuerzo con que los cumpla.

Y pues este modo de remediarnos por humildad y bajeza está mejor a gloria de Dios y al bien de los hombres, señal es que ésta es obra de Dios;

pues en lo que Dios obra, pretende la manifestación de su gloria y el provecho de los hombres. Por tanto, el que quiere que esta obra no sea, o la niega, enemigo es de Dios y de todos los hombres, pues le quiere privar a Él de la mayor honra que por sus obras le puede venir, y a los hombres de la mayor honra y provecho que se puede pensar. Y pues se declara enemigo del Criador y de las criaturas, Justamente se le debe castigo y muerte de infierno.

Y la causa que él puede dar, siendo preguntado de Dios: «¿Por qué no creíste las cosas altas de Mi?», será ésta: Porque me parecieron, Señor, tan altas, que no creí ser Vos tan alto. Y preguntado: ¿por qué no creyó las cosas de su humanidad y humildad, pues fueron testimonio de su bondad y de su amor?, responderá que no pensó que la bondad y amor del Señor eran tan grandes, que bastasen a hacer y padecer tanto por amor de los hombres. De manera, que en lo alto y en lo bajo tropieza; y la raíz de ello es por sentir bajamente de Dios y tenerlo por de tasada alteza y bondad; la cual raíz y lo que de ella procede, con razón arderá en el infierno, pues es injuriosa al altísimo Dios, y lo quiere apocar y tasar.

Cuánto mejor respuesta tendrá quien dijere: Creí, Señor, de vuestra alteza y de vuestra bondad todo cuanto más pude, porque os tengo por Señor infinito en todas las cosas. Ni plega a Vos que me parezcan a mí mal vuestras obras porque tienen exceso de bondad y de amor para mí; como lo hace la infidelidad, que otra tacha no os halla, sino ser muy bueno y muy amoroso; siendo razón que por todo esto se llegase a Vos y os tomase por Dios; pues cada uno quiere más, señor que le sea padre amoroso y perdonador, que riguroso juez que le haga temblar con rigurosos castigos. Y si en las manos del hombre fuera puesto el modo de tratar Dios con nosotros, y de remediar nuestros males, no había de escoger otro sino este que Dios escogió, a Él más honroso, y al hombre más provechoso, y lleno de toda dulzura.

CAPÍTULO 42

En que se prueba ser la verdad de nuestra fe infalible, así por parte de los que la predicaron, como de aquellos que la recibieron, y del modo con que fue recibida.

Añadamos a lo ya dicho cómo esta fe y creencia fue recibida en el mundo, no por fuerza de armas, ni favores humanos, ni humana sabiduría; sino que la verdad de Dios peleó a solas por medio de unos pocos pescadores, y sin letras, y desfavorecidos, contra emperadores y contra sacerdotes, y contra toda la sabiduría de hombres. Y salió tan vencedora, que les hizo dejar su antigua y falsa creencia, y que creyesen una verdad tan sobre razón, y tan de corazón creída, que haber tal firmeza de crédito en cosas tan altas es una grande maravilla de Dios; y que los mismos que mataban primero a quien las creía se dejasen después matar por la verdad de ellas, y con mayor esfuerzo y amor, que primero las descreían y perseguían.

Y fuéles predicada una Ley y mandamientos purísimos, tan a pospelo de la inclinación de sus corazones, que no se pueden pensar cosas que mayor contradicción tengan entre sí, que Ley de Evangelio y la inclinación que tiene el hombre a pecar, como dice San Pablo (*Rom.,* 7, 14): *La Ley espiritual es; mas yo soy carnal, vendido debajo del pecado*. Y con todo esto fue esta Ley recibida, y con la misma virtud de Jesucristo fueron los corazones y obras tan renovados para la cumplir, que manifiestamente pareció que Aquel mismo era el que en toda virtud criaba de nuevo a estos hombres, que primero los había criado en el ser natural.

Y si esto se predicara entre la gente bestial de Arabia, donde Mahoma predicó su mentira, o entre otras gentes semejables a ella y fácil de ser engañada, cual la buscan los que traen mentira, pudiérase tener de la creencia de éstos alguna sospecha. Mas ¿qué diremos, que fue predicada esta verdad en Judea, donde estaba el conocimiento de Dios y su divina Escritura; y en Grecia, donde estaba lo supremo de la humana sabiduría; y en Roma, donde estaba el imperio y regimiento del mundo? Y en todas estas partes, aunque fue perseguida, mas en fin fue creída, y verificado [sacado verdadero, comprobado] el título triunfal de la cruz, que *fue escrito en lengua hebrea, griega y latina*, para dar a entender que en estas lenguas, que eran las principales del mundo, había de ser Cristo confesado por Rey. Pues si éstos creyeron con tener motivos bastantes, razón es que

los sigamos nosotros; y si no los tuvieron, dase muy claro a entender que creyeron por lumbre de Dios; pues siendo gente tan avisada, y tan amiga de su antigua creencia, y tan fuerte en humano poder, no se pudiera plantar tan alta planta de fe, y tan profundamente plantada, y en gente tan contraria a esta verdad, si no entendiera en ello la poderosa mano de Dios. Mirando lo cual, dice San Agustín, que el que viendo que el mundo ha creído, él no cree o pide milagros de nuevo para creer, él mismo es prodigio o milagro espantable, pues no quiere seguir lo que tantos, tan altos, tan sabios, abrazaron, y con mucha firmeza.

Muy justa causa tenemos en esto los que por la gracia de Dios somos cristianos, pues que, desde que el mundo es mundo, nunca en él ha parecido hombre de tal doctrina y de tan heroica virtud, y de hechos tan maravillosos y milagros, como Jesucristo nuestro Señor, el cual predicó ser el Dios verdadero, y lo probó con escritura divina y con muchedumbre de milagros, y con testimonio de San Juan Bautista, testigo abonado con todos. Y lo mismo se ha predicado y probado con muchedumbre de milagros en la Iglesia cristiana. Y no ha aparecido tal fe, que así honre a Dios como la suya, ni tal Ley que así lo enseñe a servir como el Evangelio; el cual si alguno bien entendiese, otro motivo no habría menester para creer. Ni tampoco han aparecido en el mundo varones de tal santidad como los del pueblo cristiano; ni se han predicado tan grandes y altos galardones para los que siguen virtud, ni tan espantables amenazas contra los malos, en testimonio de que nuestro Dios es muy amigo de la bondad y enemigo de la maldad.

Ni se han hecho en el mundo tantos y tales milagros en confirmación de alguna cosa, como los que se han hecho en confirmación de esta fe; la cual, si verdadera no fuera, muy injuriosa fuera a la honra del verdadero Dios, pues que atribuye a un hombre igualdad y unidad de esencia con el mismo Dios. Ni la hubiera dejado durar tanto número de años; ni hubiera tan reciamente castigado al pueblo de los judíos, que al tal hombre crucificó. Ni hubiera hecho tantos y tales milagros en prueba de esta creencia, que podemos decir a Dios con razón, como dice Ricardo, que si estamos engañados en lo que creemos, Dios nos engañó; pues tiene esta verdad tanta luz de su parte, y se han hecho tales cosas y milagros en confirmación de ella, que otro, si Dios no, no las pudiera hacer. Mas como está lejos de Dios ser engañador, está lejos de nosotros ser en esto engañados. ¡Gloria sea a Dios para siempre!

CAPÍTULO 43

Que es tanta la grandeza de nuestra fe, que ninguno de los motivos dichos, ni otros que se pueden decir, bastan a que un hombre crea con esta divina fe, sin que el Señor de para creer su particular favor.

Hasta aquí habéis oído algunas de las razones que hay para atinar a que la fe católica es verdadera, y para dar cuenta a quien la pidiese de cómo no somos livianos en el creer, pues tenemos más motivos que ninguna gente del mundo.

Mas con esto, creed que es tanta la alteza de la fe cristiana, que aunque un hombre tuviese estos y otros motivos que se pueden decir, aunque entrase entre ellos el ver con sus propios ojos de carne milagros hechos en confirmación de la fe, no puede el tal hombre ser poderoso de creer con sus propias fuerzas, como el cristiano cree y Dios le manda creer. Porque así como sólo Dios por su Iglesia declara lo que se ha de creer, así Él sólo puede dar fuerzas para lo creer. Porque esta enseñanza a Dios tiene por Maestro interior, infundiendo la fe en el entendimiento, con que el nombre es enseñado y fortificado para esta creencia, según dice Cristo (*Jn.,* 6, 45), *que está escrito en los Profetas* (*Isai*., 54, 13), *que todos serán enseñados de Dios*. Y el mismo Señor, habiéndole San Pedro confesado por verdadero Hijo de Dios y por Mesías prometido en la Ley, dándole a entender, que no a sus fuerzas, sino al don de Dios había de agradecer la tal fe y confesión, le dijo (*Mt.,* 16, 17): *Bienaventurado eres, Simón, hijo de Joná, porque no te descubrió aquestas cosas la carne y la sangre, mas mi Padre que está en los cielos*. Y en otra parte dice (*Jn.,* 6, 45): *Todo aquel que oyó y aprendió de mi Padre, viene a Mí*. Soberana escuela es aquesta, donde Dios Padre es el que enseña, y la doctrina que enseña es la fe de Jesucristo su Hijo, y que vayan a Él con pasos de fe y de amor.

Esta fe no está arrimada a razones ni motivos, cualesquiera que se puedan traer; porque quien por aquéllos cree, no creé de tal manera, que su entendimiento quede persuadido, sin quedarle alguna duda o escrúpulo. Mas la fe que Dios infunde está arrimada a la Verdad divinal, y hace creer con mayor firmeza que si lo viese con sus propios ojos, y tocase con sus propias manos, y con mayor certidumbre que la que tiene de que cuatro son más que tres, o de otra cosa de éstas, que las ve el entendimiento con tanta claridad, que ni tiene escrúpulo, ni las puede dudar aunque quiera. Y

entonces dice el tal hombre a todos los motivos que tenía para creer, lo que dijeron los de Samaría a la samaritana: *Ya no creemos por lo que tú nos dijiste, porque nosotros mismos hemos visto y sabido que éste es el Salvador del mundo*.

Y aunque dicen *hemos sabido*, no entendáis que los que creen tienen aquella claridad de evidencia a que llamaron los filósofos *ciencia*. Porque, según arriba se ha dicho, ni puede él entendimiento alcanzar con su propia razón a tener esta claridad de las cosas de la fe, ni la fe es tener evidencia, porque no sería fe ni habría merecimiento. *Vista* se llama la fe que está en el entendimiento; mas porque no es con esta claridad de evidencia, dice San Pablo (1 *Cor.,* 13, 12) *que vemos ahora por espejo, y después en el Cielo veremos faz a faz*. Mas dicen los samaritanos que *saben* que Cristo *es Salvador del mundo*, para dar a entender que lo creen con tanta firmeza, como lo que más claramente se sabe, y aun con mucha mayor. Porque como —según hemos dicho— el que tiene la fe infusa de Dios, cree porque lo dice la Verdad de Dios; y como esta Verdad sea infinita y más cierta que todas las otras verdades —pues de la participación de ésta reciben firmeza todas las otras—, está el tal creyente tan cierto que no puede ser engañado en lo que cree, como está cierto que no puede Dios dejar de ser verdadero. La cual certidumbre excede a cualquiera otra, que por cualquier vía se puede tener; y hace al hombre estar tan descansado en aquesta parte, que ni por pensamiento le pasa cosa contra la fe; o si le pasa, es tan de paso, que poca pena le da. Y si con escrúpulos o falsos pensamientos es combatido, mas en lo interior de su entendimiento muy firme y reposado está, por estar su creer edificado sobre piedra finísima, que es la misma suma Verdad, a la cual él cree por sí misma y no por otros motivos. Y por eso ni vientos, ni aguas, ni ríos, no la podrán derribar.

Y si os maravilláredes de que en un entendimiento de hombre, que tan vario es en sus pareceres y tan mudable, y que con tan poca firmeza asienta en las cosas de la razón, hay tan gran certidumbre y sosegada firmeza, que ni por argumentos, ni por tormentos, ni por ver a otros perder la fe, ni por cosa alta ni baja, él se mueva de lo que cree; digoos que os basta esto para entender que este negocio y edificio no es cosa de nuestras fuerzas, pues ellas no alcanzan a tanto. *Don de Dios es*, como dice San Pablo (*Ephes.,* 2, 8), y no heredado, ni merecido, ni alcanzado por fuerzas humanas; porque nadie se gloríe en sí mismo de lo tener, mas sean fieles en conocer que es merced de Dios, dada por Jesucristo su Hijo, como dice San Pedro (1 *Petr*., 1, 21): *Fuisteis fieles por Él*. No os maravilléis, pues, de que sobre la miserable arena del humano entendimiento haya edificio

de tanta firmeza, pues que dice el Señor (*Jn.,* 6, 29): *Esta es la obra de Dios, que creáis en Aquel que Él envió*. De manera, que como Dios lleva al hombre a fin sobrenatural, que es a verle claramente en el Cielo, así no se contentó con que el hombre creyese como hombre, a fuerza de motivos, ni milagros, ni razones, mas levantándolo sobre sí mismo, dándole fuerzas sobrenaturales con que creyese, no con miedo ni escrúpulo como hombre, sino con certidumbre y seguridad, como conviene a las cosas de Dios. Y de ésta [fe] se entiende (1 *Cor.,* 12, 3), que *ninguno puede llamar a Jesús Señor sino en el Espíritu Santo*. Que aunque no sea necesario estar en gracia de Espíritu Santo para creer, según adelante se dirá, mas no se puede hacer sin inspiración del Espíritu Santo; porque de estas tales obras o gracias, que llaman *gratis datas*, va allí hablando el Apóstol San Pablo.

Esta es la fe, que inclina al entendimiento a creer a la Suma Verdad en lo que la fe católica dice, como la voluntad es inclinada con el amor a amar el Bien Sumo. Y así como la punta de la aguja del marear es llevada con la fuerza del Norte a estar en derecho de él, así Dios mueve al entendimiento, con la fe que le infunde, a que vaya a Él con crédito firme, sosegado y lleno de satisfacción. Y cuando es perfecta esta fe trae consigo una lumbre, con que, aunque no vea lo que cree, mas ve cuan creíbles cosas son las de Dios. Y no sólo no siente pena en el creer, mas muy gran deleite; como lo suele hacer la perfecta virtud, que obra con facilidad, y firmeza y delectación.

Esta es la fe, que con mucha razón debe ser preciada y honrada, pues con ella honramos a Dios, como dice San Pablo que hizo Abraham (*Rom.,* 4, 20), *dándole a Dios honra de tan poderoso, que puede hacer todo lo que le dice*. Y por aquí entended que la fe es honra de Dios, pues cree y predica las infinitas perfecciones que tiene. Y que ésta es la fe que, como torre, edificó Dios en nuestra ánima, para que subidos en ella, veamos, aunque en espejo, lo que hay en el Cielo y en el infierno, lo que acaeció al principio del mundo, y lo que en el fin de él acaecerá. Y por escondida que sea la cosa, no se puede esconder a los ojos de la fe; como parece en aquel buen ladrón, que viendo en Cristo crucificado tanto desprecio y bajeza exterior, entró con la fe en lo escondido, y conociólo por Señor del Cielo, y por tal lo confesó con grande humildad y firmeza.

Con esta fe creemos que es Escritura y palabra divina la que la Iglesia nos declara por tal; y aunque es hablada por boca de hombres, la tenemos por palabra de Dios. Y por esto no menos creemos al evangelista o profeta que escribió lo que no vio, que al que escribió lo que vio; porque

no mira esta fe al testimonio humano, que estriba en medios humanos, mas en que Dios inspira al tal profeta o evangelista para escribir la verdad, y que asiste Dios con él, para que no pueda ser engañado en lo que así escribe. Cierto es, que aunque San Pedro oyó con sus orejas la voz del Padre que sonó en el monte Tabor (2 *Petr*., 1, 17): *Este es mi Hijo muy amado*, y vio con sus ojos a Jesucristo resplandecer como el sol; si no mirásemos sino que como hombre da testimonio de lo que vio y oyó, *más firmeza y certidumbre tiene la Escritura o habla de los profetas* (loc. cit., 19), que dieron testimonio de ser Jesucristo Hijo de Dios, aunque ni lo vieron ni oyeron con ojos ni orejas de cuerpo, que no lo que San Pedro dijo por lo que vio y oyó. Mas como la carta de San Pedro, donde esto está escrito, es declarada por la Iglesia ser divina Escritura, y por consiguiente ser palabra de Dios lo que en ella San Pedro dijo, está claro que Dios asistió con él para que aquello dijese, y asistió con él para que ni en lo que vio y oyó en el monte Tabor se engañase, ni en lo que escribió cuando contó lo que allí habían pasado. Y de esta manera la palabra de los profetas no es más firme ni cierta; porque ellos y él hablaron por un mismo Espíritu Santo, que es una misma Verdad.

Esta fe habitual infunde Dios a los niños cuando se bautizan; y a los grandes que no la tienen, cuando se disponen, *habitual* y *actual*. Porque El que *quiere que todos se salven y vengan a conocimiento de esta verdad* (1 *Tim.,* 2, 4), pues *sin ella no pueden agradar a Dios* (*Hebr.,* 11, 6) ni salvarse, no la deja de dar a nadie, si por él no queda.

CAPÍTULO 44

Que se deben al Señor muchas gracias por el don de la fe; y que de tal manera habemos de usar de ella para lo que fue dada, que no le atribuyamos lo que no tiene; y cuál es lo uno y lo otro.

Mucha razón es, doncella de Cristo, que todos los que somos cristianos agradezcamos muy de corazón al Señor, que graciosamente nos hizo merced de esta fe, con que lo fuésemos. Y ni es razón que se nos pase día sin confesar esta fe, diciendo el Credo, a lo menos dos veces, mañana y noche, ni sin dar gracias al que nos hizo merced de dar esta fe. La cual debemos procurar tener guardada en su pureza y limpieza, como cosa en que mucho nos va, mirando para qué nos es dada, porque ni faltemos de

usar de ella para lo que es, ni le atribuyamos lo que no tiene. Para creer lo que Dios manda creer nos es dada; y para que nos sea lumbre de conocimiento, que nos ayude a mover la voluntad para que ame a su Dios y guarde sus mandamientos, con lo cual el hombre se salve.

Mas si alguno quisiere atribuir a esta fe, que por sola, ella se alcanza la justicia y perdón de pecados, errará gravemente, como lo han hecho los que lo han afirmado[13]. Porque, según arriba se ha dicho por autoridad de San Pablo (1 *Cor.,* 12, 3), *ninguno puede decir que Jesús es Señor, sino por inspiración del Espíritu Santo*; en lo cual se entiende que la misma inspiración se requiere para creer todos los otros misterios de nuestra fe. Y sabemos que dijo el Señor a algunos de los que le oían (*Lc.*, 6, 46): *¿Para qué me llamáis Señor, Señor, y no hacéis las cosas que os digo?* Y pues llamando a Jesús Señor tenían fe inspirada, como dice San Pablo (*loc. cit.*), y no haciendo lo que el Señor mandaba no estaban en gracia, claramente se sigue que puede un hombre tener fe, sin tener gracia. Lo cual afirma en otra parte San Pablo (1 *Cor.,* 13, 2), donde dice: *Que si un hombre tuviere don de hablar lenguas, y si supiere y tuviere toda la ciencia, y la profecía, y toda la fe, aunque pase los montes de una parte a otra, y estuviere sin caridad, ninguna cosa es*. Y pues está cierto que el don de lenguas y lo demás que allí cuenta se compadecen con estar en pecado mortal, no hay por qué nadie quiera casar la caridad con la fe, para que no pueda estar la fe sin caridad [la fe puede estar muerta sin caridad], aunque ésta no pueda estar sin la otra.

Palabra es de la divina Escritura que por la fe se da la justicia; mas que por sola la fe, invención humana es, y error muy necio y perverso, del cual el Señor nos avisó cuando dijo a la Magdalena (*Lc.,* 7, 47): *Perdonados le son muchos pecados, porque amó mucho*; que son palabras tan claras para dar testimonio que se requiere el amor, cuan claras las hay en toda la Escritura para que se requiera la fe, y que no sólo ha de haber en la justificación del pecador amor. Mas porque el amor es causa y disposición para el perdón, como lo es la fe, entrambas cosas andan juntas, y de entrambas hizo el Señor mención en el negocio de la Magdalena, pues al cabo de la habla dijo (*loc. cit.*, 50): *Tu fe te hizo salva; ve en paz*.

Ni en lo que el Señor dijo: *Muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho*, quiso decir porque creyó mucho, llamando al efecto por nombre de causa; pues está claro, que habiendo el Señor preguntado

[13] Entra el autor a refutar el error de Martín Lutero, que atribuía la justificación a sola la fe.

que cuál de los deudores amaría más a su perdonador, aquel a quien soltaba mas o a quien menos, había de concluir su razón con hablar de *amor*, y no con hablar de *creer*. Y si vale tomar licencia para decir que al amor llama fe, tomando al *efecto* por nombre de su *causa*, tomarla hemos nosotros para decir que en los lugares de la Escritura en que se dice que *por la fe es el hombre justificado*, se entiende *el amor* por nombre de fe, entendiendo en la *causa* el *efecto*; pues tan usado modo es de hablar y tan razonable llamar al efecto por nombre de causa, como a la causa por nombre de efecto.

Claro habló aquí el Señor, si no quiere alguno cegarse en su luz; y *fe* y *amor* llamó por sus nombres; y entrambas se requieren para justificar, según hemos dicho. Y la misma junta afirma el Señor, diciendo a sus discípulos (*Jn.,* 16, 27): *El mismo Padre os ama, porque vosotros me amasteis a Mí, y creísteis que Yo salí de Él.*

Y pues *fe* y *amor* se requieren, cierto habrá *dolor de pecados*, pues no dejarán de dolerle las ofensas graves que ha hecho contra Dios al que le ama sobre todas las cosas, como parece en la Magdalena y en los pecadores que se convierten a Dios.

Y porque estas cosas se requieren, y otras que de ellas se siguen, para alcanzar la justicia, por eso la Escritura divina unas veces nombra la fe, otras el amor, otras el gemido y el dolor de la penitencia, otras la oración humilde del penitente, que dice: *¡Señor, sé manso a mí, pecador!* (*Lc.,* 1.8, 13); otras el conocimiento del pecado. *¡Pequé al Señor!* dijo David (2 *Reg.,* 12, 13); y luego oyó la palabra del perdón de parte de Dios. Mas quien, movido por esto, dijese que por solo el conocimiento del pecado se perdona el pecado, no erraría poco, pues lo conocieron Caín y Judas, y muchos otros, y Saúl entre ellos, y no alcanzaron perdón. Y tan sin fundamento sería decir que por *sola la fe* se alcanza, porque la Escritura en algunas partes no haga mención sino de ella. Porque por esta razón, podríamos echar fuera del negocio a la fe, pues en otras partes habla la Escritura que se perdonan los pecados —sin hacer mención de la fe— por *la penitencia* o por otras cosas. Mas la verdad católica es que se requieren unas y otras, como disposiciones para alcanzar el perdón y la gracia.

Y si a alguno parece que se nombra muchas veces la fe, atribuyéndole la justicia, y que por la fe somos hechos hijos de Dios y participantes de los merecimientos de Jesucristo, y semejantes efectos que convienen a la gracia y caridad, no es porque la fe sola para esto baste,

mas porque el sentido de la Escritura, cuando le atribuye aquellos efectos, es entender de *la fe formada con la caridad*, que es vida de ella.

Ni tampoco atribuye estos efectos a la fe, porque, teniendo a ella, necesariamente se tenga el amor, pues que, según se ha dicho, puede quedar fe verdadera, perdiendo la gracia y *amor*, el cual como dice San Pablo (1 *Cor.,* 13, 13), *es mayor que la fe y que la esperanza*. Y cuando el Señor habló de la fe y el amor, así en el negocio de la Magdalena, como en el que dijimos de sus discípulos, nombró primero al amor que a la fe, dándole el primer lugar en la perfección al que es acto de la voluntad, que en cierta manera es postrero, cotejado con el acto del entendimiento, al cual pertenece la fe.

Y también se ha de mirar, que aunque los Sacramentos del bautismo y de la penitencia sea necesario recibirlos, o tener propósito de los recibir, para alcanzar la gracia perdida, el uno para los infieles, y el otro para los fieles que después del bautismo han cometido pecado mortal, mas no se habla en la Escritura tantas veces de ellos como de la fe, por lo que luego diremos; mas tampoco se deja de hacer mención de ellos, porque nadie pensase no ser necesarios para alcanzar la justicia. San Pablo dice (*Tim.,* 3, 5), *que por el bautismo de la regeneración y renovación del Espíritu Santo nos hizo Dios salvos*; y (*Ephes.,* 5, 26) que *Cristo limpió a su Iglesia con el bautismo de agua, en palabra de vida*. Y si, por decir la Escritura que somos justificados por la fe, se hubiesen de echar fuera los Sacramentos, también se podría echar fuera la fe, pues dice que *se da la salud y limpieza por el santo bautismo*. Mas el Señor entrambas cosas junta diciendo (*Mc.,* 16, 16): *Quien creyere y fuere bautizado, aquél será salvo*.

Item, el mismo Señor dijo a sus Apóstoles cuando instituyó el Sacramento de la penitencia (*Jn.,* 20, 23): *Cuyos pecados perdonaredes, son perdonados,* etc. Y, por consiguiente, se da gracia y justicia por este Sacramento, pues no puede haber perdón de pecados sin que se dé la gracia, la cual es significada y contenida en todos los siete Sacramentos de la Iglesia; y se da a quien bien los recibe, y con mayor abundancia que la disposición de quien los recibe, por ser obras privilegiadas, que por la misma obra que son, dan la gracia. Por lo cual deben ser en gran manera reverenciados y usados, como la Iglesia católica lo cree y nos lo enseña.

Y si la fe tan frecuentemente era en principio de la Iglesia predicada y nombrada, convenía hacerse así, porque entonces se plantaba de nuevo, y se pretendía que los infieles la recibiesen, y que entrasen por ella como por

la primera puerta de la salud, para que después de entrados fuesen informados más particularmente de lo que habían de creer y obrar.

Y también convenía que se manifestase particularmente en aquellos tiempos el misterio y valor de la Pasión y muerte de nuestro Redentor Jesucristo, que con extrema deshonra había sido en aquellos tiempos crucificado. Y la fe de este misterio, como hace creer y confesar que en aquel madero, tan deshonrado según la apariencia exterior, estuvo colgada la Vida divina, y que allí (*Ps.,* 73, 12) *en medio de la tierra obró Dios* con su muerte *la salud* y remedio del mundo, esta tal fe honra a la deshonra de la cruz, y es ensalzamiento de la bajeza que allí extremadamente se ejercitó. Por lo cual convenía que se nombrase muchas veces el nombre de fe, y con grande honra; pues que resulta en honra de Jesucristo nuestro Señor, de cuya persona y merecimientos ella da testimonio, predicando su alteza.

Y si la Escritura dice (*Gal.,* 3, 8) *que por ella son los hombres justificados*, atribúyesele esto, no porque ella sola sea bastante, mas como a principio y fundamento y raíz de todo lo bueno, como lo dice el Concilio Tridentino [Sess. 6, Cap. 8]. Y los que a ella sola lo atribuyen, es por hallar consuelos para su tibieza o maldad de su vida, queriendo por vía de creer asegurarse, para tener licencia de mayor anchura. Y la paz y confianza de la buena conciencia, que se causa de la perfecta caridad, quieren alcanzarla sin estos trabajos que la perfecta virtud pide. Y aun no se contentan con esto, como, según la verdad (*Eccl.,* 9, 1), *ninguno haya* en esta vida del todo *cierto si es digno de amor o de odio*; aunque según tienen mayor virtud o menor, así tienen mayores o menores conjeturas para confiar. Mas los que quieren dar tal certidumbre a quien cree, como ellos imaginan, de que está perdonado por Dios, cual se da a lo que el cristiano cree como artículo de fe, engaños del diablo son éstos, y creídos de gentes que no tienen asiento en la fe, ni santidad en la vida, enemigos de obedecer, y que andan a tientaparedes, como dicen, en los negocios de Dios. Que si esto no fuese, no tan presto los engañaría el demonio.

CAPÍTULO 45

Por qué el Señor ordenó salvarnos mediante la fe, y no por humana razón; y de la grande sujeción que debemos tener a las cosas que la fe nos enseña; y de la particular devoción que especialmente debemos a lo que el Señor Jesús enseñó por su boca.

La orden de las palabras de este Tratado[14] pedía que tras la palabra primera de él os declarase la segunda; mas la orden de las sentencias, por ser una la de la primera y tercera, pide que, dejando la segunda, os declare la tercera, que dice así: INCLINA TU OREJA.

Para lo cual habéis de notar, que es tanta la alteza de las cosas de Dios, y tan baja nuestra razón, y fácil de ser engañada, que para seguridad de nuestra salvación, ordenó Dios salvarnos por fe, y no por nuestro saber. Lo cual no hizo sin muy justa causa. Porque, pues el mundo, como dice San Pablo (1 Cor. 1, 21), *no conoció a Dios en sabiduría*, antes desatinaron los hombres en diversos errores, atribuyendo la gloria de Dios al sol y luna y otras criaturas; y ya que otros conocieron a Dios por rastro de las criaturas, tomaron tanta soberbia de su rastrear en conocer cosa tan alta, que les fue quitada esta luz por su soberbia, que el Señor por su bondad les había dado; y así cayeron en tinieblas de idolatría y de muchedumbre de otros pecados, como los que no conocieron a Dios habían caído (*Rom.,* 1, 21-32). Por lo cual, así como después que los ángeles malos pecaron no consintió Dios —como lo suelen hacer los escarmentados— que viviese en el Cielo alguna criatura que pudiese pecar, así viendo cuan mal se aprovecharon los hombres de su razón, y que el mundo, como dice San Pablo, *no conoció a Dios por sabiduría*, no quiso dejar en manos de ella el conocimiento de Él y salvación de ellos; mas antes quiso, por la predicación de lo que la razón no alcanza, hacer salvos, no a los escudriñadores, mas a los sencillos creyentes. Y así, después de habernos el Espíritu Santo amonestado las dos ya dichas palabras, que dice: *Oye* y *ve*, luego nos amonesta la tercera, que dice: *Inclina tu oreja*. En lo cual nos da a entender que debemos muy profundamente sujetar nuestra razón, y no estar yertos [tiesos, inflexibles] en ella, si queremos

[14] Las palabras de este Tratado son: 1.ª, *oye, hija*; 2.ª, *y mira*; 3.ª, *inclina tu oído*; 4.ª, *olvida la casa de tu padre*; 5.ª, *y codiciará el Rey tu hermosura*. Hasta ahora ha tratado la 1.ª palabra, y ahora va a tratar la 3.ª; después volverá a la 2.ª.

que el *oír* y *ver*, que para nuestro bien nos fueron dados, no nos sea ocasión de perdición eternal.

Cierto es que muchos han oído palabras de Dios, y han tenido excelentes conocimientos de cosas sutiles y altas, y porque se arrimaron más a la curiosidad de la vista que *a inclinar* con obediencia *la oreja de su razón*, se les tornó el ver en ceguera, y tropezaron en la luz de mediodía como si fuera tinieblas. Por eso, si no queréis errar en el camino del Cielo, inclinad vuestra oreja, quiero decir, vuestra razón, sin temor de ser engañada: inclinadla con profundísima reverencia a la palabra de Dios que está dicha en toda la Sagrada Escritura. Y si no la entendiéredes, no penséis que erró el Espíritu Santo que la dijo, mas sujetad vuestro entendimiento, y creed —como San Agustín dice que él lo hacía— que, por la alteza de la palabra, vos no la podéis alcanzar.

Y aunque a toda la Escritura de Dios hayáis de inclinar vuestra oreja con igual crédito de fe, porque toda ella es palabra de una misma Suma Verdad, mas debéis tener particular respeto de os aprovechar de las benditas palabras que en la tierra habló el verdadero Dios hecho carne, abriendo con devota atención vuestras orejas de cuerpo y de ánima a cualquier palabra de este Señor, dado a nosotros por especial maestro, por voz del Eterno Padre, que dijo (*Mt.,* 17, 5): *Este es mi muy amado Hijo, en el cual me he agradado; a Él oíd*. Sed estudiosa de leer y oír aquestas palabras, y sin duda hallaréis en ellas una singular medicina y poderosa eficacia para lo que a vuestra ánima toca, cual no hallaréis en todas las otras que desde el principio del mundo Dios haya hablado. Y con mucha razón, pues en lo que en otras partes ha dicho, ha sido hablar Él por boca de sus siervos; y lo que habló en la Humanidad que tomó, hablólo por su propia Persona; *abriendo su propia boca* (*Mt.,* 5, 2) para hablar, el que primero había abierto y después abrió la boca de otros, que en el Viejo Testamento y Nuevo hablaron. Y mirad no seáis desagradecida a tan grande merced como Dios nos hizo, de querer Él ser nuestro Maestro, dándonos leche de su palabra para mantenernos, el mismo que nos dio el ser para que fuésemos algo. Merced es tan grande, que si hubiese peso para la pesar, y nos dijesen que en el cabo del mundo había palabras de Dios para la doctrina del ánima, habíamos de pasar todo trabajo y peligro por oír unas palabras dichas de la suma Sabiduría, y hacernos discípulos suyos.

Aprovechaos de esta merced, pues Dios tan cerca os las dio. Y pedid al que tuviere cargo de encaminar vuestra ánima, que os busque, en la

Sagrada Escritura, en doctrina de la Iglesia y dichos de Santos, palabras apropiadas para las necesidades de vuestra ánima, ahora sean para defenderos de las tentaciones, según el mismo Señor, ayunando en el desierto, lo hizo para nuestro ejemplo, ahora sean para estimularos a tener las virtudes que os faltan, ahora sean para haberos con Dios como debéis, y con vos, y con vuestros prójimos, mayores y menores e iguales; y cómo os habéis de haber en la prosperidad y en la tribulación, y finalmente, para todo lo que hubiéredes menester en el camino de Dios; de manera que podáis decir (*Ps.,* 118, 11, 105): *En mi corazón escondí tus palabras, para no pecar a ti... Tu palabra es antorcha para mis pies y lumbre para mis sendas*.

Y mirad no caigáis en curiosidad de querer saber más de lo que habéis menester para vos, o para la gente que tenéis a cargo; porque lo otro debéislo dejar para los que tienen cargo de enseñar al pueblo de Dios, como amonesta San Pablo (*Rom.,* 12, 3), *que nuestro saber sea con templanza*.

CAPÍTULO 46

Que la Escritura santa no se ha de declarar por cualquier juicio[15], sino por el de la Iglesia romana; y donde ella no declara, se ha de seguir la conforme exposición de los Santos; y del grande crédito y sujeción que a esta Iglesia santa debemos tener.

Habéis de saber que la exposición de la Escritura divina no ha de ser por seso o ingenio de cada cual; porque de esta manera, aunque ella en sí sea certísima, pues es palabra de Dios, sería, para lo que toca a nosotros, cosa muy incierta, pues comúnmente suele haber tantos sentidos cuantas cabezas. Y como nos convenga mucho tener suprema certidumbre de la palabra que hemos de creer y seguir, pues que hemos de poner, por su confesión y obediencia, todo lo que tenemos y la misma vida, no estuviera bien proveído el negocio, si los diversos sentidos de los hombres no dejaran tener certidumbre a la palabra en el corazón del cristiano. A sola la Iglesia Católica es dado este privilegio, que interprete y entienda la divina Escritura, por morar en ella el mismo Espíritu Santo que en la Escritura habló. Y donde la Iglesia no determina, hemos de seguir la concorde y

[15] *Juicio*: *seso*, dijo el autor.

unánime interpretación de los santos, si no queremos errar. Porque de otra manera, ¿cómo se puede bien entender con espíritu ni ingenio humano lo que habló el divino, *pues cada escritura se ha de leer y declarar por el mismo espíritu con que fue hecha?*

Y también habéis de saber, que declarar cuál escritura sea palabra de Dios, para que por tal sea de todos creída, no pertenece a otro sino a la misma Iglesia cristiana, cuya cabeza en la tierra, por divina ordenación, es el Romano Pontífice. Y tened por cierto, como San Jerónimo dice, que «cualquier persona que, fuera de esta Iglesia y casa de Dios, comiere el cordero de Dios, profano es, no cristiano». Y quienquiera que fuere hallado fuera de ella, necesariamente ha de perecer, como los que no entraron en el arca de Noé fueron ahogados con el diluvio. Esta es la Iglesia a la cual manda el Evangelio que *oigamos, y que a quien no la oyere tengamos por malo y por infiel* (*Mt.,* 18, 17). Y ésta es la Iglesia de la cual dice San Pablo *que es columna y firmamento de la verdad* (1 *Tim*., 3, 15).

Y a creer que esto es así, nos inclina y alumbra la misma fe infundida de Dios, de que arriba hemos dicho, como a uno de los otros artículos, y con la misma e igual certidumbre; y hasta aquí así se ha creído de esta Iglesia. Y por haberse, apartado en nuestros tiempos una gente soberbia[16], y por eso del demonio engañada, no por eso deja la Iglesia de ser lo que era, ni nosotros debemos dejar de creer lo que antes creíamos. Por tanto, contra esta Iglesia no os mueva revelación, ni sentimiento de espíritu, ni otra cosa mayor ni menor, aunque pareciese ser *ángel del Cielo* (*Gal.,* 1, 9, 19) quien contra ella decía, porque serlo en la verdad no es posible. Y menos os muevan doctrinas de herejes, pasados, presentes o por venir, los cuales, desamparados de la mano de Dios por su justo juicio, siguen luz falsa por verdadera, y perdiéndose ellos, son causa de perdición de cuantos les siguen. Mirad en lo que han parado los que se apartaron en tiempos pasados de la creencia de esta Iglesia, y cómo fueron semejables a un ruido de viento, que presto se pasa y luego se olvida. Y mirad por otra parte la firmeza de nuestra fe y de nuestra Iglesia, y cómo ha quedado por vencedora; y aunque combatida desde su nacimiento, nunca vencida, *por estar fundada sobre firme piedra* (*Mt.,* 6, 25), contra la cual, *ni lluvias, ni vientos, ni ríos, ni las puertas de los infiernos pueden prevalecer* (*Mt.,* 16, 18).

---

[16] Combate el autor la herejía luterana, que, rechazando la autoridad de la Iglesia en la interpretación de la Biblia, atribuía infalibilidad al espíritu privado.

Cerrad, pues, vuestras orejas a toda doctrina ajena de la Iglesia, y seguid la creencia usada y guardada de tanta muchedumbre de años; pues es cierto que en ella han sido salvos y santos grandísima muchedumbre de gente. Porque no veo cosa de mayor locura, que dejar el hombre un camino por el cual han caminado personas muy sabias y santas, y han ido al Cielo, por seguir a unos menores en todo bien, sin comparación, que los pasados, y solamente mayores en la soberbia y desvergüenza de querer ser más creídos sin prueba ninguna, más de la de su propio parecer, que la muchedumbre de los pasados que tuvieron divinal sabiduría, y excelentísima vida, y muchedumbre de grandes milagros; siendo el principal de los que éstos engañados siguen, un Lutero, tan flaco en su carne, que ni pudo vivir, según él lo dice, sin mujer, ni muerta una, vivir en castidad sin tomar otra[17]; habiendo muchos que se contentaron con una, y otros que ni aun quisieron tener una, por vacar a Dios con mayor limpieza y libertad. ¿Cómo llamaremos espíritu bueno al que en aquel mal hombre vivía, pues no tuvo fuerza para darle castidad, aun de las más comunes, siendo la que él prometió de las más altas, teniéndola muchos, a quien él fuera razón que siguiera como a mejores? Y pues el Señor dice (*Mt.,* 7, 16) que por los frutos conoceremos él árbol, espíritu de la tierra y de flaqueza de carne y del demonio moraba en él, pues tales frutos hacía, y otros peores. Esperad un poco, y veréis el fin de los malos, y cómo los vomitará Dios con extrema deshonra, declarando el error de ellos con manifiesto castigo, como de los pasados ha hecho.

CAPÍTULO 47

De cuan terrible castigo es permitir Dios que uno pierda la fe; y cómo justamente es quitada a los que no obran conforme a lo que ella enseña.

Quien tuviere lumbre con que juzgar que los bienes y males verdaderos son los espirituales, ya ve de presente el recio castigo de Dios sobre aquesta gente, y tal castigo, que ninguno es mayor sino sólo el infierno (*Jerem.,* 10, 7). *¿Quién no te temerá, oh Rey de las gentes?* Y (*Ps.,* 89, 12) *¿quién conoció el poder de tu ira, o la podrá contar con el*

[17] Lutero, a pesar de ser sacerdote y religioso profeso, tomó por mujer a Catalina Bora, también religiosa profesa, la cual le sobrevivió; no tuvo otra. El Maestro Avila, al atribuir segunda mujer, se hace eco de una fábula que corrió por España.

gran temor de ella? Los grandes castigos de Dios, que se deben temer sobre todos, no son los males de hacienda, ni honra, ni vida; mas dejar Dios endurecer en el pecado a la voluntad del hombre, o dejar cegar con error al entendimiento, mayormente en cosas de fe, éstas son las heridas del furor divinal; heridas de justo y riguroso juez, de las cuales se entiende con mucha razón lo que Dios dice en Jeremías (30, 14): *Con herida de enemigo te herí, con riguroso castigo*. Aunque no usa Él de este rigor de juez, sino habiendo primero usado de misericordia de padre.

Y si bien miráis, tiene esta ceguedad del entendimiento este particular mal, más que la dureza de la voluntad; que aunque ésta sea mucha, aun hay alguna esperanza de alcanzar remedio. Porque como le queda al hombre la fe, aunque muerta, tiene conocimiento que hay remedio en la Iglesia para su pecado, lo cual es grande ayuda para levantarse y remediarse. Mas quien yerra en la fe, ¿cómo lo buscará, o cómo lo hallará, pues que, fuera de la Iglesia, no lo podrá hallar, porque no lo hay? Y el que hay en la Iglesia no lo busca, porque no lo cree; y así queda perdido. *Palabra es que Dios hace en Israel, que a quienquiera que la oyere, le retiñirán las orejas de puro temor* (1 *Reg.,* 3, 11).

Mas tan grande castigo no viene sin grande justicia; la cual declara San Pablo diciendo (*Rom.,* 1, 18): *Descúbrese la ira de Dios desde el Cielo sobre toda la maldad de aquellos hombres que detienen la verdad de Dios en la injusticia*. Y el intento del Apóstol en aquel lugar es aqueste: *qué hubo hombres que aunque conocieron a Dios, no le sirvieron como a Dios; antes se hincharon con ciega soberbia*, y teniendo verdad en el entendimiento, obraron maldad con la voluntad. De manera, que la verdad de Dios estaba en ellos *detenida* o encarcelada, pues no hacían lo que ella enseñaba, mas lo que la mala voluntad de ellos quería. Y porque la verdad de Dios es cosa muy excelente, y la da Él por grande merced, para que siguiéndola el hombre con la afección, la honre, y alcance la virtud y se salve. Y si el tal hombre no mira esto, y la trata de arte que ni hace lo que ella le enseña, ni la tiene en lugar limpio como ella merece, hace en ello una gran deshonra contra Dios que la dio, y contra la verdad dada por Él. Y si ella tuviese lengua, pediría a voces justicia contra el tal hombre; porque siendo ella tan preciosa joya, y que tanto puede al hombre aprovechar, está *detenida*, sin la oír, ni hacer lo que dice, y aposentada entre la hediondez de pecados que el tal hombre, tiene en su voluntad. Y así como puede, a semejanza de la sangre de Abel (*Gen.,* 4) da voces pidiendo venganza. Porque aunque el tal hombre no le quita la vida de ser verdad, pues se compadece fe verdadera con vida mala, quítale la eficacia

que tuviera en el obrar, sí no la impidiera, mas le ayudara, con su voluntad a obrar lo que ella enseñaba. Y estas voces óyelas Dios, que es el que dice (*Lc*., 12, 47): *El siervo que conoce la voluntad de su Señor y no la hace, será azotado con muchos azotes*. Entre los cuales, el mayor de los que en este mundo da, según hemos dicho, es permitir que el tal hombre caiga en error, en pena de sus pecados. Y así fueron castigados aquéllos con caer en tan ciega idolatría, que *vinieron a adorar por Dios las aves y serpientes y bestias*. Y porque quitaron a Dios la honra que como a Dios se le debía, y la dieron a cuya no era, tornóles a castigar Dios este pecado de idolatría con permitirlos caer en tan feos pecados; que es temor pensarlos y vergüenza decirlos.

Y aunque los castigados con este castigo sin duda caerán en pecados, mas su caída es tan libre, como lo es en los otros pecados, en que por su propia voluntad caen. Y por muchos que sean los unos y otros, no les está cerrada la misericordia de Dios, si se quieren acoger a sus piadosas entrañas. El *poder* de Dios se manifiesta en lo primero, su *sabiduría* en lo segundo, y su bondad y misericordia en lo tercero.

Y por este norte que el Soberano Juez castigó a estos soberbios gentiles, castigó también a los ingratos judíos; y con mucha razón, pues les dio más conocimiento que a los gentiles; del cual usaron tan mal, que a la misma Luz verdadera, que es Jesucristo, lo negaron con infidelidad, y lo crucificaron por mano de los gentiles. Y porque quisieron apagar aquella Luz soberana, sin la cual no hay luz ni verdad, quedáronse en obscuras tinieblas y eternal perdición, si no se convirtieren al servicio del Señor que negaron. Mas veamos cuál fue el motivo que los trajo a tan grande mal, de descreer a la Luz que presente tenían. Responde San Juan (3, 19): *Amaron más los hombres tas tinieblas que la luz, porque eran sus obras malas; y todo aquel que mal hace, aborrece la luz*. De manera que porque el Señor y su doctrina encaminaban a toda verdad y virtud, y ellos amaban la mentira y maldad, no lo podían oír ni mirar; ni quisieran que hubiera luz de doctrina que descubriera la santidad falsa que ellos tenían; ni que hubiera ejemplo de perfecta vida, en comparación de la cual era condenada la suya por mala. Y de la raíz de esta voluntad, así depravada, salió el fruto de negar y matar al celestial Médico que los venía a curar. Y quedaron tales, cuales mucho tiempo antes los había pintado David, cuando de ellos dijo (*Ps.,* 68, 24): *Sean obscurecidos sus ojos porque no vean, y su espinazo ande siempre acorvado*; porque quedaron sus ojos sin lumbre de fe, y con voluntad aficionada a cosas de la tierra.

CAPÍTULO 48

En que se prosigue más en particular lo ya dicho; y se declara lo que se requiere para entrar a leer y entender las divinas Letras y Doctores santos.

Pues si Dios celó tanto la honra de su conocimiento que dio a los gentiles, y el que dio a los judíos, ¿cuánto celará el que da a los cristianos, pues es mayor sin comparación que el que unos y otros tuvieron? Y pues muchos usan muy mal de este conocimiento de fe tan excelente, no es maravilla que algunas veces hiera Dios a los tales con este terrible castigo, de dejarles caer en herejías como a los pasados. ¿Por ventura no vemos cumplido con nuestros ojos lo que San Pablo profetizó de los tiempos postreros, diciendo (2 *Tessal*., 2, 10) *que había Dios de enviar a unos hombres operación de error, para que crean a la mentira*, y mentira contra la fe? Pues nadie hay que ignore la desventurada y grande eficacia con que tanta gente ha abrazado de corazón la luterana herejía, que claramente se ve haberles Dios enviado *esta eficacia de error para creer a la mentira*, como dijo San Pablo. Mas no envía Dios cosa de éstas, incitando al hombre a que crea mentira, ni a que haga maldad; porque *no es tentador de los malos*, según dice Santiago Apóstol (1, 13); mas dícese enviar *operación de error*, cuando con justo juicio deja al entendimiento del hombre ser engañado por falsas razones o falsos milagros que le haga otro hombre o el perverso demonio; y así sienta *una eficacia* dentro de sí *para creer aquella mentira*, que le parezca que es movido a creerla como una muy grande y saludable verdad. Recio juicio de Dios es aqueste; y pues Él es justo, grande debe ser la culpa en cuyo castigo se hace. Y cuál sea esta culpa, el mismo San Pablo nos lo declara diciendo (2 Tessal., 2, 10): *Porque no recibieron el amor de la verdad para ser salvos*. Porque si miráis cuan poderosa cosa es la verdad que creemos para ayudarnos a servir a Dios y ser salvos, pareceros ha grave culpa no amar esta verdad y seguir lo que ella enseña; y muy mayor, hacer feas obras contra todo lo que ella enseña. ¡Cuán lejos había de estar de ofender a Dios quien cree que para quien le ofende hay fuego eterno, con otros innumerables tormentos, con que sea el tal castigado mientras Dios fuere Dios, sin esperanza de todo remedio! ¿Cómo se atreve a pecar quien cree, que, entrando el pecado por una puerta en el ánima, Dios se sale por la otra? Y, qué tal queda, Señor, el hombre sin Ti, sentíalo aquel que rogaba: *Señor,*

no te apartes de mí (*Ps.,* 34, 22). Porque, Dios ido, quedamos en muerte primera de culpa, y en víspera de muerte segunda, de culpa y pena infernal.

Con razón se maravillaba Job (6, 6) cuando decía: *¿Quién podrá gustar lo que, siendo gustado, trae consigo la muerte?* Mucha razón es, cierto, que el manjar que no gustaríamos creyendo al médico que dijese haber muerte en él, no lo gustásemos con perverso consentimiento, habiendo Dios dicho (*Ez*., 18, 20), *que el ánima que pecare, aquélla morirá*. ¿Por qué no obra en ti la fe que tienes a la palabra de Dios, lo que obra el dicho del médico, pues éste puede y suele engañar, mas Dios nunca? ¿Y por qué el haber dicho Dios que Él es galardón eterna! de los que le sirven, no nos hace a todos con gran diligencia y esfuerzo servirle, aunque en ello pasásemos muy muchos trabajos y nos costase la vida? ¿Por qué no amamos a nuestro Señor, el cual creemos ser sumo Bien, y habiéndonos Él amado primero, aun hasta morir por nosotros? Y así en todo lo demás que esta sagrada fe tan poderosamente nos enseña y convida, cuanto es de su parte, y nosotros con grave culpa dejamos de seguir y seguimos obras contrarias. ¿Puede ser mayor monstruo, que creer un cristiano las cosas que cree, y hacer tan malas obras como muchos las hacen? Pues en castigo de que *no tuvieron amor a la verdad*, con la cual fueran salvos, poniendo en obra lo que ella enseñaba, que les sea quitada, dejándoles creer al error, es muy justo juicio de aquel Señor, que *es terrible en sus consejos sobre los hijos de los hombres* (*Ps.,* 65, 5).

Y si miráis dónde armó Dios el lazo con que los judíos y herejes fuesen castigados, según hemos dicho, pareceros ha cosa más para temblar, que para hablar. Preguntadles a éstos que, en qué estriban para seguir su error con pertinacia tan porfiada; y deciros han los unos, que en la Escritura Sagrada del Viejo Testamento, y los otros que en la del Nuevo. Y veréis abiertamente cumplida la profecía de David, en que dice (*Ps.,* 68, 23): *La mesa de ellos séales hecha en lazo, y en castigo y en tropiezo*. ¿Visteis nunca cosa tan al revés, tornarse la mesa de vida, en lazo de muerte? ¿La mesa de consolación y perdón, en castigo? ¿La mesa do hay lumbre para saber andar el camino que lleva a la vida, tornarse en tropiezo para errar el camino y caer en la muerte? Grande, por cierto, es la culpa que tal castigo merece: que el hombre se ciegue en la luz, y se le torne muerte la vida.

Justo eres, Señor, y justos tus juicios (*Ps.,* 118, 137), y ninguna maldad hay en Ti, mas hayla en los que usan mal de tus bienes; por lo cual

es justo que tropiecen en ellos, y sea castigada la deshonra que hicieron a ellos y a Ti. Grande bien, Señor, y muy grande es tu fe; acatada y obedecida y puesta en obra es razón que sea. Y grandes mercedes nos hiciste en darnos tu divina Escritura, tan provechosa y necesaria para te servir. Mas porque, siendo el viento que en este mar sopla viento del cielo, quisieron algunos navegar por él con vientos de tierra, que son sus ingenios y estudios, ahogáronse en él, permitiéndolo Tú. Porque así como en las parábolas que predicabas, Señor, en la tierra, eran secretamente enseñados aquellos que tenían disposición para ello, y eran otros con ellas mismas cegados por tu justo juicio (*Mt.,* 13, 11), así tienes Tú el profundo mar de tu divina Escritura, diputado para hacer misericordia a tus corderos, que naden en el provecho suyo y ajeno, y también para hacer justicia con que los soberbios elefantes se ahoguen, y ahoguen a otros. Temida, y muy temida, debe ser la entrada en la divina Escritura, y nadie se debe arrojar a ella sino con mucho aparejo, como a cosa en que hay mucho peligro. Lleve quien hubiere de entrar en ella el sentido de la Iglesia católica romana, y evitará el peligro de la herejía. Lleve para aprovecharse de ella limpieza de vida, como dice San Atanasio, por las palabras siguientes: «Necesaria es la bondad de vida, y limpieza de ánima, y cristiana piedad para la investigación y verdadera ciencia de las Escrituras.» Y después dice: «Porque sin limpieza de ánimo, y vida imitadora de santidad, no es posible entender los dichos de los santos. Que así como si alguno quiere mirar la luz del sol, limpia sus ojos y se pone más claro limpiándose, casi a la semejanza de aquel sol que desea mirar, para que así el ojo, hecho luz, pueda mirar la luz del sol; y también así como si alguno desea ver alguna región o ciudad, se acerca a ella por causa de verla; así el que desea alcanzar la inteligencia de los Santos, conviene le primero lavar y limpiar su ánima, y por semejanza de vida y costumbres, acercarse a los mismos Santos, para que así estando con sus deseos y vida, conjunto con ellos, entienda aquellas cosas que Dios a ellos reveló, y hecho casi uno de ellos, escape del peligro de los pecadores, y del fuego que en el día del juicio les está aparejado.»

Esto que ha dicho San Atanasio conviene mucho llevar, para sacar provecho de la divina Escritura. Porque sin esta limpieza de vida, bien podrá uno saber por la Escritura lo que Dios quiere en general, mas saber en particular el consejo de Dios, y qué quiere Dios, como dice el Sabio, no se puede saber por estudio humano, mas según él mismo dice (*Sap*., 9, 17): *Tu sentido, Señor, ¿quién lo sabrá, si Tú no dieres sabiduría, y enviares de las alturas el Santo Espíritu tuyo?* Esta sabiduría es la que enseña el

agradamiento de Dios en particular, la cual no mora en los malos. Y cuando ésta persevera en el hombre con experiencia de santos trabajos, humildes oraciones y frutos de buenas obras, hace a un hombre verdaderamente sabio, para que, con la lección de la Escritura y larga experiencia, pueda enseñar a los otros a manera de testigo de vista, y dar en la vena del ajeno corazón, enseñado por lo que pasa en el suyo. Y sin esto, si una vez acertare, errará muchas, y será de aquellos de los cuales dice San Pablo (1 *Tim.,* 1, 7): *Que queriendo ser enseñadores de la Ley, no entienden las cosas que hablan*.

Conviene también ayudarse el hombre que quiere estudiar la Divina Escritura, del socorro y exposición de los Santos, y aun de escolásticos; porque lo que del estudio de la Divina Escritura se saca sin llevar estas cosas, probádolo ha Alemania[18], mas por su mal...

CAPÍTULO 49

Que no debemos ensoberbecernos viendo que otros pierden la fe que nosotros no habemos perdido, antes humillarnos con temor; y de las razones que para ello hay.

No saquéis vos de oír estas caídas ajenas alguna soberbia de corazón, con que digáis: No soy yo como aquellos que tan feamente han perdido la fe. Acordaos de unos hombres que contaban a nuestro Señor *que Pilato habla muerto a cierta gente de Galilea en mitad de unos sacrificios* que hacían (*Lc.,* 13, 1); y llevaban los que esto contaban un liviano complacimiento en su corazón, con que se tenían por mejores que aquellos que hablan hecho cosas merecedoras de que los matase Pilato. Y como el Soberano Maestro entendía la tal soberbia, sin que ellos la manifestasen, queriéndolos desengañar, les dijo de esta manera: *¿Pensáis que aquellos hombres de Galilea eran mayores pecadores que todos los hombres de aquella provincia, porque vino tal castigo sobre ellos? ¿O pensáis que aquellos dieciocho hombres sobre los cuales cayó la torre en Siloé y los mató, eran mayores pecadores que todos los otros hombres que moraban en Jerusalén? Yo os digo que no, y que si penitencia no hiciéredes todos juntamente pereceréis*. Este mismo sentido tiene San Pablo, cuando dice

[18] Refiérese a la multitud de herejías y a las revoluciones sociales producidas por el desenfreno en la interpretación privada de la divina Escritura.

(*Rom.,* 11, 19): *Por la incredulidad fueron cortados los judíos, que eran ramos en la oliva de los creyentes, y tú por la fe estás en pie. No quieras ensoberbecerte, mas teme, porque de otra manera también serás tú cortado*.

Los castigos de Dios hechos en otros, humildes y cautos nos deben hacer, no soberbios. Que dondequiera que en nuestros tiempos infelicísimos queramos mirar, hay que llorar y que decir con Jeremías (*Jerem.,* 14, 18): *Si salgo al campo, veo muertos a espada; si entro en la ciudad, veo muertos y desperecidos con hambre*. Los primeros son los que se han salido de la ciudad, que es la Iglesia; gente que está sin cabeza, porque la espada de la incredulidad les ha quitado la cabeza que Dios dio a los cristianos, que es el Romano Pontífice; y los segundos son muchos de los que en la ciudad de la Iglesia tienen sana la fe, mas están miserablemente muertos de hambre, porque no comen manjar de la obediencia de los mandamientos de Dios y de su Iglesia. Cosas son éstas dignas que las sintamos, si sentido tenemos de Cristo, y que las lloremos delante su acatamiento y le digamos: ¿Hasta cuándo, Señor, no habrás misericordia de aquellos por los cuales derramaste tu sangre y perdiste la vida en la cruz con tantos tormentos? Y pues el negocio es tuyo, sea también de tu mano el remedio, pues que de otra mano es imposible venir.

Tened, vos, doncella, cuidado de sentir y pedir esto; pues si a Cristo amáis, habéis de tener dentro de vuestro corazón entrañable compasión de las ánimas, pues por ellas murió Jesucristo. Y también os conviene mucho mirar cómo vivís, y cómo os aprovecháis de la fe que tenéis, porque no os castigue Dios con dejaros caer en algún error con que la perdáis, pues habéis oído con vuestras orejas cuánta gente la ha perdido por las herejías del perverso Lutero; y otros hay que han negado a Cristo en tierra de moros, por vivir según la ley bestial de Mahoma[19]. En lo cual veréis cumplido lo que dice San Pablo (1 *Tim.,* 1, 19): *que por haber desechado algunos la buena conciencia, perdieron la fe*; ahora sea—como arriba dijimos, cuando hablábamos de los motivos para creer—, porque la misma mala conciencia poco a poco hace cegar el entendimiento para que le busque doctrina que no contradiga a sus maldades; ahora porque el Soberano Juez, en castigo de pecados, permita caer en herejía; ahora sea por lo uno o por lo otro, es cosa para temer, y poner cuidado de lo evitar.

[19] Huyendo de la reforma promovida por el gran Cardenal Cisneros, muchos religiosos pasaron al África y renegaron de la fe.

Y aunque esto no acaezca a todos los malos cristianos, pues aunque estén en pecado mortal, no por eso pierden la fe, según hemos dicho, mas en cosa que tanto nos va, el haber acaecido a uno solo, es razón que ponga a todos cuidado y temor de huir aquella ocasión. Que, cierto, bien lejos estaban los corazones de los once Apóstoles de entregar a la muerte a Jesucristo, nuestro Señor; y porque Él dijo que uno de ellos lo había de entregar, temieron todos, y dijeron (*Mt.,* 26, 22): *¿Por ventura, Señor, soy yo?*, temiendo que podían por su flaqueza caer en lo que de presente se sentían libres.

Para todo lo cual os será muy provechosa palabra la que entre manos tenemos: *Inclina tu oreja*, obedeciendo con fe a Dios y a su Iglesia, y no tener *entendimiento escudriñador, que sea oprimido de la Majestad*, según está amenazado en la Escritura (*Prov.,* 25, 27). Porque los que quieren tantear las inefables cosas de Dios con la pequeñez de su entendimiento y razones, acaéceles lo que a los que miran en hito al mismo sol, que no sólo no ven, mas antes pierden la vista, y son rechazados, por el grande exceso que hay, de la luz que miran a los ojos con que la miran. Y así estos tales, buscando satisfacción por vía de entender y escudriñar, hallan dudas e inquietud. Porque no se comunica la sabiduría de Dios sino a los pequeños y humildes, que con sencillez se llegan a Él, *inclinando su oreja* a Él y a su Iglesia, y reciben de su bondad muy grandes mercedes, con las cuales queda el ánima satisfecha, hermoseada con *fe* y con *obras*; a semejanza de la hermosa Rebeca, a la cual fueron dados de parte de Isaac *zarcillos* para las orejas y *ajorcas* para las manos (*Gen.,* 24, 22).

Y porque nos fuese más encomendada esta sencilla sujeción de nuestro entendimiento, no se contentó el Espíritu Santo con amonestárnoslo en la primera palabra, diciendo: *Oye, hija*; mas amonestólo en estotra que dice: *Inclina tu oreja*; para que sepan los hombres, que, pues Dios no habla palabras ociosas, en decirnos una sentencia por diversas palabras, nos quiere mucho encomendar este sencillo y humilde creer, principio de nuestra salud, y si con ella se junta el amor, tendremos salud del todo perfecta.

CAPÍTULO 50

De cómo suelen ser muchos engañados dando crédito a falsas revelaciones. Y declárase en particular en qué consiste la verdadera libertad de espíritu.

No es razón que pase de aquí sin avisaros de un gran peligro que a los que caminan en el camino de Dios acaece, y a muchos ha derribado. El principal remedio del cual, consiste en el aviso que el Espíritu Santo nos dio, mediante aquesta palabra que dice: *Inclina tu oreja*. Y este peligro es ofrecerse a alguna persona devota revelaciones o visiones, u otros sentimientos espirituales, los cuales muchas veces, permitiéndolo Dios, trae el demonio para dos cosas: una, para con aquellos engaños, quitar el crédito de las verdaderas revelaciones de Dios, como también ha procurado falsos milagros para quitar el crédito de los verdaderos; otra, para engañar a la tal persona debajo de especie de bien, ya que por otra parte no puede. Muchos de los cuales leemos en los tiempos pasados, y muchos hemos visto en los presentes; los cuales deben de poner escarmiento, y dar aviso a cualquiera persona deseosa de su salud, a no ser fácil en creer estas cosas, pues los mismos que tanto crédito les daban primero, dijeron y avisaron, después de haber sido libres de aquellos engaños, que se guardasen los otros de caer en ellos. Gerson [Gerson, canciller de la Universidad de París en el siglo XV] cuenta haber acaecido en su tiempo muchos engaños de aquestos, y dice haber sabido de muchos que decían y tenían por muy cierto haberles revelado Dios que habían de ser Papas; y alguno de ellos lo escribió así, y por conjeturas y otras pruebas afirmaba ser verdad. Y otro, teniendo el mismo crédito [creencia, persuasión] que había de ser Papa, después se le asentó en el corazón que había de ser Anticristo, o a lo menos mensajero de él; y después fue gravemente tentado de matarse él mismo, por no traer tanto daño al pueblo cristiano; hasta que por la misericordia de Dios fue sacado de todos estos engaños, y los dejó en escrito para cautela y enseñanza de otros.

No han faltado en nuestros tiempos personas que han tenido por cierto que ellos habían de reformar la Iglesia cristiana, y traerla a la perfección que a su principio tuvo, o a otra mayor. Y el haberse muerto sin hacerlo ha sido suficiente prueba de su engañado corazón, y que les fuera mejor haber entendido en su propia reformación, que con la gracia de Dios

les fuera ligera, que, olvidando sus propias conciencias, poner los ojos de su vanidad en cosa que Dios no la quería hacer por medio de ellos.

Otros han querido buscar sendas nuevas, que les parecía muy breve atajo para llegar presto a Dios; y parecíales, que dándose perfectamente a Él, y dejándose en sus manos, eran tan tomados de Dios y regidos por el Espíritu Santo, que todo lo que a su corazón venía no era otra cesa sino lumbre e instinto de Dios[20]. Y llegó a tanto este engaño, que si aqueste movimiento interior no les venía, no habían de moverse a hacer obra buena, por buena que fuese; y si les movía el corazón a hacer alguna obra, la habían de hacer, aunque fuese contra el mandamiento de Dios; creyendo que aquella gana que su corazón sentía, era instinto de Dios y libertad del Espíritu Santo, que los libertaba de toda obligación de mandamientos de Dios; al cual decían que amaban tan de verdad, que aun quebrantando sus mandamientos no perdían su amor. Y no miraban que predicó el Hijo de Dios por su boca lo contrario de aquesto, diciendo (*Jn.,* 14, 21): *El que tiene mis mandamientos y los guarda, aquél es el que me ama*. Item (v. 23): *Si alguno me ama, guardará mi palabra*. Y (v. 24): *El que no me ama, no guardará mi palabra*. Dando claramente a entender, que quien no guarda sus palabras, no tiene su amor ni amistad. Porque, como dice San Agustín: «Ninguno puede amar al Rey, cuyo mandamiento aborrece.»

Y lo que el Apóstol dice (1 *Tim.,* 1, 9): *Al justo no le es impuesta ley*; y que (2 *Cor.,* 3, 17) *donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad*; no se ha de entender que el Espíritu Santo haga a ninguno, por justo que sea, ser libertado de la guarda del mandamiento de Dios, ni de su Iglesia, ni de sus mayores; antes mientras más se les comunica este Espíritu, más amor les pone; y creciendo el amor, crece el cuidado y gana de guardar más y más las palabras de Dios y de su Iglesia; sino, como este Espíritu sea eficacísimo, y haga al hombre verdadero y ferviente amador de lo bueno, pónele tal disposición en el ánima cuando con abundancia se da, que no le es pesada la guarda de los mandamientos, antes muy fácil, y tan sabrosa, que diga David (*Ps.,* 118, 103): *¡Cuan dulces son para mi garganta tus palabras! Más que la miel para mi boca*. Porque como este Espíritu ponga perfectísima conformidad en la voluntad del hombre con la voluntad de Dios, haciéndole que sea un espíritu con Él (1 *Cor.,* 6, 17), quiere decir, como dice San Pablo, que tenga un querer y no querer, necesariamente ha de ser al hombre sabrosa la guarda de la voluntad de Dios, pues a cada uno es sabroso obrar lo que ama. Tanto, que si la misma Ley de Dios se

[20] Alude a los *alumbrados*, cuyo error fundamental describe.

perdiese, se hallarla escrita por el Espíritu Santo en las entrañas de ellos, según dice David (*Ps.,* 36, 31), que *la Ley de Dios está en el corazón del justo*; quiere decir, en su voluntad, según Dios. Y antes lo había dicho Dios (*Jerem.,* 31, 33): *Yo daré mi Ley en las entrañas de ellos*. Y de aquí es, que aunque no hubiese infierno que amenazase, ni paraíso que convidase, ni mandamiento que constriñese, obraría el justo por sólo el amor de Dios lo que obra. Porque como el Espíritu Santo obre en el hombre para con Dios lo que la generación humana en el corazón del hijo para con su padre, pues por él y su gracia recibimos la adopción de los hijos de Dios, de ahí viene que el tal hombre, como un amoroso hijo reverencia y sirve a Dios por el amor filial que le tiene. Tras lo cual viene aborrecimiento perfecto de todo pecado, y la perfecta esperanza, que alanza de si tristeza y temor, como se sufre alanzar en este destierro, y hacerle sufrir los trabajos, no sólo con paciencia, mas con alegría. Y por esta libertad que tiene para con pecados y con trabajos, aborreciendo a los unos y amando a los otros, se llama libre, y que al tal justo *no le es puesta ley*. Así como si hubiese una madre que mucho amase a su hijo y mucho hiciese por él, no le sería pesada la ley que le mandase hacer lo que con su corazón maternal con su hijo hace. Y así esta tal madre no estaría debajo de ley ni de trabajos, mas encima de ella, como libre, pues obra con deleite lo que la ley le manda con autoridad. Y de esta manera hacen los que hemos dicho, cumpliendo la Ley con amor. Y aun muchos hacen cosas a que no tienen obligación, ardiendo su corazón con mayor fuego de amor, que la obligación en que les pone la Ley. Y así se ha de entender lo que dice San Pablo (*Gal.,* 5. 18): *Si sois llevados por el espíritu, no estáis debajo de la Ley*. Porque aborreciendo al pecado, y siendo amorosos para con la Ley, y gozosos con los trabajos, todo lo cual viene de ser guiados por el espíritu, no les es carga la Ley según es dicho. Mas en quebrantando uno de los Mandamientos de Dios o de su Iglesia, luego se va este Espíritu, según está escrito (*Sap*., 1, 5), que *se aparta de los pensamientos que son sin entendimiento, y que será echado del ánima, por venir a ella la maldad*. Y como entonces no son llevados los hombres por este Espíritu Santo, necesario es que queden sujetos a la pesadumbre que da la Ley a los que no la aman, y queden flacos para sufrir los trabajos, y sujetos a caídas de culpas.

No diga, pues, nadie que quebrantando mandamientos de Dios o de su Iglesia, pueda haber justicia, ni libertad, ni amor con Él; pues el Señor pronuncia ser *esclavo*, no libre (*Jn*., 8. 34), *el que hace el pecado*. Y como *no hay participación de luz con tinieblas* (2 *Cor.,* 6, 14), no la hay entre

Dios y quien obra maldad; porque, según es escrito (*Sap*., 14, 9): *Aborrecible es a Dios el malo y su maldad*.

Heos dado cuenta de aqueste tan ciego error, como poniéndooslo en ejemplo, por donde saquéis otros muchos, tan necios y torpes como él; en los cuales han caído en tiempos pasados y presentes los que han livianamente creído que los sentimientos o instintos que en su corazón había eran de Dios.

CAPÍTULO 51

De cómo nos habemos de haber para no errar en las tales ilusiones; y cuan peligroso sea el deseo de revelaciones o cosas semejantes.

Con deseo que vuestra ánima no sea una de aquestas, os encomiendo mucho escarmentéis, como dicen, en ajena cabeza; y que tengáis mucho aviso de no consentir en vos, poco ni mucho, el deseo de aquestas cosas singulares y sobrenaturales, porque es señal de soberbia o curiosidad peligrosa.

De lo cual en algún tiempo fue tentado San Agustín, cuyas palabras son éstas: «¡Con cuántas artes de tentaciones ha procurado conmigo el enemigo que yo pidiese a Ti, Señor, algún milagro! Mas ruégote, por amor de nuestro Rey Jesucristo, y por nuestra ciudad de Jerusalén la del Cielo, que es casta y sencilla, que así como ahora está lejos de mí el consentimiento de aquesta tentación, así lo esté siempre más y más lejos.» San Buenaventura dice que muchos han caído en muchas locuras y errores, en castigo de haber deseado las cosas ya dichas. Y dice que antes deben ser temidas que deseadas. Y si os vinieren sin quererlas vos, temed, y no les deis crédito, mas recurrid luego a nuestro Señor, suplicándole no sea servido de llevaros por este camino, sino que os deje *obrar vuestra salud* en su santo temor (*Phil.,* 2, 12), y camino ordinario y llano de los que le sirven. Especialmente habéis de mirar esto, cuando la tal revelación o instinto os convidare a reprender o avisar de alguna cosa secreta a tercera persona, y mucho más si es sacerdote, o Prelado, o semejante persona a quien se debe particular reverencia. Desechad entonces muy de corazón estas cosas, y salid de ellas con decir lo que dijo Moisés (*Ex.,* 4, 13): *Suplicóte, Señor, envíes al que has de enviar*. Y Jeremías (1, 6) dijo: *Muchacho soy, Señor, no sé hablar*: teniéndose entrambos por

insuficientes, y huyendo de ser enviados a corregir a los otros. Y no temáis que por esta resistencia humilde se enojará Dios o se ausentará si el negocio es suyo; mas antes se acercará y lo aclarará. Pues quien *da su gracia a los humildes* (*Jac.,* 4, 6), no la quitará por hacer acto de humildad. Y si no es de Dios, huirá el demonio, herido con la piedra de la humildad, que es golpe que *le quiebra la cabeza* como a Goliat (1 *Reg.,* 17, 49).

Y así acaeció a un Padre del yermo, que apareciéndole una figura del crucifijo, no sólo no le quiso adorar ni creer, mas cerrados los ojos dijo: «No quiero ver en este mundo a Jesucristo, bástame verlo en el Cielo.» Con la cual respuesta huyó el demonio, que con ajena figura le quería engañar. Otro Padre respondió a uno, que decía ser Ángel enviado a él de parte de Dios: «Yo no he menester, ni soy digno de mensajes de ángeles; por eso mira a quién te enviaron, que no es posible que te enviasen a mí, ni te quiero oír.» Y así con esta humilde respuesta huyó el demonio soberbio. Y por esta vía de humildad, y de desechar muy de corazón estas cosas, han sido muchas personas libres por la mano de Dios de muy grandes lazos que por esta vía el demonio les tenía armados; probando en sí mismo lo que dice David (*Ps.,* 114, 6): *El Señor guarda a los pequeñuelos: humílleme yo, y libróme Él.* Y, por el contrario, hallando la falsa revelación o instinto del demonio alguna gana o aplacimiento liviano en el corazón de quien le recibe, prende allí y toma fuerzas para del todo engañar, permitiéndolo Dios no sin justo juicio; porque, como dice San Agustín, *«la soberbia debe ser engañada»*.

Estad, pues, tan limpia de aqueste aplacimiento, y de pensar que sois algo por aquestas revelaciones, que no se mude vuestro corazón ni un solo punto del lugar humilde en que antes estaba, debajo del temor santo de Dios; y así os habed en ellas como si no os hubieran venido. Y si con responder esto, el negocio pasare adelante, dad luego cuenta de él a quien os puede aconsejar lo que os cumple. Aunque mejor sería dar esta cuenta luego que os acaeciese, y ayudar vos con oraciones y ayunos y otras buenas obras, al que os ha de aconsejar, para que Dios le aclare la verdad, pues el negocio es tan dificultoso. Porque si al espíritu bueno de Dios tenemos por espíritu malo del demonio, es gran blasfemia, y somos semejantes a los miserables fariseos, contradictores de la verdad de Dios, que atribuían al espíritu malo las obras que Jesucristo nuestro Señor hacia por Espíritu Santo. Y si con facilidad de creencia aceptamos el instinto del espíritu malo por cosas del Espíritu Santo, ¿qué mayor mal puede ser, que seguir las tinieblas por luz, y el engaño por verdad, y lo que peor es, al demonio por Dios? En entrambas partes hay gran peligro, o teniendo a

Dios por demonio, o al demonio por Dios. Y cuan gran necesidad hay de saber distinguir y estimar cada cosa de éstas en lo que ella es, ninguno hay, por ciego que sea, que no lo vea. Mas cuan clara está la necesidad, tan dificultosa y escondida está la certificación y lumbre de aquesta duda. Y así como no es de todos profetizar o hacer milagros, con otras semejantes gracias, sino de aquellos a quien el Espíritu santo las reparte por su voluntad, así no es dado al espíritu humano, por sabio que sea, juzgar con certidumbre y verdad la diferencia de los espíritus, si no fuese alguna cosa muy clara contra la Escritura o Iglesia de Dios. Necesaria, pues, es en todo caso lumbre del Espíritu Santo que se llama *discreción de espíritus*; con la cual entrañable inspiración y alumbramiento juzga el hombre, que este don tiene, sin errar, cuál es el espíritu de verdad o de mentira. Y si es cosa de tomo, débese decir al Prelado, y tener por acertada su determinación[21].

CAPÍTULO 52

En que se ponen algunas señales de las buenas, y de las malas y falsas revelaciones o ilusiones.

Allende de lo dicho habéis de mirar qué provecho o edificación dejan en vuestra ánima aquestas cosas. Y no os digo esto para que por estas u otras señales vos seáis juez de lo que en vos pasa, mas para que, dando cuenta a quien os ha de aconsejar, tanto más ciertamente él pueda conocer y enseñaros la verdad, cuanto más particular cuenta le diéredes.

Mirad, pues, si estas cosas os aprovechan para remedio de alguna espiritual necesidad que tengáis, o para alguna cosa de edificación notable en vuestra ánima. Porque si un hombre bueno no habla palabras ociosas, menos las hablará el Señor, el cual dice (*Isa.,* 48, 17): *Yo soy el Señor, que te enseño cosas provechosas, y te gobierno en el camino que andas*. Y cuando se viere que no hay cosa de provecho, mas marañas y cosas sin necesidad, tenedlo por fruto del demonio, que anda por engañar o hacer perder tiempo a la persona que las trae y a las otras a quien se cuentan; y cuando más no puede, con este perdimiento de tiempo se da por contento.

[21] Insigne fue la discreción de espíritu de que estuvo dotado el Santo Maestro Juan de Ávila, a cuyo supremo criterio apeló Santa Teresa de Jesús para cerciorarse en los temores de su conciencia.

Y entre las cosas que habéis de mirar que se obran en vuestra ánima, la principal sea si os dejan más humillada que antes. Porque la humildad, como dice un Doctor, pone tal peso en la moneda espiritual, que suficientemente la distingue de la falsa y liviana moneda. Porque según dice San Gregorio: «Evidentísima señal de los escogidos es la humildad, y de los reprobados es la soberbia.» Mirad, pues, qué rastro queda en vuestra ánima de la visión o consolación, o espiritual sentimiento; y si os veis quedar más humilde y avergonzada de vuestras faltas, y con mayor reverencia y temblor de la infinita grandeza de Dios, y no tenéis deseos livianos de comunicar con otras personas aquello que os ha acaecido, ni tampoco os ocupáis mucho en mirarlo o hacer caso de ello, mas echáislo en olvido, como cosa que puede traer alguna estima de vos; y si alguna vez os viene a la memoria, humilláisos, y maravilláisos de la gran misericordia de Dios, que a cosas tan viles hace tantas mercedes; y sentís vuestro corazón tan sosegado, y más, en el propio conocimiento, como antes que aquello os viniese estábades; alguna señal tiene de ser Dios, pues es conforme a la enseñanza y verdad cristiana, que es que el hombre se abaje y desprecie en sus propios ojos; y de los bienes que de Dios recibe, se conozca por más obligado y avergonzado, atribuyendo toda la gloria a Aquel de cuya mano viene todo lo bueno. Y con esto concuerda San Gregorio, diciendo: «El ánima que es llena del divino entendimiento, tiene sus evidentísimas señales, conviene a saber, verdad y humildad.» Las cuales entrambas, si perfectamente en un ánima se juntaren, es cosa notoria que dan testimonio de la presencia del Espíritu Santo.

Mas cuando es engaño del demonio, es muy al revés; porque, o al principio o al cabo de la revelación o consolación, se siente el ánima liviana y deseosa de hablar lo que siente, y con alguna estima de sí y de su propio juicio, pensando que ha de hacer Dios grandes cosas en ella y por ella. Y no tiene gana de pensar sus defectos, ni de ser reprendida de otros; mas todo su hecho es hablar y revolver en su memoria aquella cosa que tiene, y de ella querría que hablasen los otros. Cuando estas señales, y otras, que demuestran liviandad de corazón, viéredes, pronunciarse puede sin duda ninguna que anda por allí el espíritu del demonio.

Y de ninguna cosa que en vos acaezca, por buena que os parezca, ora sean lágrimas, ora sea consuelo, ahora sea conocimiento de cosas de Dios, y aunque sea ser subida hasta el tercero Cielo, si vuestra ánima no queda con profunda humildad, no os fiéis de cosa ninguna ni la recibáis; porque mientras más alta es, más peligrosa es, y haceros ha dar mayor caída. Pedid a Dios su gracia para conoceros y humillaros, y sobre todo esto déos

más lo que fuere servido; mas faltando esto, todo lo otro, por precioso que parezca, no es oro, sino oropel; y no harina de mantenimiento, sino ceniza de liviandad. Tiene este mal la soberbia, que despoja el ánima de la verdadera gracia de Dios; y si algunos bienes le deja, son falsificados para que no agraden a Dios, y sean ocasión al que los tiene de mayor caída. Leemos de nuestro Redentor que cuando apareció a sus discípulos el día de su Ascensión (*Mc.,* 16, 14), primero *les reprendió la incredulidad y dureza de corazón*, y después les mandó ir a predicar, dándoles poder para hacer muchos y grandes milagros; dando a entender, que a quien Él levanta a grandes cosas, primero le abate en sí mismo, dándole conocimiento de sus propias flaquezas; para que aunque vuelen sobre los cielos, queden asidos a su propia bajeza, sin poder atribuir a sí mismos, otra cosa sino su indignidad.

La suma, pues, de todo esto sea, que tengáis cuenta de los efectos que estas cosas obran en vos, no para ser vos juez de ellas, sino para informar a quien os ha de aconsejar, y vos tomar su consejo.

CAPÍTULO 53

De la oculta soberbia con que suelen ser muchos gravemente engañados en el camino de la virtud. Y de cuan a peligro están los tales de ser enlazados en ilusiones del demonio.

Mas habéis de notar, que muchos sienten en sí mismos su propia vileza, y cuan nada son de su parte, y paréceles que atribuyen puramente la gloria a Dios de todos sus bienes, y tienen otras muchas señales de humildad; y con todo esto están llenos de soberbia, y tan enlazados en ella, cuanto ellos más libres piensan estar. Y es la causa, porque ya que vivan en verdad, por no atribuir los bienes a sí, viven en engaño, por pensar que son sus bienes más y mayores de lo que en la verdad son; y piensan tener de Dios tanta lumbre, que ellos solos bastan para regirse en el camino de Dios y aun para regir a los otros; y ninguna persona hay que en los ojos de ellos sea suficiente para los regir. Son en gran manera amigos de su parecer, y aun tienen en poco algunas veces lo que los santos pasados dijeron, y lo que a los siervos de Dios que en su tiempo viven, parece. Jáctanse tener el espíritu de Cristo y ser regidos por Él, y no haber

menester humano consejo, pues con tanta certidumbre Dios y su unción les satisface en sus oraciones.

Piensan, como San Bernardo dice, «en las casas ajenas, y que en solas las suyas luce el sol». Y desafían y desprecian a todos los sabios, como Goliat al pueblo de Dios. Sólo aquél es bueno en su juicio, que con ellos se conforma; y no hay cosa que más molesta les sea, que haber quien les contradiga. Quieren ser maestros de todos y creídos de todos, y ellos a ninguno creer, y a la discreción cauta de los experimentados llaman tibieza y temor, y a los desenfrenados fervores y novedades, llenas de singularidad o causadoras de alborotos, llaman libertad de espíritu y fortaleza de Dios. Y aunque traigan en la boca casi a la continua: «Esto me dice mi espíritu; Dios me satisface», y semejantes palabras, otras veces alegan la Escritura de Dios, mas no la quieren entender como la Iglesia y los Santos la entienden, mas como a ellos parece, creyendo que no tienen ellos menor lumbre que los Santos pasados, antes que los ha tomado Dios por instrumento para cosas mayores que a ellos. Y así, haciendo ídolos de sí mismos, y poniéndose encima de las cabezas de todos con abominable altivez, es tan miserable el engaño de ellos, que siendo extremadamente soberbios se tienen por perfectos humildes; y creyendo que en solos ellos mora Dios, está Dios muy lejos de ellos; y lo que piensan que es luz, es muy obscuras tinieblas. De éstos, o que parecen a éstos, dice Gerson: «Hay algunos a los cuales es cosa agradable ser regidos por su parecer propio, y andan en sus invenciones guiados, o por mejor decir, arrojados por su propia opinión, que es peligrosísima guía. Macéranse con ayunos demasiadamente, velan mucho, turban y desvanecen el cerebro con demasiadas lágrimas. Y entre estas cosas no creen amonestación ni consejo de nadie. No curan de pedir consejo a los sabios de la Ley de Dios, ni se curan de oírlos; y cuando los oyen o piden consejo, desprecian sus dichos. Y es la causa, porque han hecho entender a sí mismos que son ya alguna cosa, y que saben mejor que todos qué es lo que les conviene hacer. De estos tales yo pronuncio que presto caerán en ilusión de demonios, presto caerán en la piedra del tropiezo; porque son llevados con ciega precipitación y ligereza demasiada. Por tanto, cualquiera cosa que dijeren de revelaciones no acostumbradas; tenedlo por sospechoso.» Todo esto dice Gerson.

CAPÍTULO 54

De algunas propiedades que tienen los que en el capítulo pasado dijimos ser engañados. Y de cuánto conviene recibir parecer ajeno; y de los males que trae el amor del propio juicio.

Habéis de saber, que algunos de éstos que he dicho en el capítulo pasado, son gente sin letras, y cordialmente enemigos de los letrados. Y si por ventura saben algún poco latín, para leer y traer consigo un Testamento Nuevo, es tanto lo que se creen a sí mismos, pensando que creen a Dios, y estriban en unos livianísimos motivos y enlázanse en ellos con tal ceguedad, que por claros que son [a pesar de ser muy claros], no saben sacudirse de ellos. Y son tan atrevidos e impersuasibles que, como la Escritura dice (*Prov.,* 17, 12), *mejor es encontrar con una osa que le han tomado los hijos, que con un necio que confía en su necedad*. Y tienen muy en la memoria, y también en la lengua, aquel dicho de San Pablo (1*Cor.,* 8, 1): *La ciencia hincha, y la caridad edifica*. Y con esto paréceles tener licencia de despreciar a los sabios como a gente hinchada, y précianse a sí mismos como a gente llena de caridad; y no advierten que están ellos hinchados con soberbia de santidad, que es más peligrosa qué soberbia de letras, como cosa que nace de cosa mejor, y por eso es ella peor. Aunque en la verdad, ni la ciencia, ni las buenas obras producen ellas de sí esta mala polilla, mas la maldad del malo, que toma ocasión de lo bueno para se hinchar. Y pues así es, no deben luego despreciar a los sabios, pues que la sabiduría de sí misma no les es impedimento para ser humildes y santos, antes a muchos ha sido y es grande ocasión para serlo. Y juzgar que no lo son es una grande soberbia e injurioso juicio. Y ya que no lo fuesen, acuérdense que está escrito (*Mt.,* 23, 2): *Sobre la cátedra de Moisés se asentaron los letrados y fariseos; haced lo que os dicen, y no hagáis lo que hacen*. Y éstos son al revés, porque no toman la buena doctrina que los sabios dan, y hacen lo malo que ellos dicen que hacen, que es ser soberbios, despreciándolos, y no curando del orden natural y divino, que es que los menos sabios sean regidos por los más sabios.

Ni es contra esto lo que dijo San Juan (1 *Jn.,* 2, 27): *Que la unción enseña de todas cosas*. Porque lo que quiere decir es, que la gracia y lumbre de Dios, unas veces enseña al hombre interiormente por sí sola, y otras que vaya a pedir ajeno consejo, y a quién ha de ir a pedirlo; y así enseña de todo, aunque no por sí sola todo. Y a este propósito dice San

Agustín: «Huyamos tales tentaciones, que son soberbiosísimas y peligrosas. Antes pensemos cómo el mismo Apóstol San Pablo, aunque fue postrado y enseñado con voz celestial (*Act.,* 9, 6, 11), con todo eso fue enviado a hombre para recibir los Sacramentos y ser incorporado en la Iglesia. Y Cornelio Centurión fue enviado a San Pedro (*Act.,* 10, 5), no solamente para recibir sacramentos, mas para oír de él lo que había de creer, esperar y amar. Porque si no hablase Dios a los hombres por boca de hombres, muy abatida cosa sería la condición humana. Y ¿cómo sería verdad lo que está escrito (1 *Cor.,* 3, 17): *El templo de Dios, santo es; que sois vosotros*, si no diese Dios respuestas desde este templo, que son los hombres, mas todo lo que quisiese que aprendiesen los hombres, se lo hubiesen de decir desde el Cielo, y por medio de ángeles? Y también la misma caridad no tendría entrada para que se comunicasen los corazones de unos con otros, si los hombres no aprendiesen mediante otros hombres. San Felipe fue enviado al Eunuco (*Act.,* 8, 27), y Moisés recibió el consejo de su suegro Jetró (*Ex.,* 18, 24).» Todo esto dice San Agustín.

Item, dice San Juan Climaco: «Que el hombre que se cree a sí mismo, no ha menester que le tiente el demonio, porque él mismo se es demonio para sí.» ítem, dice San Jerónimo: «No quise yo seguir mi propio parecer, el cual suele ser muy mal consejero.» Item, San Vicente dice, y aconseja mucho, «que el hombre que quisiere ser espiritual, tenga algún maestro por quien se rija; y si lo puede haber y no lo toma, nunca le comunicará Dios la gracia, por su soberbia». San Bernardo y San Buenaventura a cada paso aconsejan lo mismo. Y la Escritura de Dios está llena de esto mismo. Unas veces dice (*Isa.,* 5, 21)*: ¡Ay de vosotros que sois sabios en vuestros ojos, y delante* [*de*] *vosotros mismos prudentes!* Y en otra parte (*Prov.,* 26, 12): *Si vieres algún hombre que se tiene por sabio, cree que más bien librado que éste, será el ignorante*. Y San Pablo nos amonesta (*Rom.,* 12, 16): *No queráis ser sabios acerca de vosotros mismos*. Y el Sabio dice (*Prov.,* 18, 2): *Si no dijeres al necio las cosas que él cree en su corazón, no recibirá las palabras de prudencia*. Y en otra parte (*Eccli.,* 6, 34): *Si inclinares tu oreja, recibirás doctrina; y si amares el oír, serás sabio*. Y por no ser prolijo, digo que la Escritura divina y amonestaciones de los Santos y las vidas de ellos, y las experiencias que hemos visto, todas a una boca nos encomiendan que no nos arrimemos a nuestra prudencia, mas que inclinemos nuestra oreja al ajeno consejo.

Porque de otra manera, ¿qué cosa habría más sin orden que la Iglesia de Dios, o cualquiera congregación, si cada uno ha de seguir su parecer, pensando que acierta? ¿Y cómo puede ser que el espíritu de Cristo, que es

espíritu de humildad y de paz y de unión, mueva a uno a ser en contrario de todos los otros, en quien el mismo Dios mora? ¿Y cómo puede nacer de este espíritu, que se tenga un hombre en tanta estima, que no se halle en la congregación de los hombres quien le pueda enseñar, ni juzgar si su espíritu es bueno o malo? Porque como dice San Agustín, no dejaría éste de tomar ajeno consejo y obedecer, sino porque piensa con su soberbia que es mejor que el otro que le aconseja. Y ya que sea su soberbia tanta, que crea que es mejor que los otros, debe pensar que así como puede ser uno menos bueno que otro, y tener don de profecía o de sanar enfermos, y semejantes dones, de los cuales carezca el otro que es mejor que él, así puede ser que el que es menor en otros dones, sea mayor en tener don de consejo o de discreción de espíritu, de los cuales carezca el otro, que era mayor. Y pues Dios es tan amigo de la humildad y paz, no tema nadie que, si lo que tiene es de Dios, se vaya o se pierda por sujetarse por el mismo Dios al ajeno parecer, antes más y más se confirmará; y si de otra parte fuere, huirá. Y si su sabiduría es infundida de Dios, mire que una de las condiciones de ella, según dice Santiago (3, 17), es ser suadible [que se deja persuadir. Es palabra latina: *suadibilis*]. Y mire que llama San Agustín a estos pensamientos «soberbísimos y peligrosísimos». Porque aunque sea peligrosa la soberbia e inobediencia de la voluntad, que es no querer obedecer a la voluntad ajena, muy más peligrosa es la soberbia del entendimiento, que es, creyendo a su parecer, no sujetarse al ajeno. Porque el soberbio en la voluntad alguna vez obedecerá, pues tiene por mejor el ajeno parecer; mas quien tiene sentado en sí que su parecer es el mejor, ¿quién le curará? ¿Y cómo obedecerá a lo que no tiene por tan bueno? Si *el ojo del ánima* que es el entendimiento, con que se había de ver y curar la soberbia, ese mismo *está ciego* (*Lc.,* 11, 34) y lleno de la misma soberbia, ¿quién lo curará? Y *si la luz se torna tinieblas*, y si la regla se tuerce, ¿qué tal quedará lo demás?

Y son tan grandes los males que vienen de aquesta soberbia, que turban a todos con cuantos contrata; porque con quien defiende porfiadamente su parecer propio y es amigo de él, ¿quién hay que en paz pueda vivir?

Y porque del todo maldigáis y huyáis este vicio, sabed que llega hasta hacer a los que eran buenos cristianos, perversos herejes; ni por otra cosa lo han sido, ni son, sino por creer más a su parecer propio que al de la Iglesia y de sus mayores. Pensaban ellos que acertaban, y que lo que en su corazón pasaba era obra de Dios, y que si creían más al parecer ajeno que a lo que en su corazón sentían, dejaban a Dios por el hombre. Mas la

experiencia y la verdad nos demuestra que lo que pensaban ser espíritu de verdad era espíritu de engaño; el cual, cuando por otra parta no los pudo vencer, combatiólos *transformándose en ángel de luz* (2 *Cor.,* 11, 14), debajo de semejanza de bien; y así quitóles la vida del ánima, por no querer ellos sujetarse al ajeno parecer.

CAPÍTULO 55

Que debemos grandemente huir el propio parecer, y escoger persona a quien por Dios nos sujetemos para ser de ella regidos; y qué tal ha de ser ésta; y cómo nos habremos con ella.

Tomando, pues, escarmiento de aquestas cosas, os amonesto que, así como habéis de ser enemiga de vuestra voluntad, así mucho más lo seáis de vuestro parecer, y de querer salir con la vuestra, pues que veis el mal paradero que tiene el parecer propio. Sed enemiga de él fuera de vuestra casa y en vuestra casa; y aunque sea en cosas livianas, no lo sigáis; porque a duras penas hallaréis cosa que tanto turbe el sosiego que Cristo quiere en vuestra ánima para comunicarse con ella, como el porfiar y querer salir con la vuestra. Y más vale que no se haga lo que vos deseábades, que perder cosa que tanto habéis menester para gozar de Dios en sosiego. Y esto entended, si vos no tenéis oficio de regir la casa; porque entonces no debéis dejar lo que os parece ser bueno, aunque debéis informaros bien por oración y consejo, según la calidad de la cosa.

Ya sabéis que los que se han de haber en alguna cosa de afrenta, se suelen primero ensayar en cosas livianas, para estar industriados en las que son de verdad y mayores. Y, cierto, creed que quien está acostumbrado a creerse, y estima su entendimiento por sabio, queriendo salir con su parecer en las cosas pocas, se hallará nuevo y dificultoso en negar su parecer en las cosas mayores. Y, por el contrario, el ejercitado en cosas pequeñas a llamar a su entendimiento de necio y a fiar poco de él, hallarse ha facilitado para sujetarse, o al parecer de Dios o de sus mayores, o para no juzgar fácilmente a su prójimo.

Y así como en las cosas que he dicho de poca importancia podéis negar vuestro parecer y seguir el ajeno, sin examinar mucho quién lo dice o no, así os digo que en lo que toca a vuestra conciencia debéis de estar avisada, que ni la fiéis de vuestro parecer, ni la fiéis de quienquiera.

Conviéneos que toméis por guía y padre a alguna persona letrada, y experimentada en las cosas de Dios; que uno sin otro ordinariamente no basta. Porque las solas letras no son suficientes para proveer las particulares necesidades y prosperidades y tentaciones, que acaecen en las ánimas de los que siguen la vida espiritual; en las cuales, como dice Gerson, se ha de ocurrir [recurrir] a los experimentados. Y muchas veces acaecerá a los que no tuvieren más que letras, lo que acaeció a los Apóstoles, andando una noche en la mar con tormenta, que pensaron que Cristo, que a ellos venía, *era fantasma* (*Mt.,* 14, 26), teniendo por engaño lo que es merced y verdad de nuestro Señor, como hicieron los Apóstoles. Poneros han algunos de ellos demasiados temores, condenándolo todo por malo; y como en sus corazones están muy lejos de la experiencia del gusto e iluminaciones de Dios, hablan de ello como de cosa no conocida, y a duras penas pueden creer que pasan en los corazones de los otros cosas más altas que las que pasan en el corazón de ellos.

Otros hallaréis ejercitados en cosas de devoción, que se van ligeramente tras un sentimiento de espíritu, y hacen mucho caso de él; y si alguno les cuenta algo de aquestas cosas, óyenlo con admiración, teniendo por más santo al que más tiene de ellas, y aprueban ligeramente estas cosas como si en ellas todo estuviese seguro: y como no lo esté, muchos de éstos por ignorancia caen en errores, y dejan caer a los que tienen entre manos, por no darles suficientes avisos contra las cautelas del demonio; por lo cual no son buenos para regir tampoco como los pasados.

Mas sabed que hay algunos de tan buen juicio, y que tienen entendido que la santidad verdadera no consiste en estas cosas, sino en el cumplimiento de la voluntad del Señor; y tienen experiencia de las cosas espirituales, y saben dudar y preguntar a quien les informe. De estos tales bien os podréis fiar, aunque no tengan letras; pues para quien todo su negocio es entender en sí mismo, aquesto le basta.

Y pues tanto os va en acertar con buena guía, debéis con mucha instancia pedir al Señor que os la encamine Él de su mano, y encaminada, fiadle con mucha seguridad vuestro corazón, y no escondáis cosa de él, buena ni mala: la buena, para que la encamine y os avise; la mala, para que os la corrija. Y cosa de importancia no la hagáis sin su parecer, teniendo confianza en Dios, que es amigo de obediencia, que Él pondrá en el corazón y lengua a vuestra guía lo que conviene a vuestra salud. Y de esta manera huiréis de dos males, y extremos: Uno, de los que dicen: «No es menester consejo de hombre; Dios me enseña y me satisface.» Otros están

tan sujetos al hombre, sin mirar otra cosa sino que es hombre, que les comprende aquella maldición, que dice (*Jerem.,* 17, 5): *Maldito el hombre que confía en el hombre*. Sujetaos vos a hombre y habréis escapado del primer peligro; y no confiéis en el saber ni fuerza del hombre, mas en Dios, que os hablará y esforzará por medio del hombre, y así habréis evitado el segundo peligro.

Y tened por cierto, que aunque mucho busquéis, no hallaréis otro camino tan cierto ni tan seguro, para hallar la voluntad del Señor, como este de la humilde obediencia, tan aconsejado por todos los Santos, y tan obrado por muchos de ellos, según nos dan testimonio las Vidas de los Santos Padres, entre los cuales se tenía por muy gran señal de llegar uno a la perfección el ser muy sujeto a su Viejo. Y entre las muchas buenas cosas que en las Ordenes de los Religiosos hay, por maravilla hallaréis otra tan buena, como vivir todos debajo de un mayor a quien obedezcan, no sólo en las obras exteriores, mas en el parecer y voluntad interiormente; los cuales, si tienen confianza y devoción en la obediencia, vivirán vida acertada y muy descansada.

CAPÍTULO 56

En que se comienza a declarar la segunda palabra del verso, y el cómo habemos de mirar las Escrituras; y que conviene tener recogimiento en la vista corporal para ver mejor con los ojos del ánima; los cuales, cuanto más limpios de las criaturas, miran mejor a Dios.

Si bien habéis oído las palabras ya dichas, veréis cuan necesario es el OÍR para agradar a Dios nuestro Señor. Ahora escuchad la segunda palabra que dice VE. No basta estar atento a las divinas palabras de fuera e inspiraciones de dentro, que es el oír; mas conviene también tener sano el sentido para ver. Porque no menos son reprendidos de Cristo los ciegos que no ven la luz, que los sordos que no oyen la verdad.

Mas no penséis que amonestándoos que veáis, os quiere decir que veáis fiestas o mundo; porque aquel ver, ¿qué otra cosa es sino cegar, pues impide la vista del ánima? Los ojos del cuerpo basta que miren la tierra en que se han de tornar, y que miren el Cielo donde está el deseo de su corazón, según dice David (*Ps.,* 8, 4): *Veré tus cielos, obra de tus dedos; la luna y estrellas que Tú fundaste*. Y si más criaturas quieren ver, no lo

impedimos, con tal que sea la vista para pasar de ellas a Dios, no para perder y olvidar a Dios en ellas; porque de esta vista dice David al Señor (*Ps.,* 138, 37): *Señor, aparta mis ojos, porque no vean la vanidad: en el camino tuyo avívame*. Bien sabía este santo rey que el demasiado mirar es impedimento para correr con ligereza la carrera de Dios, y suele entibiar el corazón encendido, y por eso dice: *Avívame en tu carrera*; porque, según está claro a los experimentados, cuanto más recogidos tienen estos ojos exteriores, tanto más ven con los interiores, cuya vista es más alegre y más provechosa. Lo cual es justo que fácilmente crea un cristiano, pues leemos de algunos filósofos haberse sacado los ojos del cuerpo por tener más recogido su entendimiento para contemplar. En el cual hecho debemos burlar de su error en sacarse los ojos, y aprovecharnos de su buen deseo en tener recogimiento en ellos.

Y así con toda guarda debemos guardar nuestros ojos, porque no nos acaezcan los males que de la soltura suelen venir. ¿De dónde pensáis que vino el principio de la perdición al mundo? Por cierto, no de más que de una vista desordenada. *Miró Eva al árbol vedado*, dióle gana de comer de su fruto porque le parecía *hermoso y sabroso*; *comió e hizo comer a su marido* (*Gen.,* 3, 6), y la comida fue muerte para ellos y cuantos de ellos vinieron. No es cordura mirar lo que no es lícito desear; como parece en el santo rey David (2 *Reg.,* 11, 2), cuyos ojos se deleitaron en mirar la mujer que se lavaba en su huerto; y tuvo después que llorar noches y días, *lavando su cama y estrado con lágrimas*, en tanta abundancia, que sus ojos estaban carcomidos, como de polilla, de mucho llorar. Y quien dice: *Arroyos de agua derramaron mis ojos porque no guardaron los malos tu Ley* (*Ps.,* 118, 136), mejor los derramaría por no haberla él guardado. Buen consejo hubiera sido a sus ojos no deleitarse en lo que después tan caro les costó; y también lo será a nosotros pecadores, pues tan livianos somos, que tras los ojos se nos va el corazón. Pongamos, pues, un velo entre nosotros y toda criatura, no hincando los ojos del todo en ella, porque ocupados allí, no perdemos la vista del Criador; quiero decir, nuestras devotas consideraciones que de Dios teníamos.

Y creed cierto, que una de las más ciertas señales de corazón recogido, es la mortificación en el mirar; y del corazón disoluto la disolución del mirar. No hay pulso que tan cierto declare lo que hay en el cuerpo, cuanto el ojo declara lo que hay en el ánima, de bien o de mal. Por lo cual el Esposo alaba a la Esposa de los ojos, diciendo (*Cant.,* 1, 14): *Tus ojos son de paloma*; dando a entender que son honestos como los de la

paloma, que suelen ser negros. Miremos, pues, cómo miramos, si no queremos pagar llorando lo que pecamos mirando.

Y si esto conviene mirar en *los ojos de fuera*, ¿cuánto más en los *interiores*, en los cuales verdaderamente está el bien o el mal mirar, y por los cuales es uno juzgado que tiene vista o es ciego? Claro está que los fariseos a quien Jesucristo nuestro Señor hablaba, ojos tenían en la cara, con que veían; mas porque no veían con los del ánima, llamábalos *ciegos y guía de ciegos* (*Mt.,* 15, 14). Y, por el contrario, el Patriarca Isaac y Tobías muy clara vista tenían en los ojos del ánima, y por eso poco les dañaba estar ciegos en los ojos del cuerpo. Porque, como dijo San Antón a un ciego llamado Dídimo, que era muy sabio en las Escrituras divinas: «No es razón que tomes pena por no tener ojos del cuerpo, los cuales también tienen los gatos y los perros y otros animales menores» pues tienes claros los ojos del ánima, con los cuales se ve Dios.»

Pues de esta vista debéis entender lo que se amonesta en la segunda palabra, que dice: VE, si la queréis cumplir. Ojos tenéis, que es vuestro entendimiento; y para ver a Dios nos fue dado; no lo hincháis de polvo de tierra y de honras mundanas, ni lo tapéis con gruesos humores de pensamientos de cuerpo; mas sacudida de estas poquedades que ocupan la vista, tened vuestro entendimiento claro para emplearlo en Aquel que os lo dio y os le pide para haceros bienaventurada en él. No penséis que os desocupó Cristo en balde de las ocupaciones del mundo, e hizo que no entrásedes a moler en la tahona de las cargas del matrimonio, cuyos cuidados suelen turbar los ojos de quien anda en ellos, si muy especial gracia, del Señor no tienen para cumplir bien con dos partes; mas libertóos el Señor para que fuésedes toda suya, y vuestros ojos a Él solo mirasen, como la esposa casta a su solo esposo suele mirar.

CAPÍTULO 57

Que lo primero que ha de mirar el hombre es a sí mismo; y de la necesidad que tenemos del «propio conocimiento», y de los males que nos vienen por falta de este conocimiento propio.

Tendréis, pues, esta orden en el mirar: que primero os miréis a vos, y después a Dios, y después a los prójimos. Miraos a vos para que os conozcáis y tengáis en poco; porque no hay peor engaño, que ser uno

engañado en sí mismo, teniéndose por otro de lo que es. Lodo sois de parte del cuerpo, pecadora de parte del ánima; si en más que esto os tenéis, ciega estáis, y deciros ha vuestro Esposo (*Cant.,* 1, 7): *Si no te conoces, ¡oh hermosa entre las mujeres!, salte y vete tras las pisadas de tus manadas, y apacienta tus cabritos por de las cabañas de los pastores*. El cual lugar os declararé, según la letra griega y edición Vulgata, a la cual el Concilio Tridentino nos manda seguir, puesto caso que, según la letra hebrea, tenga otro sentido.

Dicen, pues, en sentencia, San Gregorio y San Bernardo y Orígenes de esta manera: «No hay cosa tan para temblar, como oír a la boca de Dios: *Salte y vete*. Porque si la más recia palabra de un padre para su hijo, o marido con su mujer, que la tiene en grande abundancia, es apartarla de su amparo y riquezas, diciéndole: Vete de mí y de mi casa, ¿qué será irse el ánima y apartarse de Dios, sino desterrase de todos los bienes y caer en todos los males?» *¿Dónde iremos* —dijo San Pedro a Cristo— *que palabras de vida eterna tienes?* (*Jn.,* 6, 69). ¿Dónde iremos, que fuente de vida tienes y Tú sólo la tienes? ¿Dónde iremos, alegre Luz, sin la cual hay tinieblas? ¿Dónde, Pan vivo, sin el cual hay hambre mortal? ¿Dónde, firmísimo amparo, sin el cual la seguridad es peligro? En fin, ¿dónde irá la oveja, estando en toda parte cercada de lobos, si el pastor la desabriga y alanza de sí? Recia palabra es: *Salte y vete*, y semejable a aquella que Cristo ha de decir el día postrero a los malos (*Mt.,* 25, 41): *Idos, malditos, al fuego que está aparejado*. Y otra vez digo, que no hay cosa que más deba temer, ni que tanto deba trabajar por evitar quien está en la abundante y alegre casa de Dios, y debajo de su fortísimo amparo, como oír a sus orejas: *Salte y vete*. Esta salida no es cosa liviana, mas es causa de todos los males. Porque el hombre desamparado del amparo divino, y dejado a sus propias fuerzas, ¿qué hará, como dice San Agustín, sino lo que hizo San Pedro cuando negó a nuestro Señor? Y aun sin conocer y arrepentirse del mal que había hecho, hasta que el amparo y mirar divino tornó sobre Pedro, caído en pecado y olvidado en él, dándole conocimiento que había hecho mal en haber caído, y dándole de ello dolor, y que la causa de su caída fue haber confiado de sí.

De manera, que la causa por que el benigno Señor se torna riguroso en echar de casa sus hijos, es porque no se conocen, pensando ser algo, y estribando sobre sus fuerzas. Y a esta ánima dice el Esposo: *Si no te conoces, salte y vete tras las pisadas de tus manadas*: que quiere decir, que la deje ir perdida, siguiendo las obras y rastro de los pecadores, que andan juntos en sus pecados como manadas de animales, ayudándose en ellos

unos a otros; los cuales también serán el día postrero atados como manojos, para ser en el infernal fuego juntamente quemados los que fueron juntos en los pecados. Y dice el Esposo a la tal ánima: *Manadas tuyas*; porque el pecar, de nosotros es, no de Dios; y el bien es de Dios, y no de nosotros; pues por su virtud lo hacemos. Lo cual Él quiere muy de hecho que conozcamos ser así, no tanto por lo que a Él toca, cuya gloria no crece en sí mismo, aunque nosotros le glorifiquemos; mas por lo que toca a nosotros, cuyo bien es, y muy grande, conocer que de todo bien que tenemos, no a nosotros, sino a Él se debe la honra. Y sí de lo que Él puso en nosotros para su alabanza, queremos edificar ídolo, *atribuyendo la gloria del incorruptible Dios a nosotros, corruptibles hombres* (*Rom.,* 1, 23), no lo dejará Él sin castigo, mas dirá: Quédate con lo que es tuyo y piérdete, pues no quisiste permanecer en Mí para salvarte. ¡Oh, cuan de verdad se cumplen en los soberbios estas palabras; y cuan presto, de espirituales se hacen carnales, de recogidos disolutos, de oro lodo; y los que solían comer con sabor pan celestial, deléitanse después en comer manjares de puercos, siéndoles cosa muy pesada no sólo obrar las cosas de Dios, mas aun oír hablar de Él! ¿De dónde pensáis que ha venido haber sido algunas personas castas en el tiempo de su mocedad, aunque fueron combatidos de graves tentaciones, y venidos a la vejez haber miserablemente caído en vilezas tan feas, que ellos mismos se espantan de sí y se abominan? La causa fue que en la mocedad vivían con santo temor y humildad; y viéndose tan al canto de caer, invocaban a Dios, y eran defendidos por Él. Mas después que, con larga posesión de la castidad, comenzaron a engreírse y confiar de sí mismos, en aquel punto fueron desamparados de la mano de Dios, e hicieron lo que era suyo propio, que es el caer.

Y entonces se cumple que *apacienten sus cabritos*, que son sus livianos y deshonestos sentidos, *cerca de las tiendas de los pastores*, que son los cuerpos de los siervos de Dios, porque en ellos están como en cabaña de campo, que presto se muda, y no como en casa o ciudad de reposo. Y así con mucha razón, en cuerpos y en cosas de cuerpos apacientan sus sentidos, porque perdieron con su soberbia el verdadero sentido, sintiendo de sí otra cosa, que es ser de sí mismos nada y pecadores, robando la gloria de Dios que tan de verdad se le debe de todo lo bueno que en cualquier manera hacemos.

Despertad, pues, doncella, y escarmentad, como dicen, en cabeza ajena, y aprovechaos de la amenaza, porque no probéis el castigo. Sed semejante a la Esposa, a la cual fueron dichas estas palabras; la cual, oída

palabra tan pesada y de boca de quien es todos los bienes: *Salte y vete*, miróse, y conocióse, y quitó de sí algunas osadías que antes tenía. Y hecha humilde con la reprensión, consuélala el Esposo diciendo (*Cant.,* 1, 8): *A mi caballería en los carros de Faraón te he asemejado, amiga mía: hermosas son tus mejillas, como de tórtola*. Por la soberbia es un ánima semejable al demonio, el cual, como dice el Evangelio (*Jn.,* 8, 44), *no estuvo en la verdad*, que es Dios; mas quiso estar en sí mismo, poniéndose a sí por arrimo y descanso. Por eso cayó; porque la criatura no puede estar en sí, sino en Dios. Mas por el humilde conocimiento de sí es una ánima semejante a los buenos ángeles, que se arrimaron a Dios y se desasieron de sí; porque se veían ser caña quebrada; y túvolos Dios, y confirmólos, porque dieron voces diciendo: ¿Micael? Que quiere decir: *¿Quién como Dios?* En lo cual contradecían al malaventurado Lucifer y a los suyos, que se querían hacer ídolos, atribuyendo a sí lo que era de Dios, que es el ser principio, arrimo y descanso de toda criatura. No porque éstos entendiesen que lo podían ser, pues que se conocían ser criaturas; mas porque se deleitaban en ello, como si lo tuvieran; como suelen hacer los soberbios, que aunque su boca o entendimiento diga a voces que de Dios tienen y esperan todo su bien, mas con la voluntad ensálzanse y gózanse vanamente en sí mismos, como si de sí tuviesen el bien; confesando con el entendimiento que la gloria se debe a Dios, y robándosela con la voluntad. Mas les buenos ángeles claman con entendimiento y voluntad: *¿Quién como Dios?* Porque de corazón se humillaron y desestimaron, según por el entendimiento lo conocían. Y por eso fueron ensalzados a ser participantes de Dios, sin jamás poderlo perder. Pues a esta caballería, que es el angélico ejército que destruyó a Faraón y a sus carros en el mar Bermejo, asemeja Cristo a su Esposa cuando se conoce y se mide.

Y alaba *las mejillas* donde se suele mostrar la vergüenza. ¿Por qué hubo vergüenza la Esposa de la tal reprensión? Por haber pedido cosas mayores que a su poquedad convenían; y, de mejillas deslavadas, tomáronse vergonzosas y honestas, *como de tórtola*, que es ave honesta. Y por esto decía aquel devoto Bernardo, que había hallado por experiencia no haber cosa tan provechosa para alcanzar, conservar y recobrar la gracia, como vivir siempre en un temor y santo recelo; cuando no la tenemos, porque estamos aparejados a todas caídas; recelo cuando la tenemos, porque hemos de obrar conforme al talento que nos es dado en ella; y mayor recelo cuando la perdemos, porque por nuestro descuido se ha ido nuestro favor. Y por eso dice la Escritura (*Prov.,* 28, 14): *Bienaventurado el varón que siempre está temeroso*.

CAPÍTULO 58

Que debemos poner diligencia en el propio conocimiento; y en qué cosas lo podremos hallar; y que conviene tener un lugar apartado donde nos recoger un rato cada día.

De lo ya dicho, y de otras muchas cosas que los Santos han hablado en alabanza del propio conocimiento, veréis cuan necesaria es esta joya para venir al conocimiento de Dios. Y pues queréis edificar casa en vuestra ánima para este tan alto Señor, sabed que no los altos, mas los humildes de corazón son sus casas.

Y por tanto, el primer cuidado que tengáis sea cavar en la tierra de vuestra poquedad, hasta que, quitado de vuestra estimación todo lo movedizo que de vos tenéis, lleguéis a la firme piedra, que es Dios; sobre la cual, y no sobre vuestra arena, fundaréis vuestra casa. Y por esto decía el bienaventurado San Gregorio: «Tú que piensas edificar edificio de virtudes, ten primero cuidado del fundamento de la humildad; porque quien quiere tener virtudes sin ella, es como quien llevase ceniza en su mano en contrario del viento.» Lo cual dice, porque no sólo no aprovechan las virtudes sin la humildad —aunque sin ella, no son virtudes—, mas son ocasión de muy gran pérdida, así como el gran edificio sobre el pequeño y flaco cimiento es ocasión de caída. Y por tanto, conforme a la alteza de las virtudes ha de ser lo bajo del cimiento de la humildad, para que el ánima esté firme, y no sea derribada con el viento de la soberbia.

Y si me dijéredes: ¿Dónde hallaré esta joya del propio conocimiento?, dígoos que aunque es de mucho valor, en el establo, y entre el estiércol de vuestra poquedad y defectos la habéis de hallar, quitando los ojos de las vidas ajenas. No os entremetáis en saber cosas curiosas; volved vuestra vista a vos misma, y perseverad en examinaros; que aunque al principio no halléis tomo en conoceros, como quien entra de la claridad del sol a una cámara obscura; mas perseverando en sosiego, poco a poco veréis con la gracia de Dios lo que en vuestro corazón hay, aunque sea en los muy secretos rincones. Y para que sepáis el modo que cerca de esto, que tanto os va, habéis de tener, oíd a San Jerónimo, que dice a una mujer casada [a Cleancia]: «De tal manera tengas cuidado de tu casa, que también tengas para tu ánima algún reposo. Busca un lugar conveniente, y algún tanto apartado del bullicio de tu familia; al cual te vayas, como quien se va a un puerto, huyendo de la gran tempestad de tus

cuidados; y allí, solamente haya lección de cosas divinas, y oración continúa, y pensamientos de cosas del otro mundo, tan firmes, que todas las ocupaciones del otro tiempo del día ligeramente las recompenses con este rato de desocupación. Y no te decimos esto para apartarte del regimiento [gobierno] de tu casa, mas antes para que allí aprendas y pienses cómo te debes haber con ella.» Si este bienaventurado Santo encomienda a una mujer casada que quite a las ocupaciones de casa algún rato, y se recoja en quieto lugar a leer y pensar cosas de Dios, ¿con cuánta más razón la doncella de Cristo, que está libre de los mundanos cuidados, y que debe pensar que no vive para otra cosa tan principalmente, como para usar de la oración y recogimiento interior y exterior, debe buscar en su casa algún lugar escondido y secreto, en el cual tenga sus libros devotos e imágenes devotas, diputado solamente para *ver y gustar cuan suave es el Señor*? (*Ps.,* 33, 9). El estado de virginidad que habéis tomado, no es para que estéis enlazada en cuidados perecederos del mundo; mas, así como es semejante al estado del Cielo, cuanto a la entereza e incorrupción de la carne, así habéis de pensar que no ha de entrar en vuestro corazón, en cuanto a vos fuere posible, cuidado de tierra; mas habéis de ser un templo vivo, en el cual se ofrezcan continuas oraciones, y suenen continuos loores a Aquel que os crió. Y sólo un cuidado ocupe vuestro corazón, y ha de ser agradar al Señor, como dice San Pablo (*Colos*., 3, 3): *Daos por muerta* a este mundo, pues ya os habéis desposado con el Rey celestial.

Y acordaos que dice el Esposo a la Esposa (*Cant.,* 4, 12): *Huerto cerrado, hermana mía, Esposa, huerto cerrado*. Porque no sólo habéis de ser limpia y guardada en la carne, mas también muy cerrada y recogida en el ánima. Que, pues la virginidad se toma entre cristianos, no por sí sola, mas porque ayude para con más libertad dar el corazón a Dios; la doncella que se contenta con virginidad de cuerpo, y no vive cuidadosa en el aprovechamiento de las virtudes y oración y gusto de Dios, ¿qué otra cosa hace, sino pararse en el camino, y nunca llegar adonde va? ¿Tener aparejo para coser y labrar, y nunca entender en ello? Cosa vergonzosa es a todo cristiano no tener ejercicio de santa lección y de santos pensamientos en su ánima; mas al religioso, al sacerdote, y a la virgen que a Cristo se ha dado, no sólo es vergonzoso, mas intolerable. Por tanto, si queréis gozar de los frutos de la santa virginidad que a Cristo habéis prometido, sed enemiga de ver y ser vista. Salid de casa todo lo menos que fuere posible, aunque sea a santos lugares y obras buenas; porque a las mozas así conviene. No os entremetáis en temporales congojas. Y cumplido con el trabajo de vuestras manos, el cual, moderadamente tomado, aprovecha a cuerpo y ánima, y

cumplido con las ocupaciones de necesidad o de caridad, según la ordenación que de vuestra vida tenéis, tomad cuanto tiempo pudiéredes para os encerrar en vuestro oratorio; que aunque al principio se os haga de mal, después probaréis que en la celda se tratan negocios del Cielo, y que ningún rato de tanto contentamiento hay, como el que allí en sosiego se gasta.

CAPÍTULO 59

En que se prosigue el ejercicio para hallar el propio conocimiento; y de cómo nos habemos de aprovechar en la lección y oración.

Buscado, pues, este lugar quieto, recogeos en él a lo menos dos veces al día, una por la mañana, para pensar en la sacra Pasión de Jesucristo nuestro Señor, como después diremos [Cap. 68 y siguientes], y otra en la tarde en anocheciendo para pensar en el ejercicio del propio conocimiento. Y el modo que tendréis sea éste. Tomad primero algún libro de buena doctrina, en que, como en espejo, veáis vuestras faltas, y con él toméis manjar con que vuestra ánima sea esforzada en el camino de Dios. Y este leer no ha de ser con pesadumbre, ni pasando muchas hojas, mas, alzando el corazón a nuestro Señor, suplicarle que os hable en vuestro corazón con su viva voz, mediante aquellas palabras que de fuera leéis, y os dé el verdadero sentido de ellas. Y con aquella atención y reverencia estad atenta, escuchando a Dios en aquellas palabras que de fuera leéis, como si a Él mismo oyérades predicar cuando en este mundo hablaba. De manera, que aunque tengáis los ojos en el libro, no peguéis en él con mucha ansia el corazón para que os haga olvidar de Dios; mas tened a lo que leéis una mediana y descansada atención, que no os cautive ni impida la atención libre y levantada que al Señor habéis de tener. Y leyendo de esta manera no os cansaréis; y daros ha nuestro Señor el vivo sentido de las palabras, que obre en vuestra ánima, unas veces arrepentimiento de vuestros pecados, otras confianza de Él y de su perdón; y os abrirá el entendimiento a conocer otras muchas cosas, aunque leáis pocos renglones. Y algunas veces conviene interrumpir el leer, por pensar alguna cosa que del leer resultó, y después tornar a leer; y así se van ayudando la lección y la oración.

Y con el corazón así devoto y recogido, podéis comenzar a entender en el ejercicio de vuestro propio conocimiento; y de esta manera, vuestras rodillas hincadas, pensaréis a cuan excelente y soberana Majestad vais a hablar. La cual no la penséis lejos de vos, mas que hinche cielos y tierra; y que ninguna parte hay en que no esté, y más dentro de vos qué vos misma. Y considerando vuestra pequeñez, hacedle una entrañable reverencia, humillando vuestro corazón como una pequeña hormiga delante de un Ser infinito, y pedidle licencia para hablarle. Y comenzad primero en decir mal de vos y rezad la confesión general, y acordándoos particularmente y pidiendo perdón de lo que en aquel día hubiéredes pecado.

Después rezad algunas devociones que debéis tener por costumbre; no tantas, que demasiadamente os fatiguen la cabeza y os sequen la devoción; ni tampoco las dejéis del todo, porque sirven para despertar la devoción del ánima, y para ofrecer a Dios servicio con nuestra lengua, en señal que Él nos la dio. Y por eso nos enseña San Pablo (1 *Cor.,* 14, 15): *Que hemos de orar y cantar con el espíritu de la voz, y con el ánima*. Y estas oraciones no sólo sean para pedir mercedes a nuestro Señor para vos, mas por aquellos por quien tenéis especial obligación, y por toda la Iglesia cristiana, el cuidado de la cual habéis de tener muy fijado en vuestro corazón. Porque si a Cristo amáis, razón es que os toque aquello por cuyo bien derramó su sangre. Y rezad así por los vivos, como por los que en purgatorio están. Y también por toda la infidelidad, que está privada del conocimiento de Dios, suplicándole traiga a su santa fe a todos, pues todos desea que sean salvos. Y estas oraciones han de ser las más de ellas enderezadas a dos partes: una a nuestra Señora, a la cual habéis de tener muy cordial amor, y entera confianza que os será muy verdadera Madre en todas vuestras necesidades; y la otra a la Pasión de Jesucristo nuestro Señor, la cual también os ha de ser muy familiar refugio de vuestros trabajos, y esperanza única de vuestra salud.

CAPÍTULO 60

De cuánto aprovecha para el propio conocimiento la meditación de la muerte, y del modo del meditar en lo que toca al cuerpo.

Después de esto, dejad de rezar con la boca, y meteos en lo más dentro de vuestro corazón; y haced cuenta que estáis delante la presencia de Dios, y que no hay más de Él y de vos.

Pensad cómo antes que a este mundo viniésedes, érades nada, y cómo aquella sobrepujante bondad de Dios nuestro Señor os sacó de aquel abismo de no ser, y os hizo criatura suya, no cualquiera, sino razonable. Pensad cómo os dio cuerpo y ánima, para que con lo uno y con lo otro trabajasedes de le servir.

Haced cuenta que estáis ya en el paso de vuestra muerte, lo más verdaderamente que lo pudiéredes sentir, diciendo a vos misma: «Llegar tiene algún día esta hora de mi acabamiento; no sé si será esta noche o mañana; y pues ciertamente ha de venir, razón es que piense en ello.» Pensad cómo caeréis en la cama, y cómo habéis de sudar el sudor de la muerte; levantarse ha el pecho, quebrantarse han los ojos, perderse ha el color de la cara, y con grandes dolores se apartará esta junta tan amigable del cuerpo y del ánima. Amortajarán después vuestro cuerpo, y poneros han en unas andas, y llevaros han a enterrar, llorando unos y cantando otros. Echaros han en una sepultura chica, cobijaros han con tierra, y después de haberos pisado, quedaros heis sola, y seréis presto olvidada.

Pensad, pues, todo esto que por vos ha de pasar. ¿Qué tal estará vuestro cuerpo debajo de la tierra? Y cuan presto se parará tal, que cualquiera persona, por mucho que os quiera, no os pueda ver, ni oler, ni estar cerca de vos. Mirad allí con atención en qué paran la carne y su gloria, y veréis cuan necios son aquellos que, habiendo de salir tan pobres de este mundo, andan ansiosos ahora por ser muy ricos; y habiendo de ser tan presto hollados y olvidados, tienen gran sed de ponerse en más altos lugares que los otros. Y cuan engañados viven los que regalan su cuerpo, y se van tras sus deseos; porque otra cosa no hicieron sino ser cocineros de gusanos, guisándoles bien el manjar que han de comer; y ganaron con sus breves deleites tormentos que nunca se acaban. Considerad y mirad con muy grande atención y despacio vuestro cuerpo tendido en la sepultura; y haciendo cuenta que ya estáis en ella, mortificad los deseos de la carne cada vez que os vinieren a la memoria; y mortificad los deseos de agradar

y desagradar al mundo, y de tener en algo cuanto en él florece, pues que tan presto y con tanto abatimiento lo habéis de dejar, y él a vos. Y considerando cómo vuestro cuerpo, después de ser manjar de gusanos, se tornará en cieno y en polvo, no lo miréis de ahí adelante sino como a un muladar cubierto de nieve, y que os dé asco acordaros de él. Y teniendo el cuerpo en esta posesión, no seréis engañada cerca de la estima de él, mas tendréis verdadero conocimiento, y sabréis cómo lo habéis de regir, mirando el fin en que ha de parar; como quien se pone al fin de la nao, para desde allí regirla mejor.

CAPÍTULO 61

De lo que se ha de considerar en la meditación de la muerte acerca de lo que sucederá al alma, para aprovechar en el propio conocimiento.

En esto que habéis oído ha de parar vuestro cuerpo; resta que oigáis lo que ha de acaecer a vuestra ánima, la cual será en aquella hora llena de angustias, acordándose de las ofensas que en esta vida hizo a nuestro Señor, y pareciéndose entonces muy grave lo que antes le parecía muy liviano. Será desamparada de sus sentidos, no podrá servirse de la lengua para pedir socorro a nuestro Señor, y entenebrecérsele ha el entendimiento, que aun pensar en Dios no podrá; y, en fin, poco a poco acercarse ha la hora en que por mandamiento de Dios salga del cuerpo, y se determine de ella o perdición para siempre, o salud para siempre. Oír tiene de la boca de Dios: «Apártate de mí a fuegos eternos», o «Quédate conmigo en estado de salvación, en purgatorio o paraíso». Colgada habéis de estar de sola la mano de Dios, y en sólo Él estará vuestro remedio. Por lo cual habéis mucho de huir de enojar en vuestra vida al que en la hora de vuestra muerte habéis tanto menester. Demonios que os acusen y que pidan justicia a Dios contra vuestra ánima, acusándoos particularmente de cada pecado, no os faltarán; y si la misericordia de Dios entonces os olvida, ¿qué haréis, oveja flaca, cercada de tan rabiosos lobos, muy deseosos de os tragar?

Pensad, pues, en el rato de vuestro recogimiento cómo en aqueste estrecho punto habéis de ser presentada delante el juicio de Dios, desnuda y sola de todas las cosas, y acompañada del bien o mal que hubiéredes hecho. Y decid a nuestro Señor, que vos os presentáis ahora de gana, para

alcanzar misericordia en aquella hora, que por fuerza habéis de salir de este mundo. Haced cuenta que sois un ladrón, a quien han tomado en el hurto, y le presentan ante el juez, las manos atadas; o una mujer que la halló su marido haciéndole traición; los cuales, de confundidos, no osan alzar los ojos, ni pueden negar su delito; y creed, que muy más claramente os ha visto Dios en todo lo que contra Él habéis pecado, que pueden ningunos ojos de hombres ver cosa que delante de él se hiciese. Y avergonzándoos de haber sido mala en la presencia de tanta bondad, cubríos de la vergüenza que entonces perdisteis; y sentid en vos confusión de vuestros pecados, como quien está delante la presencia del soberano Juez y Señor. Acusaos vos como habéis de ser acusada; y especialmente traed a la memoria los pecados más graves que hubiéredes hecho; aunque si son deshonestos, más seguro es no deteneros en los pensar muy particularmente, sino a bulto, como una cosa hedionda, y que os da grande espanto de la mirar. Juzgaos y sentenciaos por mala, y bajad vuestros ojos a considerar los infernales fuegos, creyendo que los tenéis muy bien merecidos.

Poned en una parte los bienes que Dios os ha hecho desde que os crió, discurriendo por vuestro cuerpo y por vuestra ánima; y cómo érades obligada a reverenciarle y serle agradecida, y amarle con todo vuestro corazón, sirviéndole con toda obediencia y con toda vos, guardando sus mandamientos y de su Iglesia. Mirad cómo os ha mantenido, con otros mil bienes que os ha hecho, y de males que os ha librado; y, sobre todo, cómo, por convidaros con su ejemplo y amor a que fuésedes buena, vino el mismo Señor del mundo, haciéndose hombre; y por remediar vuestra maldad y ceguedad en que estábades, pasó muchos trabajos, y derramó muchas lágrimas, y después su sangre, perdiendo la vida por vos. Todo lo cual se ha de poner el día de vuestra muerte y juicio en una balanza, haciéndoos cargo de ello como de recibo; y os han de pedir cuenta de cómo habéis servido tantas mercedes, y cómo habéis usado de vos misma a servicio de Dios, y con qué cuidado habéis respondido a tanta bondad con que Dios ha deseado y procurado salvaros. Mirad bien, y veréis cuánta razón tenéis de temer, pues que no sólo no habéis respondido con servicios conforme a estas deudas, mas habéis dado males en pago de bienes, y despreciado al que tanto os preció, huyendo y volviendo las espaldas al que os seguía para vuestro bien.

¿Qué gracias os parece que se deben dar a quien por su infinita misericordia nos ha librado de los infiernos, habiéndolos nosotros justamente merecido? ¿Qué daremos a quien tantas veces tendió su mano

para que los demonios no nos ahogasen y llevasen consigo? Y siendo nosotros crueles ofendedores de su Majestad, Él nos fue piadoso padre y dulce defensor. Pensad que quizás están algunos en los infiernos con menos pecados que vos. Y de tal manera os mirad y servid a Dios, como si hubiérades por vuestros pecados entrado en el infierno, y Él os hubiera sacado de allá; porque todo es una cuenta, haber estorbado que no vayáis allá mereciéndolo vos, o sacaros de allá por su gran misericordia después de entrada.

Y si cotejando los bienes que con vos Dios ha hecho, y los males que vos a Él, no sintiéredes vergüenza ni dolor como vos deseáis, no os turbéis por ello, mas perseverad en aqueste juicio, y poned delante de los ojos de Dios vuestro corazón tan llagado y tan adeudado, y suplicadle que os diga Él quién sois vos y en qué posesión os habéis de tener. Porque el efecto de este ejercicio no es solamente entender que sois mala, mas sentirlo y gustarlo con la voluntad, y hallar tomo en vuestra maldad e indignidad, como quien tiene un perro muerto a sus narices. Y por esto, estas dichas consideraciones no han de ser apresuradas, ni de un día solo, mas han de ser largas y con mucho sosiego, para que poco a poco se vaya embebiendo en vuestra voluntad aquel desprecio e indignidad que con el entendimiento juzgasteis que se os debía. El cual pensamiento habéis de presentar delante de Dios, pidiéndole que Él lo asiente en lo más dentro de vuestro corazón. Y de ahí adelante estimaos con mucha sencillez y verdad, como una persona muy mala, merecedora de todo desprecio y tormento, aunque sea de infierno; y estad aparejada a sufrir con paciencia cualquier trabajo o desprecio que se os ofreciere, considerando que, pues habéis ofendido a Dios, es muy justo que todas las criaturas se levantasen contra vos y vengasen la injuria de su Criador. En esta paciencia entenderéis si de verdad os conocéis por pecadora y digna de infierno; y decid en vos misma: «Todo el mal que me pueden hacer, muy poco es, pues yo merezco el infierno.» ¿Quién se quejará de picaduras de moscas, mereciendo eternos tormentos? Y así andad muy maravillada de la infinita bondad del Señor, cómo no alanza de sí a un gusano hediondo, mas lo mantiene y regala, y le hace mercedes en cuerpo y en ánima, todo para gloria de Él, sin que tengamos nosotros de qué gloriarnos.

CAPÍTULO 62

Que el cotidiano examen de nuestras faltas ayuda mucho para el propio conocimiento; y de otros grandes provechos que este ejercicio del examen trae; y del provecho que nos viene de las reprensiones que otros nos dan, o el Señor interiormente nos envía.

Para acabar este ejercicio de vuestro conocimiento, dos cosas os restan que oigáis. La una, que no se debe contentar el cristiano con entrar en juicio delante de Dios para acusarse de los pecados pasados, mas también de los que cada día comete. Porque por maravilla hallaréis cosa tan provechosa para enmienda de la vida, como tomarse el hombre cuenta de cómo la gasta, y de los defectos que hace. Porque el ánima que no es cuidadosa en examinar sus pensamientos, palabras y obras, es semejable a la viña del hombre perezoso, de la cual dice el Sabio (*Prov.,* 24, 30): *Que pasó por ella, y vio su seto caído, y lleno de espinas*.

Haced cuenta que os han encomendado una hija de un Rey, para que tengáis cuidado continuo de mirar por sus costumbres; y que a la noche le pedís cuenta, reprendiendo sus faltas y amonestándole las virtudes. Miraos como a cosa encomendada por Dios, y haceos entender que no habéis de vivir sin ley ni regla, mas debajo de santa sujeción y disciplina de la virtud; y que no habéis dé hacer cosa mala que no la paguéis. Entrad en capitulo con vos a la noche, juzgándoos muy particularmente, como haríades a otra tercera persona. Repréndeos y castigaos de vuestras faltas, y predicaos a vos misma, con mucho mayor cuidado que a otra persona alguna, por mucho que la améis. Y adonde sintiéredes que hay más faltas, ahí poned mayor remedio. Porque creed que, durando este examen y reprensión de vos misma, no podrán durar mucho vuestras faltas sin ser remediadas.

Y aprenderéis una *ciencia* muy saludable, que os hará llorar y no *hinchar*; la cual os guardará de la peligrosa enfermedad de la soberbia, que entra poco a poco, y aun sin sentirlo, pareciéndose un hombre bien a sí mismo y contentándose de sí. Velad bien contra aquesta entrada, y guardaos con todo cuidado no os parezcáis bien a vos misma; mas con la lumbre de la verdad sábeos reprender y *desplacer* [desagradar]; y seros ha vecina la misericordia de Dios; al cual aquéllos solos parecen bien, que a sí mismos parecen mal; y a aquéllos perdona sus faltas con largueza de

bondad, que las conocen y se humillan por ellas con el juicio de la verdad, y las gimen con su voluntad.

Y escaparéis de otros dos vicios que suelen acompañar a la soberbia, que son desagradecimiento y pereza. Porque conociendo y reprendiendo vuestros defectos, veréis vuestra flaqueza e indignidad, y la misericordia grande de Dios en sufriros, y perdonaros y haceros bienes, mereciendo vos males; y así seréis agradecida. Y mirando el poco bien que hacéis, y males en que caéis, despertaréis del sueño de la pereza, y comenzaréis cada día de nuevo a servir a nuestro Señor, viendo cuan poco habéis hecho en lo pasado.

Y por esto, y otros muchos bienes que de conocerse el hombre y reprenderse suelen nacer, siendo preguntado un santo viejo de los pasados, ¿dónde estaría uno más seguro, en soledad o en compañía?, respondió: «Si se sabe reprender, dondequiera estará seguro; y si no, dondequiera estará a peligro.»

Y porque, por el mucho amor que nos tenemos, no sabemos conocernos y reprendernos con aquel verdadero juicio que requiere la verdad, debemos agradecerlo a la persona que nos reprende; y también suplicar al Señor que nos reprenda Él con amor, *enviándonos su luz y verdad* (*Ps.,* 42, 3), para que sintamos de nosotros lo que, según verdad, debemos sentir. Y esto es lo que Jeremías (10, 24) pedía diciendo: *Corrígeme, Señor, en juicio, y no en furor; porque por ventura no me tornes a nada*. Corregir en furor pertenece al día postrero, cuando enviará Dios al infierno a los malos por sus pecados; y corregir en juicio es reprender en este mundo a los suyos con amor de padre. La cual reprensión es un testimonio tan grande de amar Dios al que reprende, que ninguno otro hay tan seguro, ni que tan buenas nuevas traiga de ser víspera de recibir grandes mercedes de Dios. Así cuenta San Marcos (16, 14), que apareciendo nuestro Señor Jesucristo a sus discípulos *les reprendió de incredulidad y dureza de corazón*; después de lo cual les dio poder para hacer obras maravillosas. Y el Profeta Isaías (4, 4) dice: *Que el Señor lava las suciedades de las hijas de Sión, y la sangre de en medio de Jerusalén en espíritu de juicio, y espíritu de ardor*; dando a entender, que el lavar nuestro Señor nuestras manchas, viniendo a nosotros, es dándonos primero a conocer quién somos, y esto es juicio; y después envía espíritu de ardor, que es amor, que nos causa dolor; y así nos lava, dándonos su perdón y su gracia. De lo cual no osaremos atribuir a nosotros gloria alguna; pues primero nos dio a entender nuestra indignidad y desmerecimiento.

Y esta reprensión no entendáis ser alguna cosa que desmaye, y demasiadamente entristezca al ánima, trayéndola desabrida; porque esta tal, o es del demonio, o del espíritu propio, y débese huir. Mas es un sosegado conocimiento de las propias faltas, y un juicio del Cielo que se oye en el ánima, que así hace temblar la tierra de nuestra flaqueza con vergüenza, y temor, y amor, que le pone espuelas para mejorarse, y para con mayor diligencia servir al Señor; y le da muy gran confianza que el Señor lo ama como a hijo, pues usa con él oficio de padre, según está escrito (*Apoc.,* 3, 19): *Yo a los que amo, corrijo*.

Sed, pues, cuidadosa en miraros y reprenderos; presentándoos delante de la presencia de Dios, delante del cual es más seguro el humilde conocimiento de nuestras faltas, que la soberbia alteza de otros conocimientos. Y no seáis como algunos amadores de su propia estima, que por no parecer mal a sí mismos, se huelgan de gastar mucho tiempo en pensar otras cosas devotas, y pasar ligeramente por el conocimiento de sus defectos, porque no hallan en ellos sabor, pues no aman su propio desprecio; como, en la verdad, ninguna cosa haya tan segura, ni que así haga que aparte Dios sus ojos de nuestros pecados, como mirarnos nosotros y reprendernos con dolor y penitencia, según está escrito (1 *Cor.,* 11, 31): *Si nos juzgásemos a nosotros mismos, no seriamos juzgados de Dios*.

CAPÍTULO 63

De la estimación que habemos de tener de nuestras buenas obras, para no faltar en el propio conocimiento y verdadera humildad; y del maravilloso ejemplo que Cristo nuestro Señor nos da para lo dicho.

Lo segundo que habéis de mirar cerca de este conocimiento es, que aunque es bueno y provechoso; pues por él nos viene *el corazón contrito y humillado*, que *Dios no desprecia* (*Ps.,* 50, 19), mas tiene esta falta, que se funda sobre haber pecado; y no es mucho de maravillar, que un pecador se conozca y estime por pecador, mas sería muy espantable monstruo, que siéndolo, se estimase por justo; como si un hombre lleno de lepra se estimase por sano. Por tanto, no nos hemos de contentar con estimarnos en poco en nuestros pecados, mas aún mucho más hemos de mirar esto en nuestras buenas obras, conociendo profundamente que ni la culpa de

pecados es de Dios, ni la gloria de nuestros bienes es de nosotros; mas que de todo lo bueno que en nosotros hubiere, se ha de dar perfectamente la gloria *al Padre de todas las lumbres del cual procede todo lo bueno y dadiva perfecta* (*Jac.,* 1, 17). De arte, que aunque nosotros tengamos el bien, lo miremos como cosa ajena, y lo tratemos tan fielmente, que no nos alcemos con la gloria de Dios, ni se nos pegue, como dicen, la miel en las manos.

Esta humildad no es de pecadores como la primera, mas de justos; y no sólo la hay en este mundo, mas en el Cielo. Porque de ella se escribe (*Ps.,* 112, 6): *¿Quién como el Señor Dios nuestro, que mora en las alturas, y mira las cosas humildes en el Cielo y en la tierra?* Esta tuvo en pie a los ángeles buenos, y los hizo dispuestos para gozar de Dios, pues le fueron sujetos; y la falta de ella derribó a los ángeles malos, porque se quisieron alzar con la honra de Dios. Esta tuvo la sagrada Virgen María nuestra Señora, que siendo predicada por bienaventurada y bendita por la boca de Santa Isabel, no se hinchó ni atribuyó a sí gloria alguna de los bienes que en Ella había, mas con humilde y fidelísimo corazón enseña a Santa Isabel y al mundo universo, que de las grandezas que Ella tenía, no a sí, mas a Dios se debía la gloria, y con profunda reverencia comienza a cantar (*Lc.,* 1, 46): *Mi ánima engrandece al Señor*.

Y esta misma y más perfecta humildad tuvo la benditísima ánima de Jesucristo nuestro Señor, la cual, así como en el ser personal no estuvo arrimada a sí misma [no tuvo personalidad humana, no subsistió en sí y por sí, sino en la Persona del Verbo], sino a la Persona del Verbo, en lo cual excede a todas las ánimas y a los celestiales espíritus, así los excede en esta santa humildad, estando más lejos de darse la gloria a sí misma, y de tenerse por su arrimo, que todos ellos juntos. Y de este Corazón salía lo que muchas veces al mundo fidelísimamente predicaba, que sus obras y palabras, de su Padre las había recibido, y a Él daba la gloria, y decía (*Jn.,* 7, 16): *Mi doctrina no es mía, mas de Aquel que me envió*. Y en otra parte dice: *Las palabras que Yo hablo, no las hablo de Mí mismo, mas el Padre que está en Mí, Él hace las obras*. Y así convenía que el remediador de los hombres fuese muy humilde, pues que la raíz de todos los malos y males es la soberbia. Y queriendo dar a entender el Señor cuánto nos convenga tener esta santa y verdadera humildad, se hace particularmente Maestro de ella, y se nos pone por ejemplo de ella, diciendo (*Mt.,* 11, 29): *Aprended de mí, que soy manso y humilde de Corazón*. Para que viendo los hombres a un Maestro tan sabio encomendar tan particularmente esta virtud,

trabajen por la tener; y viendo que un Señor tan alto no atribuye el bien a sí mismo, ninguno haya tan desvariado que tal maldad ose hacer.

Aprended, pues, sierva de Cristo, de vuestro Maestro y Señor, aquesta santa bajeza, para que seáis ensalzada, según su palabra (*Lc.*, 14, 17): *Quien se humillare será ensalzado*. Y tened en vuestra ánima esta santa pobreza, porque de ella se entiende (*Mt.,* 5, 3): *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*. Y tener por cierto, que pues Jesucristo nuestro Señor fue ensalzado por camino de humildad, el que no la tuviere fuera va de camino; y débese de desengañar en lo que dice San Agustín: «Si me preguntares cuál es el camino del Cielo, responderte he que la humildad: y si tercera vez, responderte he lo mismo; y si mil veces me lo preguntares, mil veces te responderé que no hay otro camino sino la humildad.»

CAPÍTULO 64

De un provechoso ejercicio del conocimiento del ser natural que tenemos, para con él alcanzar la humildad.

Porque creo que deseáis alcanzar esta santa bajeza con que agradéis al Señor, os quiero decir algo del modo como la habéis de alcanzar.

Y sea lo primero pedirla con perseverancia al Dador de todos los bienes, porque esta humildad es un muy particular don suyo que a sus escogidos da. Y aún el conocer que es don de Dios no es poca merced. Los tentados de soberbia conocen bien que no hay cosa más lejos de nuestras fuerzas que esta verdadera y profunda humildad, y que muchas veces acaece, con los remedios que ellos ponen para alcanzarla, huir ella más; y aun del mismo humillarse suele nacer su contrario, que es la soberbia. Por lo cual haced en esto lo que os dije de la castidad: que de tal manera toméis los ejercicios para alcanzar esta joya, que ni los dejéis de hacer diciendo: ¿Qué me aprovecha, pues es dádiva de Dios?, ni tampoco los hagáis poniendo confianza en vuestro brazo de carne, mas en Aquel que suele dar sus dádivas a los que da su gracia para se las pedir con oración y ejercicios devotos.

El modo, pues, que tendréis será éste: Considerad dos cosas por orden: una el ser, otra el buen ser.

Cuanto a lo primero, habéis de pensar quién érades antes que Dios os criase, y hallaréis ser un abismo de nada, y privación de todos los bienes. Estaos un buen rato sintiendo este no ser, hasta que veáis y palpéis vuestra nada y no ser. Y después considerad cómo aquella poderosa y dulce mano de Dios os sacó de aquel abismo profundo, y os puso en el número de sus criaturas, dándoos verdadero y real ser. Y miraos a vos, no como hechura vuestra, sino como a una dádiva, de la cual Dios hizo merced a vos. Y por tan ajeno de vuestras fuerzas mirad vuestro ser, como miráis al ajeno, creyendo que tampoco os pudisteis vos criar a vos, como criar a otro. Tampoco podíades salir de aquellas tinieblas del no ser, como los que quedaron en ellas. Y tenéis por igual de vuestra parte a las cosas que no son, atribuyendo a Dios la ventaja que les lleváis.

Y mirad que, después de criada, no penséis que ya os tenéis en vos misma; porque no menor necesidad tenéis de Dios a cada momento de vuestra vida para no perder el ser que tenéis, que la tuvisteis para, siendo nada, alcanzar el ser que tenéis. Entrad dentro de vos misma, y consideraos cómo sois una cosa que tiene ser y vive. Preguntaos, ¿esta criatura está arrimada a sí, o a otro? ¿Susténtase en sí, o ha menester mano ajena? Y responderos ha el Apóstol San Pablo (*Act.,* 17, 27), *que no está lejos Dios de nosotros, mas que en Él vivimos, y nos movemos, y tenemos ser*. Y considerad a Dios, que es el ser de todo lo que es, y sin Él hay nada; y que es vida de todo lo que vive, y sin Él hay muerte; y fuerza de todo lo que algo puede, y sin Él hay flaqueza; y que es bien entero de todo lo bueno, sin el cual no se puede haber el más pequeño bien de los bienes. Y por esto dice la Escritura (*Isa.,* 40, 17): *Todas las gentes son delante de Dios como si no fuesen, y en nada y en vanidad son reputadas delante de Él*. Y en otra parte está escrito (*Galat*., 6, 3): *El que piensa que es algo, como sea nada, él se engaña*. Y David decía hablando con Dios (*Ps.,* 38, 6): *Yo soy delante de Ti como nada*. En las cuales partes no habéis de entender que las criaturas no tengan ser o vida, u operaciones propias y distintas de las de su Criador; mas porque lo que tienen no lo hubieron de sí, ni lo pueden conservar de sí, sino de Dios y en Dios, dícense no ser, que quiere decir que tienen el ser y la virtud para obrar de mano de Dios, y no de la suya.

Sabed, pues, ahondar bien en el ser y fuerzas que tenéis, y no paréis hasta llegar al fundamento primero, que como firmísimo e indeficiente, y no fundado sobre otro, mas fundamento de todos, os sustenta que no caigáis en el pozo profundo de la nada, de la cual primero os sacó. Conoced este arrimo que os tiene, y esta mano que, puesta encima de vos os hace estar en pie y confesad con David (*Ps.,* 138, 5): *Tú, Señor, me*

hiciste, y pusiste tu mano sobre mí. Y pensad que estáis tan colgada de esta virtud de Dios, que si ella faltase, en aquel momento vos faltaríades, como faltaría la lumbre que había en una cámara sacando de ella la hacha que la alumbraba, o como se quita la lumbre de sobre la tierra por ausencia del sol. Adorad, pues, a este Señor con reverencia profunda como a principio de vuestro ser, y amadle como a continuo bienhechor vuestro y conservador de él, y decidle con corazón y con lengua: Gloria sea a Ti para siempre, poderosa virtud, en la cual me sustento. No tengo, Señor, qué buscar fuera de mí, pues estáis Vos más íntimo a mí, que yo a mí mismo, y que he de pasar por mí para entrar a Vos. Juntad con Él vuestro corazón, unidle con Él amorosamente, y decidle (*Ps.,* 131, 14): *Esta es mi holganza en el siglo del siglo; aquí moraré, porque la escogí*. Y de ahí en adelante sabed hacer presencia a Dios dentro de vos con toda reverencia, pues Él está presentísimo a vos.

Y como habéis entendido, por lo que en vos pasa, cómo Dios es el que os ha dado el ser y el obrar, así en todas las criaturas entended lo mismo. Y considerando en todas a Dios, seros ha todo un espejo luciente, que os represente al Criador; y así podrá andar vuestra ánima unida con Dios, y en sus alabanzas devota, si vos en las criaturas otra cosa sino a Dios no buscáis.

CAPÍTULO 65

Cómo ejercitarnos en el conocimiento del ser sobrenatural de gracia aprovecha para alcanzar la humildad.

Si con cuidado habéis entendido en el conocimiento de vos para atribuir a Dios la gloria del ser que tenéis, con mucho mayor debéis de entender en conocer que el buen ser que tenéis no es de vos, mas graciosa dádiva de la mano del Señor. Porque si atribuís a Él la gloria de vuestro ser, confesando que no vos, mas sus manos os hicieron, y apropiáis para vos la honra de vuestras buenas obras, creyendo que vos os hicisteis buena, mayor honra os tomáis para vos que dais a Dios, cuanto es más excelente el buen ser que el ser. Por tanto, conviene que con grandísima vigilancia entendáis en conocer a Dios, y tenerle por causa de vuestro bien. Vivid de arte, que no se os quede asida en vuestras manos punta ni repunta de loca soberbia; mas así como conocéis que ningún ser, por pequeño que sea,

podéis tener de vos si Dios no os lo da, así también conoced que no podéis tener de vos el menor de los bienes, si Dios no abre su mano para os lo dar.

Pensad, pues, que así como lo que es nada no tiene ser natural entre las criaturas, así el pecador, por mucho estado y bienes que tenga, faltándole la gracia y espiritual ser, es contado por nada delante los ojos de Dios. Lo cual dice San Pablo (1 *Cor.,* 13, 2) de esta manera: *Si tuviere profecía, y conociere todos los misterios, y toda la ciencia, y tuviere toda la fe, tanto, que pase los montes de una parte a otra, y no tuviere caridad, nada soy*. Lo cual es tanta verdad, que aun el pecador es menos que nada, porque peor es mal ser, que el no ser. Y ningún lugar hay tan bajo, ni tan apartado, ni tan despreciado en los ojos de Dios entre todo lo que es y no es, como el hombre que vive en ofensa de Dios, estando desheredado del Cielo y sentenciado al infierno.

Y para que tengáis alguna cosa que os despierte algo en el conocimiento de aqueste miserable estado de pecador, oíd esto: Cuando alguna cosa muy contraria a razón y muy desordenada viéredes, pensad, que muy más fea y abominable cosa es estar en desgracia y enemistad de nuestro Señor. ¿Oís decir de algún grave hurto, traición o maldad que alguna mujer a su marido hace, o desacato que algún hijo hace a su padre, o algunas cosas de aquesta manera, que a cualquiera, por ignorante que sea, parecen muy feas, por ser contra toda razón? Pensad vos que ofender a Dios en un solo pecado es mayor fealdad, por ser contra su mandamiento y reverencia, que todas las obras malas que pueden acaecer, por ser contra sola razón. Y pues veis cuan desestimados son todos los que tales fealdades cometen, teneos vos por una cosa muy despreciada, y sumíos en el profundo abismo del desprecio que se debe al ofendedor de Dios.

Y así como para conocer vuestra nada os acordasteis del tiempo que no teníades ser, así para conocer vuestra bajeza y vileza acordaos del tiempo que vivíades en ofensa de Dios. Mirad, cuan entrañable y profundamente y despacio pudiéredes, en cuan miserable estado estuvisteis cuando delante de los ojos de Dios estábades fea y desagradable, y contada por nada y menos que nada. Porque ni los animales, por feos que sean, ni otras criaturas, por más bajas que sean, no han hecho pecado contra nuestro Señor, ni están obligadas a fuegos eternos como vos estábades. Y despreciaos y abajaos en el más profundo lugar que pudiéredes muy despacio; que seguramente podéis creer que, por muy mucho que os despreciéis, no podéis bajar al abismo del desprecio que merece el ofendedor del infinito Bien, que es Dios. Porque hasta que veáis en el

Cielo cuan bueno es Dios, no podéis del todo conocer cuan malo sea el pecado, y cuánto mal merece quien lo comete. Y después de haber bien sentido en el ánima y embebido en ella aquesta desestima de vos misma, alzad vuestros ojos a Dios, considerando la infinita bondad que de pozo tan hondo os sacó, siendo para vos cosa imposible; y mirad aquella suma Bondad, que con tanta misericordia os sacó, sin haber en vos merecimientos para ello, antes muy grandes desmerecimientos. Porque antes que Dios dé la gracia, aunque no todo lo que el hombre hace sea pecado, mas ninguna cosa hace ni puede hacer con que merezca el perdón ni la gracia de Dios. Sabed, que *quien os sacó de vuestras tinieblas a su admirable lumbre* (Colos., 1, 13), y os hizo de enemiga, amiga, y de esclava, hija, y de no valer nada os hizo tener ser agradable en sus ojos, Dios fue. Y la causa porque lo hizo no fueron vuestros merecimientos pasados, ni el respeto de los servicios que le habíades de hacer, mas fue por su sola bondad, y por merecimiento de nuestro único medianero, Jesucristo nuestro Señor. Contad por vuestro el mal estado en que estábades, y contad el infierno por lugar debido a vuestros pecados que hicisteis o hiciérades, si por Dios no fuera. Que lo que de más de esto tenéis, a Dios y a su gracia os conoced por deudora. Oíd lo que dice el Señor a sus amados discípulos, y a nosotros en ellos (*Jn.,* 15, 16): *No vosotros escogisteis a Mí, mas Yo a vosotros*. Mirad lo que dice el Apóstol San Pablo (*Rom.,* 3, 24): *Justificados sois de balde por la gracia de Dios, por la redención que está en Jesucristo*. Y asentad en vuestro corazón, que así como tenéis de Dios el ser, sin que atribuyáis a vos gloria de ello, así tenéis de Dios el buen ser; y lo uno y lo otro para gloria suya. Y traed en la lengua y en el corazón lo que dice San Pablo (1 *Cor.,* 15, 10): *Por la gracia de Dios soy lo que soy*.

CAPÍTULO 66

En que se prosigue más en particular el sobredicho ejercicio, de que se ha tratado en el capítulo pasado.

Allende de lo dicho, considerad que, así como cuando érades nada no teníades fuerza para moveros, ni para ver, ni oír, ni gustar, ni entender, ni querer: más dándoos Dios el ser, os dio aquestas potencias y fuerzas; así no sólo el hombre que está en pecado mortal está privado del ser agradable

delante los ojos de Dios, mas está sin fuerzas para obrar obras de vida que agraden a Dios. Y por esto, si algún cojo viéredes o manco, pensad que así está el hombre sin gracia en su ánima; si algún ciego, sordo o mudo, tomadlo por espejo en que os miréis; y en todos los enfermos, leprosos, paralíticos, y que tienen los cuerpos corvados y los ojos puestos en tierra, con toda la otra muchedumbre de enfermedades que presentaban delante el acatamiento de Jesucristo, nuestro verdadero Médico, entended que tan perdidos están los malos, cuanto a los espirituales sentidos, cuanto estaban aquéllos en los corporales. Y mirad, como una piedra con el peso que tiene es inclinada a ir hacia abajo; así, por la corrupción del pecado original que traemos, tenemos una vivísima inclinación a las cosas de nuestra carne, y de nuestra honra, y de nuestro provecho, haciendo ídolo de nosotros, y obrando nuestras obras, no por amor verdadero de Dios, sino por el nuestro. Estamos vivísimos a las cosas terrenales y que nos tocan, y muertos para el gusto de las cosas de Dios. Manda en nosotros lo que había de obedecer, y obedece lo que había de mandar. Y estamos tan miserables, que, debajo de cuerpo humano y derecho, traemos escondidos apetitos de bestias y corazones encorvados hacia la tierra. Qué os diré, sino que en cuantas cosas faltas [(de *falto*): defectuosas), y feas, y secas, y desordenadas viéredes, en tantas miréis y conozcáis la corrupción y desorden que el hombre, que está sin espíritu de Dios, tiene en sus sentidos y obras; y ninguna de estas cosas veáis, que luego no entréis en vos misma a considerar que aquello sois vos de vuestra parte, si Dios no os hubiera dado salud.

Y si verdaderamente estáis sana, habéis de conocer que quien os abrió los sentidos para las cosas de Dios, quien sujetó vuestros afectos debajo de vuestra razón, quien os hizo amargo lo que os era dulce, y os puso gana en lo que antes tan desabrida estábades, obrando en vos obras nuevas, Dios fue; y según dice San Pablo (*Phil.,* 2, 13): *Dios es el que obra en nosotros el querer, y el acabar, por su buena voluntad*.

Mas no entendáis por esto que el libre albedrío del hombre no obre cosa alguna en las obras buenas, porque esto sería grande ignorancia y error; mas dícese que *Dios obra el querer y el acabar*, porque Él es el principal obrador en el ánima del justificado, y el que mueve y suavemente hace que el libre albedrío obre y sea su ayudador, como dice San Pablo (1 *Cor.,* 3, 9): *Ayudadores somos de Dios*. Lo cual hace *incitándolo Dios*, y ayudándolo a que dé libremente su consentimiento en las buenas obras; y por eso obra el hombre, pues que de su voluntad propia y libre quiere lo que quiere, y obra lo que obra, y en su mano está no lo hacer. Mas Dios

obra más principalmente, produciendo la buena obra, y ayudando al libre albedrío para que también la produzca; y la gloria de lo uno y de lo otro a sólo Dios se debe.

Por tanto, si queréis acertar en aquesto, no queráis escudriñar qué bienes tenéis de naturaleza y libre albedrío, y qué bienes de gracia, porque esto para los sabios es; mas a ojos cerrados seguíos por la sagrada fe, que nos amonesta que de los unos y de los otros hemos de dar la gloria de Dios; y que *nosotros de nosotros mismos no somos suficientes ni aun para pensar un buen pensamiento* (2 *Cor.,* 3, 5). Mirad lo que dice San Pablo reprendiendo al que se atribuye a sí mismo algún bien (1 *Cor.,* 4, 7): *¿Qué tienes que no lo hayas recibido? Y pues lo has recibido, ¿de qué te glorías como si no lo hubieses, recibido?* Como si dijese: Si tienes la gracia de Dios con que le agradas, y haces obras muy excelentes, no te gloríes en ti, mas en quien te la dio, que es Dios. Y si te glorías de usar bien de tu libre albedrío, o en consentir con él a los buenos movimientos de Dios y su gracia, tampoco te glorías en ti, mas en Dios que hizo que tú consintieses, incitándote y moviéndote suavemente, y dándote el mismo libre albedrío con que tú libremente consientas, y si te quisieres gloriar de que pudiendo resistir al buen movimiento e inspiración de Dios, no lo resistes, tampoco te debes gloriar, pues eso no es hacer, mas dejar de hacer; y aun esto también lo debes a Dios, que ayudándote a consentir en el bien, te ayudó para no resistirlo, y cualquier buen uso de tu libre albedrío en lo que toca a tu salvación, dádiva es de Dios, que desciende de aquella misericordiosa predestinación con que determinó *ab aeterno* de te salvar. Sea, pues, toda tu gloria en sólo Dios, de quien tienes todo el bien que tienes; y piensa que sin Él no tienes de tu cosecha sino nada, y vanidad y maldad.

Y conforme a esto dice una glosa sobre aquello de San Pablo (*Galat*., 6, 3): *El que piensa ser algo, como no sea nada, a sí mismo se engaña*; que el hombre de sí mismo no es sino vanidad y pecado; y si otra cosa más es, por el Señor Dios lo es. Y conforme a esto dice San Agustín: «Abrísteme los ojos, Luz, y despertásteme, y alumbrásteme; y vi que es tentación la vida del hombre en esta tierra, y que ningún buen hombre se puede gloriar delante de ti, ni es justificado todo hombre que vive; porque si algún bien hay, chico o grande, don tuyo es, y lo que es nuestro, no es sino mal. ¿Pues de dónde se gloriará todo hombre? ¿Por dicha del mal? Esta no es gloria, sino miseria. ¿Pues gloriarse ha del bien? No, porque es ajeno. Tuyo es, ¡oh Señor!, el bien, tuya es la gloria.» Y concordando con esto dice el mismo San Agustín: «Yo, Señor Dios nuestro, confieso a Ti mi pobreza, y a Ti sea toda la gloria, porque tuyo es todo el bien que yo haya hecho. Yo

confieso, según me has enseñado, que otra cosa no soy sino vanidad y sombra de muerte, y un tenebroso abismo, *tierra vana y vacía*, que sin tu bendición no hace fruto, sino confusión y pecado y muerte. Si algún bien en cualquiera manera tuve, de Ti lo recibí; cualquiera bien que tengo, tuyo es, de Ti lo tengo. Si algún tiempo estuve en pie, por Ti lo estuve; mas cuando caí, por mi caí. Y siempre me hubiera estado caído en el lodo, si no me hubieras levantado Tú; y siempre fuera ciego, si Tú no me hubieras alumbrado. Cuando caí nunca me hubiera levantado, si Tú no me hubieras dado tu mano; y después que me levantaste, siempre hubiera caído, si no me hubieras tenido. Muchas veces me hubiera perdido, si Tú no me hubieras guardado. Y así, Señor, siempre tu gracia y tu misericordia anduvo delante de mí, librándome de todos males, salvándome de los pecados, despertándome de los presentes, guardándome de los por venir, y cortando delante de mí los lazos de los pecados, quitando las ocasiones y causas. Porque si Tú, Señor, esto no hubieras hecho, todos los pecados del mundo hubiera yo hecho; porque sé que ningún pecado hay que en cualquiera manera lo haya hecho un hombre, que no lo pueda hacer otro hombre, si se aparta el Guiador, por el cual es hecho el hombre. Mas Tú hiciste que yo no lo hiciese, y Tú mandaste que me abstuviese; y Tú me infundiste gracia para que te creyese; porque Tú, Señor, me regías para Ti, y me guardabas para Ti, y me diste gracia y lumbre para no cometer adulterio y todo otro pecado.»

CAPÍTULO 67

En que se prosigue el sobredicho ejercicio; y de la grande luz que el Señor, mediante él, suele obrar en las almas, con la cual conocen la grandeza de Dios y la nada de su pequeñez.

Considerad, pues, doncella, con atención estas palabras de San Agustín, y veréis cuan ajena debéis de estar de atribuir a vos gloria alguna, no sólo de levantaros de vuestros pecados, mas de teneros que no tornásedes a caer. Porque así como os dije que, si la mano de Dios de vos se apartase, en aquel punto tornaríades al abismo de vuestra nada en que antes estábades, así apartando Dios su guarda de vos, tornaríades a los pecados, y a otros peores que donde Él os sacó. Sed por eso humilde y agradecida a este Señor, de quien tanta necesidad en todo tiempo tenéis, y

conoced que estáis colgada de Él, y que todo vuestro bien depende de su mano bendita, según dice David (*Ps.,* 30, 15): *En tus manos, Señor, están mis suertes*. Y llama suertes a la gracia de Dios y a la eterna predestinación, las cuales por la bondad de Dios vienen y se conceden a quien se conceden. Y así como si Él os quitase el ser que os dio, os tornaréis nada, así quitándoos la gracia quedaréis pecadora.

Lo cual no se os dice para que caigáis en desmayo ni desesperación, por ver cuan colgada estáis de las manos de Dios; mas para que tanto con más seguridad gocéis de los bienes que Dios os ha dado, y tengáis confianza en su misericordia que acabará con vos lo que ha comenzado, cuanto con mayor humildad y profunda reverencia y santo temor estuviéredes postrada a sus pies, temblando y sin ningún arrimo de vuestra parte, y confiando de la suya. Porque ésta es una buena señal que no os desamparará su infinita bondad, según lo cantó aquella bendita y sobre todas humilde María, diciendo (*Lc.,* 1, 50): *La misericordia de Él, de generación en generación sobre los que le temen*.

Y si el Señor es servido de os dar este conocimiento que deseáis, sentiréis que viene en vos una celestial lumbre y sentimiento en el ánima, con que quitadas unas gruesas tinieblas, conoce y siente ningún bien ni ser ni fuerza haber en todo lo criado, más de aquello que la bendita y graciosa voluntad de Dios ha querido dar y quiere conservar. Y conoce entonces cuan verdadero cantar es aquél: *Llenos son los cielos y la tierra de tu gloria* (*Is*., 6). Porque en todo lo criado no ve cosa que buena sea, cuya gloria no sea de Dios. Y entiende con cuánta verdad dijo Dios a Moisés que dijese a los hombres (*Ex.,* 3, 14): *El que es, me envió a vosotros*. Y lo que dijo el Señor en el Evangelio (*Mc.*, 10, 19): *Ninguno es bueno, sino sólo Dios*. Porque como todo el ser que tengan las cosas y todo el bien, ahora sea de libre albedrío, ahora de la gracia, sea dado y conservado de la mano de Dios, conoce que más se puede decir que Dios es en ellas y obra el bien en ellas, que ellas de sí mismas; no porque ellas no obren, mas porque obran como causas segundas, movidas por Dios, principal y universal Hacedor, del cual ellas tienen la virtud para obrar. Y así, mirando a ellas, no les halla tomo ni arrimo en sí propias, sino en aquel infinito Ser que las sustenta; en cuya comparación parecen todas ellas, por grandes que sean, como una pequeña aguja en un infinito mar.

Y de este conocimiento de Dios resulta en el ánima que de él se aprovecha, una profunda y leal reverencia a la sobreexcelente Majestad divinal, que le pone tanto aborrecimiento de atribuir a sí misma ni a otra

criatura algún bien, que ni aun pensar en ello no quiere: considerando que así como el casto José (*Gen.,* 39, 8) no quiso hacer traición a su señor, aunque fue requerido de la mujer de él, así no debe el hombre alzarse con la honra de Dios, la cual Él quiere para sí, como el marido a su propia mujer, según está escrito (*Isai.,* 42, 8): *Mi gloria no la daré a otro*. Y está entonces el hombre tan fundado en esta verdad, que aunque todo el mundo le ensalzase, él no se ensalzaría; mas como verdadero justo, desnúdase de la honra que ve no ser suya, y dala al Señor cuya es. Y en esta luz ve que mientras más alto está, más ha recibido de Dios y más le debe, y más pequeño y abajado es en sí mismo. Porque quien de verdad crece en otras virtudes, también lo ha de hacer en la humildad, diciendo a Dios (*Jn.,* 3, 30): *A Ti conviene crecer en mí, y a mí ser abajado cada día más en mí*.

Y si con estas consideraciones ya dichas no halláredes en vos el fruto del propio desprecio que deseáis, no desmayéis, mas llamad con perseverante oración al Señor; que Él sabe y suele enseñar interiormente y con semejanzas exteriores lo poco en que la criatura se ha de estimar. Y en tanto que viene esta misericordia, vivid en paciencia; y conoceos por soberbia; lo cual es alguna parte de humildad, como el tenerse por humilde es señal de soberbia.

CAPÍTULO 68

En que se comienza a tratar de la consideración de Cristo nuestro Señor, y de los misterios de su vida y muerte; y de la mucha razón que hay para nos ejercitar en esta consideración; y de los grandes frutos que de ella nos vienen.

Los que mucho se ejercitan en el propio conocimiento, como tratan a la continua, y muy de cerca, sus propios defectos, suelen caer en grandes tristezas, desconfianzas y pusilanimidad de corazón; por lo cual es necesario que se ejerciten en otro conocimiento que les alegre y esfuerce, mucho más que el primero les desmayaba. Y para esto, ninguno otro hay igual como el conocimiento de Jesucristo nuestro Señor; especialmente pensando cómo padeció y murió por nosotros. Esta es *la nueva alegre, predicada* en la nueva Ley *a todos los quebrantados de corazón* (*Isai.,* 61, 1), y les es dada una medicina muy más eficaz para su consuelo, que sus llagas les pueden desconsolar. Este Señor crucificado es el que alegra a los

que el conocimiento de sus propios pecados entristece, y el que absuelve a los que la Ley condena, y el que hace hijos de Dios a los que eran esclavos del demonio. A éste deben procurar conocer y allegarse todos los adeudados con espirituales deudas de pecados que han hecho, y que por ello están en angustia y amargura de corazón cuando se miran; e irles ha bien, como en otro tiempo se llegaron a David (1 *Reg.,* 22, 2), adeudados y *angustiados con deudas* de acá, y sintieron provecho con su compañía.

Porque así como se suele dar por consejo que miren arriba o fuera del agua a los que pasan algún río y se les desvanece la cabeza mirando las aguas que corren, así quien sintiere desmayo mirando sus culpas, alce sus ojos a Jesucristo puesto en la cruz y cobrará esfuerzo. Porque no en balde se dijo (*Ps.,* 41, 7): *En mí mismo fue mi ánima conturbada; y por esto me acordaré de ti, de la tierra de Jordán y de los montes de Hermón y monte pequeño*[22]. Porque los misterios que Cristo obró en su Bautismo y Pasión son bastante para sosegar cualquier tempestad de desconfianza que en el corazón se levante. Y así por esto, como porque ningún libro hay tan eficaz para enseñar al hombre todo género de virtud, ni cuánto debe ser el pecado aborrecido y la virtud amada, como la Pasión del Hijo de Dios; y también porque es extremo de desagradecimiento poner en olvido un tan inmenso beneficio de amor, como fue padecer Cristo por nos, conviene, después del ejercicio de vuestro conocimiento, ocuparos en el conocimiento de Jesucristo nuestro Señor. Lo cual nos enseña San Bernardo [*Ad fratres de Monte Dei*] diciendo: «Cualquiera que tiene sentido de Cristo, sabe bien cuan expediente sea a la piedad cristiana, cuánto convenga, y cuánto provecho le trae al siervo de Dios y siervo de la redención de Cristo, acordarse con atención, a lo menos una hora del día, de los beneficios de la Pasión y Redención de nuestro Señor Jesucristo, para gozar suavemente en la conciencia, y para asentarlos fielmente en la memoria.» Esto dice San Bernardo; el cual así lo hacía.

Y allende de esto sabed, que así como queriendo Dios comunicar con los hombres las riquezas de su Divinidad, tomó por medio hacerse hombre, para que en aquella bajeza y pobreza se pudiese conformar con la pequeña capacidad de los pobres y bajos, y juntándose a ellos, los levantase a la alteza de Él; así el camino usado de comunicar Dios su Divinidad con las ánimas es por medio de su sacra Humanidad. Esta es *la puerta por donde el que entrare será salvo* (*Jn.,* 10, 9); y *la escalera por donde suben al Cielo* (*Gen.,* 28, 12). Porque quiere Dios Padre honrar la Humanidad y

---

[22] Véase el Tratado 14 del Santísimo Sacramento.

humildad de su Unigénito Hijo, en no dar su amistad sino a quien las creyere; y no dar su familiar comunicación sino a quien con mucha atención las pensare.

Y pues no es razón que dejéis de desear estos bienes, haceos *esclava de esta sagrada Pasión*, pues por ella fuisteis libertada del cautiverio de vuestros pecados, y de los infernales tormentos, y os vendrán los bienes ya dichos. Y no sea a vos pesado el pensar lo que a Él con vuestro gran amor no le fue pesado pasar. Sed vos una de las ánimas a quien dice el Espíritu Santo en los Cantares (3, 11): *Salid y mirad, hijas de Sión, al Rey Salomón con la guirnalda con que le coronó su madre en el día del desposorio de Él, y en el día de la alegría del corazón de Él*. En ninguna parte de la Santa Escritura se lee que el Rey Salomón fuese coronado con guirnalda o corona por mano de su madre Bersabée en el día del desposorio de él; y por esto, porque según la historia no conviene al Salomón pecador, por fuerza, pues la Escritura no puede faltar, lo hemos de entender de otro Salomón verdadero, el cual es Cristo. Y con mucha razón; porque Salomón quiere decir pacífico; el cual nombre le fue puesto porque no trajo guerras en su tiempo como las trajo su padre David. Por lo cual quiso Dios, que no David, varón de sangres [frase bíblica que significa derramador de sangre, sanguinario], mas su pacífico hijo edificase aquel tan solemne Templo de Jerusalén (2 *Reg.,* 7, 13) en que fuese Dios adorado. Pues si por ser pacífico Salomón en la paz mundana, que algunas veces los Reyes, aunque malos, la suelen en sus reinos tener, le fue puesto nombre de pacífico, ¿con cuánta más razón conviene a Cristo, el cual hizo paz espiritual entre Dios y los hombres, no sin su costa, mas cayendo sobre Él la pena de nuestros pecados que causaban la enemistad? Item hizo paz entre los dos tan contrarios pueblos, de los judíos y gentiles, *quitando la pared de la enemistad que estaba en medio*, como dice San Pablo (*Ephes.,* 2, 14); conviene a saber, las ceremonias de la vieja Ley, y la idolatría de la gentilidad, para que unos y otros, dejadas sus particularidades y ritos que de sus pasados traían, viniesen a una nueva Ley, debajo de *una fe*, y de *un Bautismo* y de *un Señor*, esperando partir una misma herencia, por ser todos hijos de *un Padre del Cielo* (*Ephes.,* 4, 5), que los tornó a engendrar otra vez por agua y Espíritu Santo, con mayor ganancia y honra que la primera vez fueron engendrados de sus padres de carne para miseria y deshonra. Y estos bienes todos son por Jesucristo, pacificador de cielos y tierra, y de una gente con otra, y de un hombre dentro de sí mismo, cuya guerra es más trabajosa, y la paz más deseada. Estas paces no las pudo hacer Salomón, mas tuvo el nombre, en figura del verdadero pacificador,

así como la paz de Salomón, que es temporal, tiene figura y es sombra de la espiritual que no tiene fin.

Pues si bien os acordáis, esposa de Cristo, de lo que es razón que nunca os olvidéis, *la Madre de este Salomón* verdadero, que fue y es la bendita Virgen María, hallaréis *haberle coronado con guirnalda hermosa*, dándole carne sin ningún pecado en el día de la Encarnación, que fue día de ayuntamiento y *desposorio* del Verbo divino con aquella santa Humanidad, y del Verbo hecho hombre con su Iglesia, que somos nosotros. De aquel sagrado vientre salió Cristo, *como Esposo que sale del tálamo* (*Ps.,* 18, 6), y *comenzó a correr su carrera como fuerte gigante*, tomando a pechos la obra de nuestra Redención, que fue la más dificultosa que se podía emprender. Y al fin de la carrera en el día del Viernes Santo, casó por palabras de presente con esta su Iglesia, por quien había trabajado, como Jacob por Raquel (*Gen.,* 29, 20, 30). Porque entonces le fue sacada de su costado, estando Él durmiendo el sueño de muerte, a semejanza de Eva sacada de Adán, que dormía (*Gen.,* 2, 21). Y por esta obra tan excelente y de tanto amor en aquel día obrada, llama Cristo a este día, *mi día*, cuando dice en el Evangelio (*Jn.,* 8, 56): *Abraham, vuestro padre, se gozó para ver mi día; violo, y gozóse*. Lo cual fue, como dice Crisóstomo, cuando a Abraham fue revelada la muerte de Cristo, en semejanza de su hijo Isaac, que Dios le mandó sacrificar en el monte Moría, que es el monte Sión (*Gen.,* 22, 9); entonces *vio* este penoso *día, y se gozó*. ¿Mas por qué se gozó? ¿Por ventura de los azotes, o tristezas o tormentos de Cristo? Cierto es haber sido la tristeza de Cristo tanta, que bastaba para hacer entristecer de compasión a cualquiera, por mucha alegría que tuviese. Si no, díganlo sus tres amados Apóstoles, a los cuales dijo (*Mt.,* 26, 38): *Triste es mi ánima hasta la muerte*. ¿Qué sintieron sus corazones al sonido de esta palabra? La cual suele, aun a los que de lejos la oyen, lastimar su corazón con agudo cuchillo de compasión. Pues sus azotes, tormentos, clavos y cruz fueron tan lastimeros, que por duro que uno fuera y los viera, se moviera a compasión. Y aun no sé si los mismos que le atormentaban, viendo su mansedumbre en el sufrir y la crueldad de ellos en el herir, algún rato se compadecían de quien tanto padecía por ellos, aunque ellos no lo sabían. Pues si los que a Cristo aborrecían pudieran ser entristecidos por ver sus tormentos, si del todo piedras no fueran, ¿qué diremos de un hombre tan amigo de Dios como fue Abraham, que *se gozase de ver el día* en que Cristo tanto trabajo pasó?

CAPÍTULO 69

En que se prosigue lo dicho en el capítulo pasado, declarando de la Pasión de Cristo un lugar de los Cantares.

Mas porque de esto no os maravilléis, oíd otra cosa más maravillosa, la cual dicen las dichas palabras de los Cantares: Que esta guirnalda le fue puesta *en el día del alegría del Corazón de Él*. ¿Cómo es aquesto ? El día de sus excesivos dolores, que lengua no hay que los pueda explicar, ¿llamáis día de alegría de Él? Y no alegría fingida y de fuera, mas dicen: *en el día del alegría del Corazón de Él*.

¡Oh alegría de los ángeles, y río del deleite de ellos, en cuya faz ellos desean mirar, y de cuyas sobrepujantes ondas ellos son embestidos, viéndose dentro de Ti, nadando en tu dulcedumbre tan sobrada! ¿Y de qué se alegra tu Corazón en el día de tus trabajos? ¿De qué te alegras entre los azotes, y clavos, y deshonras y muerte? ¿Por ventura no te lastiman? Lastimante, cierto, y más a Ti que a otro ninguno, pues tu complexión era más delicada. Mas porque te lastiman más nuestras lástimas, quieres Tú sufrir de muy buena gana las tuyas, porque con aquellos dolores quitabas los nuestros. Tú eres el que dijiste a tus amados Apóstoles antes de la Pasión (*Lc.,* 22, 15): *Con deseo he deseado comer esta Pascua con vosotros antes que padezca*. Y Tú eres el que antes dijiste (*Lc.,* 12, 49): *Fuego vine a traer a la tierra, ¿qué quiero sino que se encienda?* Con bautismo tengo de ser bautizado, ¡cómo vivo en estrechura hasta que se ponga en efecto! El fuego de amor de Ti, que en nosotros quieres que arda hasta encendernos, abrasarnos y quemarnos lo que somos, y transformarnos en Ti, Tú lo soplas con las mercedes que en tu vida nos hiciste, y lo haces arder con la muerte que por nosotros pasaste. ¿Y quién hubiera que te amara, si Tú no murieras de amor por dar vida a los que, por no amarte, están muertos? ¿Quién será leño tan húmedo y frío, que viéndote a Ti, árbol verde, del cual quien come vive, ser encendido en la cruz, y abrasado con fuego de tormentos que te daban, y del amor con que Tú padecías, no se encienda en amarte aun hasta la muerte? ¿Quién será tan porfiado, que se defienda de tu porfiada recuesta, en que tras nos anduviste desde que naciste del vientre de la Virgen, y te tomó en sus brazos, y te reclinó en el pesebre, hasta que las mismas manos y brazos de Ella te tomaron cuando te quitaron muerto de la cruz, y fuiste encerrado en el santo sepulcro como en otro vientre? Abrasástete, porque no

quedásemos fríos; lloraste, porque riésemos; padeciste, porque descansásemos; y fuiste *bautizado* con el derramamiento de tu sangre, porque nosotros fuésemos lavados de nuestras maldades.

Y dices, Señor: *¡Cómo vivo en estrechura, hasta que este bautismo se acabe!*, dando a entender cuan encendido deseo tenías de nuestro remedio, aunque sabías que te había de costar la vida. Y como el esposo desea el día de su desposorio para gozarse, Tú deseas el día de tu Pasión para sacarnos con tus penas de nuestros trabajos. Una hora, Señor, se te hacía mil años para haber de morir por nosotros, teniendo tu vida por bien empleada en ponerla por tus criados. Y pues lo que se desea trae gozo cuando es cumplido, no es maravilla que se llame día de tu alegría el día de tu Pasión, pues era deseado por Ti. Y aunque el dolor de aquel día fue muy excesivo, de manera que en tu persona se diga (*Thren*., 1, 12): *Oh vosotros, todos los que pasáis por el camino: atended, y ved si hay dolor que se iguale con el mío*; mas el amor que en tu Corazón ardía, sin comparación era mayor. Porque si menester fuera para nuestro provecho que Tú pasaras mil tanto de lo que pasaste, y te estuvieras enclavado en la cruz hasta que el mundo se acabara, con determinación firme subiste en ella para hacer y sufrir todo lo que para nuestro remedio fuese necesario.

De manera, que más amaste que sufriste, y más pudo tu amor que el desamor de los sayones que te atormentaban. Y por esto quedó vencedor tu amor, y como *llama viva, no la pudieron apagar los ríos grandes* (*Cant.,* 8, 7) y muchas pasiones que contra Ti vinieron. Por lo cual, aunque los tormentos te daban tristeza y dolor muy de verdad, tu amor se holgaba del bien que de allí nos venía. Y por eso se llama *día de alegría de tu corazón*. Y este día vio Abraham, y gozóse, no porque le faltase compasión de tantos dolores, mas porque veía que el mundo y él habían de ser redimidos por ellos.

Pues en este día *salid, hijas de Sión* —que son las ánimas que atalayan a Dios por fe—, a ver al *pacífico Rey*, que con sus dolores va a hacer la paz deseada. Miradle, pues para mirar a Él os son dados los ojos. Y entre todos sus atavíos de desposorio que lleva, mirad a la *guirnalda* de espinas que en su cabeza divina lleva; la cual, aunque la tejieron y se la pusieron los caballeros de Pilato, que eran gentiles, dícese habérsela puesto *su madre*, que es la Sinagoga, de cuyo linaje Cristo descendía, según la carne; porque por la acusación de la Sinagoga, y por complacer a ella, fue Cristo así atormentado.

Y si alguno dijere: Nuevos atavíos de desposado son éstos; por guirnalda, lastimera corona; por atavíos de pies y manos, clavos agudos que se los traspasan y rompen; azotes por cinta; los cabellos pegados y enrubiados con su propia sangre; la sagrada barba arrancada; las mejillas bermejas con bofetadas; y la cama blanda, que a los desposados suelen dar con muchos olores, tornase en áspera cruz, puesta en lugar donde justiciaban los malhechores. ¿Qué tiene que ver este abatimiento extremo con atavíos de desposorio? ¿Qué tiene que ver acompañado de ladrones, con ser acompañado de amigos, que se huelgan de honrar al nuevo desposado? ¿Qué fruta, qué música, qué placeres vemos aquí, pues la Madre y amigos del Desposado comen dolores y beben lágrimas, y *los ángeles de la paz lloraban amargamente?* (*Isai.,* 33, 7). No hay cosa más lejos de desposorio que todo lo que aquí parece.

Mas no es de maravillar tanta novedad, pues el Desposado y el modo del desposar todo es nuevo. Cristo es hombre nuevo, porque es sin pecado, y porque es Dios y Hombre. Y despósase con nosotros, feos, pobres y llenos de males; no para dejarnos en ellos, mas para matar nuestros males, y darnos sus bienes. Por lo cual convenía, según la ordenanza divina, que pagase Él por nosotros, tomando nuestro lugar y semejanza, para que con aquella semejanza de deudor sin serlo, y con aquel duro castigo sin haber hecho por qué, quitase nuestra fealdad, y nos diese su hermosura y riquezas. Y porque ningún desposado puede hacer a su esposa de mala, buena; ni de infernal, celestial; ni de fea en el ánima, hermosa, por eso buscan los hombres las esposas que sean buenas, hermosas y ricas, y van el día del desposorio ataviados a gozar de los bienes que ellas tienen, y que ellos no les dieron. Mas nuestro nuevo Esposo ninguna ánima halla hermosa ni buena, si Él no la hace. Y lo que nosotros le podemos dar, que es nuestra dote, es la deuda que debemos de nuestros pecados. Y porque Él quiso abajarse a nosotros, tal le paramos, cuales nosotros estábamos. Y tal nos paró, cual Él es; porque destruyendo con nuestra semejanza nuestro hombre viejo, nos puso su imagen de hombre nuevo y celestial. Y esto obró Él con aquestos atavíos que parecen fealdad y flaqueza, y son altísima honra y grandeza, pues pudieron deshacer nuestros muy antiguos y endurecidos pecados, y traernos a gracia y amistad del Señor, que es lo más alto que se puede ganar.

Este es el espejo en que os habéis de mirar, y muchas veces al día, para hermosear lo que viéredes feo en vuestra ánima. Y ésta es la *señal puesta en alto* (Num., 21, 8) para que de *cualquier víbora que seáis mordida, miréis aquí* y recibáis la salud en sus llagas. Y en cualquier bien

que os viniere, miréis aquí y os sea conservado, dando gracias a este Señor, por cuyos trabajos nos vienen todos los bienes.

CAPÍTULO 70

Que es muy importante el ejercicio de la oración, y de los grandes provechos que de ella se sacan.

Pues que ya habéis oído que la luz que vuestros ojos han de mirar es Dios humanado y crucificado, resta deciros qué modo tendréis para le mirar, pues que esto ha de ser con ejercicio de devotas consideraciones y habla interior que en la oración hay.

Mas primero que os digamos el modo que habéis de tener en la oración, conviene deciros cuan provechoso ejercicio sea, especialmente para vos, que habiendo renunciado al mundo, os habéis toda ofrecido al Señor; con el cual os conviene tener muy estrecha y familiar comunicación, si queréis gozar de los dulces frutos de vuestro religioso estado.

Y por oración entendemos aquí una secreta e interior habla con que el ánima se comunica con Dios, ahora sea pensando, ahora pidiendo, ahora haciendo gracias, ahora contemplando, y generalmente por todo aquello que en aquella secreta habla se pasa con Dios. Porque aunque cada cosa de éstas tenga su particular razón, no es mi intento tratar aquí sino de este general que he dicho, de cómo es cosa muy importante que el ánima tenga con su Dios esta particular habla y comunicación.

Para prueba de lo cual, si ciegos no estuviesen los hombres, bastaba decirles que daba Dios licencia para que todos los que quisiesen pudiesen entrar a hablarle una vez en el mes o en la semana, y que les daría audiencia de muy buena gana, y remediaría sus males, y haría mercedes, y habría entre Él y ellos conversación amigable de Padre con hijos. Y si diese esta licencia para que le pudiesen hablar cada día, y si la diese para que muchas veces al día, y si también para que toda la noche y el día, o todo lo que de este tiempo pudiesen y quisiesen estar en conversación del Señor, Él lo habría por bueno, ¿quién sería el hombre, si piedra no fuese, que no agradeciese tan larga y provechosa licencia, y no procurase de usar de ella todo el tiempo que le fuese posible, como de cosa muy conveniente para ganar honra, por estar hablando con su Señor; y deleite, por gozar de

su conversación; y provecho, porque nunca iría de su presencia vacío? ¿Pues por qué no se estimará en mucho lo que el Altísimo ofrece, pues se estimaría si lo ofreciese un rey temporal, que en comparación del Altísimo, y de lo que de su conversación se puede sacar, el rey es gusano, y lo que puede dar uno y todos es un poco de polvo? ¿Por qué no se huelgan los hombres de estar con Dios, pues (*Prov.,* 8, 31) *los deleites de Él son estar con los hijos de los hombres? No tiene su conversación amargura* (*Sap*., 8, 16), sino alegría y gozo; ni su condición tiene escasez para negar lo que le piden. Y Padre nuestro es, con el cual nos habíamos de holgar, conversando, aunque ningún otro provecho de ello viniera. Y si juntáis con esto que no sólo nos da licencia para que hablemos con Él, mas que nos ruega, aconseja, y alguna vez manda, veréis cuánta es su bondad y gana de que conversemos con Él, y cuánta nuestra maldad de no querer ir, rogados y pagados, a lo que debíamos ir rogando y ofreciendo por ello cualquier cosa que nos fuese pedida.

Y en esto veréis cuan poco sentimiento tienen los hombres de las necesidades espirituales, que son las verdaderas; pues quien verdaderamente las siente, verdaderamente ora, y con mucha instancia pide remedio. Un refrán dice: «Si no sabes orar, entra en la mar.» Porque los muchos peligros en que se ven los que navegan, les hace clamar a nuestro Señor. Y no sé por qué no ejercitamos todos este oficio, y con diligencia, pues ahora andemos por tierra, ahora por mar, andamos en peligros de muerte; o del ánima, si caemos en pecado mortal, o de cuerpo y ánima, si no nos levantamos por la penitencia de aquel en que hemos caído. Y si los cuidados perecederos, y el polvo que en los ojos traemos, nos diesen lugar de cuidar y mirar las necesidades de nuestro corazón., cierto andaríamos dando clamores a Dios, diciendo con todas entrañas (*Mt.,* 6, 13): *¡No nos dejéis caer en la tentación!* (*Ps.,* 34, 22): *¡Señor, no te apartes de mí!*, y otras semejantes palabras, conformes al sentimiento de la necesidad. Todo nuestro orar se ha pasado a lo que se ha pasado nuestro sentido, que es el bien o mal temporal. Y aun esto no lo hacemos luego, sino cuando los otros medios y arrimos nos han faltado, como gente que su postrera confianza tiene puesta en nuestro Señor, y su primera y mayor en sí mismo o en otros. De lo cual suele el Señor enojarse mucho, y decir (*Deut.,* 32, 37, 39): *¿Dónde están tus dioses, en los cuales tenías confianza?* Líbrente tus aliados, a los cuales se los llevará el viento y el soplo. *Mirad que Yo sólo soy, y no hay otro fuera de Mí. Yo mataré y haré vivir; heriré y sanaré, y no hay quien se pueda librar*.

Mirad, pues, vos, doncella, no os toquen aquestas cosas, mas tened vivo el sentido de vuestra ánima, con que gustéis que vuestro verdadero mal es no servir a Dios, y vuestro verdadero bien es servirle. Y cuando alguna cosa temporal pidiéredes, no sea con aquel ahínco y angustia que del amor demasiado suele nacer. Y para lo mucho y para lo poco, vuestra confianza primera sea nuestro Señor; y la postrera, los medios que Él os encaminare. Y sed muy agradecida a esta merced, de que os dio licencia de hablarle y conversar con Él; y usad de ella, para bienes y males, con mucha frecuencia y cuidado, pues por medio de esta habla y conversación con el Altísimo han sido enriquecidos los siervos de Dios, y remediados en sus pobrezas; porque entendieron que los peligros que Dios les dejó, fue a intento que, apretados con ellos, recurriesen a Él; y los bienes que les vienen son para ir a Él, dándole gracias.

De los gabaonitas leemos (*Josué*, 10, 6), que estando en mucho peligro por estar cercados de sus enemigos, enviaron un mensajero a Josué, a cuya amistad se habían ofrecido, y por la cual estaban en aquel peligro, y hallaron favor y remedio por lo pedir. Y aunque aquellos cinco reyes, de que la Escritura hace mención (*Gen.,* 14, 1) fueron vencidos en el valle Silvestre, y sus ciudades robadas; mas porque un mozo que de la guerra escapó, fue a dar nueva de este desbarato al Patriarca Abraham, alcanzaron remedio los reyes y sus cinco ciudades por mano de Abraham, que los socorrió. De manera, que se alcanza, por un solo mensajero que va a pedir favor a quien lo quiere y puede dar, más que por la muchedumbre de combatientes que en la guerra o ciudad haya. Y cierto, es así, que quien enviare a Dios mensajero de humilde y fiel oración, aunque esté cercado y destrozado y metido en el vientre de la ballena, sentirá presente al Señor, *que está cerca a todos aquellos que le llaman en verdad* (*Ps.,* 144, 18).

Y si no saben lo que han de hacer, con la oración hallan lumbre, porque con esta confianza dijo el rey Josafat (*Paralip*., 20, 12): *Cuando no sabemos lo que hemos de hacer, este remedio tenemos, que es alzar los ojos a Ti*. Y Santiago (1, 5) dice: *Que quien hubiere menester sabiduría, la pida a Dios*. Y por este medio eran Moisés y Aarón enseñados de Dios acerca de lo que debían hacer con el pueblo. Porque como los que rigen a otros han menester lumbre doblada, y tenerla muy a la mano y a todo tiempo, así han menester oración doblada y estar tan diestros en ella, que sin dificultad la ejerciten, para que conozcan la voluntad del Señor de lo que deben hacer en particular, y para que alcancen fuerza para cumplirla. Y este conocimiento que allí se alcanza, excede al que alcanzamos por nuestras razones y conjeturas, como de quien va a cosa cierta, o quien va,

como dicen, a tienta paredes. Y los propósitos buenos y fuerza que allí se cobran, suelen ser sin comparación más vivos y salir más verdaderos, que los que fuera de la oración se alcanzan. San Agustín dijo, como quien lo había probado: «Mejor se sueltan las dudas con la oración, que con cualquiera otro estudio.» Y por no cansar, y porque no sería posible deciros particularmente los frutos de la oración, no os digo más, sino que la suma Verdad dijo (*Lc.,* 11, 13): *Que el Padre celestial dará espíritu bueno a los que se lo piden*; con el cual bien vienen todos los bienes.

Y débeos bastar, que usaron este ejercicio todos los Santos. Porque, como San Crisóstomo dice: «¿Quién de los Santos no venció orando?» Y él mismo dice: «No hay cosa más poderosa que el hombre que ora.» Y bastarnos debe, y sobrar, que Jesucristo, Señor de todos, oró en la noche de su tribulación, aun hasta derramar gotas de sangre (*Lc.,* 22, 44). Y oró en el monte Tabor, para alcanzar el resplandor de su cuerpo (*Lc.,* 9, 29). Oró primero que resucitase a San Lázaro (*Jn.,* 11, 41); y veces oraba tan largo, que se le pasaba toda la noche en oración. Y después de una tan larga oración como ésta dice San Lucas (*Lc.,* 6, 12), que eligió entre sus discípulos número de *doce Apóstoles*. En lo cual, dice San Ambrosio, nos dio a entender lo que debemos hacer cuando quisiéremos comenzar algún negocio, pues que en aquel suyo, primero oró, y tan largo.

Y por esto debiera decir San Dionisio, que en principio de toda obra hemos de comenzar por la oración. San Pablo (*Rom.,* 12. 12) amonesta que entendamos *con instancia en la oración*; y el Señor dice (*Lc.,* 18. 1), que *conviene siempre orar, y no aflojar*; que quiere decir, que se haga esta obra con frecuencia, diligencia y cuidado. Porque los que quieren valerse con tener cuidado de sí en hacer obras agradables a Dios, y no curan de tener oración, con sola una mano nadan, con sola una mano pelean, y con sólo un pie andan. Porque el Señor, dos nos enseñó ser necesarias, cuando dijo (*Mt.,* 26): *Velad y orad, porque no entréis en tentación*. Y lo mismo avisó cuando dijo (*Lc.*, 21. 36): *Velad, pues, en todo tiempo orando, que seáis hallados dignos de escapar de todas estas cosas que han de venir, y estar delante el hijo de la Virgen*. Y entrambas cosas junta San Pablo (*Ephes.,* 6, 11), cuando arma al caballero cristiano en la guerra espiritual que tiene contra el demonio. Porque así como un hombre, por buenos manjares que coma, si no tiene reposo de sueño tendrá flaqueza, y aun corre el riesgo de perder el juicio, así acaecerá a quien bien obra y no ora. Porque aquello es la oración para el ánima, que el sueño al cuerpo. No hay hacienda, por gruesa que sea, que no se acabe, si gastan y no ganan; ni buenas obras que duren sin oración, porque en ella se alcanza lumbre y

espíritu con que se recobra lo que con las ocupaciones, aunque buenas, se disminuye del fervor de la caridad e interior devoción.

Y cuan necesario sea el orar, parece muy claro en la instancia y ayunos con que el Profeta San Daniel (9, 1-19) oraba al Señor que librase su pueblo de la cautividad de Babilonia, aunque eran cumplidos los setenta años que el Señor había puesto por término para los librar. Y si en lo que Dios ha prometido de hacer o dar, aún es menester que se le pida con oración ahincada, ¿cuánto más será menester en lo que no tenemos promesa suya en particular? San Pablo pide a los Romanos (15, 30) que rueguen a Dios por él, para que, quitados los impedimentos, pueda ir a los visitar. Sobre lo cual dice Orígenes: «Aunque había dicho el Apóstol un poco antes (15, 29): *Sé que, yendo a vosotros, será mi ida en la abundancia de la bendición de Cristo*; mas con todo esto, sabía que la oración es necesaria, aun para las cosas que él manifiestamente conocía que habían de acaecer; y si no hubiera oración, sin duda no se cumpliera lo que había profetizado.» ¿No os parece que tuvo razón quien dijo (San Gregorio) que era la oración medio para alcanzar lo que Dios Omnipotente ordenó, ante los siglos, de donar en tiempo? Item, que así como el arar y sembrar es medio para coger trigo, así la oración para alcanzar frutos espirituales. Por lo cual no nos debemos maravillar si tan pocos cogemos, pues que tan poca oración sembramos.

Cosa cierta es que de la conversación de un bueno se sigue amarle y concebir deseos de la virtud; y si con Dios conversásemos, con mucha más razón podríamos esperar de su conversación estos y otros provechos, a semejanza de Santo Profeta y Legislador Moisés, que de la tal conversación salió lleno de resplandor (*Ex.,* 34).

Y no por otra causa estamos tan faltos de misericordia para con los prójimos, sino porque nos falta esta conversación con nuestro Señor. Porque el hombre que estuvo de noche postrado delante de Dios pidiéndole perdón y misericordia para sus pecados y necesidades, claro está que si de día encuentra con otro que le pida lo que él pidió a Dios, que conocerá las palabras, y se acordará de con cuánto trabajo él las dijo a nuestro Señor, y con cuánto deseo de ser oído, y hará con su prójimo lo que quería que Dios hiciese con él.

Y por decir en una palabra lo que en esto siento, os traigo a la memoria lo que dijo David (*Ps.,* 65, 20): *Bendito sea el Señor, que no quitó de mí mi oración y su misericordia*. Sobre lo cual dice San Agustín: «Seguro puedes estar, que si Dios no quita de ti la oración, no te quitará su

misericordia.» Y acordaos que el Señor dijo (*Lc.,* 11, 13): *Que el celestial Padre dará espíritu bueno a los que se lo piden*. Y con este espíritu cumplimos la Ley de Dios, como dice San Pablo (*Rom.,* 7, 25). De manera, que nos está cercana la misericordia de Dios, y cumplimos su Ley por medio de la oración. Mirad vos qué tal estará un hombre a quien le faltaren estas dos cosas, por faltarle la oración.

Y quiéroos avisar del yerro de algunos que piensan que, porque dijo San Pablo (1 *Tim.,* 2, 8): *Quiero que los varones oren en todo lugar*, no es menester orar despacio, ni en lugar particular, sino que basta mezclar la oración entre las otras obras que hace. Bueno es *orar en todo lugar*, mas no nos hemos de contentar con aquello, si hemos de imitar a Jesucristo nuestro Señor, y a lo que sus Santos han dicho y hecho en el negocio de la oración. Y aun tened por cierto, que ninguno sabrá provechosamente *orar en todo lugar*, sino quien primero hubiere aprendido este oficio en lugar particular, y gastado en él espacio de tiempo.

CAPÍTULO 71

Que la penitencia de los pecados es el primer paso para nos llegar a Dios, teniendo de ellos verdadero dolor y haciendo de ellos verdadera confesión y satisfacción.

El primer paso que el ánima ha de dar allegándose a Dios ha de ser la penitencia de sus pecados. Y para que ésta sea bien hecha aprovecha mucho desocuparse de todos negocios y de toda conversación, y entender con cuidado en traer a la memoria todos los pecados de toda su vida, sirviéndose para ello de algún Confesionario [Tratado que da reglas para la confesión]. Y después de los haber bien gemido, confesarlos con médico espiritual que le pueda y sepa dar remedio competente a su enfermedad, y le ponga su conciencia tan llana, como si aquel día hubiese el hombre de morir, y ser presentado en el juicio de Dios. Y en este negocio puede gastar un mes o dos, deshaciendo con amargos gemidos lo que pecó con malos placeres. Y para esto se puede servir de leer algún buen libro que a esto le ayude, y de lo que antes dijimos [Caps. 60 y 61], de pensar en su muerte y en el juicio de Dios, y descender vivo con el pensamiento a aquel pozo hondo del fuego eternal, porque no descienda después de muerto a probar la eterna miseria que allí hay.

Servirle ha también para esto, mirando una imagen del Crucifijo, o acordándose de Él, pensar cómo él fue causa por sus pecados que el Señor padeciese tales tormentos. Y mírele bien de pies a cabeza, ponderando por si cada tormento, y llorando en cada pecado, pues las penas del Señor corresponden a nuestras culpas, padeciendo Él deshonras en pago de nuestra soberbia, azotes y dolores en pago de nuestros placeres, y así en lo demás. Y piense: Si un hijo viese azotar a su padre, o atormentarle muy recio por una cosa que nunca el padre la hizo, sino el tal hijo; y, si oyese la voz del pregonero: «Quien tal hace que tal pague», este tal hijo, grave compasión tendría de su padre, y gran dolor por haber hecho cosa que tan cara costase a su padre. Y si verdadero hijo fuese, más le dolería ver castigado a su padre, que si le castigaran a él. Y gran maravilla sería si no diese voces con el gran dolor, confesando que el culpado es él, que lo castiguen a él, y no a su padre que nada debía. Tomemos ejemplo de aquí, de dolernos más de haber pecado porque fue Dios el ofendido y fue Dios el castigado, que por cualquier mal que por haber pecado nos pudiese venir. ¡Yo, Señor, pequé, ¿y pagáislo vos?! ¡Mis travesuras, Señor, os pusieron en la cárcel, y os hicieron pregonar por las calles y os pusieron en cruz! Este sea su gemido, con deseo de padecer por Dios todo lo que Él fuere servido de enviarle.

Y después de haber hecho este examen de su conciencia, con dolor y satisfacción, según el parecer de su confesor, recibida la absolución sacramental, podrá tener confianza del perdón, y consolación de su ánima.

CAPÍTULO 72

Que el segundo paso para nos llegar a Dios, es el hacimiento de gracias que le debemos dar por nos haber así librado; y del modo que en esto se tendrá, mediante diversos pasos de la Pasión en diversos días.

Purgada así el ánima de los tales humores de pecados, que le causasen la muerte, se debe ocupar en hacimiento de gracias por tan grande y no merecida merced, de no sólo haber Dios perdonado el infierno, mas haberle recibido por hijo y dádole su gracia y dones interiores, por merecimiento del verdadero Hijo de Dios, Jesucristo nuestro Señor, que *murió por nuestros pecados, y resucitó por nuestra justificación* (*Rom.,* 4, 25); matando nuestros pecados y vida vieja,

muriendo Él; y resucitándonos a vida nueva, resucitando Él. Y si decía Job (31, 20), que *el cuerpo del pobre* a quien él había vestido, sintiéndose abrigado, *echaría bendiciones* a Job que aquel beneficio le hizo, con mucha más razón debemos bendecir a Jesucristo crucificado, cuando nuestra ánima se siente libre de males y consolada con bienes, creyendo que todo nuestro bien nos viene por El; pues no es razón ser ingratos a tal amor y a tales mercedes.

Y aunque cada vez que bien nos fuere debemos luego con particular agradecimiento bendecir a Jesucristo; mas para que se haga esto mejor hecho y con más fruto, conviene que pues para pensar en vuestros propios pecados os dije que buscásedes lugar recogido y desocupado de todos, y os mirásedes a vos, con mucha más razón os debéis ocupar otro rato cada día en pensar la Pasión de nuestro Señor, y darle gracias por los bienes que nos vinieron por ella, diciendo de corazón (*Ps.,* 118, 93): *No olvidaré para siempre tus justificaciones, porque en ellas me diste la vida*.

El modo, pues, que tendréis, si otro mejor no se os ofreciere, será éste: Pensar *el lunes* la oración del Señor y prendimiento del Huerto, y lo que aquella noche pasó en casa de Anás y Caifás. *El martes*, las acusaciones y procesiones de uno a otro juez, y sus crueles azotes que atado a la columna pasó. *El miércoles*, cómo fue coronado de espinas y escarnecido, sacándole con vestidura de grana, y caña en la mano, porque todo el pueblo le viese, y dijeron: ECCE HOMO. *El jueves*, no le podemos quitar su misterio muy excelente; conviene a saber, cómo el Hijo de Dios con profunda humildad lavó los pies a sus discípulos, y después les dio su Cuerpo y Sangre en manjar de vida; mandando a ellos y a todos los sacerdotes que habían de venir, que hiciesen lo mismo en memoria de Él (*Lc.,* 22, 19). Hallaos vos presente en aquel lavatorio admirable, y en el convite tan excelente, y esperad en Dios, que ni saldréis sin lavar, ni muerta de hambre. Tras el jueves pensaréis *el viernes* cómo el Señor fue presentado ante el juez, y sentenciado a muerte, y llevó la cruz encima de sus hombros, y después fue crucificado en ella, con todo lo demás que pasó hasta que encomendó su espíritu en las manos del Padre y murió. Y en *el sábado* quédaos de pensar la lanzada cruel de su sagrado costado, y cómo le quitaron de la cruz, y pusieron en brazos de su sagrada Madre, y después en el sepulcro; e id acompañando su ánima al limbo de los Santos Padres, y hallaos presente en las fiestas y paraíso que allí les concede. Y tened memoria de pensar en este día las grandes angustias que la Virgen y Madre pasó, y sedle compañera fiel en se las ayudar a pasar, porque allende de serle cosa debida, os será muy provechosa. Del *domingo* no

hablo, porque ya sabéis que es diputado al pensamiento de la Resurrección, y la gloria que en el Cielo poseen los que allá están, y en esto os habéis de ocupar en aquel día.

Y particularmente os encomiendo, que en *la noche del jueves* toméis cuan poco sueño fuere posible, por tener compañía al Señor, que después de los trabajos del prendimiento y largos caminos a casa de Anás y Caifás, y después de muchas bofetadas, burlas y otros males que le fueron hechos, pasó lo demás de la noche muy aherrojado y en cárcel muy dura, y con tal tratamiento de los que le guardaban, que ni a Él vagaba dormir, ni habría quien cesase de llorar si bien se supiese lo que allí pasó; lo cual es tanto, como San Jerónimo dice, que hasta el día del juicio no se sabrá. Pedidle vos a Él parte de sus penas, y tomad vos por Él *cada noche del jueves* alguna en particular, la que Él os encaminare. Porque gran vergüenza es para un cristiano no diferenciar aquella noche de otras. Y una persona decía, que ¿quién podía dormir la noche del jueves?[23] Y aun también creo que tampoco dormía la noche del viernes.

CAPÍTULO 73

Del modo que se ha de tener en la consideración en la vida y Pasión de nuestro Señor Jesucristo.

Este ejercicio de pensar en los pasos de la vida o muerte de Jesucristo nuestro Señor se puede hacer en una de dos maneras: o con representar a vuestra imaginativa la figura corporal de nuestro Señor, o solamente pensar sin representación imaginaria. Y sabed, que pues el altísimo e invisible Dios se hizo hombre visible, para que con aquello visible nos metiese adentro donde está lo invisible, no se debe pensar sino que fue muy provechosa cosa mirarle con ojos corporales, para poderle mirar con los espirituales, que son de la fe, si la malicia de quien lo miraba no lo impedía. Y, cierto, todo lo corporal del Señor era muy ordenado, y tenía

[23] Esta persona debía de ser el mismo P. Avila, de quien escribe Granada, *Vida*, P. II, 1: «Decía el que quien se acostaba y podía acabarlo consigo de dormir toda la noche del jueves, habiendo sido preso en este día nuestro Señor, y el viernes, estando muerto, que no correspondía a la obligación de la grandeza de este beneficio.» Aquí tenemos el espíritu de la HORA SANTA, practicada no por una hora, sino dos noches cada semana, tomando *cuan poco sueño fuere posible*.

una particular eficacia para ayudar al corazón piadoso a levantarse a las cosas espirituales. Y no fue pequeña merced para los tales gozar de tal vista, *de la cual muchos Reyes y Profetas desearon gozar y no la alcanzaron* (*Lc.,* 10, 24). Y aunque los que después venimos no gozamos de esta merced tan cumplida; mas no debemos dejar de aprovecharnos de ella en lo que pudiéremos. Y a este intento nuestra Madre la santa Iglesia, y con mucha razón, nos propone imágenes del cuerpo del Señor, para que despertados por ellas, nos acordemos de su corporal presencia, y se nos comunique algo, mediante la imagen, de lo mucho que se nos comunicara con la presencia. Y pues me trae provecho una imagen pintada en un palo fuera de mí, también lo traerá la que fuere pintada en mi imaginativa dentro de mí, tomándola por escalón para pasar adelante. Porque todo lo de nuestro Señor, y lo que le toca y representa, tiene virtud maravillosa para llevarnos a Él.

Y aunque os parezcan cosas bajas, mas por ser medio para cosas altas, altas os deben parecer. Y por esta bajeza quiere Dios que comiencen humillados los que Él ha de subir de su mano a cosas mayores. Porque los que desde luego que comienzan se dan a pensamientos muy altos, por parecerles más gustosos y más dignos de su consideración, les está la caída muy cierta. Porque, como dice la Escritura (*Prov.,* 19, 2), *el que es apresurado en el andar, tropezará* (28, 22): *El que se da priesa a enriquecer, no estará sin pecado*. Y también claramente se ve, que casa sin fundamento no puede durar mucho sin caer. Y acaece a estos tales, que si después quieren tornar a pensar cosas proporcionadas a su pequeñez, no lo aciertan a hacer, por estar engolosinados en las mayores; y así corren peligro, como el ave que sale del nido antes del tiempo; porque ni puede proseguir su vuelo, ni tornarse a su nido. Por tanto, conviene que comencemos de lo bajo de nuestros pecados, según se ha dicho, y luego en el pensamiento de la sacra Humanidad de Jesucristo nuestro Señor, para subir a la alteza de su Divinidad.

CAPÍTULO 74

En que se prosigue más en particular el modo de considerar la vida de nuestro Señor Jesucristo, para que sea con más provecho.

Recogida, pues, en vuestra celda, en el rato que para este ejercicio tomáredes, decid primero la confesión general, pidiendo al Señor perdón de vuestros pecados, especialmente de los que hubiéredes hecho después de la postrera confesión que hicisteis; y rezaréis algunas oraciones vocales, según arriba se os dijo cuando tratábamos del propio conocimiento [Cap.59]. Y después leed aquel mismo paso de la Pasión, que queréis pensar, en algún libro que trate de la Pasión; y serviros ha de dos cosas: una de enseñaros cómo acaeció aquel paso, para que vos lo sepáis pensar; porque vida y muerte del Señor habéislas de saber muy sabidas; y otra para recogeros el corazón, para que cuando fuéredes a pensar, no vayáis derramada ni tibia. Y aunque no leáis de una vez todo lo que el libro dijere acerca de aquel paso, no se pierde nada, pues que en otras semanas, cuando venga el mismo día, se podrá acabar de leer. Y, como ya os he dicho, no ha de ser la lección hasta del todo cansar, mas para despertar el apetito del ánima y dar materia a pensar y orar. Y los libros que para pensar en la Pasión pueden aprovechar, entre otros, son las MEDITACIONES de San Agustín en latín, y las del Padre Fray Luis de Granada en romance [*Libro de la Oración y Meditación*, donde trae una meditación devotísima de la Pasión para cada día de la semana], y el Cartujano [24], que escribe sobre todos los Evangelios.

Y la lección acabada, hincadas vuestras rodillas y recogidos vuestros ojos, suplicad al Señor os envíe lumbre del Espíritu Santo para daros sentido compasivo y amoroso de lo que Cristo tan amorosamente por vos padeció. Importunadle mucho, no permita Él tanta ingratitud en vos, que siendo obligada a imitar su Pasión, que aun no seáis para la pensar.

Y luego poned la imagen de aquel paso que quisiéredes pensar, dentro de vuestro corazón; y si esto bien no se os diere, haced cuenta que la tenéis allí cerquita de vos. Y dígoos esto así, por avisaros que no habéis

---

[24] El Cartujano llamábase Ludolfo de Sajonia (1295-1378). Fue fraile dominico y pasó a la Cartuja en 1340. Ya cartujo, escribió su celebérrima *Vita Jesu Christi...*, libro de profunda piedad, de fondo evangélico, comentado por los SS. Padres, aunque no exento de revelaciones privadas y otras fuentes menos admisibles. Hubo traducciones castellanas muy antiguas.

de ir con el pensamiento a contemplar al Señor a Jerusalén, donde esto acaeció, porque esto daña mucho a la cabeza y seca la devoción; mas haced cuenta que lo tenéis allí presente, y poned los ojos de vuestra ánima en los pies de Él, o en el suelo cercano a Él, y con toda reverencia mirad lo que entonces pasaba como si a ello presente estuviérades, y escuchad lo que el Señor habla con toda atención. Y sobre todo, con una sosegada y sencilla vista miradle su sacratísimo Corazón, tan lleno de amor para con todos, que excedía tanto a lo que de fuera padecía —aunque era inefable—, cuanto excede el Cielo a la tierra.

Y guardaos mucho de afligir vuestro corazón con tristezas forzadas, que suelen echar alguna lagrimilla forzada; porque impiden el sosiego que para este ejercicio es menester, como decía el Abad Isaac; y suelen secar el corazón y hacerle inhábil para la divina visitación, que pide paz y sosiego; y aun suelen destruir la salud corporal, y dejar el ánima tan atemorizada con el disgusto que allí sintió, que teme otra vez de tornar al ejercicio como a cosa penosa.

Mas si con vuestro pensar sosegado, el Señor os da lágrimas, compasión y otros sentimientos devotos, debéislos tomar, con condición que no sea tanto el exceso con que se enseñoreen de vos, que os dañen a la salud con daño notable, o que quedéis tan flaca en los resistir, que os hagan, con gritos y con otras exteriores señales dar muestra de lo que sentís: porque si a esto os acostumbráis, vendréis a hacer entre gente, y con grande nota, lo mismo que en vuestra celda, sin lo poder resistir; de lo cual es razón que huyáis. Y por esto habéis de tomar estos sentimientos o lágrimas de tal arte, que no os vayáis mucho tras ellas, porque no perdáis por seguirlas aquel pensamiento o *afección espiritual* que las causó. Mas tened mucha cuenta con que aquello dure, y de esto otro exterior y <u>*sensual*</u> [sensible, sentimental] sea lo que fuere. Y de esta manera podráos durar mucho tiempo el sentimiento devoto *espiritual*. Lo cual no hace el de la parte sensitiva o corporal, ni aun deja durar al espiritual, sino lo tiene para que no se vaya tras él.

Aunque para los que de nuevo comienzan se puede dar licencia que tomen de esta leche tierna algo más que los aprovechados, los cuales tienen intento a sentir en su espíritu la alteza de quien padece, y la indignidad de por quien padece, y lo mucho que padece, y el mayor amor con que lo padece; y desean imitar este amor y pasión con las fuerzas que el Señor les diere, y si con esto les dan los sentimientos ya dichos, no los desechan, antes los agradecen, mas no como a cosa más principal. Y

aunque entiendo que hay un amor de Dios tan abrasado, que no sólo no saca lágrimas, mas aun las seca e impide, también os digo que hay otro tierno, que hace tener estos sentimientos ya dichos en la parte sensitiva y ojos del cuerpo, sin que sea cosa culpable; pues la doctrina cristiana no es doctrina de estoicos, que condenan las buenas pasiones. Y pues Cristo lloró y se entristeció, bastarnos debe para creer que estas cosas son buenas, aunque en varones perfectos. ¡Oh cuánto mal ha hecho a sí y a otros, gente sin letras, que ha tomado entre manos negocios de la vida espiritual, haciéndose jueces de ella, siguiendo solamente su ignorante parecer! Y dígolo por hombres que ha habido engañados, a quien parecían mal estas cosas.

CAPÍTULO 75

En que se dan algunos avisos necesarios para más aprovechar con el sobredicho ejercicio, y evitar algunos daños que en los ignorantes pueden suceder.

Conviene también avisaros que no trabajéis mucho por fijar muy profundamente en vuestra imaginación la imagen del Señor, porque suelen de ello venir peligros al ánima, pareciéndole algunas veces que verdaderamente ve de fuera las imágenes que tiene de dentro; y unos caen en locura y otros en soberbia. Y ya que esto no sea, causase daño en la salud corporal casi sin remedio. Por eso conviene que hagáis este ejercicio de arte, que ni del todo dejéis de representar imagen, ni que la tengáis a la continua ni con pena fijada dentro de vos, mas poco a poco, y según que sin trabajo se os diere. Y podéis tener algunas devotas imágenes, bien proporcionadas, de los pasos de la Pasión, en las cuales mirando algunas veces, os sea alivio para que sin mucha pena las podáis vos sola imaginar.

Y mirad mucho que no sólo habéis de huir el peligro que os he dicho, de imaginar con trabajo, mas también de pensar con ahínco y costa de la cabeza; porque allende del daño que en ella se hace, causase de este modo sequedad en el ánima, que suele hacer que se aborrezca la oración. No penséis de manera, ni con tanta fuerza, que parezca que vos sola y a fuerza de brazos lo habéis de hacer; porque aquesto más semejanza tiene con el modo de estudiar que de orar; mas de tal manera obrad vuestro ejercicio, que estéis arrimada a las fuerzas del Señor que os ayuda para pensar. Y si

esto no supiéredes hacer, y sentís que la cabeza o sienes sienten trabajo notable, no prosigáis adelante, mas sosegaos, y quitad aquella angustia del corazón, y humillaos a Dios con sosiego y simplicidad, pidiéndole gracia para pensar como Él quiere. Y en ninguna manera presumáis en el acatamiento de Dios, de estribar en vuestras razones ni ahínco, mas en humillaros a Él con un afecto sencillo, como niño ignorante y discípulo humilde, que lleva una sosegada atención para aprender de su maestro ayudándose él. Y sabed, que este negocio *más es de corazón que de cabeza, pues el amar es fin del pensar*. Y por no entender esto y el sosiego ya dicho, han fatigado muchos muchas cabezas suyas y ajenas, con daño de la salud, e impedimento para bienes que pudieran hacer. Y si Dios os hace esta merced de meditación sosegada, será más durable lo que en ella sintiéredes, y más larga y sin pesadumbre. Todo lo cual hallaréis ser al contrario, si de otra manera lo usáredes.

Y ya os he avisado que vuestra morada ha de ser en vuestro corazón, donde como abeja solícita, que dentro de su corcho hace la miel, habéis vos de encerraros, presentando al Señor lo que de fuera se os ofreciere, pidiéndole su lumbre y favor, como lo hacía Moisés en el corporal Tabernáculo. Y si se os ofreciere de fuera alguna hiel de tentación, huid a vuestro corazón, y cerrad la puerta tras vos, y juntándoos con nuestro Señor, dejaréis a vuestros enemigos burlados, vencidos y fuera de casa. Porque como el daño que os podían hacer era mediante el pensamiento, cerrado éste muy bien, no hay por dónde os puedan entrar.

Y porque en todo caso conviene, para durar y aprovechar en este ejercicio, que lo hagáis con sosiego, os quiero avisar, que si tenéis fuerza para estar de rodillas en esta habla con Dios, conviene que lo estéis, porque toda reverencia es debida a la Majestad divinal. Y para lo así hacer, tenemos ejemplo en nuestro soberano Señor y maestro, del cual cuenta el Evangelista (*Lc.,* 22, 41) que en el huerto de Gethsemaní oró a su Padre, las rodillas hincadas. Mas si la flaqueza del cuerpo es tanta, que con estar de rodillas, especialmente en oración larga, impide el sosiego del ánima y la hace estar inquieta para vacar al Señor, débese tomar aquel modo que no impida esta quietud. Porque aunque la oración tenga fruto de satisfacción para las penas que debemos, mas porque es mayor fruto el que de ella se saca por la lumbre y gusto divinal, y otras mercedes que en ella Dios da, débese tomar lo que es medio para alcanzar lo mejor, si con todo no se puede cumplir.

Y a este propósito también hace, que si pensando vos una cosa en la oración, sintiere vuestra ánima que la convidan para otras partes, abriéndole otra puerta de buen pensamiento, debéis entonces dejar lo que pensábades y tomar lo que os dan, presuponiendo que es bueno lo uno y lo otro. Aunque habéis de mirar no sea esto, que os viene de nuevo, engaño del demonio, para que saltando de uno en otro, como picaza, os quite el fruto de la oración; o, por ventura, no sea liviandad de vuestro corazón, que no hallando lo que deseáis en un pensamiento, vayáis a probar si lo hallaréis en otro, o en otro. Por tanto, no debéis ligeramente dejar lo que tenéis, Si no fuéredes con eficacia interiormente convidada para otra parte, con una satisfacción que en el corazón suele quedar cuando Dios le convida, a cuando él se entremete. Y con pedir lumbre al Señor, y con tener cuenta con mirar después de pasado qué fruto sacasteis, y tomando experiencia de muchas veces, podéis en este negocio acertar con lo que debéis.

Y a este propósito hace, que si estáis leyendo o rezando vocalmente, y el Señor os visita con algún sentimiento entrañable, debéis cesar de lo que hacíades, y gozar de aquel bocado que el Señor os envía. Cumplido con lo cual podréis proseguir lo que antes hacíades. Porque como esto exterior sirva para despertar la devoción interior, no se ha de tomar por medio para lo impedir.

Y no os hablara en tantas particularidades, si no hubiera visto gente tan atada a sus reglas y a cumplir sus tareas, que aunque haya causas para creer que el Señor quiere que se interrumpan, ellos no quieren. Y si los quiere llevar Dios por un camino, ellos quieren ir por otro, fundados en su prudencia; siendo gran verdad que no hay cosa más contraria a este ejercicio, que pensar los hombres que se pueden por su discreción regir en él. Y a muchos he visto llenos de reglas para la oración, y hablar de ella muchos secretos, y estar muy vacíos de la obra de ella; porque el estribar en ellas, y el acordarse de ellas en el tiempo de la oración, les quita aquella *humildad y simplicidad de niño* con que en este negocio han de tratar con Dios, como arriba os he dicho. Y no os digo esto para quitar las industrias razonables que de nuestra parte hemos de poner, especialmente cuando somos principiantes en ellos, mas para que se haga con tanta libertad, que no nos impidan el estar colgados del Señor, esperando sus mercedes por la vía que Él las quisiere hacer. Y tened por cosa muy cierta, que en este negocio aquél aprovecha más, que más se humilla, y más persevera, y más gime al Señor; y no quien sabe más reglas.

CAPÍTULO 76

Que el fin de la meditación de la Pasión ha de ser la imitación de ella; y cuál es lo primero y principio de cosas mayores que habemos de imitar.

Para que de este ejercicio de oración os sepáis aprovechar, debéis estar avisada que el fin de la meditación de la Pasión ha de ser la imitación de ella, y el cumplimiento de la Ley del Señor. Y dígoos esto, porque hay algunos que tienen mucha cuenta con las horas que gastan en la oración, y con el gusto de la suavidad de ella, y no la tienen con el provecho que de ella, sacan. Piensan con engañado juicio, que quien más dulcedumbre y más horas de oración tiene, aquél es más santo; como en la verdad aquel lo sea, que con profundo desprecio de sí, tiene mayor caridad, en la cual consiste la perfección de la vida cristiana y el cumplimiento de toda la Ley. Y quien bien vive y quien bien ora, para este fin lo debe hacer; y no contentarse con que gastó bien un rato en confesar o comulgar, o tener devota oración, o cosas de esta manera.

De Moisés leemos, que habiendo estado cuarenta días y cuarenta noches subido en el monte Siná en continua conversación del altísimo Dios, y bajando después a la conversación de los hombres, ni contó visiones, ni revelaciones, ni secretos curiosos, mas trajo mucha luz en su faz, y dos tablas de piedra en sus manos; en una de las cuales estaban escritos *tres mandamientos*, que pertenecen a la honra de Dios, y *en la otra siete*, que pertenecen al provecho del prójimo (*Ex.,* 34, 29); dando a entender, que quien trata con Dios con la lengua de la oración, ha de traer luz en su entendimiento, para saber lo que debe hacer, y el cumplimiento de la voluntad de Dios puesto en obra, como ley en las manos; y que, pues tiene oficio de orar, tenga vida de *orador* [hombre que ora]; y sea tal, que en todo su trato se manifieste que se le ha pegado algo de aquella suma Verdad y suma pureza, con la cual ha tratado. Porque los que gastan un rato en llorar las bofetadas que al Señor le dieron en su Pasión, y si saliendo de allí se les ofrece alguna cosa, aun de las pequeñas que al Señor se ofrecieron, tienen tan poca paciencia como si hubieran aprendido en la oración a no sufrir nada, no sé a quién se deban comparar, sino a los que entre sueños les parece que hacen grandes cosas, y recordados [despertados], lo hacen todo al revés. ¿Qué cosa más loca puede haber, que pareciéndome bien la paciencia del Señor en sus penas, no quiera yo tenerla en las mías, sino decirle: Llevad vos, Señor, vuestra cruz a solas,

aunque muy pesada sea, que no quiero yo ayudaros con llevar la mía, aunque pequeña? Los apóstoles compasión tuvieron, y lágrimas derramarían por la Pasión del Señor; mas porque huyeron de la imitar, fueron cobardes y ofendieron a Dios en ello como malos cristianos. Por tanto, no debéis considerar la Pasión y tener compasión como quien mira este negocio de talanquera, sino como quien ha de acompañar al Señor en el mismo padecer. Y con mirarle a Él, cobrad vos esfuerzo para beber su cáliz con Él por mucho que os amargue.

Y lo primero, y principio de cosas mayores, en que le habéis de imitar, sea en la exterior aspereza y mortificación de vuestro cuerpo, para que tengáis alguna semejanza con el suyo divino, tan lleno de trabajos y tormentos, mayores que se pueden decir. Miradle con mucha atención, cómo gusta hiel y vinagre; miradle en cuan estrecha cama está acostado; cuan desnudo está de ropa, y cuan vestido de tormentos de pies a cabeza; y cobrad vos esfuerzo para huir los regalos de vuestro cuerpo en vestidos y cama y comida. Y en esto, y en todo lo que buenamente pudiéredes, trabajad vuestro cuerpo, y hacedlo vivir en cruz. Y lo que no pudiéredes, deseadlo de corazón, y pedid fuerzas al Señor para ello, y llorad, porque estando Él en la cruz, no merecéis vos acompañarle e imitarle en ella. Los deseos del cristiano, que se ejercita en pensar la Pasión, éstos han de ser, si quiere imitarla. Porque como el Señor vino del Cielo a la tierra a conversar con los hombres, y a les enseñar el mejor y más seguro camino para ir allá, y en naciendo escogió pobreza, frío, destierro; y creciendo en edad, creció en trabajos, y el fin de su vida fue acrecentamiento de otros mayores; honró tanto estas cosas, aunque muy bajas, que por juntarlas consigo les dio quilates de honra, y señales de seguridad, y hermosura para ser codiciadas. Porque si un rey temporal con usar un traje lo hace honroso y digno de imitación para todos los que son sus vasallos, muy mejor lo hará el soberano Rey de los reyes, cuyo valor es mayor sin comparación que el de todo lo criado, por alto que sea. Y quien esto no siente, no debe ser vasallo perfecto de aqueste Señor, pues no tiene por suprema honra ser semejante a Él. «Agradable cosa es, dice San Bernardo, imitar la deshonra del Crucificado; mas esto es para aquellos que no son ingratos al mismo Crucificado.» Decidme: si un rey fuese por un camino a pie y descalzo, fatigado y sudando con la aspereza del camino, vestido de saco y llorando, como iba David, y todo para poner compasión, ¿qué criado suyo habría que, o de vergüenza o de amor, no fuese también a pie y descalzo, y conforme a su rey en cuanto pudiese? Y así dice la Escritura (2 *Reg.,* 15, 16) que lo hicieron los criados y toda la gente que iban con el rey David. Y

si el tal rey mandase a alguno de los criados que iban con él, que fuese cabalgando y con todo descanso, mandamiento recio sería para el tal criado, y suplicaríale de corazón no le hiciese tanto agravio, que yendo la Majestad Real tan mal tratada, fuese su siervo tan al revés de él. Y si todavía esto el tal rey mandase, obedecérialo el criado; mas con tanta pena, que puestos los ojos en los trabajos del rey, no tomaría gusto en su corazón del descanso que de fuera llevaba; y teniéndose por más flaco y por menos honrado que los otros, tendría a muy mala dicha no ir conforme a su rey; y lo que le faltaba en la obra desearíalo en su corazón, teniendo el descanso en paciencia, y el padecer en deseo.

Tales para, cierto, el Crucificado a los corazones que en mirarlo se ocupan, «si empero son agradecidos», como San Bernardo dijo, a tan grande beneficio, como es abajarse Dios a caminar por este destierro, con tales trabajos cuales nunca hombre pasó; porque donde esto hay, no queda lanza enhiesta, y de dentro y de fuera hay entrañable deseo de *poner* al Crucificado *por sello en el corazón y en el brazo* (*Cant.,* 8, 6), como cosa de que no solamente no se angustien, ni se tienen por menos honrados; mas que, como Santiago (1, 2) dice, *tienen por entero gozo ofrecérseles varios trabajos*. Tal es la alteza de los agradecidos a este Señor, que a los ídolos de Egipto (*Ex.,* 8, 26) a quien los mundanos precian y aman, que son honras, riquezas, deleites, ellos, con el cuchillo del amor de este Señor crucificado, los degüellan animosamente, y se los ofrecen con mucho amor, agradeciéndole que los quiso admitir a su compañía; y andan buscando, abrasados con amor, todas las vías que pueden para más padecer, esforzados como elefantes, con ver derramada la sangre de su Señor. Y si acaece que cumpla al servicio de su Señor tomar ellos descanso, o tener riquezas u honras, acéptanlo por obediencia, y usan de ello con temor; y es menester que los consuelen, para que puedan ir a caballo, viendo ir a pie al que más que a sí aman. Tal es la alteza de la vida cristiana; y así muda Cristo las cosas desde la cruz, que lo amargo y despreciado hace dulce y honroso, y pone asco de gustar de aquello sobre que los mundanos se matan.

Esta eficacia deseo que obre en vos el pensamiento de la sacra Pasión, y que la améis tanto, que *traigáis su mortificación en vuestro cuerpo* (2 *Cor.,* 4, 10). Y si no hubiere quien os tire piedras, y encarcele y azote, como al Señor y a sus Apóstoles, *los cuales iban gozosos por padecer por su nombre* (*Act.,* 5, 41), buscad vos, en cuanto buenamente pudiéredes, en qué padecer, y agradecedlo mucho a Dios cuando se os

ofreciere; porque usando bien de lo poco, el Señor os dé fuerza para más, y os envíe más.

Y estad advertida no tengáis en poco estas cosas, por ocasión de que dice San Pablo (1 *Tim.,* 4, 8) *que el ejercicio corporal trae poco provecho*; porque ya que de estas cosas se entienda, no quiere que se tengan en poco en sí mismas, sino cotejadas a otras mayores; para provecho de las cuales, y para satisfacer la pena que en el purgatorio se debe, y aun para alcanzar más gracia y más gloria, y para servir al Señor de dentro y de fuera, pues en todo le somos deudores, no hay duda sino que estas cosas son muy convenientes. En lo cual el soberano Maestro da luz de lo que debemos sentir, cuando dijo, hablando de las cosas mayores, conviene hacerlas; y hablando de las menores, no conviene dejarlas (*Mt.,* 23, 23).

CAPÍTULO 77

Que la mortificación de las pasiones es lo segundo que se ha de sacar de la meditación de la Pasión de Cristo; y cómo se ha de usar este ejercicio para sacar este admirable fruto.

Lo que tras esto habéis de sacar de la meditación de la sacra Pasión, para que poco a poco vayáis subiendo de lo bajo a lo alto, ha de ser medicinar las llagas de vuestras pasiones con la medicina de la Pasión del Señor; al cual llama Isaías (11, 1) *flor de la vara de Jessé*; porque así como las flores suelen ser medios para dar salud, así Jesucristo, molido en la cruz y puesto en devota consideración sobre nuestras llagas, cuanto quier que sean peligrosas, son sanas por Él. Lo cual experimentaba San Agustín, y decía: «Cuando algún feo pensamiento me combate, voyme a las llagas de Cristo. Cuando el diablo me pone asechanzas, huyo a las entrañas de misericordia de mi Señor, y vase el demonio de mí. Si el ardor deshonesto mueve mis miembros, es apagado con acordarme de las llagas de mi Señor, el Hijo de Dios. Y en todas mis adversidades no hallé remedio de tanta eficacia como las llagas de Cristo; en aquéllas duermo seguro, y descanso sin miedo.» Lo mismo dice y experimentó San Bernardo, y experimentan todos aquellos que viéndose acosados de sus pasiones, como la cierva lo es de los perros, van con piadoso corazón *a beber de aquellas fuentes sagradas del Salvador* (Is., 12, 3), penosas para Él, y causadoras de gozo y refresco para nosotros.

Y allí experimentan ser gran verdad lo que en figura hizo Moisés, por mandamiento de Dios (*Núm.,* 21, 9), cuando *alzó una víbora de metal puesta en un palo, para que siendo mirada de aquellos que eran picados de víboras ponzoñosas, les librase de muerte y diese salud*. La cual víbora, aunque por la figura parecía tener ponzoña, mas no la tenía, porque era víbora de metal. Y de esta manera Jesucristo nuestro Señor tiene verdadera carne, *semejante a la carne del pecado* (*Rom.,* 8, 3), porque era sujeta a penas; mas es ajena de todo pecado, porque es carne de Dios, y formada por Espíritu Santo, y guardada por Él; y puesto en lo alto de la cruz muerto en ella, libra de muerte, y da salud a todos los mordidos de las tentaciones que con fe y amor van a Él. Y pues tan a la mano tenéis remedio tan poderoso para ser sana, no resta sino que vos tengáis cuenta muy particular con saber qué víboras os pican dentro de vos, examinando cada día, y muy despacio, qué inclinaciones tenéis en lo más hondo de vuestro corazón; qué pasiones vivas tenéis, cuáles son las culpas en que algunas veces caéis, y cosas de esta manera; con que estéis tan usada [acostumbrada] y tan resoluta en el conocimiento de vuestras faltas, que las tengáis delante vuestros ojos y en vuestras uñas, como dicen. A lo cual no llegaréis en breve tiempo, ni aun en mucho, si no sois ayudada de celestial lumbre, con que veáis las raíces de vuestro corazón; el cual es tan hondo, que no vos, sino Dios, lo puede acabar de escudriñar.

Y ayudaros ha mucho para este conocimiento considerar las virtudes que el Señor ejercitaba en su Pasión; pues Él ha de ser espejo en vuestra ánima, en lugar del que las mujeres casadas tienen para andar agradables a sus maridos. Mirad vos su mansedumbre, su caridad, su paciencia nunca vencida, su profundo silencio, y parecerán vuestras faltas por escondidas que estén. Y también os parecerán vuestras virtudes ser faltas [defectuosas, imperfectas], cotejadas con las de Él; y avergonzaros heis de lo uno y de lo otro. Mas no desmayéis, sino presentaos con ellas, y no sin gemido, delante del Señor, como hace el niño que enseña a su madre la espina que tenía hincada en la mano, y con sus lágrimas pide a su madre que se la saque; y así hará el Señor con vos. Porque así como es espejo que declara vuestras faltas, así con su ejemplo y salud es verdadero remedio de ellas. Y viéndole vos con tantas deshonras que por vuestro amor pasó, se encenderá vuestro corazón a desechar de vos la afición de la honra; y su paciencia matará vuestra ira; y su hiel y vinagre será remedio contra vuestra gula; y verlo obediente a su Padre hasta muerte de cruz, domará vuestra cerviz para obedecer a su santa voluntad, aun en lo muy trabajoso. Y cuando miráredes que el altísimo Dios humanado, Señor de cielos y tierra y de

todo lo que en ellos hay, obedecía a los sayones cuando le querían desnudar y vestir, cuando le ataban y desataban, cuando le mandaban echar en la cruz y tender los brazos para ser enclavados, daros ha gana, y con gemido de corazón, si algún sentimiento tenéis, de ser obediente, no sólo a mayores e iguales, mas aun a menores, y de *sujetaros* por Dios, como dice San Pedro (1 *Petr*., 2, 13), *a toda humana criatura*, aun para ser maltratada de todos. Y por esta forma morirá en vos la codicia, si miráis sus manos agujereadas, dando su sangre por el bien de los hombres, para que ellos cumplan lo que Él primero mandó cuando dijo (*Jn.,* 13, 34): *Amaos como Yo os amé*. Y, en conclusión, probaréis por experiencia que dijo San Pablo verdad (*Rom.,* 6, 6), que *nuestro hombre viejo fue crucificado con Cristo*.

Y si este remedio y victoria no lo sintiéredes luego como deseáis, no os desmayéis, ni os apartéis de lo comenzado; mas conociendo ser vuestra dureza y maldad mayor de lo que pensábades, gemid más, y pedid al Señor con mayor humildad que no permita su misericordia que quedéis vos enferma, pues Él, siendo Dios, padeció y murió para sanaros. Y tened esperanza que no se hará sordo el que manda que le llaméis; y que no tendrá crueles entrañas para veros enferma y dar voces a la puerta del hospital de su misericordia, que son sus llagas, y que un día u otro no os meta en ellas para curaros.

Mas avisóos, que no se hace este negocio en breve tiempo; y que aunque dijo San Pablo en pocas palabras (Galat., 5, 24), *que los que son de Cristo han crucificado su propia carne con sus vicios y deseos*, mas los que no se contentan con haber salido de pecado mortal, y quieren alcanzar perfecta victoria de sí mismos, venciendo las siete generaciones de enemigos que ocupan la tierra de promisión[25], hallan por experiencia que lo que en una palabra se dice, en muchos años se cumple. Mas el soberano Señor suele proveer a los tales con esperanza de perfecta salud, dándoles de cuando en cuando salud de alguna particular enfermedad. Y así leemos que el capitán Josué, habiendo vencido cinco reyes, dijo a los suyos (10, 24): *Poned los pies sobre los cuellos de aquestos reyes, y no queráis temer; mas confortaos y sed esforzados; porque como el Señor ha vencido a éstos, así hará a todos vuestros enemigos, contra los cuales peleáis*. Haced vos así; determinad de morir o vencer; porque si no salís con victoria de vuestras pasiones, no podréis pasar adelante en el ejercicio de

[25] *Siete generaciones*: esto es, siete pueblos o linajes que habitaban en Palestina a la llegada del Pueblo escogido, a saber: el Cananeo, Heteo, Heveo, Fereceo, Gergeseo, Jebuseo y Amorreo. [Véase *Jos*., 3, 10.]

la familiar conversación del Señor. Porque aquel dulcísimo sueño que con sosiego en sus brazos se duerme, no es razón que se dé sino a los que primero han peleado, y con trabajos vencido a sí mismos. Ni pueden gozar de ser templos quietos del pacífico Salomón, si primero no son labrados con golpes de mortificación de pasiones, y quebrantamiento de voluntad. Ni el humo, que las pasiones no mortificadas causan en el ánima, deja tener la vista tan clara como conviene para *mirar al Rey en su hermosura* (Is., 33, 17); ni dejan haber aquella pureza que ha menester el ánima para unirse con Dios, a modo de casta esposa, por un modo particular, secreto, y guardado para aquellos a quien el Señor lo quiere dar, después de haber trabajado muchos años y con mucho amor, como hizo Jacob por Raquel (*Gen.,* 29, 30).

CAPÍTULO 78

Que lo más excelente que habemos de meditar e imitar en la Pasión del Señor, es el amor con que por nosotros se ofreció al Eterno Padre.

Después de haber entrado en la primera sala exterior del templo del verdadero Salomón, que es considerar a Cristo en lo exterior, y después de haber, con el cuchillo de la divina palabra, sacrificado vuestras irracionales pasiones, que es oficio que se hacía en la sala del templo que se llamaba Santa, resta, si hemos de proseguir el camino, que procuremos de entrar en el Sancta Sanctorum, lugar más precioso, y fin de los otros lugares. Y si preguntáis cuál sea éste, dígoos que el Corazón de Jesucristo nuestro Señor, verdaderamente Santo de Santos. Porque así como Él no se contentó con padecer en lo de fuera, sino amando de corazón, así no debéis vos de parar en mirar e imitar lo que de fuera padece, si no entráis en su Corazón para mirarlo y para imitarlo. Y porque la entrada fuese más fácil, y lo que en su Corazón estaba encerrado más manifiesto, permitió Él que, después de muerto, aunque ya no sentía dolor, fuese abierto su Corazón sagrado, para que como por puerta abierta y llena de tanta admiración, los hombres se moviesen a entrarse por ella, como por cosa que se está convidando a mirar las hermosuras que contiene dentro de sí. Mas ¿quién las contará con la lengua, pues quien allá entra y las mira, no puede alcanzar cuan grandes son, y aun aquello que alcanza no lo puede decir?

San Juan dice, en figura de esto, que *se abrió el templo de Dios, y fue vista en él el Arca del Testamento* (*Apoc.,* 11, 19). Porque en el Corazón de Cristo está obrada la Ley de Dios y está guardado el maná del Pan celestial, y el amansamiento [aplacamiento (propiciatorio)] de Dios precioso y cumplido, significado en la cobertura de oro de la antigua Arca; y todo esto con tanta excelencia, que excede a todo lo que se puede pensar. David dice (*Ps.,* 39, 6): *Muchas maravillas hiciste, Señor Dios mío; y en tus pensamientos*, que para mí provecho tuviste, *no hay semejante a Ti*. Maravilloso es todo lo que Dios ha hecho, y más maravilloso lo que ha padecido; mas si miráredes a los pensamientos de su Corazón, que cuando padecía tenía, casi olvidada de todo lo otro, diréis con alto clamor de vuestra ánima: *¡Señor, no hay semejante a Ti!* Preguntadle, doncella, cuando le viéredes dejarse atar las manos y cuello, cuando le viéredes padecer bofetadas, espinas, clavos y muerte, que os haga merced de os decir por qué, siendo tan fuerte y tan poderoso, se deja tratar como flaco sin ninguna resistencia. Y responderos ha San Juan en su nombre (*Apoc.,* 1, 5): *Nos amó y nos lavó con su sangre de nuestros pecados*. Rumiad estas palabras, asentadlas en vuestro corazón, y paraos a pensar cuan excesivo y admirable amor es aquel que así arde en el Corazón, que hace pasar tales cosas de fuera. Decid entre vos misma: ¿Qué persona habría por quien yo, u otro como yo, tales cosas pasase sin pretender propio interés, sino por puro amor de la otra persona? Y veréis que padecer t*odo esto* que el Señor padeció, no es cosa que se debe buscar en otra persona: porque ninguna tendría para ello fuerzas. Mas pasar algo de lo que Él pasó, por ventura se podría hallar entre padres e hijos, o entre hermanos o amigos, o entre casados, o gente de esta manera; a la cual, o la necesidad o el parentesco o la amistad suele poner fuerzas, o para padecer o para morir, aunque muy pocas veces. Mas padecer por extraños y sin propio interés, y sin lo deber, y morir por puro amor, cosa es no vista.

Y si se viese, aunque fuese morir un esclavo por un rey, cuanto más precediendo a su muerte algunos azotes y tormentos de los muchos que el Señor padeció, hazaña sería por la cual el esclavo alcanzaría perdón, aunque muchas maldades hubiese hecho; y juzgarían todos que había merecido que el rey le hiciese mercedes, si en la otra vida se las pudiese dar. Y muchos días no se caería de la boca de los hombres tal hazaña, y aun el rey la contarla con mucha ternura y agradecimiento.

Pues volvamos esto al revés, que el rey muera después de haber sufrido muchos tormentos y graves deshonras por su esclavo, del cual no ha recibido servicio ninguno, antes graves ofensas, dignas de muy cruel

muerte; y que la causa de morir el rey sea por puro amor que a este esclavo tenía, cosa es ni vista ni oída, y de tan excesivo amor, que pondría en grandísimo espanto a los que lo oyesen, y que diese materia de predicar la bondad de aquel rey por muchos días y aun por toda la vida. Y sería tan admirable, tan nuevo y tan alto este amor, que algunos, de flaca virtud y de poco juicio, se escandalizasen, y no sintiesen de la tal obra como debían, diciendo ser demasía que la real Majestad, llena de toda virtud, diese su vida preciosa porque el mal esclavo viviese, mereciendo justísimamente la muerte. Y si aun, sobre esto, se añadiese al negocio, que aquel rey fuese tan sabio y tan poderoso, que con mucha facilidad, sin padecer nada y sin hacer a nadie injusticia, pudiese librar de la muerte a aquel su esclavo, y con todo esto quisiese encumbrar tanto su amor y darlo a entender, que quisiese pasar tales y tantas cosas cuales nunca nadie pasó, porque esto le estaba mejor al esclavo, cierto es que habría pocos ojos que pudiesen mirar a tan alto sol de amor abrasado. Y si alguno tuviese tan buen sentido, que sintiese de esta obra como debía sentir, maravilla sería, si de admirado y de espantado no saliese fuera de sí. Y si esto acaeciera a persona que no había recibido del rey este beneficio, sino de sólo pensar que se había hecho por otro, ¿qué se debe creer que obraría en el corazón del esclavo por quien el rey había muerto, si algún juicio tuviese? ¿No os parece que tal golpe de tal amor lo despertaría, lo mudaría y lo cautivaría tanto del amor de aquel rey, que ni pudiese callar sus alabanzas, ni acordarse de Él sino con lágrimas, ni ocuparse en otra cosa que en amar y agradar a su rey, padeciendo por él todo lo posible?

¿Habéis entendido aquesta parábola, que nunca en el mundo se ha puesto por obra? Pues sabed que lo que los reyes de la tierra no han hecho, lo hizo el Rey celestial, Jesucristo, del cual dice San Juan (*Apoc.,* 19, 16), que *traía escrito en su muslo: Rey de los reyes y Señor de señores*; porque aun por la parte que es hombre y tiene humana naturaleza —significada en el muslo—, es tanta su alteza, que excede a todos los señores y reyes criados, no sólo los que hay en este mundo, mas en el Cielo, *teniendo nombre sobre todo nombre* (*Filp*., 2, 9) y alteza y señorío sobre todos los altos hombres y ángeles, chicos y grandes. Mirad esta alteza, a la cual no hay igual, y bajad vuestros ojos a mirar la bajeza de los esclavos por quien padece, y veréis que, como dice San Pablo (*Rom.,* 5, 6), somos flacos y pecadores y traidores contra Dios, y enemigos suyos. Los cuales títulos son de tanta deshonra y bajeza, que ponen al hombre en el lugar y precio más vil que en todo lo criado hay; pues que no hay cosa tan baja como el ser malo; y ninguna cosa hay mala sino el pecador, por ser pecador.

Cotejando, pues, estos extremos tan diferentes de tan alto Rey y tan malos esclavos, mirad ahora lo mucho que Él a ellos amó; andad acá al Corazón del Señor, y si tenéis ojos de águila, aquí los habréis menester, y aun no os bastarán para mirar el resplandeciente y encumbrado amor que aquella santísima ánima tiene en tanto grado, que aun aquellos más altos ángeles del Cielo, que porque aman mucho, tienen por nombre Serafines, que quiere decir *encendidos*; si vinieran al monte Calvario al tiempo que el Señor padecía, se admiraran de su excesivo amor, en cuya comparación el amor de ellos era tibieza. Porque así como aquella sacratísima Anima tiene la mayor alteza y honra que nadie puede tener en cielos ni en tierra, porque en siendo criada, luego fue unida a la Persona del Verbo de Dios; así *le fue infundido el Espíritu Santo sin medida ninguna* (*Jn.,* 3, 34), y le fue dada tal gracia y amor, que ni ellos pueden más crecer, ni en el Anima puede más caber. De manera, que con mucha razón conviene a esta santísima Anima lo que está escrito (*Cant.,* 2, 4): *Metióme el Rey en la bodega del vino, y ordenó en mí la caridad*; o según otra letra: *Puso sobre mí su bandera de amor*. Porque como esta Anima, en siendo criada, luego vio claramente la divina esencia, y la amó fortísimamente, *fue puesta sobre ella la bandera del amor* santo, para dar a entender que ella fue la más vencida de amor que hombre ni ángel en el Cielo ni en [la] tierra. Y porque en la guerra del amor de Dios, quien es más vencido es más dichoso, más digno y más esforzado, lleva esta benditísima Anima *la bandera del amor*, para que sepan todos los que quisieren amar en el Cielo y en la tierra, que a este Señor han de seguir para saberlo hacer, como discípulos a maestro, y como soldados a su capitán; pues a todos excede en el amar, como les excede en el señorío.

Y pues tal fuego de amor estaba metido en lo más dentro de aquella sacratísima Anima, no es mucho que salga la llama de fuera, y que abrase y queme las vestiduras, que son su sacratísimo Cuerpo, lleno de tales tormentos, que dan testimonio del amor interior. Porque escrito está (*Prov.,* 6, 27): *¿Quién pueda tener el fuego en el seno, que no se le quemen las vestiduras?* Y cuando de fuera le viéredes que le atan las manos con crueles cordeles, entended que está preso de dentro con lazos de amor, tanto más fuertes que los de fuera, cuanto exceden cadenas de hierro a hilos de estopa. Este amor, éste, fue el que le enflaqueció, venció y prendió, y le trajo de juez en juez, y de tormento de azotes a tormento de crueles espinas, y le puso la cruz encima, y lo llevó al monte Calvario, donde Él fue puesto encima de ella, y tendió sus brazos para ser crucificado, en señal que tenía su Corazón abierto con amor, tan extendido

para con todos, que del centro de su Corazón salían resplandecientes y poderosos rayos de amor, que iban a parar a cada uno de los hombres pasados, presentes y por venir, ofreciendo su vida por el bien de ellos. Y si de fuera lleva el gran Sacerdote escritos los nombres de los doce hijos de Israel sobre sus hombros y también en su pecho (*Ex.,* 28, 21), muy mejor los lleva el nuestro encima sus hombros, padeciendo por los hombres, y los tiene escritos en su Corazón. Porque los ama tan de verdad, que si el primer Adán los vendió por una manzana, [y,] ellos se venden por cosas muy viles, queriéndose, mal, por amar la maldad; este Señor amoroso los precia y ama tanto, que por los rescatar de cautiverio tan miserable, se dio Él en precio por ellos, en testimonio que los ama más que ellos se aman a sí, ni que nadie los ama.

CAPÍTULO 79

Del abrasado amor con que Jesucristo amaba a Dios y a los hombres por Dios; del cual amor, como de fuente, nació lo mucho que exteriormente padeció; y que fue mucho más lo que padeció en lo interior.

Si el corazón del hombre es tan malo, como Jeremías (17, 10) dice, que *no hay quien lo pueda escudriñar sino Dios*, y cuanto más se cava en la pared de él, se descubren mayores abominaciones, como fue mostrado en figura a Ezequiel (8, 9), ¿con cuánta más razón podremos decir que el Corazón de Jesucristo nuestro Señor, por ser más bueno que los otros son malos, no habrá quien del todo lo pueda escudriñar, sino el mismo Señor, cuyo es? Cosa es digna de admiración, y que debe bastar para robarnos el ánima y cautivarnos de Dios, el excesivo amor de su Corazón, que se manifestó en padecer muerte y Pasión por nosotros, según hemos dicho. Mas si con lumbre del Cielo caváis más, y escudriñáis este relicario de Dios, lleno de inefables secretos, veréis dentro de él tales efectos de amor, que nos pongan en mayor admiración que lo que de fuera pasó. Para lo cual os debéis de acordar que en la villa de Bethsaida, curando el Señor a un hombre sordo, dice el Evangelio que *alzó el Señor sus sagrados ojos al cielo, y gimió* (*Mc.,* 7, 34), y tras esto curó al enfermo. Aquel gemido que de fuera sonó, uno era, y en breve tiempo se pasaría; mas fue testimonio de

otro gemido, y gemidos entrañables, y que le duraron, no por un rato breve, sino por meses y años.

Porque habéis de saber, que en siendo criada aquella santísima Anima, e infundida en su cuerpo en el vientre virginal de nuestra Señora, luego vio tan claramente como ahora la divina Esencia, que por su alteza es llamada *Cielo* con mucha razón. Y en viéndola, juzgó ser digna de toda honra y servicio; y así se lo deseó, con inefables fuerzas de amor que le fueron dadas para amar. Y aunque la ley ordinaria del que ve a Dios claramente sea ésta, que sea bienaventurada en cuerpo y en ánima, y ninguna pena pueda tener; mas porque nosotros pudiésemos ser rescatados por los preciosos trabajos de este Señor, fue ordenado que la bienaventuranza y gozo se quedase en la parte superior de su Anima, y que no redundase en la interior, ni en el cuerpo; renunciando lo que justamente le era debido de gozo, por aceptar y sufrir las penas que nosotros debíamos.

Y si aquella santísima Anima, que alzó los ojos de su entendimiento al Cielo de la Divinidad, no tuviera otra cosa que mirar sino a Ella, no hubiera de qué tomar pena, pues es Dios tal bien, que de su vista no puede venir sino amor y gozo. Mas como también vio todas, las ofensas que los hombres habían hecho contra Dios desde el principio del mundo, y las que se habían de hacer hasta el fin de él, fue tan entrañable su dolor de ver ofendido aquel *Cielo* de la divina Majestad, cuan grande el deseo que tenía de verla servida. Y como no hay quien pueda alcanzar la grandeza de este deseo, tampoco hay quien pueda alcanzar la grandeza de aquel su dolor. Porque el Espíritu Santo, que *le fue dado sin medida* (*Jn.,* 3, 34), que es figurado en el fuego, la abrasaba con grandísimo amor para amar a Dios; y el mismo Espíritu Santo, figurado en paloma, le hacía amargamente gemir, por ver ofendido al que inefablemente amaba.

Mas para que veáis cómo este cuchillo de dolor, que atravesaba el Corazón del Señor, no le hería por sola una parte, mas que era de entrambas partes agudo y muy lastimero, acordaos que el mismo Señor, *mirando al Cielo gimió y lloró sobre Lázaro* (*Jn.,* 11, 35), *y sobre Jerusalén* (*Lc.,* 19, 41). Y como San Ambrosio dice: «No es de maravillar que se duela de todos quien por uno lloró.» De manera,: que ver a Dios ofendido, ya los hombres perdidos por el pecado, era cuchillo de dos filos que entrañablemente lastimaba su Corazón, por el inestimable amor que a Él tenía por Sí y a los hombres por Él, deseando la satisfacción de la honra divina y el remedio de los hombres, aunque fuese muy a su costa. ¡Oh

Jesús benditísimo!, que verte de fuera atormentado quiebra el corazón del cristiano, y verte de dentro quebrantado con algunos dolores, ni hay vista ni fuerza que lo pueda llevar. Tres clavos, Señor, rompieron tus manos y pies con graves dolores; setenta y tantas espinas se dice que penetraron tu divina cabeza; tus bofetadas e injurias muy muchas fueron; y de los azotes que recibió tu delicadísimo cuerpo, se dice que pasaron de cinco mil. Por lo cual, y por otras muchas penas que en tu Pasión concurrieron, tan graves, que otro que Tú que las pasaste no las alcanza, fue dicho en tu persona mucho tiempo antes (*Thren*., 1, 12): *Todos los que pasáis por el camino, atended y mirad si hay dolor igual al mío*. Y con todo esto, Tú, cuyo amor no tenía tasa, buscaste y hallaste invenciones nuevas para traer y sentir dentro de Ti dolores que excediesen en número a los clavos, azotes y tormentos que de fuera pasaste, y durasen más tiempo y fuesen más agudos para te herir. Isaías (53, 6) dice: *Cada uno de nosotros se perdió por su camino, y el Señor puso sobre su Mesías los pecados de todos nosotros*. Y esta sentencia tan rigurosa de la divina justicia, tu amor, Señor, la hubo por buena; y echaste sobre tus cuestas, y te hiciste cargo de todos los pecados, sin faltar uno, que todos los hombres hicieron, hacen y han de hacer desde el principio del mundo hasta que se acabe, para pagarlos Tú, Señor, amador nuestro, con dolores de tu Corazón.

¿Mas quién contará el número de tus dolores, pues tampoco hay quien cuente el número de nuestros pecados, que los causaron, sino Tú solo, Señor, que los pasaste, hecho por nosotros *varón de dolores*, y que *pruebas por experiencia trabajos?* (*Is*., 53, 3). Un solo nombre dice de sí que *tenía más pecados que cabellos en la cabeza* (*Ps.,* 39, 12). Y sobre esto, aun dice que le perdone Dios los otros pecados que tiene y no los conoce (*Ps.,* 18, 14). Pues si uno, que es David, tantos tiene, ¿quién contará los que tienen todos los hombres, muchos de los cuales hicieron más y mayores pecados que no David? ¡En cuánto trabajo te metiste, oh Cordero de Dios, para quitar los pecados del mundo!, en cuya persona fue dicho (*Ps.,* 21, 13): *Cercáronme muchos becerros; y los toros gruesos me rodearon: abrieron sobre mí su boca como león que brama y hace presa*. Mas aunque en el huerto de Getsemaní te fueron, Señor, a prender una capitanía de mil hombres del brazo seglar, sin la gente enviada por los Pontífices y fariseos, los cuales con mucha crueldad te cercaron y prendieron; mas a quien mirare la muchedumbre y grandeza de todos los pecados del mundo que han cercado tu Corazón, poca gente le parecerá la que aquella noche te fue a prender, en comparación de los que cercan a tu Corazón. ¡Qué vista, Señor, tan espantable! ¡Qué retablo tan feo, y para

dar tanta pena, traías delante de Ti, cercado de nuestros *grandes* pecados, significados por los *becerros*, y de los *muy grandes*, significados por los toros! ¿Quién contará, Señor, cuan feos pecados han acaecido en el mundo, que presentados delante tu inefable limpieza y santidad, te pondrían espanto, y como *toros* con bocas abiertas arremetían a Ti, pidiendo que Tú, Señor, pagases la pena que tanta maldad merecía? ¡Con cuánta razón se dice adelante (v. 15) que *fuiste derramado como agua, con tormentos de fuera, y tu Corazón fue derretido como cera*, con fuego de dolores de dentro! ¿Quién, Señor, dirá que puede más crecer el número de tus dolores, pues tan sin número son nuestros pecados?

CAPÍTULO 80

En que se prosigue la ternura del amor de Cristo para con los hombres, y lo que le causaba el interior dolor y cruz de su Corazón, que tuvo toda la vida.

De lo dicho se verá cuántos y cuan grandes fueron los dolores del Señor, pues fueron tantos y tan grandes los pecados nuestros que los causaban.

Mas si caváremos en lo más dentro del Corazón del Señor, hallaremos en él dolores por los pecados que los hombres han hecho, y dolores por los pecados que nunca hicieron. Porque así como el perdón de los unos cayó, Señor, sobre Ti, así la preservación de los otros te ha de costar dolores y muerte; pues que la gracia y los favores divinos que preservaron de pecar, a nadie se dio de balde, sino a costa de tus preciosos trabajos. De manera, Señor, que todos los hombres cargan de Ti, chicos y grandes, pasados, presentes y por venir; los que pecaron, y que no pecaron; y los que mucho y los que poco. Porque mirados todos en sí, eran *hijos de ira*, sin gracia de Dios, y desterrados del Cielo, inclinados a todo pecado. Y si han de recibir perdón, y han de recibir gracia, y evitar los pecados, y ser hijos de Dios, y gozar de Dios para siempre en el Cielo, todo. Señor, ha de ser a tu costa, pagando los males y comprando los bienes; y todo tan a tu costa, que vayan proporcionados los dolores, en número y en grandeza, con lo mucho que estas cosas valen; y aun ha de sobrepujar tu precio a lo que compras, para que así enseñes tu amor, y nuestra redención y consuelo sean más firmes.

¡Qué caro, Señor, te cuesta el nombre de *Padre del siglo que está por venir*, que Isaías (9, 6) te puso! Pues así como ningún hombre hay que, según la generación de la carne —que se llama *el primer siglo*—, no venga de Adán, así tampoco lo hay quien, según el ser de la gracia, no venga de Ti. Mas Adán fue mal *padre*, que por malos placeres mató a sí y a sus hijos; mas Tú, Señor, alcanzaste el nombre de *Padre* a costa de tus dolorosos gemidos, con los cuales, como leona que brama, diste vida a los que el primer padre mató. Aquél bebió la ponzoña que la víbora le dio, y fue hecho padre de víboras, pues engendró hijos pecadores; mas todos sus hijos, que mirados en sí mismos, son víboras ponzoñosas, se asieron, Señor, de tu Corazón, y te daban bocados de dolor nunca visto; y no solamente por tiempo de dieciocho horas que duró tu sagrada Pasión, mas por treinta y tres años enteros, desde veinticinco de marzo, que según hombre, fuiste concebido, hasta veinticinco de marzo, [que] perdiste la vida en la cruz.

Tú mismo te llamaste Madre, cuando dijiste hablando con Jerusalén: *¡Cuántas veces quise meter tus hijos debajo de mis alas, como la gallina, y tú no quisiste!* (*Mat*., 23, 37). Y para dar a entender que tu Corazón tiene amor particular y ternura, te comparaste con la gallina, que es la que particularmente pierde su frescura, y se aflige por lo que toca a sus hijos. Y no sólo eres como ella, mas sobrepujas a ella y a todas las madres, como Tú, Señor, dijiste por Isaías (49, 15): *¿Por ventura puédese olvidar la madre del niño que parió de su vientre? Pues si ella se olvidare, yo no me olvidaré de ti, porque te tengo escrita en mis manos, y tus muros están siempre delante de Mí*. ¿Quién, Señor, podrá escudriñar, por mucho que cave en tu Corazón, los inefables secretos de amor y dolor que están encerrados en Él? No te contentas. Señor, con tener amor fuerte, y padecer trabajos de padre; mas para que ningún regalo nos falte y ningún trabajo a Ti, quieres sernos madre en la ternura del amor, que les suele causar entrañable afección. Y aún más que madre, pues que de ninguna leemos que por acordarse siempre de su hijo, haya escrito algún libro, en el cual duros clavos sean la péndola, y sus propias manos sean el papel; y que hincándose en las manos, y traspasándolas, salga sangre en lugar de tinta, que con graves dolores dé testimonio del grande amor interior, que no deja poner en olvido lo que delante las manos traemos. Y si esto que en la cruz pasaste, enclavadas tus manos y pies, es cosa que excede a todo el amor de las madres, ¿quién contará aquel grande amor y grande dolor con que trajiste en el vientre de tu Corazón a todos los hombres, gimiendo sus pecados con gemidos de parto, no por una hora ni por un día, mas por todo

el tiempo de tu vida, que fue treinta y tres años, hasta que como otra Raquel (*Gen.,* 35, 18), moriste de parto en la cruz, para que naciese Benjamín vivo? Las víboras que dentro de Ti mismo traías, te daban, Señor, tales bocados, que te hicieron reventar en la cruz, para que a costa de tus dolores, las víboras se trocasen en simplicidad y mansedumbre de ovejas, que a trueque de tu muerte alcanzasen vida de gracia.

Cuan justamente, Señor, puedes llamar a los hombres, si miras lo que pasaste por ellos, *hijos de mi dolor*, como llamó Raquel a su hijo (*Gen.,* 35, 18); pues que el dolor que sus pecados te dieron, fue mayor que el deleite que ellos tomaron cuando pecaron. Y fue mayor tu humildad y quebrantamiento interior, que el desacato y soberbia que ellos tuvieron contra el Altísimo cuando le ofendieron, quebrantando sus leyes; para que de esta manera lo más venciese a lo menos, y tus dolores a nuestros pecados.

Más te dolieron, Señor, los pecados ajenos, que a ningún hombre dolieron los propios. Y si leemos de algunos que tanto arrepentimiento tuvieron de haber pecado que, no pudiendo caber en ellos tanto dolor, perdieron la vida, ¿qué dolores obró en Ti aquel amor sin medida que a Dios y a los hombres tuviste, pues que una centella de aqueste amor, infundido en los corazones de aquéllos, los apretó tanto que los hizo reventar como pólvora? De muchos leemos y sabemos, que por oír una nueva que les fuese muy penosa, perdieron la vida. Dinos Tú, Señor, por tu misericordia, ¿cómo tuviste fuerzas para sufrir aquella nueva tan triste, cuando de nuevo te fueron presentados todos los pecados de todos los hombres, amándolos mucho más que ningún hombre amó a otro, ni se amó a sí mismo; y siendo el mal que de ellos viste mayor —y conociéndolo Tú por tal—, que ningún otro mal que pueda venir? ¿Y cómo, Señor, tuviste fuerzas para ver a tu Divinidad ofendida, y vivir, pues que no tiene medida el amor que le tienes? ¡Y viviste, Señor, cuando oíste estas nuevas, y viviste con el dolor de ellas por toda tu vida! Mas si no te fueran dadas fuerzas particulares para sufrir tales dolores, obraran en Ti la muerte, que menores dolores obraron en otros. De manera, Señor, que no una muerte, mas muchas te debo.

Y aunque por estos dolores, que como Madre, por los hombres pasaste, puedes con mucha razón llamarles *hijos de mi dolor*, según hemos dicho; mas como también eres Padre, llámaslos *hijos de mi mano derecha*, como hizo Jacob (*Gen.,* 35, 18), porque en ellos se ejercita y manifiesta la grandeza de tu mano, que es tu poder, pues los sacas del pecado, y los

pones en tu gracia en este siglo; y en el día postrero los pondrás a Tu mano derecha, para que te acompañen en la gloria, sentados con grande reposo y seguridad, como Tú, Señor, lo estás a la mano derecha del Padre, dando por bien empleado todo lo que trabajaste con ellos.

CAPÍTULO 81

De otras provechosas consideraciones que se pueden sacar de la Pasión del Señor; y de otras meditaciones que de otras cosas se pueden tener; y de algunos avisos para, los que no fácilmente pueden seguir lo ya dicho.

Si bien habéis mirado lo que se os ha dicho acerca del misterio de la Pasión de Jesucristo nuestro Señor, sacaréis que habéis de mirar lo que de fuera padece [Cap. 76], y las virtudes de paciencia y humildad y semejantes a ellas que dentro tiene [Cap. 77], y especialmente su amoroso y compasivo Corazón, del cual todo lo otro procede [Caps. 78-80], y esforzaros a compadecer de todo lo que pasa el Señor, y a le imitar.

Mas tened entendido, que otras muchas consideraciones provechosas podéis tener acerca de la Pasión del Señor. Porque en ella podéis conocer, según en este destierro se sufre, cuan preciosa es la bienaventuranza, y cuan grandes los infernales tormentos, cuan preciosa la gracia, cuan dañoso y aborrecible el pecado, pues por comprarnos Cristo estos bienes y librarnos de estos males, siendo quien es, padeció tanto. Libro es en que podéis leer la inmensa bondad divinal, y la dulcedumbre de su amor, y también el admirable rigor de la divina justicia, que así castigó por pecados ajenos al mismo Juez.

Y porque tenía deseado y pensado de proseguir esta materia más largo, y pasar a la consideración de la Divinidad por el escalón de la santísima Anima de Jesucristo nuestro Señor, y mi poca salud no da lugar[26], no os digo más; porque lo que aquí escribo es lo postrero de este Tratado, salvo encomendaros la perseverancia de la meditación de esta sagrada Pasión. Porque aunque he visto a personas ejercitarse en ella años y años, sin gustar mucho de ella, mas perseverando, les ha pagado nuestro Señor lo que antes les había dilatado, que dieron por bien empleados los trabajos pasados con la paga presente.

---

[26] Suponemos que la *poca salud* se refiere al año 1557, en que ampliaba este libro, escrito hacia 1530. Lástima que no llegase a desarrollar este asunto.

También os aviso que hay otros ejercicios de meditación para caminar al Señor; así como la meditación de las criaturas y de los beneficios de Dios, y por vía del recogimiento del corazón que entiende en amar, que es el fin de todo pensamiento y de toda la Ley; y que como hay diversos ejercicios, hay diversas inclinaciones en los hombres, y es muy gran merced del Señor poner al hombre en aquello que le ha de ser provechoso; lo cual cada uno le debe pedir con mucha instancia, y procurar, por lo que en si siente, dando relación de ello a quien más sabe, de atinar con qué ejercicio le va mejor, porque aquél es el que debe seguir. Y también conviene avisar, que hay algunas personas tan ocupadas en cosas exteriores, que no se pueden dar, a lo menos con espacio, a ejercicios interiores, por lo cual reciben desconsolación y desabrimiento. Los cuales, si no pueden lícitamente dejar las tales ocupaciones, deben contentarse con el estado que el Señor les dio, y con diligencia y alegría cumplir con su obligación, y esforzarse lo que pudieren a tener presente a nuestro Señor, por cuyo amor hagan sus obras.

Y porque hay algunos que tienen una natural inquietud en el ánima, y del todo indevota y seca, que aunque mucho tiempo y cuidado gasten en el ejercicio interior, ninguna cosa aprovechan, es menester avisarles, que pues el Señor no les da espíritu de larga e interior oración, se contenten con rezar vocalmente a los pasos de la Pasión; y yendo rezando, piensen, aunque brevemente, en aquel mismo paso; y tengan alguna imagen devota a que miren, y lean libros devotos de la Pasión; porque muchas veces acaece, de estos escalones subir al ejercicio del pensar interior. Y si el Señor quisiere que no suban más, agradézcanselo por quererlos llevar por aquel camino.

Sepan también los escrupulosos y entristecidos, que no se contenta el Señor de que siempre anden pensando en los pecados que han hecho, sepultados en tristeza y desmayo, como Lázaro en el sepulcro; mas que es su voluntad, que tras la mortificación y penitencia que han hecho, por la cual tienen semejanza con su Pasión, tengan también consuelo con la esperanza del perdón, por la cual sean semejantes a su Resurrección; y que, pues han besado sus sacratísimos pies, llorando pecados, se levanten a besarle las manos por los beneficios recibidos, y caminen entre temor y esperanza, que es camino seguro.

Y concluyo con esto, con avisaros que, porque haya habido algunos que por ignorancia y soberbia han errado el camino de la oración, no toméis vos ocasión de la dejar: pues la ajena caída no nos debe apartar del

bien, mas entender con mayor cautela en nuestro negocio. Y más os debe esforzar para lo seguir el saber que Jesucristo nuestro Señor y sus Santos han caminado por él para nuestro ejemplo, que no desmayaros los pocos que lo han errado; pues por maravilla hay cosa buena, de la cual algunos no hayan usado mal.

CAPÍTULO 82

De cuan atentamente nos OYE y piadosamente nos MIRA el Señor, si le sabemos manifestar nuestras llagas con el dolor que se debe; y cuan pronto es a las sanar, y hacer otras muchas mercedes.

Tiene esto la gran bondad del Señor, que para que sus mandamientos y leyes sean de nosotros guardados, hácelos fáciles en sí, y más fáciles en querer Él mismo pasar por ellos. Hanos mandado, según hemos oído, que *le oigamos y miremos, y le inclinemos nuestra oreja*. Lo cual todo es muy justo y ligero; porque a tal Maestro, ¿quién no le oirá? A luz tan deleitable, ¿quién no se deleitará en mirar? A Sabiduría infinita, ¿quién no le inclinará su oreja?

Mas para que lo ligero sea más ligero, quiso Él pasar por esta ley que a nosotros pone, y la cumple con gran diligencia. *Él nos oye, Él nos ve, y nos inclina su oreja*, para que no digamos: No tengo quien mire por mí, ni quiera escuchar mis trabajos. Gran consuelo es para un desconsolado tener una persona que, a cualquier rato del día y de la noche, esté desocupada y de buena gana para oírle sus penas, y que esté siempre, sin faltar un momento, mirando a sus miserias y llagas, sin decir: ¡Cansado estoy de ver miserias, y asco me dan vuestras llagas! Y aunque esta tal persona fuese de muy duro corazón, querríamos que siempre nos oyese y nos viese; porque creeríamos que, dando siempre en su corazón la gotera de nuestros trabajos, que como por canal entra a él por las orejas y ojos, algún día cavaría en él y sacaría compasión; pues por duro que fuese, no sería tanto como piedra, la cual es cavada de la blanda gotera, aunque algún rato cese de dar. Y aunque supiésemos que esta tal persona ningún remedio nos podía dar para nuestros trabajos, nos consolaríamos mucho con sola la compasión que de nos tuviese. Pues si a esta tal persona debíamos mucho agradecimiento, ¿qué debemos a Dios nuestro Señor? Y ¿cuan alegres debemos de estar por tener sus orejas y ojos puestos en nuestros trabajos,

que ni un solo rato los aparta de nos? Y esto, no con dureza de corazón, mas con entrañable misericordia; y no con misericordia de corazón solamente, mas con entero poder para remediar nuestras penas. Bendito seas, Señor, para siempre, que no eres sordo ni ciego a nuestros trabajos, pues siempre los oyes y ves; ni cruel, pues se dice de Ti (*Ps.,* 102, 8): *Hacedor de misericordias, y misericordioso de corazón es el Señor, esperador y muy misericordioso*. Ni tampoco eres flaco, pues todos los males del mundo son flacos y pocos, comparados a tu infinito poder, que no tiene fin ni medida.

Leemos que en tiempos pasados concedió Dios una maravillosa victoria de sus enemigos al rey Ezequías (4 *Reg.,* 19, 35), el cual, según dicen algunos, no hizo al Señor, que le dio la victoria, aquellas gracias y cantares que se le debían y solían en semejantes mercedes hacer; por lo cual Dios le hizo enfermar, y tan gravemente, que ningún remedio por naturaleza tenía. Y porque con falsa esperanza de vivir no se olvidase de poner cobro a su ánima, fue a él el Profeta Isaías (38, 1) y díjole, por mandado de Dios: *Esto dice el Señor: Ordena tu casa, porque sábete que morirás y no vivirás*. Con las cuales palabras atemorizado el rey Ezequías, vuelve su cara a la pared, y lloró con gran lloro, pidiendo al Señor misericordia. Consideraba cuan justamente merecía la muerte, pues no fue agradecido al que le había dado la vida; y miraba la sentencia de Dios ya contra él dada, que decía: *No vivirás*. No hallaba otro superior que Aquel que la dio, para pedir que se revocase; y aunque lo hubiera, no tuviera buen pleito, pues al desagradecido justamente se le quita lo que misericordiosamente, se le había dado. Veíase *en mitad de sus días*, y acabarse en él la generación real de David, porque moría sin hijos. Y allende de todo esto, era combatido de todos los pecados de su vida pasada, cuyo temor más suele penar a la hora postrera. Y con estas cosas estaba su corazón quebrantado con dolor, y turbado así como mar; y adondequiera que miraba, hallaba muchas causas de temor y tristeza. Mas entre tantos males, halló el buen rey remedio, y fue pedir medicina al que le había llagado, seguridad a quien le habla amedrentado, convertirse por arrepentimiento y esperanza, al mismo de quien por ensoberbecerse huyó. Y al mismo Juez pide que le sea abogado, y halla camino como apelar de Dios, no para otro más alto, mas apela del justo para el misericordioso. Y las razones que alega son acusarse, y la retórica son sollozos y lágrimas. Y puede tanto con estas armas en la audiencia de la misericordia divina, que antes que el Santo Profeta Isaías, pregonero de la sentencia de muerte, saliese de la mitad de la sala del rey, *le dijo el Señor: Torna, y di al rey*

Ezequías, capitán de mi pueblo: Oí tu oración, y vi tus lágrimas; yo te concedo salud, y te añado otros quince años de vida; y libraré esta ciudad de mano de tus enemigos.

Señor, ¿qué es acuesto? ¿Tan presto metes tu espada en la vaina, y tornas la ira en misericordia? ¿Unas pocas de lágrimas, derramadas, no en templo, mas en el rincón de la cama, y no de ojos que miran al Cielo, mas a una pared, así te hacen tan presto revocar la sentencia que tu Majestad había dado y mandado notificar al culpado? ¿Qué es del sacar del proceso? ¿Qué es de las costas? ¿Qué es de los términos? ¿Qué es del presentar unos y otros testigos? ¿Qué es de tenerse por afrentado el juez, si le revocan la sentencia que dio?

Todo lo disimulas con el amor que nos tienes, por estar atento a nos hacer mercedes, y dices: *Oí tu oración, y vi tus lágrimas*. Todo término se te hace breve para librar al culpado. Porque ninguno deseó tanto alcanzar su perdón, cuanto Tú deseas darlo; y más descansas Tú con haber perdonado a los que deseas que vivan, que no el pecador con haber escapado de muerte. No guardas leyes ni dilaciones; mas las leyes serán que los que hubieren quebrantado todas tus leyes, quebranten su corazón con dolor de lo pasado, y propongan la enmienda de lo por venir, y tomen las saludables medicinas de tus Sacramentos, que en tu Iglesia dejaste, o tengan intento de las tomar. Y las dilaciones, *que en cualquier hora que el pecador gimiere sus pecados, no te acuerdes más de ellos* (*Ezech.,* 18, 22). Y porque los pecadores cobrasen ánimo para te pedir perdón de sus yerros, quisiste conceder a este rey más mercedes que él te pedía: quince años de vida, y librar su ciudad, y tornarse el sol diez horas atrás, en señal que al tercero día subiría el rey sano al templo, y con otras secretas mercedes que le hiciste Tú, benigno, que no dejarías venirnos males, sino para sacar de ellos mayores bienes, enseñando tu misericordia en nuestra miseria, tu bondad y perdón en nuestra maldad, y tu poder en nuestras flaquezas.

Tú, pues, pecador, quienquiera que seas, que estás amenazado por aquella sentencia de Dios que dice (*Ezech*., 18, 20): *El ánima que pecare, aquélla morirá*, no desmayes debajo la carga de tus grandes pecados, y del incomportable peso de la ira de Dios. Mas cobrando ánimo en las misericordias de Aquel *que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva* (*Ezech.,* 33, 11), humíllate, llorando, a Aquel que despreciaste pecando; y recibe el perdón de mano de aquel piadoso Padre, que tanta gana tiene de dártelo; y aun de te hacer mayores mercedes que antes, como hizo a este rey, al cual levantó sano del cuerpo y sano del

ánima, como él da gracias, diciendo: *Tú, Señor, libraste mi ánima que no se perdiese, y arrojaste mis pecados tras tus espaldas* (*Is*., 38, 17).

CAPÍTULO 83

De dos amenazas de que suele Dios usar, una absoluta y otra condicional; y de dos géneros de promesas, semejantes a las amenazas; y cómo nos habremos cuando sucedieren.

No os debéis turbar de que la palabra dicha a este rey: *Morirás y no vivirás*, no se cumplió. Habéis de saber, que algunas veces manda el Señor decir lo que Él tiene en su alto consejo y eterna voluntad determinado que sea; y aquello vendrá como se dice, sin falta ninguna. De esta manera mandó decir al rey Saúl (1 *Reg.,* 15, 23) que le había de desechar, y escoger en su lugar otro mejor. Y también amenazó al sacerdote Helí, y así lo cumplió (1 *Reg.,* 3, 13). Y de la misma manera amenazó al rey David que le había de matar el hijo que hubo del adulterio de Betsabee (2 *Reg.,* 12, 14); y por mucho que el rey pidió la vida para el niño con oraciones, ayunos y cilicio, no le fue concedido, porque tenía Dios determinado que el niño muriese.

Mas otras veces manda decir, no lo que Él tiene determinado de hacer, mas lo que hará, si no se enmienda el tal hombre. Y de esta manera envió a decir a la ciudad de Nínive que *de ahí en cuarenta días sería destruida* (*Jon*., 3, 4), y después por la penitencia de ellos revocó esta sentencia: porque Él no tenía determinado de los destruir, pues no lo hizo; mas envióles a decir lo que sus pecados merecían, y lo que les viniera por ellos, si no se enmendaran.

Y aunque de fuera parece mudanza decir: *Será destruida*, y no destruirla, mas en la alta voluntad de Dios no lo es, pues nunca la quiso determinadamente destruir. Que, como dice San Agustín: «Muda Dios la sentencia; mas no muda el consejo», el cual era de no destruirla, mediante la penitencia, a la cual les quería incitar con el temor de la amenaza. Y esto es lo que Él mismo dice por Jeremías (18, 7): *Súbitamente hablaré contra gentes y reinos que los he de destruir y arrancar; mas si aquella gente hiciere, penitencia de su maldad, haré Yo también penitencia del mal que les pensaba hacer. Y también hablaré súbitamente de gentes y reinos que los he de edificar y plantar; mas si hicieren maldad en mis ojos, no*

oyendo mi voz, haré Yo también penitencia del bien que dije que les había de hacer.

De lo cual se saca, que porque no sabemos cuándo lo que Dios nos envía a amenazar es determinación ultimada, o es sola amenaza, no debemos desesperar, ni dejar de pedir a su misericordia que revoque la sentencia que contra nos tiene dada, como hizo a este rey y a la ciudad de Nínive, y alcanzaron lo que pidieron. Y aunque David no lo alcanzó, no por eso pecó en orar al Señor revocase la sentencia dada; porque no le constaba si era determinación o amenaza. Y de la misma manera, si Dios nos prometiere de hacer alguna merced, no nos hemos de descuidar en servirle, con decir: Cédula tengo de palabra de Dios que a nadie engaña. Porque dice el Señor, *que si nos apartáremos de hacer lo que Él quiere, Él hará penitencia del bien que nos prometió*. No porque en Dios caiga arrepentimiento, pues no puede en Él caer mudanza; mas quiere decir, que así como uno que se arrepiente, torna a deshacer lo que había hecho, así Él deshará la sentencia del castigo que contra el hombre había dado, si él hace penitencia; y deshará el bien que tenía prometido, si el hombre se aparta de Dios.

CAPÍTULO 84

De lo que es el hombre de su cosecha, y de los grandes bienes que tenemos por Jesucristo nuestro Señor.

Tornando, pues, al propósito, bien claro parece cuan bien cumple Dios esta ley: *Oye y ve*, pues tan presto oyó la oración y vio las lágrimas de este rey, y lo consoló. Y no sólo a él, mas lo mismo hace con otros, como dice David (*Ps.,* 32, 16): *Los ojos del Señor están sobre los justos, y sus orejas en los ruegos de ellos; para librar sus ánimas de la muerte, y para mantenerlos en tiempo de hambre*.

Bien creo yo que os parece bien aquesta palabra; y también creo que os pone temor la condición con que se dice. Bienaventurada cosa es estar los ojos y orejas de Dios en nosotros; mas diréis: ¿Qué haré, que dice *a los justos*, y yo tengo pecados?

Así es, y así lo conoced por verdad. Porque si hombres hubiera que no tuvieran pecados, ¿quién era más razón que lo fueran, que los santos Apóstoles de Jesucristo nuestro Señor? Los cuales, así como fueron los

más cercanos a Él en la conversación corporal, así también lo fueron en la santidad, sin que nadie se igualase con ellos, si no es la bendita Madre de Dios, que iguala y excede a ellos y a Ángeles. Y aunque dice San Pablo (*Rom.,* 8, 23), en su persona y en la de los Apóstoles, que recibieron *las primicias del Espíritu Santo*, que quiere decir, mayor gracia y dones que otros hombres; mas con todo esto les mandó el Señor rezar la oración del *Pater noster*, en la cual decimos: *Perdónanos nuestras deudas* y culpas. Y como es oración de cada día, claro es que somos por ella amonestados que tenemos culpas, y que cada día cometemos alguna. Y por esto dijo San Juan (1 *Jn.,* 1, 8): *Si dijéremos que no tenemos pecado, nosotros nos engañamos, y la verdad no está en nosotros*. Pues si todos los hombres —sacando al que es Dios y Hombre y a la que es verdadera Madre de Él— tienen pecados, ¿para quién se dijeron las dichas palabras: *Los ojos del Señor sobre los justos, y sus orejas en los ruegos de ellos?*

Respondo, que no es Dios achacoso [quisquilloso], ni cumplidor con solas palabras, pues vemos que, como lo dice, así lo cumplió con el rey Ezequías, y con otros innumerables, a los cuales ha mirado y oído. Mas sabed, que aquel es *justo*, que no está en pecado mortal, pues está en gracia y amigo con Dios. De los cuales hay muchos, aunque tengan pecados veniales; de los cuales se entiende, que no hay quien con verdad pueda decir que está sin pecado.

Y para que agradezcáis la gracia y justicia a aquel Señor, por cuyos merecimientos se dan a los que para ello se aparejan, habéis de saber que los justos dos maneras tienen de bienes, unos de naturaleza y otros de gracia, aunque pese a Pelagio [hereje que negó la necesidad de la gracia; sus secuaces se llaman pelagianos], el cual dijo que el hombre es justo por las buenas obras que hace de su propia naturaleza, sin ser menester la gracia y virtud que nos son infundidas por Dios. El cual error está condenado por la Iglesia católica, que nos manda creer que de nuestra naturaleza somos pecadores por el pecado original, y por otros que de nuestra voluntad hacemos; y que en las buenas obras morales, que con solas fuerzas de naturaleza hacemos, no consiste la verdadera *justicia*. Por lo cual dice San Pablo (*Rom.,* 3, 10), *que ninguno es justo*, quiere decir, *de sí mismo*; porque de esta manera todos son pecadores *de sí*. Dada nos ha de ser la justicia, no la tenemos da nuestra cosecha; que el tenerla así, privilegio es de sólo Cristo, el cual no por otro, sino por Si, es verdadero justo, y en cuyas obras y muerte hay verdadera justicia. Porque si en nuestras propias obras de nuestra naturaleza consistiera la verdadera justicia, o por ellas mereciéramos que se nos diera, *en balde hubiera*

muerto Jesucristo, como dice San Pablo (*Gal.,* 2, 21), pues pudiéramos alcanzar sin su muerte lo que con ella Él nos ganó. El mismo Apóstol dice (1 *Cor.,* 1, 30) *que Cristo nos es hecho justicia*; y dícelo, porque en sus obras y muerte está el merecimiento de nuestra justicia. El cual merecimiento se nos comunica por la fe, y amor que es vida de ella, y por los Sacramentos de la Iglesia, según declaramos arriba (Cap. 44). Y así somos incorporados en Jesucristo, y se nos da el Espíritu Santo y su gracia, que infundida en nuestra ánima, somos por ella hechos hijos adoptivos de Dios y agradables a Él. Y también recibimos virtudes y dones para que podamos obrar conforme al alto ser de la gracia que nos fue dada. Con todo lo cual somos hechos verdaderamente justos delante los ojos de Dios, con propia justicia que en nosotros mora y está, distinta de aquella por la cual Cristo es justo.

Y de aquí viene, que aunque las buenas obras que antes hacíamos eran bajas y de imperfecta bondad, que ni consistía en ellas la verdadera justicia, ni tampoco la merecían alcanzar, por ser de nuestra propia cosecha; mas las que ya hacemos estando en estado de gracia, son de tan alto valor, que son obras verdaderamente justas, y que merecen acrecentamiento de la propia justicia, como dice San Juan (*Apoc.,* 22, 11): *El que es justo, sea hecho más justo*; y son dignas de alcanzar el reino de Dios, según está dicho por San Pablo (2 *Tim.,* 4, 8), *que le estaba guardada corona de justicia*.

Esta inefable merced, a Jesucristo nuestro Señor la debemos; mas no es ésta sola. Porque así como es ordenación divinal que ninguno alcance la gracia y justicia sino por merecimiento de este Señor, así lo es que ninguno de los que las tienen las pueda conservar ni acrecentar, si no estuviere arrimado a este Señor, como vivo miembro a su cabeza, y sarmiento con fruto a su vid, y edificio a su fundamento. Porque aunque, ganándoles gracia y justicia, les ganó derecho para merecer el reino de Dios, según se ha dicho, y también para alcanzar con la oración lo que bien pidieren, mas si de esto han de gozar y bien usar, no ha de ser como gente apartada, que hace bando o cabeza por sí, o como hombre que se tiene en sus propios pies, y que puede andar sin ayuda de nadie; arrimado ha de estar a esta bendita Cabeza, para que se le conserve la gracia, y le venga de ella una espiritual virtud, que preceda, y acompañe, y siga a las buenas obras que hiciere; sin la cual las tales buenas obras no podrán ser meritorias, como el Concilio Tridentino lo dice [Sess. 6, c. 4 y 5].

Y por esta manera, las oraciones que este tal justo hiciere serán dignas de las orejas de Dios, y de alcanzar lo que pide. *Salomón pidió a Dios* (2 *Paral*., 6, 20) que quien orase en el templo que él había hecho en la tierra, fuese desde el Cielo oído de Dios, concediéndole lo que pidiese. Y el verdadero y más excelente templo de Dios, Jesucristo nuestro Señor, en cuanto hombre, es; *en el cual*, como dice San Pablo (*Colos*., 2, 9), *mora corporalmente el cumplimiento de la Divinidad*. Quiere decir, que no mora solamente en Él por vía de gracia, como en los santos —hombres y ángeles —, mas por otra manera de mayor tomo y valor, que es por vía de la unión personal, por la cual la sacra Humanidad es levantada a tener dignidad de ser personada [tener personalidad, subsistir] en el Verbo de Dios, que es Persona divina. Este es el templo, por el cual dice David (*Ps.,* 17. 6) *Dios oyó mi voz desde su santo templo*. Y quien en éste diere voces de oración, movidas por el Espíritu de Él, arrimado a Él como miembro vivo, que pide socorro por los merecimientos de su cabeza, que es Jesucristo, este tal será oído justamente de Dios, como lo fue David, y todos los justos que han sido oídos. Mas la oración hecha fuera de este templo, sea hecha por quienquiera que sea, ronca es y profana, no digna de las orejas de Dios, pues que no siendo inspirada por Jesucristo, no lleva el sello real para ser conocida y tenida por justa, para alcanzar lo que pide. Y para que Cristo en el Cielo despache, como abogado nuestro, nuestras peticiones, es menester que en la tierra seamos sus miembros vivos, movidos a orar por Él. Porque aunque su misericordia es tanta, que muchas veces hace ser oídas las peticiones de sus miembros muertos, que son los que tienen la fe de su Iglesia, y no están en caridad, mas aquí hablamos de aquellas que tienen dignidad y merecimiento hechas en Cristo para alcanzar lo que piden.

Y conociendo nuestra madre la santa Iglesia esta necesidad, que de Cristo en nuestras oraciones tenemos, suele decir en fin de las suyas al celestial Padre: Concédenos esto «por Jesucristo nuestro Señor». La cual aprendió de su Esposo y Maestro, que dijo (*Jn.,* 16, 23): *Cualquier cosa que pidiéredes al Padre en mi nombre, dárosla ha*.

Gracias, Señor, se den a tu nombre, pues por Él somos oídos. Que no te contentas con ser nuestro medianero para merecernos la gracia que por Ti recibimos, ni con ser nuestra Cabeza, que nos enseña y mueve a orar por tu Espíritu, como conviene, mas también quieres ser Pontífice nuestro en el Cielo, para que representando a tu Padre la Humanidad sacra que tienes, y la Pasión que recibiste, alcances el efecto de lo que en la tierra pedimos, invocando tu nombre.

De manera, que así como dice el santo Evangelio (*Mt.,* 3, 16), *que siendo el Señor bautizado, se abrieron los cielos a Él*; porque, aunque muchos han entrado allá después de Él, a ninguno se le abren sino por causa de ÉI; así podemos decir que las entrañas de su Eterno Padre, que se abren para conceder nuestros ruegos, a Cristo se abren; y Él es el oído del Padre, pues que la gracia y favores con que somos oídos, por Él los tenemos. Que quitado esto aparte, como ninguno hay justo de sí, ninguno sería oído de sí. Y así como, por el grande amor que el Señor nos tuvo, tomó nuestros males por suyos, y los pagó con su vida y su muerte; y con el mismo amor que nos tiene, aunque ya está en el Cielo, si un chiquito suyo está desnudo o vestido, harto o hambriento, dice *que Él mismo lo está* (*Mt.,* 25, 40); así cuando nosotros oramos, Él ora en nosotros, como dice San Agustín; y cuando nosotros somos oídos de Dios, dice que Él es oído, por aquella inefable unión que hay entre Él y los suyos, significada por nombre de Esposo con su Esposa, y de Cabeza con su propio Cuerpo; al cual amó tanto, que aunque ordinariamente vemos que pone uno su brazo para recibir el golpe por salvar la cabeza, mas este bendito Señor, siendo Cabeza, se puso delante del golpe de la Justicia divina, y murió en la cruz por dar vida a su Cuerpo, que somos nosotros. Y después de habernos vivificado, mediante la penitencia y los Sacramentos, nos regala, defiende y mantiene como a cosa tan suya, que no se contenta con llamarnos siervos, amigos, hermanos o hijos, sino para enseñar más su amor y darnos más honra, nos pone su nombre. Porque por esta inefable unión de Cristo, cabeza, con la Iglesia, su cuerpo, Él y nosotros somos llamados un Cristo. Y este misterio dulcísimo, lleno de todo consuelo, nos da San Pablo a entender en las palabras que dijo (*Ephes.,* 1, 6): *Que el celestial Padre nos hizo agradables en su amado Hijo, y que fuimos criados en buenas obras en Jesucristo*. Y a los de Corinto dijo: *Vosotros estáis en Jesucristo*. El cual modo de hablar, por esta palabra: EN, nos da a entender esta unión de Cristo y su Iglesia. Y así lo dice el Señor por San Juan (15, 5): *Quien está en Mí y Yo en él, éste lleva mucho fruto; porque sin Mí ninguna cosa podéis hacer*.

Gracias, Señor, a tu amor y bondad, que con tu muerte nos diste la vida. Y también gracias a Ti, porque en tu vida guardas la nuestra, y nos tienes juntos contigo en este destierro, que si perseveramos en tu servicio nos llevarás contigo, y nos tendrás para siempre en el Cielo, donde Tú estás, según Tú lo dijiste (*Jn.,* 12, 26): *Donde Yo estoy, estará mi sirviente*.

CAPÍTULO 85

De cuan fuertemente clamó Cristo y clama siempre delante del Padre en nuestro favor; y con cuánta presteza OYE su Majestad los ruegos de los hombres, mediante este clamor de su Hijo, y les hace mercedes.

Ya podréis ver de lo dicho la mucha necesidad que tienen todos los hombres del favor de Jesucristo, para que sus oraciones sean oídas como agradables delante el acatamiento de Dios. Mas Él no así, porque de nadie tiene necesidad que hable por Él. Él es, y sólo Él es, cuya voz por sí misma es oída. Porque, como dice San Pablo: *Él puede llegar por Sí mismo a su Padre a rogar por nosotros*. También dice (*Hebr.,* 5, 7) que Cristo *en los días de la vida mortal que vivió, ofreciendo ruegos al Padre con clamor grande y lágrimas, fue oído por su reverencia*. Cristo pidió a su Padre que lo salvase de la muerte, no dejándolo permanecer en ella, mas resucitándolo a vida inmortal; y como lo pidió, de esa misma manera fue hecho. También *ofreció ruegos y lágrimas* a su Padre por nosotros muchas veces; los cuales, por salir de Corazón lleno de amor, se llaman *grande clamor*.

Mas aunque su amor, que le hacía clamar, siempre lo tuvo igualmente, pues con tanto amor nuestro andaba un camino, o derramaba una lágrima, con cuanto se puso en la cruz; mas mirando a lo exterior y al género de la obra, tanto mayor clamor fue el ofrecer su santísimo Cuerpo en la cruz por nosotros, que el ofrecer oraciones, cuanto va de padecer, y padecer muerte, a meditar o hablar. Acordaos de lo que dijo Dios a Caín (*Gen.,* 4, 10): *La voz de la sangre de tu hermano Abel clama a Mí desde la tierra*. Y también de lo que dijo San Pablo a los cristianos (*Hebr.,* 12, 24): *Llegado os habéis a un derramamiento de sangre, que clama mejor que la sangre de Abel*. Porque ésta daba clamores a la Justicia divina, pidiendo venganza contra Caín que la derramó; mas la sangre de Cristo derramada en la tierra, daba clamores a la Misericordia divina, pidiendo perdón. La de Abel pide ira, ésta blandura. La primera obra enojo, ésta reconciliación. La de Abel, venganza contra sólo Caín, ésta perdón para todos los malos que fueron y serán, con tal que ellos lo quieran recibir con el aparejo que deben; y aun para aquellos mismos que derramándola estaban. La sangre de Abel a ninguno pudo aprovechar, porque no tenía virtud de pagar los pecados de otros; mas la sangre de Cristo lavó los cielos y tierra y la mar,

como canta la Iglesia[27], y *sacó de las honduras del limbo a los que presos estaban*, como dice Zacarías, Profeta (Zacarías, 9, 10). Verdaderamente es grande el clamor de la sangre de Cristo pidiendo misericordia, pues hizo no ser oídas las voces de los pecados del mundo, que pedían venganza contra los que los hacen. Pensad, doncella, si un pecado sólo de Caín tales voces daba pidiendo venganza, ¿qué grita, qué voces y estruendo harán todos los pecados de todos los hombres pidiendo venganza a las orejas de la Justicia de Dios? Mas por mucho que clamen, clama más alto sin comparación la sangre de Cristo pidiendo perdón a las orejas de la Misericordia divina, y hace que no sean oídas, y queden muy bajas las voces de nuestros pecados, y que se haga Dios sordo a ellas. Porque más sin comparación le fue agradable la voz de Cristo, y su Pasión y muerte, que pedían perdón, que todos los pecados del mundo desagradables pidiendo venganza.

¿Qué pensáis que significaba aquel callar de Cristo, y hacerse *como sordo que no oía, y como mudo que no abre su boca* (*Ps.,* 37, 14), en el tiempo que era acusado? Por cierto, que pues los pecados, por boca de aquellos que a Cristo acusaron, daban voces, llenos de mentira, contra quien no les debía nada, y Él, pudiendo con justicia responder, calló, que es bien empleado, en pago de su atrevimiento, que al restante del mundo no puedan acusar los pecados, aunque tengan justicia, mas sean mudos, pues acusaron al que no tenía por qué. Y pues Él se hizo sordo, pudiendo responder, justo es que se haga sorda la divina Justicia, a la cual Cristo se ofreció por nosotros, aunque nosotros hayamos hecho cosas que piden venganza. Alegraos, esposa de Cristo, y alégrense todos los pecadores, si les pesa de corazón de haber pecado, y quieren tomar los remedios que en la Iglesia católica hay; que sordo está Dios a nuestros pecados para castigarlos, y muy atentas tiene sus orejas para hacernos mercedes. No temáis acusadores ni voces, aunque hayáis hecho por qué, pues que Cristo fue acusado, y con su callar hizo callar las voces de nuestros pecados.

Profetizado estaba (*Isai.,* 53, 7) *que había de callar como calla el cordero delante, quien lo trasquila*; mas mientras más callaba y sufría delante de los hombres, más altas voces daba delante la justicia divina, pagando por nos. Y estas voces *fueron oídas*, como dice San Pablo (*Hebr*.. 5, 7), *por su reverencia*. Quiere decir, que por la grande humildad y *reverencia* con que se humilló al Padre *hasta la muerte, y muerte de cruz* (*Phil.,* 2, 8), reverenciando en cuanto Hombre aquella sobreexcelente

[27] Terra, pontus, astra, mundus, quo lavantur flumine [*Himno... Pange lingua gloriosi Lauream...*)

Majestad divina, perdiendo la vida por honra de Ella, fue oído del Padre, del cual está escrito (*Ps.,* 101, 18): *Miró la oración de los humildes, y no despreció el ruego de ellos*. Pues ¿quién tan humilde como el bendito Señor, que dice (*Mt.,* 11, 29): *Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón?* Y por esto fue oído, según estaba profetizado en su persona (*Ps.,* 21. 25): *No quitó el Señor su faz de mí, y cuando clamé a Él, me oyó*. Y el mismo Señor dice en el Evangelio (*Jn.,* 11, 41): *Gracias te hago, Padre, que siempre me oyes*.

Y pues el Padre le oye, rogando por vos, y pues tan caro le costó a Él alcanzar la gracia con que seáis justo, para ser oído de Dios, procurad de ganarla si no la tenéis; y tenida, ejercitadla en ofrecer ruegos a Dios, pues *sus orejas están puestas en tales ruegos*. Y así como debemos de oír al Señor con el Profeta Samuel, diciendo (1 *Reg.,* 3, 10): *Habla, Señor, que tu siervo oye*, así nos dice el Señor: Habla, siervo, que tu Señor oye. Y así como dijimos que el oír nosotros a Dios no es solamente recibir el sonido de las palabras, mas creerlas y aplacernos en ellas, [y] ponerlas en obra, así las orejas del Señor están puestas por Cristo en nuestros ruegos, no para solamente oír lo que hablamos —que de esa manera también oye las blasfemias que de Él se dicen y le desplacen—, mas oye el Señor nuestros ruegos para cumplirlos. Y porque veáis cuánta verdad es que oye el Señor nuestros gemidos que le presentamos, oíd lo que dice el mismo Señor por Isaías (65): *Antes que llamen, Yo les oiré*.

¡Oh!, bendito sea tu callar, Señor, que de dentro y de fuera en el día de tu Pasión callaste: de fuera, no maldiciendo ni respondiendo; y en lo de dentro, no contradiciendo, mas aceptando con mucha paciencia los golpes, y voces y penas de tu Pasión, pues tanto hablaste en las orejas de Dios, que antes que hablemos seamos oídos. Y esto no es maravilla, porque, siendo nosotros nada. Tú nos hiciste; y antes que te lo supiésemos pedir, nos mantuviste en el vientre de nuestra madre y fuera de él; y antes que supiésemos conocer lo que tanto nos cumplía, nos diste adopción de hijos, y gracia del Espíritu Santo en el santo Bautismo; y antes que los pecados nos derribasen, Tú nos guardaste; y cuando caímos por nuestra culpa, Tú nos levantaste y buscaste sin buscarte nosotros; y lo que más es, antes que naciésemos, ya Tú habías muerto por nos y nos tienes aparejado tu Cielo. No es mucho que de quien tanto cuidado has tenido, antes que lo tuviesen de Ti, lo tengas en esto: y que viendo Tú lo que habíamos menester, nos lo des muchas veces, sin esperar a que nos cansemos en pedírtelo, pues Tú te cansaste tanto en pedirlo y ganarlo por nos.

¿Qué te daremos, ¡oh Jesús benditísimo!, por este callar que callaste delante de los que mal te querían y mal te hacían? ¿Y qué te daremos por estas voces tan altas y tan llenas de amor que por nosotros diste delante tu Padre? Pluguiese a Ti, por tu infinita bondad, nos hicieses merced de que tan callados estuviésemos al ofenderte, y al sufrir de buena gana lo que de nos quisieses hacer, como si fuésemos unos muertos; y estuviésemos tan vivos para dar voces de tus alabanzas, que ni nosotros, a quien redimiste, ni Cielos, ni tierra, ni debajo de tierra, con todo lo que en ella está, nunca cesásemos de, con todas nuestras fuerzas, cantar tus loores con grande alegría, y servirte con ferventísimo amor.

Y no te contentas, Señor, con tener tus orejas puestas a nuestros ruegos para oírnos con atenta presteza; mas como quien muy de verdad ama a otro, y se huelga de oírle hablar o cantar, así Tú, Señor, dices al ánima redimida por tu sangre (*Cant.*, 2, 14): *Enséñame tu faz; suene tu voz en mis orejas; porque tu voz es dulce, y tu faz mucho hermosa*. ¿Qué es esto, Señor, que dices? ¿Tú deseas oír a nosotros, y nuestra voz te es dulce? ¿Cómo te parece hermosa la faz, que de haberla afeado con muchos pecados, los cuales hicimos mirándolos Tú, habemos ahora vergüenza de alzarla a Ti? Verdaderamente, o merecemos mucho delante de Ti, o nos amas Tú mucho. Mas no te plega, Señor, no te plega que de tu buen tratamiento saquemos nosotros soberbia, pues que aquello con que te agradamos y bien parecemos, gracia tuya es, la cual Tú nos diste; y allende de esto, regalas y galardonas a los tuyos más copiosamente de lo que ellos merecen. Sea, pues, Señor, a Ti gloria, de quien todo nuestro bien nos viene, y en quien todo nuestro bien está; y sea a nosotros y en nosotros vergüenza por nuestra maldad e indignidad. Tú eres nuestro gozo, Tú eres nuestra gloria, en la cual nos gloriamos, no vanamente, mas con mucha razón y verdad. Porque grande honra es ser amados de Ti, y tan amados, que te entregaste a tormentos de cruz por nosotros; por lo cual nos vienen todos los bienes

CAPÍTULO 86

Del grande amor con que el Señor mira a los justos; y de lo mucho que desea comunicar a las criaturas, y destruir en nosotros los pecados; los cuales debemos nosotros mirar con aborrecimiento para que Dios los mire con misericordia.

Ya que habéis oído la presteza con que Dios oye los ruegos de los justos, resta que oigáis el amor grande con que los mira, para en todo cumplir el *oír* y *ver* que Él nos manda a nosotros. Los ojos del Señor, dice David (*Ps.,* 33, 16), *están sobre los justos, para librarlos de muerte; mas el rostro del Señor está sobre los malos, para echar a perder la memoria de ellos de sobre la tierra*. De donde parece que pone el Señor sus ojos sobre los justos, como el pastor sobre sus ovejas, para que no se le pierdan. Y también los pone sobre los malos, para que no se vayan sin el castigo que sus pecados merecen. Dos cosas hay en nosotros: una que hizo Dios, que es nuestro cuerpo y alma, y cuanto bien en ellos tenemos; otra que hicimos nosotros, que es el pecado. Si nosotros no añadiésemos mal sobre lo bueno que de Dios tenemos, no habría cosa en nosotros a la cual el Señor mirase con ojos airados, mas con ojos de amor; porque cualquiera causa naturalmente ama a su efecto. Mas ya que nosotros habemos afeado y destruido lo que el hermoso Dios bien había edificado, con todo eso aún nuestra maldad no impide a su sobrepujante bondad; la cual, por salvar lo bueno que crió, quiere destruir lo malo que nosotros hicimos. Porque si vemos que este sol corporal se comunica tan liberalmente, y anda convidando a quien le quisiere recibir; y a todos se da, cuando no le ponen impedimento; y si se le ponen, aun está como porfiando que se lo quiten; y si algún agujero o resquicio halla, por pequeño que sea, por allí se entra e hinche la casa de luz: ¿qué diremos de la suma Bondad divinal, que con tanta ansia y fuerza de amor anda rodeando sus criaturas para darse a ellas y henchirlas de calor, de vida, y de resplandores divinos? ¡Qué de ocasiones busca para hacernos bien a los hombres! Y a muchos por un pequeño servicio ha hecho no pequeñas mercedes. ¡Cuántos ruegos a los que de Él se apartan para que se tornen! ¡Cuántos abrazos a los que a Él vienen! ¡Qué buscar de perdidos! ¡Qué encaminar los errados! ¡Qué perdonar pecados sin darlos en rostro! ¡Qué gozo de dar salud a los hombres, dando a entender que más deseaba Él perdonar, que el errado ser salvo y perdonado!

Y por eso dice a los pecadores (*Ezech.,* 18, 31, 33, 11): *¿Por qué queréis morir? Sabed que Yo no quiero la muerte del pecador, mas que se convierta y viva; tornaos a Mí y viviréis*. Nuestra muerte es apartarnos de Dios, y por eso nuestro tornar a Él es vivir; a lo cual Dios nos convida, no poniendo sus ojos de ira de principal intento sobre su hechura, que somos nosotros, mas contra los pecados que hicimos nosotros. Estos quiere Dios destruir, si nosotros no lo impidiésemos; e impedímosle cuando amamos nuestros pecados, dando vida con nuestro amor a los que, siendo amados, nos matan. Y es tanta la gana que esta suma Bondad tiene de destruir nuestra maldad, para que su hechura no quede destruida, que cuando quiera que el hombre quisiere, y cuantas veces quisiere, y de cuantas maldades hubiere hecho, si hace penitencia. y pide al Señor que le perdone, está Él aparejado a nos recibir, perdonando lo que merecemos, sanando lo que enfermamos, enderezando lo que torcimos, y dándonos gracia para aborrecer lo que antes amábamos. Y de tal manera destruye nuestra maldad y la aparta de nosotros, que dice David (*Ps.,* 102, 12): *Cuanta distancia hay de donde el sol nace, hasta donde se pone, tanto alanzó Dios nuestros pecados de nosotros*.

Así, que el principio y primero *mirar* de los ojos de Dios no es contra el hombre que Él crió, mas contra el pecado que nosotros hicimos. Y si mira al hombre para lo echar a perder, es porque el hombre no le dejó ejecutar su ira contra los pecados que Dios quería destruir, mas quiso perseverar y dar vida a lo que a él mataba, y a Dios desagradaba. Y, por tanto, justo es que su muerte quede viva, y su vida siempre muera, pues que no quiso abrir la puerta al que, por amor y con amor, quería y podría matar a su muerte y darle vida.

Mas dirá alguno: ¿Qué remedio para que Dios no mire a mis pecados para me castigar, mas a su hechura para la salvar? Responde San Agustín con brevedad y verdad: «Míralos tú.» Quiere decir: Conócelos, y haz penitencia, y no los mirará Dios. Mas si tú los pones tras las espaldas, ponerlos ha Dios delante de su cara. Suplicaba David al Señor por sus pecados diciendo (*Ps.,* 50): *Habe* [ten]*, Señor, misericordia de mí, según la gran misericordia tuya*; y también le decía: *Aparta también, Señor, tu faz de mis pecados*. Mas veamos ¿qué alegó para alcanzar tan grande merced? Por cierto, no servicios que hubiese hecho. Porque bien sabía que si un siervo por muchos años sirviese a su señor con diligencia, y después le hace alguna traición digna de muerte, no se miraría a que le ha servido; porque si sirvió, era obligado a servir, y por eso no echó en deuda al señor; mas mírase a la traición que hizo, la cual era obligado a no hacer; y por

eso, con pagar lo que antes debía, no pudo pagar lo que hace ahora. Ni tampoco ofreció David sacrificios, porque bien sabía que *no se deleita Dios con animales encendidos* [holocaustos; (*Ps.,*50, 18)]. Mas éste, que ni en servicios pasados, ni en merecimientos presentes halló remedio, hallólo *en el corazón contrito y humillado*, y pide ser perdonado diciendo: *Porque yo conozco mi maldad, y mi pecado delante de mis ojos está siempre*. Admirable poder dio Dios a este mirar y gemir nuestros pecados, pues tras ellos se sigue el *mirarlos* Dios para deshacerlos; y convirtiendo nosotros nuestros ojos con dolor a lo que malamente hicimos, convierte los suyos para salvar y consolar lo que hizo.

CAPÍTULO 87

De los muchos y muy grandes bienes que vienen a los hombres por mirar el Eterno Padre a la faz de Jesucristo su Hijo.

Dirá alguno: ¿De dónde tanta fuerza a nuestro mirar y llorar, que así trae luego el mirar de Dios tras sí para perdonar? No, por cierto, de sí; porque por conocer el ladrón que ha hecho mal en hurtar, no por eso merece que se le perdone el castigo justo, aunque más y más llore. Mas viene de otra vista muy amigable y tan valerosa [de tanto valor, tan preciosa], que es causa y fuente de todo nuestro bien; ésta es de la que dice David (*Ps.,* 83, 10): *Defendedor nuestro, Dios: mira, mira, en la faz de tu Cristo*. Dos veces suplica que mire Dios, para darnos a entender con cuánto afecto habemos de mirar esto y cuan mucho nos importa alcanzarlo. Porque así como el mirar Dios a nosotros nos causa todos los bienes, así el mirar Dios a su Cristo trae a nos la vista de Dios. No penséis, doncella, que los agraciados y amorosos rayos de los ojos de Dios descienden derechamente de Él a nosotros cuando nos recibe en su gracia, o descienden a nosotros como a cosa apartada de Cristo cuando estamos en ella; porque si así lo pensáis, ciega estáis. Mas sabed que se enderezan a Cristo, y de allí a nosotros por Él y en Él. Y no dará el Señor una habla ni vista de amor a persona del mundo universo, si la viese apartada de Cristo; mas por Cristo mira a todos los que se quieren mirar y llorar, por malos que sean, para los perdonar; y en Cristo mira a los tales para conservarles y acrecentarles el bien recibido. El ser amado Cristo, es razón de ser recibidos en gracia nosotros. Y si Jesucristo de en medio saliese, ningún

amado ni agradable habría delante de los ojos de Dios, como arriba se dijo. Conoced, pues, doncella, la necesidad que tenéis siempre de Cristo, y sedle entrañablemente agradecida; porque el bien que tenéis no os vino de vos, sino por Cristo; y en Él os ha de ser conservado y acrecentado de Dios.

Y esto es lo que fue figurado en el principio del mundo, cuando el Justo Abel, pastor de ganados, ofreció a Dios sacrificio de su manada, el cual sacrificio fue acepto, como la Escritura dice (*Gen.,* 4, 4), *que miró el Señor a Abel y a sus dones*; y este mirarlo quiere decir que Abel le fue agradable, y por eso fueron agradables sus dones: y en señal del agradamiento invisible, envió Dios fuego visible que quemó el sacrificio. Lo cual es figura de nuestro justo y soberano Pastor, el cual dice de Sí (*Jn.,* 10, 11): *Yo soy buen Pastor*. Y también es Sacerdote; y, por consiguiente, como dice San Pablo (*Hebr.,* 5, 1), *ha de ofrecer dones y sacrificios a Dios*. ¿Mas qué ofrecerá que digno sea? No por cierto animales brutos; y muy menos hombres pecadores, porque éstos más son para provocar la ira de Dios, que para alcanzar misericordia. Y no sin causa mandaba Dios en la vieja Ley (*Lev*., 22, 19; *Deut.,* 15, 21) que el animal que se hubiese de ofrecer fuese macho y no hembra; que fuese de edad no chica ni grande; que no fuese cojo ni ciego, con otras condiciones muchas; sino para dar a entender que lo que se había de ofrecer para quitar los pecados no había de ser cosa que tuviese pecado. Y porque ninguno estaba sin él, no tenia este grande Sacerdote qué ofrecer por los pecados del mundo, sino a Sí mismo, haciendo Hostia al que es Sacerdote; y ofrecióse a Sí mismo, limpio, para limpiar a los sucios; justo, por justificar loa pecadores; agradable y amado, para que fuesen recibidos a gracia los que por sí mismos eran desamados y desagradables. Y valió tanto este sacrificio, así por Él, como por quien lo ofreció —que todo es uno—, que los que estuvimos apartados de Dios *como ovejas perdidas* (*Petr*., 2, 25) fuimos traídos, lavados, santificados y hechos dignos de ser ofrecidos a Dios. No porque nosotros tuviésemos de nuestra cosecha cosa digna para parecer bien a Dios, mas rociados con la sangre de este Pastor, y ataviados con la hermosura de su gracia y justicia, que por el Señor se dan, e incorporados en Él, somos lavados de nuestros pecados, mirados de Dios, y agradables a Él, como sacrificio ofrecido por este Sumo Sacerdote y Pastor. Lo cual dice San Pedro así (1 *Petr*., 3, 18): *Cristo una vez murió por nosotros, para que nos ofreciese a Dios, mortificados en la carne, y vivos en el espíritu*[28].

[28] El texto dice: *mortificado en la carne y vivificado en el espíritu*, refiriéndose a Cristo, no a nosotros.

Y así parece cómo nuestro Abel ofrece a Dios ofrenda de su manada; a la cual miró Dios, porque miró primero a su carísimo Hijo. Y así como acullá *vino fuego visible sobre el sacrificio* (3 *Reg.,* 18, 38), así también vino acá en figura de lenguas el día de Pentecostés; y esto, después que Cristo subió *a los Cielos, para aparecer a la faz de Dios por nosotros* (*Hebr.,* 9, 24). Porque entendamos que de aquel miramiento de los ojos de Dios a la faz de su Cristo, la cual, como dice Esther (15, 17), es llena de gracias, salió el fuego del Espíritu Santo, que abrasó los dones que este gran Pastor y Pontífice ofreció a su Padre, que fueron sus discípulos presentes y por venir.

Y así como Dios prometió a Noé que, cuando mucho lloviese, Él *miraría a su arco* que puso en las nubes *en señal de amistad* con los hombres, para no destruir la tierra por agua (*Gen.,* 9, 16); así mucho más mirando Dios a su Hijo puesto en la cruz, extendidos sus brazos a modo de arco, quita de su riguroso arco las flechas que ya quería arrojar; y en lugar de castigos, da abrazos, vencido más por este valeroso arco, que es Cristo, a hacer misericordia, que movido por nuestros pecados a nos castigar.

Y puesto que [aunque, a pesar de que] nosotros anduvimos errados, y vueltas las espaldas a la luz que es Dios, no queriendo mirarle, mas vivir en tinieblas de nuestros pecados, somos por este Pastor traídos en sus hombros; y por traernos Él, míranos el Señor, haciendo que lo miremos a Él. Y tiene tan especial cuidado de nos, que ni un momento quita sus ojos de nosotros, porque no nos perdamos, ¿De dónde pensáis que vino aquella amorosa palabra que Dios dice al pecador que se arrepiente de sus pecados (*Ps.,* 31, 8): *Yo te daré entendimiento; y te enseñaré en el camino que has de andar, y pondré sobre ti mis ojos*, sino de aquella, amorosa vista con que Dios miró a Jesucristo? El cual es sabiduría, que nos enseña el verdadero camino por donde vamos sin tropiezos; y el verdadero Pastor, por el cual, en cuanto hombre, somos mirados, y el cual en cuanto Dios, nos mira, quitándonos los peligros de delante en los cuales ve que hemos de caer; teniéndonos firmes en los que nos vienen, librándonos de los en que por nuestra culpa hemos caído, cuidando lo que nos cumple, aunque nosotros hacemos descuidos, acordándose de nuestro provecho, aun cuando nosotros nos olvidamos de su servicio, velándonos cuando dormimos, teniéndonos consigo cuando nos querríamos apartar, llamándonos cuando huimos, abrazándonos cuando venimos, siendo el postrero en deshacer la amistad, y el primero que ruega con ella, aunque ofendido, y teniendo en todo y por todo un tan vigilante y amoroso mirar por nosotros, que todo lo ordena a nuestro provecho. ¿Qué diremos a

tantas mercedes, sino hacer gracias a aquel verdadero Pastor, que, porque sus ovejas no anduviesen lejos de los ojos de Dios, ofreció su faz a tantas deshonras, para que mirándolo el Padre tan afligido y sin culpa, mirase a los culpados con ojos de misericordia, y para que traigamos nosotros en el corazón y en la boca: *Mira, Señor, en la faz de tu Cristo*, probando con experiencia que muy mejor *nos oye Dios y nos ve, y nos inclina su oreja*, que nosotros a Él?

CAPÍTULO 88

Cómo se ha de entender que Cristo es nuestra justicia, para que no vengamos a caer en algún error, pensando que no tienen los justos justicia distinta de aquella por la cual Jesucristo es justo.

Es tanta la cizaña que nuestro enemigo ha sembrado en los que le creen, que de las palabras de la divina Escritura que hablan de este dulcísimo misterio de Jesucristo nuestro Señor, y de los bienes que por Él y en Él poseemos, sacan perversos entendimientos [sentidos]; de los cuales he menester avisaros para que no incurráis en peligro.

No penséis que por llamarse Cristo nuestra justicia (1 *Cor.,* 1, 10), o por decir que somos hechos agradables en ti, o por semejantes palabras, no tengan los que están en gracia propia justicia en sí mismos, por la cual sean justos y agradables a Dios, distinta de aquella por la cual es justo Jesucristo nuestro Señor: porque creerlo así sería muy grave error[29]; el cual nace de no conocer el amor que Jesucristo nuestro Señor tiene a los que están en gracia; al cual no le consintieron sus amorosas entrañas, que siendo Él justo y lleno de bienes, dijera a sus justificados: Contentaos con que Yo tenga estos bienes, y tenedlos por vuestros en Mí, aunque en vosotros mismos os quedéis injustos, desnudos y pobres. Ninguna cabeza hubiera que tal cosa dijera a sus miembros vivos; ni esposo a su esposa, si mucho la amara; y menos lo dirá el celestial Esposo, que es dado por ejemplo a los otros para que a semejanza de Él, amen y traten a sus esposas. *Varones,* dice San Pablo (*Ephes.,* 5. 25) *amad a vuestras mujeres como Cristo amó a su Iglesia, y se entregó por ella para la santificar, limpiándola con el bautismo y palabra de vida*. Pues si la santifica, lava y

[29] Refuta el autor el error luterano que no reconocía justicia interior en los justos, sino sólo la justicia exterior de Cristo, imputada al justo por la fe

limpia, y aun con su propia sangre, que es la que da virtud a los Sacramentos para limpiar las ánimas por la gracia que dan, ¿cómo puede quedar injusta o sucia la que con tan eficacísima cosa es limpiada y lavada?

La cual limpieza había Dios prometido de dar en el tiempo de su Mesías, cuando dijo (*Ez*., 36, 25): *Derramaré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras suciedades*. Y el Señor, en el jueves de la cena (*Jn.,* 13, 10), dio testimonio que sus once discípulos estaban limpios, y no como quiera, sino que estaban del todo limpios. Porque las culpas veniales, que de algunas afecciones demasiadas se causan en el ánima, como el polvo que se pega a los pies, son quitadas por los remedios de los Sacramentos y buena disposición de quien los recibe, como son lavados los pies corporales con el agua corporal, como el Señor entonces hizo, lavando de fuera y lavando de dentro, dejándolos limpios de todo pecado, como San Juan da testimonio diciendo (1 *Jn.,* 1, 7): *La sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado*. A la cual llamó el Profeta Miqueas (7, 19), mucho antes que se derramase, mar en que se ahogan todos nuestros pecados, y dijo: *Arrojará Dios todos nuestros pecados en el profundo de la mar*. Pues si estos lugares de la Escritura, y otros muchos, dan testimonio que el hombre queda perdonado y limpiado de todo pecado, ¿quién habrá que ose decir que nunca un hombre viene a estar limpio de él?

Porque decir que se queda el pecado en el hombre según verdadera razón de pecado, y que, por amor de Jesucristo nuestro Señor, se le suelta al hombre la pena debida al tal pecado, no es cosa que basta a verificar [sacar verdaderas] las Escrituras, ni conveniente a la honra de Jesucristo. Porque como la pena debida al pecado sea menor mal para el hombre que la culpa del mismo pecado y la injusticia y fealdad causada por él, no se puede decir que Cristo *hace salvo a su pueblo de sus pecados* (*Mt.,* 1, 21), si quita con su merecimiento que no se imputen a pena, y no los quita cuanto a la culpa dando su gracia, ni alcanza limpieza para que el hombre, aborreciendo el pecado, guarde la ley de Dios. Y si bien se mira la divina Escritura, hallarse ha que cuando se da el perdón del pecado, se da con él *novedad de vida* (*Rom.,* 6. 4) *y corazón limpio, de nuevo criado*, como lo pedía David (*Ps.,* 50), según estaba profetizado (*Ez.,* 11, 19): *Yo os daré corazón nuevo, y espíritu nuevo pondré en medio de vosotros; y os quitaré el corazón de piedra, y os daré corazón de carne; y pondré mi Espíritu en medio de vosotros, y haré que andéis en mis mandamientos, y que guardéis y obréis mis juicios.* Esto promete Dios a los que primero había

dicho que *los había de limpiar de todas suciedades.* Y abajo dice: *Yo os salvaré de todas ellas* (36, 29); para dar claramente a entender, que el salvar de los pecados, no sólo es quitar la pena de ellos, mas dar limpieza interior, y tal corazón y gracia y espíritu, que baste a hacer guardar los mandamientos de Dios. San Juan dice (*Apoc.,* 3, 20), que dice el Señor: *Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno me abriere, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo*. Isaías (55, 1) convida de parte de Dios *a los hambrientos que vayan a comer, y a los sedientos a beber*. Por San Pablo (2 *Cor.,* 6, 17) dice el Señor: *Salid de en medio de los malos, y no toquéis cosa sucia; y Yo os recibiré, y os seré Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas*. En los cuales, y otros muchos lugares, parece claro que los bienes que con la justificación se dan son más y mejores que el no imputar Dios a pena el pecado, pues que se le da la gracia y la limpieza del corazón, y virtudes, y Espíritu del Señor, con que pueda guardar su Ley, y, por vía de hijo y de buenas obras, gozar de Dios para siempre. Y porque Cristo nos ganó estos bienes, juntamente con el perdón de la pena, se llama a boca llena *Salvador de pecados*. Y más por lo primero que por lo segundo, pues que nos libra de la culpa, y nos hace aborrecer el pecado, y nos alcanza la participación de Dios de presente, y derecho para lo poseer para siempre en el Cielo. En lo cual nos libra de mayor mal, y nos alcanza bienes de mayor peso, que el libertarnos de cualquier pena.

CAPÍTULO 89

Que en los justos no queda el pecado, sino que en ellos es destruida la culpa, y quedan ellos limpios, y como tales, agradables a Dios.

Posible es que llegue a tanto la ceguedad de algunos, que les parezca que no sólo basta el favor de Jesucristo para que a estos tales (en quien dicen que se queda el pecado), no sólo se les quite la pena, mas que, por estar incorporados en Jesucristo, que es muy amado del Padre, sean también ellos amados y agradables y limpios, porque Él lo es, aunque en ellos quede el pecado. Porque aun les parecerá que es honrar a Jesucristo sentir del amor que su Padre le tiene, tan altamente, que venza el aborrecimiento que tiene a los tales en quien queda el pecado.

Mas tal honra como ésta, del todo es contraria a su verdadera honra, y a la verdad de la Escritura divina. Ninguna honra es, por cierto, para un

juez que deje de castigar, o que quiera bien a algunos malos porque, viven con su hijo; porque se demuestra en ello que el hijo no es perfecto amador de la bondad, pues ama a los malos criados; y que el padre no es amador de justicia, pues sufre y ama a los que había de castigar, sin respeto de nadie. Los que han de ser criados agradables a Jesucristo nuestro Señor, no han de tener maldad de pecado mortal, pues que Él es cabeza que influye en ellos, como en miembros vivos, el influjo de su espíritu y gracia, con la cual viven vida ajena de pecado y semejante a la de Él. Porque espantable monstruo sería en lo corporal cabeza de hombre y cuerpo de animal bruto; y así lo sería en lo espiritual, que debajo de cabeza justa, limpia y llena de virtudes, hubiese miembros vivos contrarios a Él. Frescos están los sarmientos, y llenos de fruto, cuando están vivos en la vid; y por esta comparación quiso Cristo que entendiésemos qué tal están los suyos que están en gracia incorporados en Él (*Jn.,* 15, 5), porque están semejantes a Él, teniendo propios bienes que reciben de Él y por Él; para que así se cumpla lo que dice San Pablo (*Rom.,* 8, 29): *Que los que han de ser salvos, ordenó Dios que fuesen conformes a la imagen de su Hijo*. ¿Pues cómo puede haber semejanza entre cabeza que siempre guardó los mandamientos de su Padre, y entre miembros que, por muy perdonados y justificados que estén, están siempre quebrantando con entero quebrantamiento el primero y noveno mandamiento de Dios? Ni hay participación de bondad con maldad (2 *Cor.,* 6, 14), ni de Cristo con quien quebranta los mandamientos del Padre; pues Él predicó (*Mt.,* 7, 21): *No todo aquel que me llama Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, mas el que hiciere la voluntad de mí Padre*.

Y está tan lejos de la verdad que el favor de Cristo se entienda a que estén en gracia del Padre, ni de Él, los que quebrantan los mandamientos, que dice el mismo Señor (*Jn*., 15, 30): *Si guardáredes mis mandamientos, estaréis en mi amor; como yo guardé los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor*. ¿Pues quién habrá que espere que, quebrantando [los] mandamientos, sea amado del Padre por respeto de Jesucristo, pues que [Él] permanece en el amor del Padre guardando sus mandamientos? No será, cierto, amado el esclavo, sino por la vía que lo fue el Hijo; ni Él tendrá en su gracia y amor sino a quien guardare sus mandamientos, como claramente lo dijo en las palabras ya dichas. Y porque nadie en esto se engañase, habiendo dicho primero (*Jn.,* 15, 4): *Estad en Mí, y Yo en vosotros*, dijo después (v. 9): *Estad en mi amor*. Y para declarar que era estar en Él y en su amor, dijo (v. 7): *Si estuviéredes en Mí, y mis palabras estuvieren en vosotros, cualquiera cosa que quisiéredes pediréis, y os será*

cumplida. De manera, que quien quebranta sus palabras no piense que está en su amor, ni incorporado en su cuerpo como miembro vivo; porque fija está la sentencia de la divina Escritura, que dice (*Sap*., 14, 9): *Aborrecible es a Dios el malo, y su maldad*. Y para declarar el Señor cómo los suyos no son aborrecidos, sino amados en sí mismos, dijo a sus discípulos (*Jn.,* 16, 26): *No os digo ahora que rogaré al Padre par vosotros; porque el mismo Padre os ama, porque vosotros me amasteis a Mí, y creísteis que salí de Él*; como si dijese: «Poco ha que os dije (*Jn.,* 14. 16): Yo rogaré al Padre, y daros ha otro consolador. Mas no penséis que he de rogar por vosotros como acaece rogar uno a su amigo que dé algo a otros, con los cuales aquel rogado está mal; y lo que les da es solamente porque ama mucho al que se lo ruega; y quédanse los otros desamados y desagradables como antes se estaban. No es así acá, porque por haberme amado y creído, mi Padre os quiere bien, y le parecéis bien; y tenéis licencia, como gente amada con propio amor, y que tiene propia gracia y justicia, para entrar vosotros delante su acatamiento, y pedirle lo que habéis menester en mi nombre. Y lo que Yo por vosotros ruego es como por gente amada, a la cual el Padre hace mercedes porque Yo las pido, y porque para vosotros las pido.»

Tales son los que Jesucristo nuestro Señor tiene incorporados consigo como miembros vivos, que les alcanzó la gracia cuando no la tenían, con que agraden al Padre; y después de alcanzada, hagan obras que tengan condignidad [valor de condigno] para merecer la vida eterna, como galardón justo de tales servicios, y como herencia debida a los hijos. Y si os parece cosa desproporcionada a la humana bajeza hacer cosa que tenga igualdad de merecimiento con la alteza y eternidad del celestial reino, no miréis vos para esto al hombre a solas, sino honrado y acompañado con la celestial gracia que en su ánima le es infundida, y *hecho participante de la naturaleza divina*, como dice San Pedro (2 Petr., 1, 4). Y miradlo como a miembro vivo de Jesucristo nuestro Señor, que incorporado en Él, vive y obra por el espiritual influjo que le viene de Él, y participa de sus merecimientos. Las cuales cosas son tan altas, que tienen igualdad con las que se esperan, y son bastantes para que de los que así viven se pueda afirmar que cumplen la Ley de Dios; y lo que San Pablo pide a los Colosenses (1, 10) y Tesalonicenses (2 *Tes*., 1, 11), cuando les dice *que vivan dignamente de Dios*; a los cuales no les pidiera cosa tan alta, si no entendiera que con los favores ya dichos, la pudieran cumplir, y que era más obra de Dios que no de ellos. Porque luego el mismo Apóstol (*Colos*., 1, 12) da gracias a Dios porque *los hizo dignos de la ración de los Santos*

en lumbre; y cuál sea esta *ración*, declárALO Jeremías diciendo (Thr., 3. 24): *Mi ración es el Señor, y por eso lo esperaré*. Y David dice de Dios (*Ps.,* 72, 26): *Tú eres mi ración para siempre*. Digno es de esta ración quien la Ley de Dios cumple con las buenas obras ya dichas; y quien es hallado leal en las pruebas que Dios le envía, según está escrito (*Sap*., 3, 5): *Tentólos el Señor, y hallólos dignos de sí*. Y por lo uno y por lo otro está escrito (Sap., 10, 17) que *dará Dios el jornal de los trabajos de sus Santos*.

CAPÍTULO 90

Que el conceder en los justos perfecta limpieza de pecados por los merecimientos de Jesucristo, no sólo no disminuye su honra, antes la manifiesta mucho más.

No tenga nadie temor de atribuir la alteza de honra espiritual, y grandeza de espirituales riquezas, y perfecta limpieza de los pecados, a los que el celestial Padre justifica por merecimientos de Jesucristo nuestro Señor. Ni piense nadie que el ser ellos tales perjudica a la honra del mismo Señor. Porque como todo lo que ellos tienen les viene por Él, no sólo no disminuye la honra de Él ser ellos tan valerosos, mas aun la manifiestan y engrandecen; pues es claro que cuanto ellos más justos y más hermosos están, tanto más se manifiesta ser de gran valor los merecimientos de Aquel, que tanto bien alcanzó a los que de sí ni lo tenían ni lo merecían. La Escritura dice (*Prov.,* 14, 4): *Si el pesebre está lleno, manifiéstase la fortaleza del buey*; y es la razón, porque con su trabajo lo hinchió de mantenimiento. Y San Pablo dice a unos hombres, a los cuales había aprovechado con su doctrina y trabajos, *que ellos son* [*su*] *honra y corona delante el Señor* (1 *Tes*., 2, 20). Pues ¿cuánto más lo serán de Jesucristo nuestro Señor los que por Él son traídos a honra de hijos, y a riquezas de bienes; y tanto mayor cuanto los bienes fueren mayores?

No es el Señor como algunos, que les pesa o les place poco con la honra o virtud de sus criados, pareciéndoles que perjudica a la suya; o como las vanas mujeres, que huyen de acompañarse de criadas hermosas porque no obscurezcan la hermosura de ellas. *Caridad* tiene, cierto, Jesucristo nuestro Señor, y *que excede a todo nuestro conocimiento*, como dice San Pablo (*Efes.,* 3, 19), para tener nuestro bien por suyo; y porque

tuviésemos muchos bienes, perdió Él su dignísima vida en la cruz. Hijo natural es de Dios, y nosotros hijos adoptivos por Él; y siendo Él único Hijo, nos tomó por hermanos, dándonos su Dios por Dios, y su Padre por Padre, como Él lo dijo (*Jn.,* 20, 17): *Subo al Padre mío, y Padre vuestro; Dios mío, y Dios vuestro*. Y así como dice San Juan (1, 14), hablando del mismo Señor: *Vimos la honra de Él, como honra de Hijo unigénito*; y dice de Él, *que es lleno de gracia y de verdad*, así la honra y espirituales riquezas de los hijos adoptivos ha de ser como de hijos de un Padre, que es Dios.

Y si *la gracia y verdad fue hecha por Jesucristo*, como dice San Juan (1, 17), no fue para que en Él solo se quedasen, mas para que se derivasen en nosotros, y tomásemos del cumplimiento [plenitud, colmo] de Él, y en tanta abundancia, que le llama San Pablo (2 *Cor.,* 9, 15), don que no se puede contar a lo que de presente tenemos. Y para conocer las riquezas de la heredad que en compañía de Él esperamos gozar, ruega San Pablo a Dios (*Ephes.,* 1, 17), *que nos dé espíritu de sabiduría y de revelación*; porque aquel bien, mayor es de lo que nuestra razón puede alcanzar.

Gloria y gracia sean a Ti, Señor, para siempre, que así nos honraste y enriqueciste con los dones presentes, y nos consolaste con la esperanza de ser herederos de Dios, juntamente contigo; y que tuviste tanto amor con nosotros, que te movió, muy mejor que a Job (31, 17), *a que no comieses tu bocado de pan a solas, sino que comiese el huérfano de él*. Y así como el amor del Padre estuvo en Ti, y no estéril, mas lleno de muchos bienes, así Tú, Señor, queriéndonos hacer compañeros tuyos en esto, rogaste al Padre diciendo (*Jn.,* 17, 26): *Que el amor con que me amaste esté en ellos*; y con este amor, tales bienes, cuales uno (*Isa.,* 61, 10), por sí y por los que habían de gozar de estos bienes, dijo de esta manera: *Gozando me gozaré en el Señor, y regocijarse ha mi ánima en Dios; porque me vistió con vestiduras de salud, y me rodeó con vestidura de justicia; como a esposo hermoseado con corona, y esposa ataviada con sus atavíos*. La cual confesión, con otras semejantes que en la Escritura divina hay, de los bienes que por Jesucristo nos vienen, da ciertamente más honra a Jesucristo, que decir que ni la virtud de su sangre, ni de su gracia, ni sacramentos, ni infundirse el Espíritu Santo en un hombre, ni incorporarlo consigo, no son bastantes a quitar el pecado de un hombre, sino a hacer que no sea condenado por él. ¿Qué es esto, sino sentir mal de Dios Padre, que prometiendo enviar con su único Hijo remedio entero contra el pecado, y que en su tiempo *había de recibir fin el pecado* (*Dan.,* 9, 24), no cumple lo prometido, pues el Hijo venido, el pecado se queda aún en quien

participa del Hijo? ¿Cómo se puede cumplir la palabra que dice (*Ezech.,* 36, 25): *Derramare sobre vosotros agua limpia, y seréis limpios de todas vuestras suciedades*; si de verdad no me limpian en mí, sino échanme un manto limpio encima, diciéndome que se imputa por mía la justicia y limpieza de Jesucristo nuestro Señor? Lo cual, más es cubrir mi suciedad, que quitarla. Y quien esto dice, por el mismo caso niega ser el Mesías prometido en la Ley Jesucristo nuestro Señor; y debe esperar otro, que libre, no sólo de la condenación del pecado, mas del mismo pecado; pues es claro que el que de entrambas cosas librase, sería mejor Salvador que quien de la una.

A estos tales despeñaderos sube la ciega soberbia a quien la recibe.

CAPÍTULO 91

Cómo se han de entender algunos lugares de la Escritura en que se dice que Jesucristo es nuestra justicia, o cosas semejantes, para mayor declaración de los capítulos precedentes.

La manera que la divina Escritura tiene en decir (1 *Cor.,* 1, 30) que *Cristo nos es hecho sabiduría, justicia, santificación y redención*, no debe ser ocasión a nadie para pensar que los justos no tienen en sí propia justicia. Porque si por eso somos justos, porque Cristo es justo, y no por justicia que tengamos, también se dirá que no hay *sabiduría* en nosotros con que seamos sabios, ni *santificación*, ni *redención*. San Juan dice (1 *Jn.,* 2, 20, 27), *que la unción del Espíritu Santo, que enseña de todas las cosas, está en los justos*. San Pablo dice (1 *Cor.,* 6, 11): *Lavados estáis, santificados estáis*. Y San Pedro (1 *Petr*., 1, 18): *Redimidos estáis de vuestra vana conversación*. Pues como Cristo *no fue redimido*, pues no tuvo pecado, de [ahí] que esta *redención* ha de estar en nosotros, por la cual somos llamados *redimidos*, no obstante que la Escritura diga que *Cristo nos es hecho redención*. Porque en esto, y en las otras tres palabras, lo que quiere decir es que por su merecimiento nos son dadas aquestas cosas.

El Apóstol dice (*Colos*., 3, 4) *que Cristo es nuestra vida*; mas por esto no se sigue que los justos no viven, pues que dice el Señor (*Jn.,* 6, 58): *El que come a Mí, vive por Mí*. Y no tendría razón de hombre quien, por oír decir que Dios es hermosura de la rosa, o fortaleza del león, o cosas de

esta manera, negase tener estas criaturas hermosura y fortaleza distintas de las de Dios. La Escritura dice (*Deut.,* 30, 20): *Dios es vida tuya, y longuera de tus días*; el cual modo de hablar quiere decir que Dios es causa eficiente de estas cosas, y el que nos las da.

Ni tampoco debe ser tomada ocasión para el dicho error, de que la Escritura dice (2 *Cor.,* 5, 21) que *somos hechos justicia de Dios en Jesucristo*, y que (*Ephes.,* 1, 6) el Padre *nos hizo agradables en su amado hijo*, y cosas de esta manera. Porque este modo de hablar es para dar a entender, como arriba se dijo, el misterio de ser Cristo cabeza, y de ser los justos sus miembros vivos; los cuales están arrimados a Él, para que se conserve y acreciente el bien que han recibido. Porque si por este modo de hablar se hubiese de entender que los justos no tenían estos bienes en sí mismos, sino porque los tiene Jesucristo, ¿qué se podría responder a lo que dice San Pablo (*Rom.,* 3, 24): *Que son justificados los justos por la redención que está en Jesucristo?*, pues que, no habiendo en Él *cautiverio*, no hubo *redención*; y por esto ha de estar en los justificados, aunque ganada por el Señor.

El mismo Apóstol dice (*Rom.,* 8, 35): *¿Quién nos apartará del amor de Dios, que está en Jesucristo?* Mas por esto no se sigue que no está en nosotros, y muy dentro de nosotros; pues dice en otra parte (*Rom.,* 5, 5), *que el amor de Dios está derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos es dado*. Este mismo modo de hablar tiene, cuando dice (*Act.,* 17, 28), aun de los bienes naturales, que *en Dios vivimos, y nos movemos y somos*. Mas no habrá quien diga que no tenemos ser, y vida, y operaciones distintas de las de Dios.

Tiene la Escritura este modo de hablar, para dar a entender que ni tenemos el bien de nosotros, ni le podemos conservar en nosotros; y algunas veces dice que los tales bienes no son nuestros, ni los obramos nosotros; así como donde dice el Señor a sus discípulos (*Jn.,* 15, 16): *No me elegisteis vosotros, mas Yo os elegí*. Y en otra parte (*Mt.,* 10, 20): *No sois vosotros los que habláis, mas el Espíritu de vuestro Padre habla en vosotros*. Y porque no entendiese nadie que por esto el hombre no obraba bien y con libertad, dice en otras partes que hace el hombre aquel tal bien, sin hacer mención de que lo hace Dios. Yo os daré corazón nuevo, dice Dios en Ezequiel (36, 26), y dice a los hombres en el mismo Profeta (18, 31): *Haced para vosotros corazón nuevo*. San Pablo dice (*Rom.,* 9, 16), *que no es del que quiere, ni es del que corre*; y en otra parte (*Rom.,* 7, 15) dice: *Yo quiero el bien*: y (1 *Cor.,* 9, 26) *yo corro, y no como a cosa*

incierta. Y así en otras muchas partes, para dar a entender que el bien que tienen, lo tienen de Dios, y que en la buena obra concurren Dios y el hombre; mas que la gloria del uno y del otro se debe a Dios, pues todo el bien viene de Él. Y por esta manera de hablar dijo nuestro Señor (*Jn.,* 7, 16): *Mi doctrina no es mía, mas de Aquel que me envió*. Y así pudiera decir: Mis obras no son mías, mi justicia no es mía, mas de Aquel que me envió. Y quien por esta manera de hablar entendiese que el Señor no tenía en Sí mismo sabiduría y doctrina y los otros bienes, claramente se ve cuan gravemente se engañaría. *Mi doctrina no es mía*, quiere decir: No la tengo de Mí mismo, sino de mi Padre. Y así por semejantes palabras no se había de sacar que los justos no tienen en sí propia justicia, sino que no la tienen de sí.

Y de esta manera se concuerda lo que el Concilio Tridentino dice[30], que la justicia es nuestra, porque por ella, subyectada en nosotros, somos justificados; y lo que el Señor aquí dice, y en otra parte (*Jn.,* 14, 24): *La palabra que oísteis no es mía*. Porque aunque esté en nosotros, no la tenemos de nosotros, sino dada de la mano de Dios; y por eso se dice ser justicia *de Dios*.

CAPÍTULO 92

Que debemos grandemente huir la soberbia que se suele levantar de las buenas obras, viendo lo mucho que por ellas se merece; y de una doctrina de Cristo de que nos debemos aprovechar contra esta tentación.

Mucha diferencia va de saber una verdad a saber usar de ella como se debe usar. Porque lo primero sin lo segundo, no sólo no aprovecha, mas aun daña; pues como dice San Pablo (1 *Cor.,* 8, 2), *el que piensa que sabe algo, no ha sabido como debe saber*. Y dícelo, porque algunos cristianos sabían que lo sacrificado a ídolos se podía comer como lo que no era sacrificado; y usaron mal de aquesta ciencia, pues comían delante de aquellos que se escandalizaban de verlo comer.

Y heos dicho esto, porque no os contentéis con saber esta verdad, que los que están en gracia del Señor son justos y agradables, con propia gracia y justicia; y que el valor de sus buenas obras es tan alto, que merece que les crezca la gracia y se les dé la gloria; mas procuréis de poner esta verdad

[30] Sess., 6, *De justificatione*, cap.7, y Can. 11.

en su lugar, pues que hay gentes que usan mal de ella, o por más, o por menos. Los primeros corren peligro de soberbia, y los segundos de pereza y pusilanimidad. Muchos he visto que, por la gracia de Dios, en breve tiempo son libres de grandes males en que mucho tiempo estuvieron, y no son libres en muchos años de los peligros que por las buenas obras que hacen se les ofrecen. Acordaos que dice David (*Ps.,* 139, 6), *que le pusieron lazo los malos cerca de su camino*, y que también (*Ps.,* 141, 4) *lo pusieron en el mismo camino*. Porque no sólo pretenden nuestros enemigos sacarnos del buen camino, incitándonos a que hagamos mal, mas también lo ponen en el mismo camino de las buenas obras, incitándonos a que no usemos del bien como debemos, para que se verifique en nosotros lo que dice el Sabio (*Eccl.,* 5, 12): *Vi otro mal debajo del sol, riquezas allegadas para mal de su dueño*; porque a quien usa mal de la cosa, mejor sería no la tener.

Acaece a éstos, que mirando las buenas obras que hacen, y oyendo decir lo mucho que por ellas se merece, se les anda la cabeza alrededor con vanidad y altivo complacimiento, sin mirar las muchas faltas que en ellas hacen, y sin tenerlas por merced de Dios, como lo son, y sin procurar de pasar adelante, como gente de pequeño y liviano corazón, que con pocas cosas se satisface, siendo razón, como dice San Bernardo, «que, no estemos descuidados mirando lo que tenemos de las cosas de Dios, mas cuidadosos por alcanzar lo mucho que nos falta». Y hay algunos tan ciegos con ignorante soberbia, que aunque su lengua diga otra cosa, mas su corazón siente muy de verdad que por sus merecimientos, sin mirar que son gracia de Dios, está obligado a darles lo que piden y lo que esperan, por tan pura justicia, que si algo les niega, se quejan en su corazón teniéndose por agraviados, y que sirviendo tan bien, no se les hace justicia, negándoles algo.

No os mueva esta mala soberbia; que días ha que se queja Dios de ella en Isaías (58, 2) diciendo: *Pídenme juicios de justicia, y quiérense llegar a Dios y dicen: ¿Por qué ayunamos y no lo miraste, y humillamos nuestras ánimas y no lo aprobaste?* Y porque esta ponzoña tan peligrosa no entre en vuestra ánima, con otras que de ella se siguen, debéis de tomar aquella excelente doctrina que Jesucristo nuestro Señor dijo en San Lucas (17, 7) de esta manera: *¿Quién de vosotros tiene un siervo que ara o apacienta bueyes, que viniendo del campo, le diga: Luego vete a descansar; y no le diga: Aparéjame lo que he de cenar, y cíñete, y sírveme hasta que yo haya comido y bebido, y después comerás tú y beberás? ¿Por ventura agradece aquel señor a su siervo que hizo las cosas que le había*

mandado? Pienso que no. Pues así vosotros, cuando hubiéredes hecho todas las cosas que os son mandadas, decid: Siervos desaprovechados somos; lo que éramos obligados a hacer, hicimos. De las cuales palabras debéis sacar cuan provechoso sentimiento es para el cristiano tenerse por esclavo de Dios; pues el Señor nos mandó que así nos llamemos; y esto no con el corazón con que suele servir el esclavo, que es temor y no amor; porque de éste dice San Pablo (*Rom.,* 8, 15): *No recibisteis el espíritu de servidumbre otra vez en temor, mas recibisteis el espíritu de adopción de hijos de Dios, en el cual clamamos*, diciendo a Dios: *Padre, Padre*. Porque como San Agustín dice: La diferencia, en breve de la Ley vieja al Evangelio, es la que hay de temor a amor.

Y así, dejando aparte este *espíritu de servidumbre*, porque no es de *hijos de Dios*, y el *espíritu del temor*, por imperfecto —aunque no malo, pues es don de Dios temerle, aun por las penas—, entended por nombre de siervo a un hombre que se tiene por sujeto a Dios por más fuertes y justas obligaciones que ningún esclavo lo es de otro hombre, por muy caro que le haya costado. Y mirando a esto, todo lo que dentro de sí o fuera de sí hace de bien, todo lo hace para gloria y contentamiento de Dios, como un esclavo leal, que todo lo que gana lo da a su señor. *Item*, no es flojo ni descuidado en servir hoy, por haber servido muchos años pasados; ni se tiene por desobligado de hacer un servicio, porque ha hecho otro, como dice el Santo Evangelio; mas tiene de continuo una *hambre y sed de justicia* (*Mt.,* 5, 6), que todo lo hecho tiene por poco, mirando lo mucho que ha recibido, y lo mucho que merece el Señor a quien sirve. Y así cumple lo que dice San Pablo (*Philip.,* 3, 13), *que olvidando las cosas pasadas, se esfuerza a servir de nuevo en lo porvenir*. Y también entiende, que de lo que hace, por mucho que sea, ni le viene provecho a Dios, ni es Dios obligado a le agradecer a él lo que hace, mirando a las obras como a nacidas de solas nuestras fuerzas y natural, pues no le puede pagar aun lo que le debe. Y por esto dice el Santo Evangelio: *Cuando hubiéredes hecho todas las cosas que os fueren mandadas, decid: Siervos somos sin provecho; lo que debíamos hacer hicimos.* Sin provecho digo, para Dios; que para sí ganan la vida eterna, como se dirá en el capítulo siguiente.

Y de esta manera entendido el nombre de esclavo, veréis que es nombre de humildad, obediencia, diligencia y amor. El cual sentimiento tuvo la sagrada Virgen María cuando, enseñada por el Espíritu Santo, respondió (*Lc.,* 1, 39): *He aquí la esclava del Señor; sea hecho en Mí según tu palabra*. Su propia bajeza confiesa; su servicio y amor liberalmente ofrece, sin atribuirse a Sí misma otra honra ni otro interés,

mas de tener cuenta de servir como esclava en lo que el Señor le mandase para gloria de Él, todo lo cual sintió y dijo en llamarse nombre de *esclava*. De este mismo nombre se precia y se nombra San Pablo, cuando dice (*Rom.,* 1, 1): *Pablo, siervo de Jesucristo*. Y, finalmente, así lo han de sentir todos los que sirven a Dios, altos o bajos, si quieren que no se les torne en daño el servicio.

Aprovechaos, pues, vos, de esta verdad, y hallaréis gran remedio contra los peligros que de las buenas obras suelen nacer, no por naturaleza de ellas, sino por la imperfección de quien las hace. Y usad a decir con la boca y el corazón muchas veces: Esclava soy de Dios, por ser Dios quien es, y por mil cuentos de beneficios que de su mano he recibido; y por mucho que haga por Él, no le pagaré un paso que por mí dio hecho hombre, ni el menor de los tormentos que por mí pasó, ni un pecado que me ha perdonado, ni otro de que me haya librado, ni un propósito bueno que me ha dado para le servir, ni un día del Cielo que espero alcanzar. *Y menor soy*, como dijo Jacob (*Gen.,* 32, 10), *que cualquiera de las misericordias de Dios*. Y sí dice el Señor que los que hacen todo lo que les es mandado se deben humillar y decir: *Siervos somos sin provecho; lo que debíamos hacer hicimos*, ¿cuánto más me debo yo humillar, pues en tantas faltas caigo por ignorancia, o flaqueza o malicia? Esclava soy, y mala esclava, y no sirvo a Dios como puedo ni debo; y si a lo que yo merezco hubiese mirado, ya ha días que me hubiera enviado al infierno por los pecados que he hecho, y por otros muchos en que justamente me pudiera haber dejado caer.

Este, pues, sea el sentimiento que de vos tengáis, y éste sea el lugar donde os pongáis, pues de vuestra parte así lo merecéis. Y vuestro cuidado sea servir al Señor lo mejor que pudiéredes, sin echar de ver en ello, y sin pensar que por ello os debe Dios agradecimiento, *ni que podéis responder* a lo que debéis, *ni uno por mil*, como dice Job (9, 3). Y cuando oyéredes decir lo mucho que merecen las buenas obras, no alivianéis vuestro corazón, sino decid: «Merced tuya es, Señor; gracias sean dadas a Ti, que tal valor das a nuestros indignos servicios.» De manera, que siempre os quedéis en vuestro lugar de negligente e indigna esclava.

CAPÍTULO 93

Que allanado el hombre y humillado con lo ya dicho en el capítulo pasado, puede gozar de la grandeza que el Señor se dignó dar a las obras de los justos, con seguridad y hacimiento de gracias.

Asegurada, pues, vuestra ánima de los peligros ya dichos con este sentimiento que el Señor nos enseña, podréis gozar con seguridad de la grandeza y valor que el Señor da a los suyos; y lo bendeciréis, porque a los que son esclavos de naturaleza, les infunde Él su gracia, con la cual son hechos hijos adoptivos de Dios; *y sí hijos, herederos juntamente con Cristo*, como dice San Pablo (*Rom.,* 8, 16). Y porque los recibidos por hijos de Dios es razón que vivan y obren conforme a la condición de su Padre, dales el Señor el Espíritu Santo, y muchas virtudes y dones con que le puedan servir y cumplir su Ley y tenerle contento. Y aquellos cuyos servicios, por grandes que fuesen, mirados en sí, no subían de los tejados arriba, han ya bebido del agua de la gracia, que es tan poderosa, que *se les ha hecho una fuente en sus entrañas, que salta hasta la vida eterna* (*Jn.,* 4, 14); con el valor de la cual, las buenas obras, por pequeñas que sean, *suben hasta la vida eterna*, porque la merecen por las causas ya dichas.

Mirad lo que va de vos, mirándoos en vos, a vos mirándoos en Dios y en su gracia. De vos, sois una gran suma de deudas, y por mucho que hagáis, no sólo no podréis merecer la vida eterna, mas ni aun pagar lo que debéis. Mas en Dios y su gracia, el mismo servicio que sois obligada a hacer, os he recibido por merecimiento de la vida eterna. Y no siendo el Señor obligado a vos para agradeceros ni pagaros lo que por Él hiciéredes, ordena las cosas de tal arte, que las buenas obras de los suyos sean galardonadas con poseerlo a Él en el Cielo. Y aunque para hacerlo así no debe Dios nada a nadie por quien Él es, mas débelo *a Sí mismo*, cuya ordenación es muy justo y debido que se cumpla, y muy por entero. Glorificad, pues, a Dios por estas mercedes; y entended, que si Dios no hubiera sido misericordioso Padre a San Pablo en darle una vida llena de buenos merecimientos, no osara él decir (2 *Tim.,* 4, 8), ya que estaba cerca de su muerte, que *le había de dar corona de justicia el justo Juez*. Coronóle Dios por justicia, mas Él le dio primero los merecimientos de la gracia. Y así todo redunda en gloria de Dios: o de justo galardonador del bien hecho, o de misericordioso y primero dador del bien que hicimos. Lo cual ninguno debe negar, sino el que quiere privar a Dios de su honra.

Poneos, pues, en vuestro propio lugar, y teneos por digna de infierno y de todos los males, y por indigna del menor de los bienes. Y no desmayéis por aquella bajeza; mas hollada toda pusilanimidad, esperad en la misericordia de Dios, que pues os ha puesto en su camino, os esforzará en él para que lo llevéis adelante, hasta que cojáis en la vida eterna el fruto de las buenas obras que aquí por su gracia hicisteis.

CAPÍTULO 94

Que del amor que tenemos a nosotros mismos habemos de sacar el amor que debemos tener a los prójimos.

Pues ya habéis oído con qué ojos habéis de mirar a vos misma y a Cristo, resta —para cumplimiento de las palabras del Profeta, que os dice que veáis—, con qué ojos debéis de mirar a los prójimos; para que así de todas partes tengáis luz, y ningunas *tinieblas os hallen* (*Jn.,* 12, 25).

Y para esto habéis de notar que aquél mira bien a sus prójimos, que los mira con ojos que pasan por sí mismo, y que pasan por Cristo. Quiero decir, tiene un hombre trabajos cuanto a su cuerpo, o tristezas o ignorancias y flaquezas cuanto a su ánima. Claro es, que siente pena con el calor y frío, y le duele la enfermedad, y desea no ser desechado ni despreciado por sus flaquezas, mas sufrido y remediado y apiadado. Pues de esto que pasa en él, así en sentir los trabajos, como en desear el remedio de ellos, aprenda y conozca lo que el prójimo siente, pues es de la misma flaca naturaleza de él; y con aquella compasión le mire y remedie y le sufra, con que mira a sí mismo y desea ser remediado. Y así cumplirá lo que la Escritura dice (*Eccli.,* 31, 18): *De ti mismo entiende las cosas que son de tu prójimo*. Porque de otra manera, ¿qué cosa puede ser más abominable, que querer misericordia en sus yerros, y venganza contra los ajenos? ¿Querer que todos le sufran con mucha paciencia, pareciéndole sus yerros pequeños, y no querer él sufrir a nadie, haciendo de la pequeña *mota* del ajeno defecto una gran *viga*? Hombre que quiere que todos miren por él y le consuelen, y él ser desabrido y descuidado para con los otros, no merece llamarse hombre, pues no mira a los hombres con ojos humanos, que deben ser piadosos. La Escritura dice (*Prov.,* 20, 10): *Tener peso y peso, y medida y medida, abominación es delante de Dios*; para dar a entender, que quien tiene una medida grande para recibir, y otra pequeña

para dar, que es desagradable delante sus ojos. Y su castigo será, que pues él no mide a su prójimo con la misericordia que quiere que midan a él, que le mida Dios a él con la crueldad y estrecha medida con que él midió a su prójimo. Porque escrito está (*Mt*., 7, 2): *Con la medida que midiéredes seréis medidos*; y (*Jac.,* 2, 13): *Juicio sin misericordia será hecho al que no hiciere misericordia*.

Pues, doncella, en cualquier cosa que en vuestro prójimo viéredes, mirad qué es lo que vos sentís, o querríades que otros sintiesen de vos, si aquello os acaeciese; y con aquellos ojos que pasan por vos compadeceos de él, y remediadlo en cuánto pudiéredes; y seréis medida de Dios con esta piadosa medida que vos midiéredes, según su palabra (*Mt.,* 5, 7): *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia*. Y así habréis sacado conocimiento del prójimo de vuestro propio conocimiento, y seréis piadosa para con todos.

CAPÍTULO 95

Que del conocimiento del amor que Cristo nos tuvo habemos de sacar el amor que debemos tener a los prójimos.

Ahora mirad cómo lo habéis de sacar del conocimiento de Cristo.

Pensad con cuánta misericordia se hizo el Hijo de Dios hombre por amor de los hombres, y con cuánto cuidado procuró en toda su vida el bien de ellos; y con cuan excesivo amor y dolor ofreció en la cruz su vida por ellos. Y así como, mirándoos a vos, mirasteis a los prójimos con ojos humanos, así mirando a Cristo, lo miraréis con ojos cristianos; quiero, decir, con los ojos que Él los miró. Porque si Cristo en vos mora, *sentiréis* de las cosas *como Él sintió*, y veréis con cuánta razón sois obligada a sufrir y amar a los prójimos; a los cuales Él amó y estimó como la cabeza ama a su cuerpo, y el esposo a su esposa, y como hermano a hermanos, y como amoroso padre a sus hijos. Suplicad al Señor que os abra los ojos con que veáis el encendido fuego de amor que en su Corazón ardía cuando subió en la cruz por el bien de todos, chicos y grandes, buenos y malos, pasados, presentes y por venir, y por los mismos que le estaban crucificando. Y pensad que este amor no se le ha resfriado; mas si la primera muerte no bastara para nuestro remedie, con aquel amor muriera ahora, que entonces murió. Y como una sola vez se ofreció al Padre en la cruz corporalmente

por nuestro remedio, así muchas veces se ofrece en la voluntad con el mismo amor.

Pues decidme, ¿quién podrá ser cruel a los que Cristo fue tan piadoso? ¿Cómo hallará puerta para codiciar mal al que Dios le desea todo bien y salvación? No se puede decir ni escribir, el entrañable amor que se engendra en el corazón del cristiano que mira a sus prójimos, no según lo de fuera, así como riquezas o linaje, o cosas semejantes, mas como a unos entrañables pedazos del cuerpo de Jesucristo, y como cosa conjuntísima a Cristo con toda manera de parentesco y de amistad. Porque, según dice el refrán: Quien bien quiere a Beltrán, bien quiere a su can, ¿qué tanto os parece que querrá un amador de Cristo a sus prójimos, viéndoles que son cuerpo místico de Él, y que ha dicho el mismo Señor por su boca (*Mt.,* 25, 40, 45), *que el bien o el mal que al prójimo se hiciere, el Señor lo recibe como hecho a Sí mismo?* Y de considerar profundamente aquestas palabras viene el buen cristiano a conversar con sus prójimos con una reverencia profunda y amor entrañable, y mansedumbre blanda para lo[s] sufrir, y vigilante cuidado de no les enojar ni dañar, antes aprovechar y alegrar; que le parece que con el mismo Cristo conversa, pues a Él mira en ellos; de los cuales se tiene en su corazón por más esclavo y más obligado a los aprovechar, que si por gran suma de dineros fuera comprado. Porque mirado el precioso precio que Jesucristo dio por un hombre, cuando con su preciosa sangre lo compró en la cruz, ¿qué debe hacer este tal, sino ofrecerse todo a servicio de Cristo, deseando que se ofrezcan cosas en que enseñe su agradecimiento y su amor? Y como oye de la boca de Dios: *Si me amas, apacienta mis ovejas* (*Jn.,* 21, 17). Y (Mr., 9, 36): *Quien a un chiquito de éstos recibe, a Mi me recibe*. Y (*Mt.,* 25, 40): *Quien Hace obras de misericordia a uno de éstos, a Mí las hace*, tiene por señalada merced que tenga tan cerca de sí tan buen aparejo en que mostrar y ejercitar el amor que él tiene a Jesucristo; *pareciéndole* el trabajo que por el prójimo pasa, pequeño, y *los años breves, por la grandeza del amor* que a Cristo tiene por Sí, y a ellos por Él y en Él (*Gen.,* 29, 20). Y trae a la continua en su corazón lo que el Señor amoroso tan estrechamente mandó cuando dijo: *Mi mandamiento es aqueste: que os améis unos a otros como Yo os amé* (*Jn.,* 15, 12).

CAPÍTULO 96

De otra consideración que nos enseña mucho el cómo nos habemos de haber con los prójimos.

Y añadid a esto otra consideración con que habéis de mirar a los prójimos; y es, que aunque, por una parte, sea gran verdad que de los bienes que el Señor hace a uno no busca, ni quiere retorno; mas mirándolo por otra parte, ninguna cosa da, de la cual no lo quiere: no para Sí —pues Él es riquísimo, sin poder crecer en riquezas; y lo que da, por amor puro lo da—; mas el retorno que quiere es para los prójimos, que tienen necesidad de ser estimados, amados y socorridos; así como si un hombre hubiese prestado a otro muchos dineros, y hecho otras muchas buenas obras, y le dijese: «De todo esto que por vos he hecho, yo no tengo necesidad de vuestra paga; mas todo el derecho que contra vos tenía, lo cedo y traspaso en la persona de fulano, que es necesitada, o es mi pariente o criado; pagadle a él lo que a mí me debéis, y con ello me doy por pagado.»

De este arte entre el cristiano en cuenta con Dios, y mire lo que de Él ha recibido, así en los trabajos y muerte que el Hijo de Dios pasó por él, como en las misericordias particulares que después de criado le ha hecho, no castigándole por sus pecados, no desechándole por sus flaquezas, esperándole a penitencia y perdonándole cuantas veces ha pedido perdón; dándole bienes en lugar de males, con otras innumerables mercedes que no se pueden contar. Y piense que esta amorosa contratación de Dios con él, le ha de ser un dechado y regla para la conversación que él ha de tener con su prójimo; y que el intento con que Dios ha obrado en él tantas mercedes es para darle a entender, que aunque el prójimo no merezca por sí ser sufrido ni amado ni remediado, quiere Dios que el bien que el otro por sí no merece, le sea concedido por lo que él debe a Dios, y se conozca por obligado y esclavo de los otros, mirando a Dios, el que mirando a ellos se hallaba no deber nada a nadie, y que el título con que el necesitado le pida remedio, sea éste: «Haced esto conmigo, pues Dios así lo ha hecho con vos.»

Y tema mucho el tal hombre no sea cruel o desamorado con quien lo ha menester, porque Dios no lo sea para con él, quitándole los bienes que le había dado, y castigándole como a desagradecido al perdón de los males pasados; como lo hizo con aquel mal siervo (*Mt.,* 18, 24), que habiendo recibido de su señor perdón de diez mil talentos, fue cruel para con su

prójimo, encarcelándole porque le debía cien maravedís, sin le querer dar suelta ni espera. Y aquel señor, que por haberle destruido su siervo hacienda de diez mil talentos, no se lee haberse enojado con él, antes usado de tanta misericordia, que pidiéndole su esclavo espera, le dio suelta y perdón de la deuda, está ahora tan enojado por la crueldad que con su prójimo hizo, que reprendiéndole ásperamente, le dijo: *Siervo malo, te perdoné yo todo lo que me debías, porque me rogaste; pues ¿no fuera razón que hubieras tú misericordia de tu prójimo, como yo la hube de ti? Y con este enojo lo entregó a los atormentadores hasta que pagase toda la deuda, que ya le había soltado*. No porque Dios castigue los pecados ya una vez perdonados, mas castiga la ingratitud del perdonado, la cual es mayor, cuanto el perdón fue de más y mayores pecados. Y aunque es de creer que este tal siervo llamase a su señor, mas responderíale lo que está escrito (*Prov.,* 21, 13): *El que cierra su oreja al clamor del pobre, dará voces él y no será oído*.

Entended, pues, doncella, que mirándoos a vos, y mirando a Cristo quién es, y los bienes que de su mano habéis recibido, es razón que se engendre en vuestro corazón una estima y amor con el prójimo, que ninguna cosa sea parte para os la quitar. Y cuando vuestra carne os dijere: ¿Qué le debo yo a aquél para hacerle bien? ¿y cómo le amaré, habiéndome él hecho mal a mí?, responded que quizá la oyérades, si la causa de vuestro amor fuera el prójimo; mas pues es Cristo, el cual recibe el bien al prójimo hecho, y el perdón al prójimo dado, como si a Él mismo se diera, ¿qué parte puede ser para estorbar el amor y buenas obras el ser el prójimo quien fuere, o hacerme el mal que quisiere, pues yo no tengo cuenta con él sino con Cristo? Y de esta manera arderá en vuestro corazón la caridad de tal arte, que (*Cant.*, 8, 7) *las aguas muchas* de malas obras que nos sean hechas *no la podrán apagar*, mas saldrá vencedora, y subirá hacia arriba como viva llama, y conversaréis con vuestros prójimos, sin que tropecéis ni perdáis vuestra virtud, porque ellos la pierdan. Y así dice David (*Ps.,* 118, 165): *Mucha paz tienen, Señor, los que aman tu Ley, y no tienen tropiezo*. La cual Ley, la de la caridad es, con que se suma y cumple toda la Ley, como dice San Pablo (*Rom.,* 13, 8): *Quien al prójimo ama, la Ley ha cumplido*.

Y esta estima del prójimo, con que le honramos como a hijo de Dios adoptivo, y como a hermano de Jesucristo nuestro Señor, y este amor que como a cosa tan suya le tenemos, es lo que San Pablo encomienda a los Filipenses (2, 4) y a nosotros en ellos, diciendo: *Teneos con la humildad unos a otros por mayores; y no tengáis cuenta con vuestro interés, mas*

con lo que cumple a los otros; y esto sentid a ejemplo de Jesucristo, que teniendo forma de Dios, se humilló a tomar forma de siervo; lo cual fue para aprovecharnos. Y estas dos mismas cosas, humildad y amor con los prójimos, nos enseñó, y encomendó el mismo Señor en aquel admirable hecho que cercano a la muerte quiso hacer, lavando los pies a sus discípulos; en lo cual se denota humildad por ser oficio tan bajo, y caridad por ser provecho del prójimo. Las cuales dos cosas, quiere que de Él aprendamos, siendo pequeños siervos y discípulos suyos, pues el Señor y Maestro lo quiso hacer.

Confortada, pues, con este ejemplo, y con lo ya dicho, pesad a los prójimos con peso de que son adoptados de Dios, y se dio por ellos Jesucristo en la cruz; y preciad y honrad vos a quien Dios tanto honró, y amad a los que son conjuntos con Él como esposa muy amada, y miembros de su cabeza. Y así tendréis el amor fundado y fuerte; porque el que de estas fuentes no nace, muy flaco es, y luego se cansa y se seca, y como casa edificada sobre movediza arena, a cualquier combate y ocasión que se le ofrezca da consigo en el suelo.

CAPÍTULO 97

Comiénzase a tratar de la palabra del verso que dice: «Olvida tu pueblo.» Y de dos bandos que hay de hombres, buenos y malos, y de los nombres que los malos tienen, y de sus varios intentos.

Síguese otra palabra, que dice: OLVIDA TU PUEBLO, Y LA CASA DE TU PADRE. Para declaración de la cual es de notar, que todos los hombres son repartidos en uno de dos bandos o ciudades diversas, una de buenos, y otra de malos. Las cuales ciudades no son distintas por diversidad de lugares, pues los ciudadanos de una y de otra viven juntos, y aun dentro de una casa, mas por diversidad de afecciones. Porque, según dice San Agustín[31]: «Dos amores hicieron dos ciudades. El amor de sí mismo, hasta despreciar a Dios, hizo a la ciudad terrenal. El amor de Dios, hasta despreciar a sí mismo, hizo la ciudad celestial. La primera ensálzase en sí misma; la segunda, no en sí, mas en Dios. La primera quiere ser honrada de los hombres; la segunda tiene por honra tener la conciencia limpia delante los ojos de Dios. La primera ensalza su cabeza en su propia

[31] De la Ciudad de Dios, lib. 14, cap. 28.

honra; la segunda dice a Dios (*Ps.,* 3. 4): *Tú eres mi gloría, y el que alzas mi cabeza*. La primera es deseosa de mandar y señorear; en la segunda sírvense unos a otros por caridad; los mayores aprovechan a los menores, y sus menores obedeciendo a sus mayores. La primera atribuye la fortaleza a sus fuerzas, y gloríase en ellas; la segunda dice (*Ps.,* 17, 2): *Ámete yo, Señor, fortaleza mía*. En la primera los sabios de ella buscan los bienes criados; o *si conocieron al Criador no le honraron como a tal, mas tornáronse vanos en sus pensamientos, y diciendo: Somos sabios, tornáronse necios* (*Rom.,* 1, 21..).; mas en la segunda ninguna otra sabiduría hay sino el verdadero servicio de Dios, y espera por galardón honrar al mismo Dios, en compañía de los santos hombres y ángeles, *para que sea Dios todas las cosas en todos* (1, *Cor.,* 15, 28)». De la primera ciudad son ciudadanos todos los pecadores; de la segunda todos los justos. Y porque todos los que de Adán descienden —sacando al Hijo de Dios y a su bendita Madre— son pecadores aun en siendo engendrados; por tanto, todos somos naturalmente ciudadanos de aquesta ciudad; de la cual Cristo nos saca por gracia, para hacernos ciudadanos de la suya.

Esta mala ciudad, que es congregación, no de plazas ni calles, mas de hombres que se aman a sí y presumen de sí, se llama por diversos nombres que declaran la maldad de ella.

Llámase *Egipto*, que quiere decir tinieblas o angustia; porque los que en esta ciudad viven, o no tienen luz de conocimiento de Dios por no tener fe, o si la tienen, como los cristianos que viven mal, tiénenla muerta por no tener caridad, que es la vida de ella. Y por esto dice San Juan (1 *Jn.,* 4, 8), *que el que no ama a Dios, no conoce a Dios, porque Dios es amor*; quiere decir, que no tiene conocimiento amoroso, cual lo deben tener para se salvar. Y así, viviendo los unos en tinieblas de infidelidad, y los otros en tinieblas de pecados, no tienen gozo, sino estrechura y tristeza. Porque, según dice Tobías (5, 12): *¿Qué gozo puedo yo tener, pues no veo la lumbre del Cielo?*

Llámase también *Babilonia*, que quiere decir confusión. El cual nombre fue puesto cuando los soberbios quisieron edificar una torre que llegase hasta el Cielo, para defenderse de la ira de Dios, si quisiese destruir el mundo por agua otra vez; y para hacer un tal edificio, por el cual fuesen nombrados en el mundo (*Gen.,* 11, 9). Mas impidió su locura el Señor de esta manera, que les confundió el lenguaje, para que así no se entendiesen unos a otros. De lo cual nacieron rencillas, pensando cada uno que hacía el otro burla de él, diciendo uno y respondiendo otro. Y así el fin de la

soberbia fue *confusión*, y rencilla y división. Muy propiamente compete este nombre a la ciudad de los malos, pues quieren pecar y no ser castigados; y no quieren huir los castigos de Dios evitando de ofenderle, mas si pudiesen, por fuerza o por maña, pecar y no ser castigados, lo intentarían. Son soberbios, y todo su fin es que se nombre su nombre en la tierra; y hacen torres de obras vanas si pueden, y si no en los pensamientos; los cuales destruye Dios al mejor sabor que ellos están, según está escrito (*Jac.,* 4, 6): *A los soberbios resiste*. Y porque no quisieron vivir en unidad de lenguaje, *dando la obediencia a Dios*, son castigados en que ni ellos se entiendan a sí mismos, ni entiendan a Dios, ni se entiendan unos a otros, ni entiendan cosa criada; pues faltándoles la sabiduría de Dios, ninguna cosa entienden como se debe entender, para su provecho. Cuántas cosas pasan en el corazón de los malos, que los sacan de tiento, y no saben cómo remediarse; ya pidiendo un deseo una cosa y otro otra, y a las veces contraria; ya hacen, ya deshacen; lloran y alégranse, y todo al revés; ya quieren desesperar, ya se ensalzan vanamente; buscan con mucha diligencia una cosa, y después de haberla alcanzado, pésales por haberla buscado, o no hallan en ella lo que pensaban; desean una cosa y hacen otra, siendo regidos, no por razón, mas por pasión.

Y de aquí es, que como el hombre sea *animal racional*, cuya principal parte es el ánima, que ha de vivir según razón, y éstos viven según apetito, viven al revés, pues viven vida bestial, que es vida de cuerpos, y no racional, que es propia vida de hombres. De lo cual nace, que como Dios sea espíritu, y haya de ser servido, no de vida bestial, sino espiritual, estos tales no le sirven, según arriba se dijo, porque su vida es al contrario de la Ley de Él. Y como la unión de los cristianos nazca de la unión de sí mismo en sí, y de la unión de sí con Dios, estos ciudadanos, divididos de Dios, no pueden tener buena ni duradera paz unos con otros; mas antes de sus hablas y obras y juntas, nacen rencillas, viviendo cada uno a su propio querer, sin curar de agradar al otro, y sintiendo cada uno su afrenta e injuria, sin curar de sufrir unos a otros. Estos son los que ni usan de sí, ni de las criaturas al fin que fueron criados, mas a sí mismos y a todas las cosas las quieren para sí, haciéndose último fin de todas ellas; y, por tanto, con justa razón son llamados *Babilonia*, pues que todo anda al revés de su Criador.

Llámanse también Caldeos; llámanse *Sodoma*; llámanse *Edón*, con otros mil nombres que representan la maldad de este pueblo, y todos aun no pueden declarar la malicia de él.

Este es el pueblo, el cual es llamado *Mundo*, no por este que Dios crió, porque éste es bueno, como criado por el que es sumamente bueno; mas porque estos hombres tales, ni tienen otro sentido, ni otro amor, sino de esto visible. Lo cual llama San Juan (1 *Jn.,* 2, 16) *soberbia de vida, y codicia de carne, y codicia de ojos*: y quien esto ama, perecerá; *mas Quien hiciere la voluntad de Dios, permanecerá para siempre*, dice el mismo San Juan. Y San Pablo dice (*Rom.,* 8, 9): *El que no tiene espíritu de Cristo, no es de Cristo*; y por consiguiente, será del mundo. Y Santiago (4, 4) dice que *el amistad de este mundo, enemistad es con Dios*.

CAPÍTULO 98

Que nos conviene mucho huir de la mala ciudad de los malos, que es el mundo, y de cuan mal trata a sus ciudadanos; y del espantoso fin que todos ellos tendrán.

Bastantes causas habéis oído para aborrecer este pueblo, y para entender cuánto quiere Dios que salgáis de él para salvaros; porque éste es el espiritual Egipto, del cual mandó Dios a Israel que saliese apriesa, y que caminase, aunque con trabajos, hasta la tierra de promisión. Y éste es el pueblo, del cual Dios mandó a Abraham que saliese, cuando le dijo (*Gen.,* 12, 1): *Sal de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre; y ven a la tierra, que Yo te mostraré*; lo cual él cumplió con sencilla obediencia, *sin saber dónde iba*, como dice San Pablo (*Hebr.,* 11, 8). De este mismo pueblo mandó Dios salir a Lot (*Gen.,* 19, 17), porque no le comprendiesen los castigos que quería enviar; y le mandó que se salvase *en el monte*, que es la alteza de la fe y buena vida. Finalmente, es el pueblo, del cual dice Dios a los que quieren ser suyos (2 *Cor.,* 6, 14): *No queráis tener compañía con los infieles. Porque ¿qué compañía puede tener la maldad con la bondad, o la luz con las tinieblas?* O *¿qué junta puede haber entre Cristo y Belial, o entre fiel e infiel? O ¿qué convención puede haber entre el templo de Dios, y los ídolos? Porque vosotros sois templo de Dios vivo, como dice Dios: Yo moraré en ellos, y andaré entre ellos, y seré Dios de ellos, y ellos me serán pueblo mío. Por lo cual salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis cosa suya; y yo os recibiré, y os seré Padre, y vosotros me seréis hijos, dice el Señor todopoderoso*.

Oyendo las cuales promesas, os debéis de esforzar a haceros extraña a este mal pueblo, por el bien que se os promete, y por el mal que evitáis.

No es cosa segura estar debajo de una casa, la cual sin duda se ha de caer, y tomar debajo a cuantos en ella estuvieren; y no daríamos pocas gracias a quien de tal peligro nos avisase para huir de él. Pues sabed muy de cierto, y de ello os aviso de parte de Dios, que vendrá día en que espiritualmente se cumpla la visión que vio San Juan acerca de este mal pueblo, cuando dijo (*Apoc*., 18, 1): *Vi otro ángel que descendió del Cielo, que tenía gran poder, y que tenía la tierra alumbrada con su resplandor. Y dio una gran voz con su fortaleza; y dijo: Caído, caído ha Babilonia la grande, y hecha es morada de demonios, y casa de todo espíritu sucio, y de toda ave sucia y horrible*. Y abajo (v. 21) dijo: *Tomó un ángel una piedra grande, como de molino, y echóla en la mar, diciendo: Con este ímpetu será echada la grande ciudad de Babilonia en la mar, y no será más hallada*. Y porque no se descuiden los que desean salvarse, pensando que, teniendo compañía con los malos, no les comprenderán sus azotes, dice el mismo San Juan (v. 4) que oyó otra voz del Cielo que dijo: *Salid de ella, pueblo mío, no seáis participantes en sus delitos, y no recibáis de sus plagas. Porque llegado han sus pecados hasta el Cielo, y acordádose ha el Señor de las maldades de ella*.

Y aunque sea cosa muy provechosa al que es bueno huir aún corporalmente la compañía del malo, y para el que es principiante en la bondad le es casi necesario, si no quiere perderse, mas este *salir de en medio de Babilonia*, que aquí Dios manda, entiéndese, como dice San Agustín, de «salir con el corazón de entre los malos, amando lo que aborrecen, y aborreciendo lo que aman». Porque mirando lo corporal, en una misma ciudad y en una misma casa están juntas Jerusalén y Babilonia, cuanto al cuerpo; mas si miramos los corazones, muy apartados están; y en uno es conocida Jerusalén, ciudad de Dios, y en otro Babilonia, ciudad de los malos.

OLVIDAD, pues, VUESTRO PUEBLO, y salid al pueblo de Cristo, sabiendo que no podéis comenzar vida nueva, si no salís con dolor de la vieja. Acordaos de lo que dice San Pablo (*Hebr.,* 13, 12), *que para santificar Jesús a su pueblo por su sangre, padeció muerte fuera de la puerta de Jerusalén. Y pues así es, salgamos a El fuera de los reales, imitándole en su deshonra*. Esto dice San Pablo, amonestándonos que por esto Cristo padeció fuera de la ciudad, para darnos a entender que si le queremos seguir, hemos de salir de esta ciudad que hemos dicho, que es

congregación de los que a sí mismos mal se aman. Porque bien pudiera Cristo curar al ciego dentro de Bethsaida; mas quiso sacarlo de ella, y así darle vista (*Mc.,* 8, 23), para darnos a entender que fuera de la vida común, que siguen los muchos, hemos de ser curados de Cristo, siguiendo el camino estrecho, por el cual dice la misma Verdad que andan pocos (*Mt.,* 7, 14).

No os engañe nadie; no quiere Cristo a los que quieren cumplir con Él y con el mundo; y por su bendita boca prometió (*Mt.,* 6, 24), *que ninguno puede servir a dos señores*. Y pues Él dijo que no era del mundo (Jn., 8, 23), ni los suyos eran del mundo (15, 19), ni su reino era de este mundo (18, 36), no es razón que vos lo seáis; siquiera porque no paréis en lo que paró el desobediente Absalón (2 *Reg.,* 18, 14), que colgado de sus cabellos de una encina, fue alanceado con tres lanzas por mano de Joab, y allí colgado, perdió la vida. Así acaecerá al hombre desobediente al Señor celestial, al cual con su mala vida persigue; cuyos pensamientos y afecciones, como cabellos le tienen colgado de aqueste mundo, pues todo su fin es cómo será engrandecido en la tierra, y le vaya bien en esto visible. ¿Mas qué bien le puede ir, pues el árbol de que está colgado es encina, y da fruto a puercos? Y este mundo no contenta ni da fruto sino a hombres bestiales. A los cuales, con las tres lanzas ya dichas, de *soberbia de vida, y codicia de carne, y codicia de ojos*, alancea el demonio, que es llamado *príncipe de este mundo* (*Jn.,* 12, 31), porque rige y manda a los malos. El cual así trata a los suyos, que ni aun de manjares de puercos los harta; mas como otro Adonibecec, *les tiene cortados los cabos de los pies y las manos* para hacer cualquier bien, y *puestos debajo de la mesa* (*Judic*., 1, 6), para que coman, no de plato entero, mas de las migajas que le sobran a él. Hambrientos los tiene de presente, y después los llevará consigo adonde haya eterna hambre y tormentos; porque él otra cosa no puede dar. Tal es su tratamiento, que bastaba, si los mundanos en ello mirasen, para salirse de la compañía del demonio y del mundo, y allegarse a Dios; como hizo el hijo pródigo (*Lc.,* 15, 16), que de verse en oficio tan vil, y que de manjar de puercos aun no se hartaba, cobró seso y consejo para ver qué diferencia iba de estar *en la casa de su padre* o en la casa del mundo, y dejó el mal que tenía, y fuese a su padre pidiéndole misericordia, y hallóla.

Haced, pues, vos así; y si queréis que el Señor os reciba, dejad vuestro pueblo. Y si queréis que se acuerde de vos, *olvidad vuestro pueblo*. Si queréis que Él os ame, no os améis desordenadamente a vos. Si queréis que Él cuide por vos, no estéis vos confiada en vuestro cuidado. Si queréis parecerle bien a sus ojos, no os miréis vos complaciéndoos en vos. Y si

queréis agradarle, no temáis de desagradar al universo mundo por Él. Y si deseáis hallarle, no dudéis de dejar padre y madre, y hermanos y casa, y aun vuestra propia vida por Él. No porque conviene aborrecer estas cosas, mas porque conviene mirar tan de verdad y con todo vuestro amor a Cristo, que no torzáis un solo cabello el agradar a Él por agradar a criatura alguna, por amada que sea, ni aun por vos misma. San Pablo predica (1 *Cor.,* 7. 29), *que los que tienen mujeres las tengan como si no las tuviesen, los que compran como si no poseyesen, y los que venden como si no vendiesen, y los que lloran como si no llorasen, y los que gozan como si no gozasen.* Y la causa es lo que añade, diciendo: *Porque se pasa presto la figura de este mundo*. Pues así os digo, doncella, que lo uno, porque presto se pasa; lo otro, porque ya no sois vuestra, así tened padres y hermanos, parientes, casa y pueblo, como si no lo tuvieseis; no para no reverenciarlos y amarlos y obedecerlos, pues la gracia no destruye la orden de naturaleza, y aun en el mismo Cielo ha de haber reverencia de hijo a padre, mas para que no os ocupen el corazón y estorben el amor de Dios. Amadlos en Cristo, no en ellos; que no os los dio Cristo para que os sean estorbo a lo que tanto debéis siempre hacer, que es servirle. San Jerónimo cuenta de una doncella, que estaba tan mortificada a la afección del parentesco, que a su propia hermana, aunque era doncella, no curaba de verla, contentándose con amarla por Dios. Creedme, que así como en un pergamino no pueden escribir, si no está muy bien raído y quitado de la carne, así no está el ánima aparejada para que el Señor escriba sus particulares mercedes en ella, hasta que estén en ella muy muertas las afecciones que nacen de la carne.

Leemos que en los tiempos pasados pusieron el Arca de Dios en un carro para que la llevasen dos vacas paridas, y los becerros quedaban en cierta parte encerrados; y aunque las vacas daban gemidos por sus hijos, mas nunca dejaron su camino real, ni tornaron atrás, *ni se apartaron*, dice la Escritura (1 *Reg.,* 6, 10), *a la mano derecha, ni a la izquierda*; mas, por el querer de Dios que así lo hacía, llevaban su Arca hasta la tierra de Israel, que era lugar donde Dios moraba. Los que se han puesto encima de sus hombros la cruz de Jesucristo nuestro Señor, que es arca donde [Él] está y se halla muy de verdad, no deben dejar ni retardar su camino por estas afecciones naturales de amor de padres e hijos y casas, y otras cosas semejantes; ni deben gozarse livianamente con las prosperidades de ellos, ni penarse por sus adversidades; porque lo primero es apartarse del camino a la mano derecha, y lo segundo a la izquierda; mas seguir con fervor su camino, encomendando al Señor que guíe a su gloria lo uno y lo otro; y

estar tan muertos a estas cosas, como si no les tocasen; o a lo menos no dejarse vencer de la tristeza o del gozo, por lo que a ellos toca, aunque algo lo sientan. Lo cual fue figurado en las vacas, que aunque *daban bramidos* por sus hijos, no por eso dejaban de llevar el Arca de Dios.

Y si los padres ven a sus hijos que quieren servir a Dios de alguna manera buena, que a ellos no es apacible, deben mirar lo que Dios quiere; y aunque giman con amor de los hijos, vénzanse con el amor de Dios, y ofrezcan sus hijos a Dios, y serán semejantes a Abraham (*Gen.,* 22, 10), que quería matar a su unigénito por la obediencia de Dios, no curando de lo que su sensualidad deseaba. Y el dolor natural, que en estos trances se pasa, débese sufrir con paciencia; el cual aun no irá sin galardón, pues que el Señor ordenó el dicho amor, y por amor de Él se vencen, como quien padece martirio.

Olvidad vuestro pueblo, doncella, y sed como otro Melchisedech (*Hebr.,* 7, 3), del cual no se cuenta que tuviese padre ni madre, ni linaje alguno. En lo cual como San Bernardo dice, se da ejemplo a los siervos de Dios, que han de tener tan olvidado su pueblo y parientes, que sean en su corazón como este Melchisedech en este mundo, sin tener cosa en su corazón que les cautive y retarde su apresurado caminar que caminan a Dios.

CAPÍTULO 99

De la vanidad de la nobleza del linaje; y que no se deben gloriar de él los que quieren ser del linaje de Cristo.

No querría que os cegase a vos la vanidad que a muchos ciega, presumiendo de su linaje carnal. Y por tanto, quiéroos decir lo que a una doncella San Jerónimo dice: «No quiero que mires a aquellas doncellas, que son doncellas del mundo y no de Cristo; las cuales, no acordándose de su propósito comenzado, se gozan en sus deleites, y se deleitan en sus vanidades, y gloríanse en el cuerpo y en el origen de su linaje. Las cuales, si se tuviesen por hijas de Dios, nunca, después del nacimiento divino, tendrían en algo la nobleza del cuerpo; y si sintiesen a Dios ser su Padre, no amarían la nobleza de la carne. ¿Para qué te glorías con [la] nobleza de tu linaje? Un hombre y una mujer hizo Dios en el principio del mundo, de los cuales descendió la muchedumbre del género humano. La nobleza del

linaje no la da la igualdad de naturaleza, mas la ambición de la codicia. Y ninguna diferencia puede haber entre aquellos a los cuales el segundo nacimiento engendró; por el cual, así el rico como el pobre, el libre y el esclavo, son de linaje, y sin él no son hechos hijos de Dios. El linaje de carne terrena es obscurecido con el resplandor de la celestial honra, y en ninguna manera ya parece; pues que los que eran antes desiguales por honras del mundo, son igualmente vestidos con nobleza de honra celestial y divina. Ningún lugar hay allí de linaje vano, y ninguno de aquéllos es sin linaje, a los cuales la alteza del nacimiento divino los hermosea. Y si lo hay, es en el pensamiento de aquellos que no tienen en más las cosas celestiales que las humanas; y si las tienen, cuan vanamente lo hacen en tenerse en más que aquéllos por cosas menores, los cuales conocen serles iguales en las cosas mayores; y estiman a los otros como a hombres puestos en tierra debajo de si, los cuales creen que son sus iguales en las cosas del Cielo. Mas tú, quienquiera que eres, doncella de Cristo y no del siglo, huye toda la gloria de la vida presente, para que alcances todo lo que se promete en el siglo que está por venir.» Todo esto dice San Jerónimo.

De lo cual podréis ver cuánto os conviene olvidar vuestro pueblo y casa de padre, sabiendo que lo que de los padres de carne tenéis es ser concebida en pecado, y llena de muchas miserias, y nacida en ira de Dios por el primer pecado de Adán, que mediante nuestra concepción heredamos. Un cuerpo nos dieron tan vergonzosamente engendrado, que es asco pensarlo y vergüenza decirlo; en el cual infundiéndose el ánima cuando es criada, queda manchada con el pecado original, habiéndola Dios criado sin él. Un cuerpo lleno de mil necesidades, y sujeto a enfermedades y muerte, y propio para hacer penitencia en sufrirlo; y es tal, que si un solo corezuelo [diminutivo de cuero] le quitasen de encima, los muy hermosos serían abominables. Un cuerpo, que mirándolo por defuera blanco, y considerando las cosas que encierra dentro de sí, diréis que es un vil muladar cubierto de nieve. Un cuerpo que pluguiera a Dios que no hubiera más en él que ser trabajoso y vergonzoso. Mas esto es lo menos; porque es el mayor enemigo que tenemos, y el mayor traidor que nunca se vio, que anda buscando la muerte, y muerte eterna, a quien le da de comer y todo lo que ha menester. Un cuerpo, que por haber él un poco de placer, no tiene en nada dar enojos a Dios, y echar el ánima en el infierno. Un cuerpo perezoso como asno, y malicioso más que mula; y si no, probad a dejarla sin freno, que ande él como quisiere, y descuidaos un poco de guardaros de él, y entonces veréis lo que tiene.

¡Oh vanidad para burlar de los que de linaje presumen! Pues que todas las ánimas Dios las cría, que no se heredan; y la carne que se hereda, es cosa para haber vergüenza y temor. Oigan los tales lo que Dios dijo a Isaías (40, 6): *Da voces. ¿Y qué diré a voces?, dijo Isaías. Respondió el Señor: Que toda carne es heno, y toda su gloria como la florecilla del campo*. Voces manda dar Dios, y aun no las oyen los sordos; los cuales más se quieren gloriar de la suciedad que de la carne trajeron, que en la alteza que por el Espíritu Santo les es concedida.

No seáis ciega, esposa de Cristo, ni desagradecida. La estima en que Dios os tiene, no es por vuestro linaje, mas por ser cristiana; no por nacer en la sala entoldada, mas por tornar a nacer en el santo Bautismo. El primer nacimiento es de deshonra; el segundo es de honra. El primero de vileza; el segundo de nobleza. El primero de pecado; el segundo de justificación de pecados. El primero de *carne que mata*; el segundo de *espíritu que aviva*. Por el primero somos hijos de hombres; por el segundo hijos de Dios. Por el primero, aunque somos herederos de nuestros padres cuanto a su hacienda, somos herederos cuanto a ser pecadores, y llenos de muchos trabajos; mas por el segundo somos hechos hermanos de Cristo, y juntamente herederos del Cielo con Él; de presente recibimos el Espíritu Santo, y esperamos ver a Dios faz a faz. ¿Pues qué os parece que dirá Dios al que se precia más [por] ser nacido de hombres para ser pecador y miserable, que por ser renacido de Dios para ser justo, y después bienaventurado? Estos son semejantes a uno que fuese engendrado de un rey en una muy fea esclava, y se preciase él de ser hijo de ella, y la trajese mucho en la boca, y no mirase ser hijo del rey.

Olvidad, pues, *vuestro pueblo*, para que seáis del pueblo de Dios. El pueblo malo, ése es el vuestro; y por eso dice: *Olvida tu pueblo*; porque de vos no sois sino pecadora, y muy vil. Mas si os sacudís de eso que es vuestro, recibiros ha el Señor en lo que es suyo, en su nobleza, en su justificación, en su amor. Mas mientras os tuviéredes a vos, no recibiréis a Él. Desnuda os quiere Cristo, porque Él os quiere dotar, que tiene con qué; porque de vos, ¿qué tenéis, sino deudas? *Olvidad vuestro pueblo*, que es ser pecadora, extrañándoos a los pecados pasados, y no viviendo más según mundo. *Olvidad vuestro pueblo*, no preciando vuestro linaje. *Olvidad vuestro pueblo* con echar de vuestro corazón el bullicio, y haciendo cuenta que estáis en un desierto sola con Dios. *Olvidad*, pues, *vuestro pueblo*, pues tantas razones y tan suficientes hay para lo hacer.

CAPÍTULO 100

En que comienza a declarar la otra palabra, «Y OLVIDA LA CASA DE TU PADRE». Y de cuánto nos conviene huir la propia voluntad por imitar a Cristo, y por evitar los males que de la seguir vienen.

Síguese otra palabra, que dice: Y OLVIDA LA CASA DE TU PADRE.

Este padre el demonio es: porque, según dice San Juan (1 *Jn.,* 3, 8): *El que hace el pecado, del diablo procede, porque el diablo pecó desde el principio*. No porque él crió o engendró los malos, mas porque imitan sus obras; y de aquél se dice ser uno hijo, según el Santo Evangelio (*Jn.,* 8, 39-41), cuyas obras imita. Este padre malaventurado vive en el mundo, que quiere decir en los malos, según se escribe de él en Job (40, 16): *En la sombra duerme, y en lo secreto de la caña, y en los lugares húmedos. Sombra* son las riquezas; porque no dando el descanso que prometen, mas punzando el corazón con sus congojas como con espinas, experimenta el que las tiene que no son riquezas, mas sombra de ellas, y verdadera necesidad, y que ninguna cosa son menos de lo que suena su nombre. *Caña* es la gloria de este mundo, que cuanto de fuera mayor parece, tanto de dentro está más vacía; y aun lo que de fuera parece, es tan mudable que con razón se llama caña, que a todo viento se mueve. *Lugares húmedos* son las almas relajadas con los carnales deleites, que corren tras ellos sin rienda; contrarias a aquellas, de las cuales dice el Santo Evangelio (*Mt.,* 12, 43), *que saliendo el espíritu sucio del hombre donde estaba, va a buscar donde estar, y anda por los lugares secos buscando holganza, y no la halla*. Porque en las ánimas ajenas de estos carnales deseos no halla el demonio posada, mas en las codicias, honras y deleites, es su aposento. Por lo cual se dice *el príncipe de este mundo* (*Jn.,* 12, 31) y regidor y señor de él; no porque lo haya criado, mas porque los malos, que son de Dios por creación, quieren ser de él por imitación, conformándose con su voluntad, para que con justicia sean también conformes con él en la infernal pena, como les será crudamente dicho el día postrero, por boca de Cristo (*Mt.,* 25, 41): *Id, malditos, al fuego eterno, que está aparejado al diablo y a sus ángeles*.

Y si bien consideramos cuál sea esta *casa del demonio*, hallaremos que es la propia y mala voluntad de los malos, en la cual se asienta el demonio como rey en silla, mandando desde allí a todo hombre. *Olvidar*, pues, *la casa de vuestro padre* no es otra cosa sino olvidar y quitar la

voluntad propia, en la cual algún tiempo aposentamos a este mal padre, y abrazar con entero corazón la divina, diciendo (*Lc.,* 22, 42): *No mi voluntad, Señor, sino la tuya sea hecha*. El cual amonestamiento es de los más provechosos que se nos pueden hacer; porque quitada nuestra voluntad, quitaremos los pecados que nacen de ella, como ramos de raíz. Lo cual denota San Pablo, que contando muchedumbre de pecados que en los días postreros había de haber, primero dice (2 *Tim.,* 3, 2), *que serán los hombres amadores de sí mismos*; dando a entender, como dice la glosa, que el desordenado amor de sí, es raíz y cabeza de todos los pecados; el cual quitado, queda el hombre en sujeción de Dios, de la cual le viene su bien.

Item, la causa de nuestros desabrimientos, tristezas y trabajos, no es otra cosa sino nuestra voluntad, la cual querríamos que se cumpliese, y porque no se cumple tomamos pena. Mas esto quitado, ¿qué cosa puede venir que nos pene, pues no nace la tristeza de venir el trabajo, mas de no querer que nos venga? Y no sólo se quitan las penas de acá, mas del otro mundo. Porque, como San Bernardo dice: «Cese la voluntad propia, y no habrá infierno.»

Mas, así como es la cosa más provechosa de todas negar nuestra voluntad, así es la cosa más trabajosa que hay. Y aun por mucho que trabajemos, no saldremos con ello, si aquel Señor que mandó *quitar la piedra* de la sepultura de Lázaro muerto, no quita esta dureza que tiene muertos a los que debajo toma; y si no mata a este fuerte Goliat, al cual no hay quien le pueda vencer, sino el que es invencible. Mas aunque nosotros no podamos librar nuestro cuello de estas cadenas, no por eso debemos dejar de esforzarnos, según las fuerzas que el Señor nos diere, llamándole con corazón, y considerando los males que de seguirla nos vienen, y los bienes que de no seguirla. *Item*, los altos ejemplos de Cristo, el cual dice de Sí (*Jn.,* 6, 38): *Descendí del Cielo, no para hacer mi voluntad, mas la de Aquel que me envió*; y esto no en cosas de poca importancia, como algunos hacen, mas en las cosas de afrenta, y que llegan, como dicen, al ánima: tal era el padecer Cristo pasión por nosotros. Mas en ella se conformó con la voluntad de su Padre, echando de Sí la voluntad de su carne, que era no padecer; para darnos ejemplo, que ninguna cosa nos debe ser tan amada, que si Dios lo manda, no la desechemos; ni tan penosa, que por Él no la abracemos.

CAPÍTULO 101

De un ejercicio para negar la propia voluntad; y de la obediencia que se debe tener a los mayores; la cual es camino para alcanzar la abnegación de la propia voluntad; y cómo se habrá el superior con los súbditos.

Y porque no se puede subir a lo alto, si primero no comienzan de lo bajo, os aviso que para subir a esta alteza de negar vuestra voluntad en cosas mayores, os acostumbréis a negarla en cosas menores; y no para quedaros en ellas, mas para pasar por ellas a lo que es mayor. Ninguna cosa hagáis, penséis ni habléis, que vaya guiada por cumplir con vuestra gana o voluntad; mas en sintiéndoos aficionada a algo de esto, entended que no estáis para lo hacer. Porque las cosas no os han de llevar a vos cautiva hacia sí mismas, mas vos con libertad cristiana traedlas a ellas a vos. Antes que comáis habéis de mortificar el apetito de la gula, y ordenar la comida a obediencia de Dios, que manda que comáis para sustentar vuestra vida. Y antes que entendáis en la hacienda habéis de mortificar la codicia, y después entender en la obra porque Dios lo manda, para vuestras necesidades y de vuestros prójimos. Y por estos ejemplos entenderéis que en todas las cosas habéis de quitar la propiedad de vuestra voluntad, y hacerlas porque Dios lo manda, o vuestros mayores.

Y acordaos que ésta es la manera como los viejos del yermo criaban a sus discípulos, quitándoles lo que querían, y haciéndoles obrar lo que no querían, para que en todo y del todo tuviesen negada su voluntad. Y del que en estas cosas bien aprobaba, tenían buena esperanza que llegaría a la perfección; y del otro sentían mal, porque les parecía que quien en cosas pocas faltaba, más faltaría en las mayores; y que una voluntad acostumbrada a hacer lo que quiere en cosas de poca importancia, se hallará muy rebelde para negarse en las mayores. Por tanto, haceos baja y *sujeta a toda criatura* —como dice San Pedro (1 *Petr*., 2, 13)— y que pueda quienquiera pasar por vos, y hollar y contradecir a vuestra voluntad, como a un poco de lodo. Y a quien más os ayudare a esto, más le amad y agradeced, porque os ayuda a vencer vuestros enemigos, que son vuestro parecer y vuestra voluntad.

Haced, pues, cuenta que vuestra madre en vuestra abadesa[32], a la cual obedeced con profunda humildad, sin cansaros. Y no seáis como algunas

[32] Doña Sancha Carrillo, a quien va dirigido este libro, vivía vida retirada en la casa paterna.

que en tomando tocas honestas, se desmandan, y echan de sí la obediencia de sus padres y mayores, no obedeciéndoles, estando en casa. Y algunas salen de casa sin licencia, y todo con título de servir a Dios; como en la verdad no haya cosa más contraria de ello, como lo que éstas hacen. Cristo, obediente fue a su Padre en vida y en muerte; y también obedeció a su Santísima Madre, y al Santo José, como cuenta San Lucas (2, 51). Y no piense nadie de poder agradar sin obediencia al que tan amigo fue de ella, que por no la perder, perdió la vida en la cruz. Y no os espantéis de que tanto os encomiende la obediencia; porque como el mayor peligro que tiene vuestro estado es no estar encerrada, si nos os proveéis con huir mucho de vuestra voluntad y ser sujeta a la ajena, será añadir peligro a peligro, e iros ha mal; porque vuestra seguridad está en no querer libertad.

Y por esto no os contentéis con obedecer a vuestros padres, mas también lo haced a los mayores que en vuestra casa estuvieren. Y si del todo queréis ser obediente, también obedeced a los menores, si la orden de casa no se perturba por esto. Mas si es menester que vos los mandéis en lo de fuera, teneos por sujeta a ellos en lo de dentro. Y para hacer esto con mayor esfuerzo, acordaos de cuando el soberano Maestro y Señor (*Jn.,* 13, 14) se hincó de rodillas, como si fuera sujeto o menor, a lavar los pies de aquellos que bien le querían, y de aquel que empleó los pies lavados en ir a entregar a la muerte al que con tanta humildad y amor se los había lavado. Acordaos muchas veces de aqueste paso, y traed en vuestra ánima aquella palabra que entonces dijo: *Si yo, siendo Señor y Maestro, os lavé los pies, ¿cuánto más debéis vosotros lavarlos unos a oíros?*

Y así amad a los menores que estuvieren en vuestra casa, como si fuérades padre o madre de ellos. Y trabajad por ellos en lo que os hubieren menester corno si fuérades su esclava, llevando con paciencia la pesadumbre de sus condiciones, y demasía de sus palabras, y aun las injurias de obra. No seáis humilde para los de fuera de casa, y soberbia para los que están en ella. Ejercitad la virtud con los que tenéis más cerca y más a la mano, y ensayaos en vuestra casa para saber conversar fuera de ella.

Y acordaos de aquella santa mujer enseñada por Dios, Santa Catalina de Sena, cuya vida deseo que leáis, no para desear sus revelaciones, sino para imitar sus virtudes. Que, aunque sus padres la estorbaban el camino que ella tomaba para servir a Dios, no se turbó ni los dejó. Fuera de la celda la echaron, donde ella tenía sus santos ejercicios; y en lugar de ella, la pusieron que sirviese en la cocina; mas porque se humilló y obedeció,

halló a Dios en la cocina tan bien o mejor que en la celda. No os ahoguéis vos, si al tiempo que queréis rezar os mandaren vuestros padres o Prelados hacer otra cosa; mas ofreciendo vuestro deseo al Señor, haced lo que por vuestros mayores os fuere mandado, con mucha humildad y sosiego, teniendo confianza que obedeciendo a vuestros mayores, obedecéis a Dios; pues que está mandado por Él en su cuarto Mandamiento.

Y no por esto se excusa que podéis vos pedir con humildad a vuestros padres que os den algún lugar apartado y algún tiempo desocupado para vuestros espirituales ejercicios; y habiendo primero pedido al Señor, confiad en su bondad, que ahora os lo concedan, ahora no, todo será para vuestro provecho, si vos osáis tomarlo como de la mano de Dios, con obediencia y sosiego. Y vuestros padres darán cuenta al Señor —y no cualquier cuenta— de lo que os mandan a vos. Lo cual vos no miréis, mas conviene que lo miren ellos; pues como San Ambrosio dice, «es merced de nuestro Señor, y muy provechosa, tener hijo o hija que quiera servir a Dios en virginidad, con desprecio del mundo y particular llamamiento de vida espiritual.»

CAPÍTULO 102

Que no todo lo que deseamos o pedimos se ha de llamar propia voluntad. Y cómo conoceremos lo que el Señor quiere de nosotros.

Si bien habéis mirado lo que se os ha dicho en estas palabras pasadas, veréis que dos cosas se os han encomendado: Una, que no tengáis voluntad propia; y otra, que sigáis la de Dios.

Y para declaración de estas dos partes, conviene deciros que el desear y pedir a Dios particularmente que os libre de algún mal espiritual, en que más peligro corréis, u os dé alguna virtud que particularmente habéis menester, no es vicio de voluntad propia, sino medio, y muy bueno, para hacer la voluntad de Dios, que nos manda apartar del mal y hacer el bien. Porque si bien miráis, el pedir la cosa en particular, por la particular necesidad que en ella hay, ayuda a pedirse con mayor eficacia y más profundo gemido; las cuales son partes para que Dios fácilmente conceda lo que se le pide; lo cual por ventura no concediera, pidiéndose en general, por la tibieza con que se suele pedir. Y esta doctrina es conforme a la Escritura divina, pues el Señor nos enseña en la oración del Padrenuestro

pedir cosas en particular; y David hacía lo mismo, según se le ofrecían particulares necesidades; y así lo han usado los Santos, pidiendo para sí y para otros.

Y aunque se puede lo mismo hacer pidiendo *cosas temporales*, como leemos del ciego que pidió vista al Señor (*Mr*., 10, 51) y otros muchos; mas como lo temporal sea cosa menos preciosa, y cuyo amor suele ser peligroso, y cuyo desprecio suele ser alabado, no hay tanta licencia para soltar el corazón a lo desear y pedir, como lo espiritual; aunque no deja de ser bien, hecho, si se pide sin congojas demasiadas, y con condición si agrada al Señor.

Cerca del cumplimiento de la voluntad del Señor, en que está nuestro bien, me podréis preguntar: ¿En qué la conoceréis? A lo cual os digo, que donde hay mandamiento y palabra de Dios o de su Iglesia, no tenéis más que inquirir, sino tened por averiguado que aquello es voluntad del Señor. Y cuando esto no hay, habéis de tener por lo mismo lo que manda vuestro superior, si claramente no consta que manda contra la Ley de Dios o de la Iglesia, o contra razón natural, que, pues San Pablo dice (*Rom.,* 13, 5), *que aunque el superior sea infiel, le ha de obedecer el cristiano, no sólo por evitar el castigo, mas por la obligación de la conciencia*, ¿cuánto más será esto verdad en los superiores cristianos, de los cuales hemos de pensar que Dios les ayuda a mandar lo justo?

Y cuando todo esto faltare, tomaréis por voluntad del Señor el consejo que os diere persona de quien se debe tomar.

Y no penséis por esto que estáis sin necesidad de pedir la lumbre del Espíritu Santo para acertar a agradar al Señor. Porque nuestras necesidades son tantas y tan en particular, que sin este Maestro, otro no basta.

CAPÍTULO 103

En que se comienza a declarar la palabra que dice: «Y CODICIARÁ EL REY TU HERMOSURA.» Y de cuán grande cosa es poner Dios su amor en el hombre. Y que no es esta hermosura la corporal; y de cuánto ésta sea peligrosa.

Cosa es de maravillar que haya hermosura en la criatura que pueda atraer a los benditos ojos de Dios para ser de Él codiciada. Dichosa cosa es

enamorarse el ánima de la hermosura de Dios; mas ni es de maravillar que la fea ame al todo hermoso, ni es de tener en mucho que la criatura ame a su Criador, pues se lo debe, y recibe de ello eterna paga. Mas enamorarse y aplacerse Dios en su criatura, esto es de maravillar y agradecer, y cosa de que tener inefable causa de gloriarse y gozarse. Si es grande honra ser uno preso por Jesucristo, y por título muy honrado se llama San Pablo (*Ephes.,* 3, 1), *preso de Jesucristo*, teniendo en el cuerpo cadenas de hierro y en el ánima cadenas de amor, ¿qué será tener el hombre a Dios preso con el amor? Si es gran riqueza no tener corazón, por dárselo a Dios, ¿qué será tener por nuestro el corazón de Dios, el cual da Él a quien da su amor, y tras el corazón da a todo Sí? Porque de quien es nuestro corazón, de aquél somos sin duda. Grandes y muchos son los bienes que la infinita y divina Bondad da a los hombres; mas no como haciendo mucho caso de todos ellos, en comparación de éste. Dice Job (7, 17): *Señor, ¿qué cosa es el hombre, porque lo engrandeces, y pones en él tu corazón?* Dando a entender, que pues por dar Dios el corazón, se da Él, tanta diferencia va de dar su corazón por amor, a dar otras dádivas, cuanto va de Dios a criaturas. Y si por las otras dádivas debemos gracias, la principal causa es porque nos las da con amor; y si en ellas nos debemos gozar, mucho más por hallar gracia y amor en los altísimos ojos de Dios. Esta es la verdadera honra nuestra, de la cual nos podemos gloriar; no de que amamos nosotros a Él, porque maldito es quien algún caso hace de sí, ensalzándose de las obras que hace, más de que un tan alto Rey, a quien adoran todos los Ángeles, quiera por su bondad amar a cosas tan bajas como somos nosotros.

Mirad, pues, doncella, si es razón de *oír, y ver, e inclinar a Dios vuestra oreja*, pues que el galardón de ello es que *codicie Dios vuestra hermosura*. Verdaderamente, aunque las palabras que manda fueran muy dificultosas, se tornaran ligeras de cumplir, con tales promesas; cuanto más siendo cosa tan poca, con el favor de su gracia, la que nos pide.

Mas diréis: ¿De dónde viene al ánima tener hermosura, pues que de sí es pecadora, y de los pecadores se escribe (*Thren*., 4, 8) que es *denegrida su cara mas que carbones*? Si este Señor buscase hermosura de cuerpo no es de maravillar que la hallase; porque así como Él es hermoso, crió todas las cosas hermosas, para que así fuesen algún pequeñuelo rastro de su hermosura inefable, comparada a la cual, toda hermosura es fealdad. Mas sabemos que dice David, hablando de la Esposa de este gran Rey (*Ps.,* 44, 14), *que toda la hermosura de ella consiste en lo de dentro*, que es el ánima. Y esto con mucha razón, porque la hermosura del cuerpo es

muy poca cosa, y puede estar en quien tenga muy fea su ánima. ¿Pues qué aprovecha ser fea en lo más, y hermosa en lo menos? ¿Qué aprovecha la hermosura en que los hombres pueden mirar, y fealdad en lo de dentro donde Dios mira? ¡De fuera ángel, y de dentro demonio!

Y no sólo esta hermosura no aprovecha para ser amada de Dios, mas aun por la mayor parte es ocasión para ser desamada. Porque así como la espiritual hermosura da seso y sabiduría, así la hermosura del cuerpo la suele quitar. No tiene pequeña guerra la castidad, la humildad y el recogimiento de una parte contra la hermosura del cuerpo de otra; y a muchas mujeres les fuera mejor extrema fealdad en el rostro, para no tener con quién pelear, que gran hermosura y gran liviandad, con que fueron vencidas. No por pequeño mal dice Dios a tal ánima (*Ezech.,* 28, 17): *Perdiste la sabiduría en tu hermosura*; y en otra parte (16, 25) dice: *Hiciste abominable tu hermosura*. Y dice esto, porque cuando con la hermosura del cuerpo se junta fealdad en las costumbres, es abominable la tal hermosura, y tornada en fealdad verdadera.

Bien veo yo, que si los ánimos de los que miran las cosas hermosas, y de las que son hermosas fuesen puros en buscar a Dios sólo en las criaturas, cuanto ellas fuesen más hermosas, tanto más claro espejo les serían de la hermosura de Dios. Mas ¿adónde está ahora quien no tenga por [qué] temer lo que la Escritura dice (*Sap*., 14, 11): *Que las criaturas son hechas lazo y cepo para los pies de los necios*, que son los que usan de ellas para ofensas de Dios, quedándose en ellas, siendo ellas criadas para que por ellas sirviesen a Dios y subiesen a Él como por una escalera? De estos tales era en un tiempo San Agustín; y por eso lloraba después, y decía: «Andaba yo, Señor, feo por las criaturas hermosas que tú criaste.» ¿Y adonde está la pureza de la mujer hermosa, para tanto más guardarse limpia en el ánima, cuanto más hermosura ve en su cuerpo? Naturalmente huímos más de ensuciarnos cuando estamos limpios, que cuando no; y hacen al contrario de esto muchas personas, que siendo feas no pecarían tanto, y de la misma limpieza toman ocasión de ensuciarse. Y de éstas dice la Escritura (*Prov.,* 11, 22): *Como manilla de oro en el hocico del puerco, así es la mujer hermosa que es loca*. Muy poca honra cataría el puerco al oro que en su hocico tuviese, y no dejaría, por mucho que resplandeciese, de ensuciarlo y meterlo en el hediondo cieno. Así es la mujer loca, que emplea su hermosura sin algún asco en mil liviandades y hediondeces, ya del cuerpo ya del ánima.

Pues si la hermosura no ayuda, antes desayuda a guardar la limpieza de la propia ánima, ¿qué pensáis que hace en las ánimas de quien la mira? ¡Oh, cuan buena cosa sería no tener ellos ojos para mirar, ni ellas pies para andar, ni manos para se hermosear, ni gana para ver ni ser vistas; pues de lo uno y de lo otro suele muchas veces salir el determinado deseo de mala codicia, y darse tantas puñaladas mortales en sus ánimas, cuantos malos deseos determinados tuvieron! ¿Y quién los contará? ¿Qué dirán a esto los hombres perdidos, y estas miserables mujeres, hermosas al parecer, y feas según la verdad, cuando les falte la hermosura del cuerpo, por la cual tanto trabajaron, y se tornen tan hediondos sus cuerpos en las sepulturas, cuan hediondas andaban sus ánimas debajo los cuerpos hermosos, y sean así presentadas, desnudas de bienes, delante de los ojos de Aquel al cual no curaron parecer bien; y sean avergonzadas de sus secretas maldades, probando por experiencia que vino el día en que Dios había amenazado, [y] *echó a perder los nombres de los ídolos de la tierra?* (Zach., 13, 2). *Ídolo* es la mujer vana y hermosa, que quiere contrahacer a Dios verdadero; pintándose como Dios no la pintó, y queriendo que los corazones de los hombres malamente se ocupen en ella; y haciendo para ello todo lo que puede, y deseando lo que no puede. *Los nombres muy mentados de éstas destruirlos ha Dios*, para que sepan que no aprovecha ser mentadas en las bocas de los hombres, si están raídas del libro de Dios.

De esta hermosura os amonesto, doncella de Cristo, que ni aun os acordéis de ella. Porque si las mujeres vanas se pasan como quiera donde no las ve hombre, y guardan su hermosura para cuando las mire alguna muchedumbre de pueblo, o algún alto Príncipe, ¿cuánto más la doncella de Cristo debe hacer otro tanto, esperando aquel día cuando ha de ser vista de todos los ángeles, y del Señor de hombres y de ángeles, cuando parecerá mejor la faz llorosa que la risueña, y el vestido bajo que el precioso, y la virtud que la hermosura?

Mas no penséis que basta tener vuestro corazón limpio de esta vanidad, mas conviéneos mucho mirar y remirar, no seáis causa que quien os mirare se le aparte el corazón de Dios ni un solo punto. Las vanas doncellas del mundo desean parecer bien a los hombres; mas la de Cristo ninguna cosa debe tanto huir ni temer como bien parecer; porque no puede ser peor locura que desear lo que es peligro suyo y ajeno. Acordaos de lo que San Jerónimo dice a una doncella: «Guárdate que no des alguna ocasión de deseo malo, porque tu Esposo es celoso; y peor es ser adúltera contra Cristo que contra el marido.» Y en otra parte dice: «Acuérdate que te he dicho que eres hecha sacrificio de Dios; y el sacrificio da

santificación a las otras cosas; y cualquiera que de él dignamente participare será participante en la santificación. Pues de esta manera haz que por tu causa, como por sacrificio divino, se santifiquen las otras; con las cuales así vivas, que quienquiera que tocare tu vida, con el mirarte, o con el oírte, sienta en sí la fuerza de la santificación, y deseándote mirar, sea hecho digno de sacrificio.» Todo esto dice San Jerónimo,

CAPÍTULO 104

Que la dignidad de ser esposa de Jesucristo pide grande cuidado en todas las cosas; y del ejemplo que deben mirar en lo exterior y lo interior del ánima las que de ella quieren gozar.

De lo cual veréis, que esta honra tan grande, que es ser esposa de Cristo, no anda sola, ni se ha de poseer con descuido; mas así como es el más alto título que decirse puede, así pide mayor cuidado que otro para tenerlo como conviene. No penséis que, por no tener marido que sea hombre terreno, ya por eso habéis de vivir con descuido; mas sabed que estáis obligada a mirar más y más, cuanto vuestro Esposo es mayor, y cuanto más cosas son las que Él os demanda. Con el marido de acá cumple la mujer con no tener tachas muy grandes; mas con el celestial Esposo no, si no le amáis con todo vuestro corazón y fuerzas. Y una palabra, y un rato ocioso, no pasará sin castigo. Y esto no os parezca pesado, porque aun acá en el mundo así pasa, que cuando una mujer alcanza marido más alto está obligada a ser ella mejor. Pues si podéis, considerad quién es Aquel a quien por Esposo tomasteis, o por mejor decir, quién por esposa os tomó; y veréis, que aunque lo que mandase fuese pequeño, por mandarlo Él, no hay mandamiento pequeño ni pecado pequeño, como San Jerónimo dice.

Y porque tal dignidad como ésta no la tengáis indignamente, y la honra no se os torne en deshonra, quiero poneros delante un dechado en que os miréis y de quien algo saquéis, que fue una doncella llamada Asela, de la cual dice San Jerónimo: «Ninguna cosa había más alegre que su gravedad, ni más grave que su alegría; ninguna cosa más suave que su tristeza, ni más triste que su suavidad. Así tenía amarillez en la cara, que aunque fuese señal de abstinencia, no mostraba hipocresía. Su palabra callaba, y su callar hablaba. Ni muy tardo ni muy apresurado su andar. Su hábito a la continua de una misma manera. Su limpieza era sin ser

procurada, y su vestido sin curiosidad, y su atavío sin atavío. Y por sola la bondad de su vida mereció que en la ciudad de Roma, donde tantas pompas hay, en la cual ser humilde es tenido por miseria, los buenos digan bien de ella, y los malos no osen murmurar de ella.» Este es el dechado que debéis mirar para lo de fuera; que para lo de dentro no hay sino Jesucristo puesto en la cruz, al cual tanto más os debéis conformar, cuanto tenéis nombre de mayor unión con Él, que es casamiento.

CAPÍTULO 105

Que no debe desmayar a las doncellas la grandeza del estado, porque el Esposo, que es el Señor, da lo necesario; y del consejo con que se debe tomar; y del alegría con que se debe guardar; y de los grandes bienes que en él hay.

Mas mira[d] no desmayéis, por la mucha santidad que vuestro título pide, temiendo más al estado, que gozándoos con él. Cuando oyéredes que os amonesta cosas tan altas, no debéis derribaros, mas esforzaros. Porque así como las cargas y mantenimiento del matrimonio no cargan principalmente sobre los hombros de la mujer, más cumple ella con guardar bien lo que el marido trae ganado, y trabajar con su flaqueza lo que pudiere, así no penséis que os tomó el Señor por esposa para dejar sobre vuestros hombros los trabajos de mantener vuestra ánima, pues que ni vos seréis para ello, ni quiere Él que la honra de ser vos la que debéis, sea vuestra. Plega a Él que sepáis vos darle vuestro corazón, y responderle a sus inspiraciones que Él os enviará; y que no ensuciéis, con tibieza o con soberbia o con negligencia o con indiscretos fervores, el agua limpia que en vuestra ánima lloverá; que en lo demás vuestra ánima ha de reposar, no en confianza de vos, mas de vuestro Esposo, que sabe y quiere y puede muy bien manteneros, si vos de vuestra voluntad de su casa no os vais. Y aun en las cosas que arriba os he dicho que habéis de hacer, no las esperéis de vos sola; mas pedid al mismo Señor que os ayude, que en todo lo sentiréis piadoso Padre y Esposo.

El estado de virginidad que tenéis, no se debe tomar livianamente, por cualquiera devoción que venga, ni por no poder hallar casamiento con hombre; mas como cosa en que mucho va, ha de haber mucho consejo y experiencia, y aparejo para servir a Cristo, y haberlo encomendado a Dios

días y años muy de corazón, porque no se guarde negligentemente lo que livianamente se toma. Mas cuando es tomado, como, y por el fin que es razón, debe tener mucha alegría la persona que lo tuviere, porque es estado de incorrupción y estado de fecundidad. Porque así como la bendita Virgen María, que por su excelente y limpísima virginidad, se llama *Virgen de vírgenes*, y es amparadora de vírgenes, dio fruto y no perdió la flor de su limpieza, así las vírgenes que son de verdad vírgenes, tienen fruto en su ánima y entereza en su cuerpo. Porque este celestial Esposo, Cristo, no es como los de la tierra, que quitan la hermosura e integridad a sus esposas; mas es tan guardador de hermosura, y tan amador de limpieza, que, como dice Santa Inés: «A Él sólo guardo mi fe, a Él sólo me encomiendo con toda devoción; al cual cuando amare soy casta, cuando lo tocare soy limpia, cuando le recibiere soy virgen. Ni faltarán hijos de aquestas bodas, en las cuales hay parto sin dolor, y la fecundidad de cada día es acrecentada.» Esto dice Santa Inés, como quien probaba la suavidad de este celestial Desposado. Porque confusión, y no pequeña, es para la doncella que se llama esposa de Cristo, no gustar más de las condiciones y suavidad de su Esposo, que si fuera una extranjera.

¡Oh cuántos dolores ahorra la virginidad, y cuántos cuidados y desasosiegos! Unos que por fuerza los trae el mismo estado del matrimonio de carne; otros que de la mala condición del marido suelen nacer. Mas acá, los hijos son *gozo, caridad y paz*, y otros semejantes que cuenta San Pablo (*Gal*., 5, 22). El Esposo, bueno, pacifico, rico, sabio, hermoso, y según la esposa dice en los Cantares (5, 16), *todo para desear*. ¿No os parece, pues, que hace este Rey gran merced a quien toma, no sólo para esclava o sirviente, mas para esposa? ¿No os parece buen trueco, parto con gozo por parto con dolor? ¿Hijos de descanso por hijos de cuidado, y que ellos traen consigo la dote, y el placer y la honra? Por cierto, como San Jerónimo dice hablando a una madre de una doncella: «No sé por qué tienes por mal que tu hija no quiso ser mujer de un caballero por ser esposa del Rey, y que te hizo a ti suegra de Cristo.»

No resta, pues, doncella, sino que así os alegréis con el estado que el Señor por su bondad os dio, que tengáis cuidado de ser la que debéis; y así temáis de vuestra flaqueza, que confiéis en el Señor, que acabara en vos lo que ha comenzado; para que así, ni de la merced hecha os dé alegría vana, ni el temor de lo mucho que debéis os derribe; mas entre temor y esperanza caminéis, hasta que el temor se quite con el perfecto amor que en el Cielo habrá, y la esperanza, cuando tengamos presente y sin temor de perder aquello que aquí en ausencia esperábamos.

CAPÍTULO 106

De cuatro condiciones que se requieren para ser una cosa hermosa; y cómo al alma que está en pecado le faltan todas cuatro.

Mucho nos hemos apartado de la pregunta que preguntamos: ¿pe dónde hermosura al ánima, para que Dios la codicie? Y ha sido la causa, porque no pensemos que lo había este Rey por la hermosura del cuerpo. Ahora tornemos a nuestro propósito.

Habéis de saber, que para ser una cosa del todo hermosa cuatro cosas se requieren. La una, *cumplimiento* de todo lo que ha de tener; porque faltando algo, ya no se puede decir hermosa; como faltando una mano o pie, o cosa semejante. La segunda es *proporción* de un miembro con otro; y si es imagen de otra cosa, ha de ser sacada muy al propio de su dechado. Lo tercero ha de tener *pureza* de color. Lo cuarto *suficiente grandeza*; porque lo pequeño, aunque sea bien proporcionado, no se dice del todo hermoso.

Pues si consideramos todas estas condiciones en el ánima pecadora, hallaremos que ni una sola de ellas tiene. No *cumplimiento*, porque faltándole la fe o la caridad y dones del Espíritu Santo, los cuales había de tener, no se puede decir hermosa a quien tantas cosas le faltan. No tiene *proporción* entre sí, porque ni obedece la sensualidad a la razón, ni la razón a Dios. Mayormente, siendo el ánima criada a imagen de Dios, era razón que para guardar su hermosura, fuera semejante en las virtudes a su dechado, como lo es en su ser natural. Pues siendo Dios bueno y el ánima mala; Dios limpio, ella sucia; Dios manso, ella airada, y así en lo demás, ¿cómo puede haber hermosura en imagen que tan disconforme está a su dechado? Pues lo tercero, que es una *luz* espiritual de gracia y conocimientos, que avivan la hermosura del ánima, como los colores al cuerpo, también le falta; porque ella anda en tinieblas, y está *denegrida más que carbones*, como lo llora Jeremías (*Thren*., 4, 8). Pues menos tiene lo cuarto, pues no hay cosa más poca ni *chica*, que ser pecador, que es nada y menos que nada.

De manera, que faltándole todas las condiciones para ser hermosa, sin duda será fea. Y porque todas las ánimas, que en los cuerpos que de Adán vienen son criadas, ordinariamente son pecadoras, síguese que todas son feas.

CAPÍTULO 107

Cómo la fealdad del pecado es tan mala, que ningunas fuerzas naturales, ni Ley natural o de Escritura, bastaban a la quitar, sino Jesucristo, en cuya virtud se quitaba en todo tiempo, y daba la gracia.

Esta fealdad del pecado es tan dificultosa, y por mejor decir, es tan imposible de ser quitada por fuerza de criatura, que todas juntas no pueden hermosear una sola ánima fea. Lo cual denota el Señor por Jeremías, diciendo (*Jerem.,* 2, 22): *Si te lavares con salitre, y con abundancia de jabón, todavía estás manchada en mi acatamiento*. Quiere decir, que para quitar esta mancha, ni aprovecha salitre de reprensiones de los Profetas, ni recios castigos de la Ley vieja, ni tampoco *blandura* de los halagos y prometimientos que Dios entonces hacía. Manchados estaban los hombres entre los castigos y entre las consolaciones; entre amenazas y promesas. *Porque por las obras de la Ley vieja ninguno era justificado delante los ojos de Dios*, como dice San Pablo (*Rom.,* 3, 20), y por eso no podía haber *hermosura* para ser codiciada de Dios, pues no habla justificación, que es causa de la hermosura.

Y si en la Ley y sacrificios dados por Dios no podía darse hermosura, claro es que menos la habría en la Ley de naturaleza, pues que no tenía tantos remedios contra el pecado como la de Escritura. Que la hermosura que entonces hubo en los ánimos de muchos que fueron justos, así en la Ley de naturaleza como de Escritura, alcanzóse por el derramamiento de la sangre del precioso Cordero, Jesucristo nuestro Señor; el cual, como dice San Juan (*Apoc.,* 13, 8), *fue muerto desde el principio del mundo*. Porque aunque fue muerto en la cruz *en los postreros días del mundo*, que así llaman los Apóstoles al tiempo de la venida de Cristo, se dice ser muerto *desde el principio del mundo* porque desde entonces comenzó su muerte a obrar perdón y gracia en los que la tuvieron, tomándola como en fiado, para después la pagar en la cruz. Porque ordenó Dios, que así como un padre fue la cabeza y fuente de pecado y muerte para todos los que de él viniesen por vía ordinaria, así quiso que uno fuese, por el cual fuesen libres, todos los que lo quisieren ser, del mal en que el otro nos había metido, y aun de los que añadimos nosotros. Así dice San Pablo (*Rom.,* 5, 19), que *como por la inobediencia de uno, fueron constituidos pecadores muchos, así por la obediencia de otro, serán constituidos justos muchos*. Y así como la obediencia que Jesucristo tuvo a su Padre *hasta la muerte, y*

muerte de cruz, no sólo hace justos por imitación, mas dando verdadera justicia [Véase el cap. 88], así el mal que Adán nos hizo, no sólo fue sernos ejemplo de pecar, mas hacernos de verdad pecadores con pecar él. Y así lo que San Pedro dijo (*Act.,* 4, 12), que *no hay otro nombre debajo del Cielo, en el cual nos convenga ser salvos, sino en el de Jesucristo*, no sólo se entiende desde que Dios encarnó, mas desde el principio del mundo según hemos dicho; pues los que estaban en gracia de Dios, lo estaban por merecimientos de aqueste Señor, mediante la fe y penitencia.

Y aunque, circuncidando a un niño, se le daba gracia con que quedaba justo, y el pecado original perdonado, mas no le daba la circuncisión gracia; que aquello guardábase para los Sacramentos de la nueva Ley; mas era una protestación de la fe, que del Mesías que había de venir que entonces se tenía. Y si después cuando grande perdía la gracia por algún pecado mortal, ofrecía algún animal, según Dios lo mandaba, cuya sangre se derramase en el templo; no para justificar, porque no tenía virtud para ello, sino para que el pecador protestase su fe que tenía en el Señor que había de venir; y con esta fe y con la interior penitencia de sus pecados, que Dios le inspiraba, era hecho participante de la preciosa sangre de Cristo, que se había de derramar para el perdón de los pecados.

Y no sólo había remedio en la Ley de Escritura por fe y penitencia interior, según hemos dicho, mas también en Ley de naturaleza, aunque no se requería tan explícita la fe en nuestro Señor. Y también había exteriores protestaciones de aquesta fe, cuales el Señor, *que quiere que todos se salven*, les inspiraba; para que, aunque las gentes diversas, y los ritos en lo exterior fuesen diversos, el Salvador sea uno, *medianero de Dios y los hombres, Hombre Cristo Jesús*, como dice san Pablo (1 *Tim.,* 2, 5).

CAPÍTULO 108

Que Cristo nuestro Señor con su Sangre quita la fealdad del ánima y la hermosea; y que fue más conveniente que el Hijo se hiciese Hombre, que no el Padre, ni el Espíritu Santo; y de la grande fuerza de la Sangre de Cristo.

Considerad, pues, cuan fea es, y cuánto se debe huir la mancha que causa el pecado, pues una vez recibida en el ánima, ni se pudo lavar con tanto derramamiento de sangre que por mandamiento de Dios se ofrecía en

su templo, ni todas las fuerzas humanas para ello bastaron. Y si el hermoso Verbo de Dios no viniera a hermosearnos, duráranos para siempre la fealdad del pecado. Mas viniendo el Cordero sin mancha, pudo, supo y quiso lavar nuestras manchas; y destruyó nuestra fealdad, y diónos su hermosura.

Y para que veáis cuan razonablemente el Hijo de Dios, más que el Padre y el Espíritu Santo, convenía que con su sangre hermosease nuestra ánima fea, considerad que como se atribuye al Padre la eternidad, y al Espíritu Santo el amor, así al Hijo de Dios, en cuanto Dios, se le atribuye la hermosura, porque Él es perfectísimo, sin defecto alguno, *y es imagen del Padre*, como San Pablo dice (*Hebr.,* 1, 3), y tan al propio, que por ser engendrado por vía de entendimiento, es semejante del todo a su Padre, el cual le dio la misma esencia que Él tiene. De manera, que *quien a Él ve, ve al Padre*, como dice el Santo Evangelio (*Jn.,* 14, 9). Pues por esta proporción tan igual del Hijo con el Padre, con razón se le atribuye la hermosura, pues tan al propio está sacada la Imagen de su dechado. *Luz* no le falta, pues que se llama Verbo, que es cosa engendrada por el entendimiento y en el entendimiento; como lo dice San Juan (1, 9), *que era Luz verdadera. Grandeza* no le falta, pues tiene inmensidad infinita.

Y por esto convino que este Hermoso, por quien fuimos hechos cuando no éramos, viniese a repararnos después de perdidos; y vistiéndose de carne, tomase en ella la semejanza de nuestra fealdad, y diese en nuestras ánimas la lindeza de su hermosura. Y aunque el ser nosotros castigados, ni halagados, no nos podía quitar nuestra mancha, fue de tanto valor el ser castigado el Hermoso, que cayendo sobre sus hombros el recio salitre de su Pasión, cayó sobre nosotros el blando jabón de su blancura. Y aunque Dios dice al pecador (*Jerem.,* 2, 22): *Aunque te laves con salitre y hierba de jabón, no serás limpio*; mas dando a entender que había de enviar remedio para esta mancha, dice en otra parte (*Is*., 1, 18): *Si fueren vuestros pecados como grana, serán blanqueados como la nieve; y si fueren bermejos como sangre, con que tiñen carmesí, serán blancos como la lana blanca*.

Muy bien creía esto David cuando decía (*Ps.,* 50, 9): *Rociarme has con hisopo, Señor, y seré limpio; lavarme has, y seré emblanquecido más que la nieve. Hisopo* es una hierba pequeña y un poco caliente, y tiene propiedad para purgar los pulmones por do resollamos. Y esta hierba juntábanla con una vara de cedro, y ataban la hierba al palo con una cuerda de grana dos veces teñida; y atado junto, decíanle hisopo, con el cual

mojado con sangre y agua—y otras veces con agua y ceniza—, rociaban al leproso, y al que había tocado cosa muerta, y con aquello era tenido por limpio. Muy bien sabia David que ni la hierba, ni el cedro, ni la sangre de pájaros, ni de animales, ni el agua, ni ceniza no podían dar limpieza en el ánima, aunque la figuraban; y por eso no pide a Dios que tome en su mano este hisopo, y lo rocíe con él, mas dícelo por la humanidad y humildad de Jesucristo nuestro Señor; la cual se dice *hierba*, porque nació de la tierra de la bendita Virgen María, y porque nació sin obra de varón, como la flor nace del campo sin ser arado ni sembrado. Y por esto dice (*Cant.,* 2, 1): *Yo soy flor del campo*. Y esta hierba se dice *pequeña*, por la bajeza que en este mundo tomó, hasta decir (*Ps.,* 21, 7): *Gusano soy y no hombre, deshonra de hombres, y desprecio del pueblo*. Esta carne humillada es remedio contra el viento de nuestra soberbia tan loca, que no puede ser curada sino con esta tan grande humildad; pues no es razón que se ensalce el gusano viendo abatido al Rey de la Majestad.—Y no se os olvide que el hisopo es caliente, porque Cristo, por el fuego del amor que en sus entrañas ardía, se quiso abajar para nos purgar; dándonos a entender que si el que es alto se abaja, ¿cuánta razón es que el que tiene tanto por qué se abajar no se ensalce? Y si Dios es humilde, que el hombre lo debe ser. Esta carne medicinal fue junta al palo del cedro, cuando fue puesta en cruz, y atada con delgada hebra de lana dos veces teñida. Porque aunque duros, y gruesos, y largos clavos le tenían fijados con ella los pies y las manos, si su abrasado hilo de amor no le atara a la cruz, queriendo Él entregar la vida para matar nuestra muerte, poca parte fueran los clavos para le tener. De manera, que no ellos, mas el amor le tenía. Y este amor es doblado, como grana dos veces teñida; porque por satisfacer a la honra del Padre que por los pecados era ofendido, y por amor de los pecadores que estaban perdidos, padeció Él lo que padeció.

CAPÍTULO 109

Que la sacra humanidad de Cristo fue figurada en la ropa del Sumo Sacerdote, y en el velo que Dios mandó hacer a Moisés; y qué era lo que David pedía cuando pidió ser rociado con hisopo para quedar limpio.

La ropa que el Sumo Pontífice de la Ley se vestía, había de ser de grana teñida dos veces; porque la santa humanidad de Cristo, que es su

vestidura, se había de teñir en sangre por amor de Dios y del prójimo derramada.

Y esta carne, puesta en la cruz, es el velo que Dios mandó hacer a Moisés (*Ex.,* 28, 33) de *jacinto y carmesí y grana dos veces tenida*, de blanca y retejida holanda, hecho con labores de aguja, y tejido con hermosas diferencias. Porque esta santa humanidad es teñida con sangre, como el *carmesí*; es abrasada con fuego, significado en la *grana*, según hemos dicho; es blanca, como la *holanda*, con castidad e inocencia; y es *retejida*, porque no fue muelle, ni relajada, mas apretada debajo de toda disciplina virtuosa, y de muchos trabajos. Y está bien significada en el *jacinto*, que tiene color de Cielo, porque es formada por obra sobrenatural del Espíritu Santo, y por eso se llama celestial; con otras muchas lindezas y virtudes que tiene, formadas por el saber muy sutil de la sabiduría de Dios. Y este velo manda que se cuelgue en cuatro columnas que lo sustenten, que quiere decir, que en cuatro brazos de cruz fue puesto Cristo; y cuatro Evangelios le ponen y predican manifiesto delante del mundo.

Pues como el real Profeta Santo David fue tan alumbrado Profeta en saber los misterios de Cristo que habían de venir, viéndose afeado con aquel feo pecado cuando tomó la oveja y mató al pastor [cuando tomó a Bersabé y mató a Urías], temiendo la ira del Omnipotente, con la cual estaba amenazado por boca del Profeta Nathán (2 *Reg.,* 12, 10), suplica a Dios que le hermosee su fealdad, no con hisopo material, pues que el mismo David dice a Dios (*Ps.,* 50, 18) *no te deleitarás con sacrificio de animales*; mas pide ser rociado con la sangre de Jesucristo, atado con cuerdas y lazos de amor en la cruz, confesando que aunque su fealdad sea mucha, e imposible a él de quitarla, que *será emblanquecido más que la nieve* con la sangre que de la cruz cae.

¡Oh Sangre hermosa de Cristo hermoso, que, aunque eres colorada más que rubíes, tienes poder para emblanquecer más que la leche! Y ¡quién viera con cuánta violencia eras derramada por los sayones, y con qué amor eras derramada del mismo Señor! Y ¡cuán de buena gana, Señor, extendías tus brazos y pies, para ser sangrado de brazo y tobillo, para remediar nuestra soltura tan mala, que en deseos y obras tenemos! Gran fuerza ponen contra Ti tus contrarios; mas muy mayor fuerza te hizo tu amor, pues que no ellos, mas él te venció. *Hermoso* llama David a Cristo (*Ps.,* 44, 3), *sobre todos los hijos de los hombres*; mas este hermoso sobre hombres y ángeles, quiso disimular su hermosura, y vestirse —en su cuerpo y en lo de fuera—, de la semejanza de nuestra fealdad que en

nuestras ánimas teníamos, para que así fuese nuestra fealdad absorbida en el abismo de su hermosura, como lo es una pequeña pajita en un grandísimo fuego, y nos diese su imagen hermosa, haciéndonos semejantes a Él.

CAPÍTULO 110

De cómo Cristo disimuló todas las cuatro condiciones de la hermosura por nos hacer hermosos; para lo cual se declara un lugar de Isaías.

Si bien miramos las condiciones ya dichas que se requieren para ser uno hermoso —todas las cuales están excelentemente en el Verbo divino—, hallaremos que todas las disimuló y escondió, para que siendo escondidas en Él, se manifestasen en nosotros.

Muy entero y *acabado* y lleno es el Verbo de Dios, pues ninguna cosa le falta ni le puede faltar, y quita Él la falta a todas las cosas. Mas este tan rico en el seno del Padre, miradle hecho hombre en el vientre y brazos de su Madre, y por todo el discurso de su vida y muerte; y veréis cuántas veces le faltó el comer y el beber en toda su vida; cuan falto fue de cama para echarse, cuando le puso la Virgen en el pesebre, porque ni cama ni lugar tenía en el portal de Belén. ¿Cuántas veces le faltó con qué remediar su frío y calor, y no tenía sino lo que le daban? Y si en la vida *no tenía en qué reclinar su cabeza*, como Él lo dice (*Mt.,* 8, 20), ¿qué diréis de la extrema pobreza que en su muerte tuvo? En la cual menos tenía dónde reclinar su cabeza; porque, o la había de reclinar en la cruz, y padecer extremo dolor por las espinas, que más se le hincarían en ella, o la había de tener abajada y en vago, no sin grave dolor. ¡Oh sagrada cabeza —de la cual dice la Esposa (*Cant.,* 5, 11), *que es oro finísimo*, por ser cabeza de Dios—, y cuan a tu costa pagas lo que nosotros contra tu amor nos reclinamos en las criaturas, amándolas y queriendo ser amados y alabados de ellas, haciendo cama de reposo en lo que habíamos de pasar de camino hasta descansar en Ti! Y la causa por que pasa esta falta y pobreza, declara San Pablo (2 *Cor.,* 8, 9): *Bien sabéis, hermanos, la gracia que nos hizo nuestro Señor Jesucristo, que siendo Él rico, se hizo pobre por nos, para que con la pobreza de Él fuésemos nosotros ricos*. Veis aquí, pues, disimulada muy por entero la primera condición de hermosura, que es ser

en todo cumplido, pues le falta tanto en el suelo al que en el Cielo es la misma abundancia.

Pues si miráis a la otra condición del hermoso Verbo de Dios, cómo es perfectísima imagen del Padre, igual a Él, y *proporcionado* con Él, hallaréis que, no menos que la primera, la disimula en la tierra. Decidme: ¿qué es el Padre, sino fortaleza, saber, honra, hermosura, bondad y gozo, con otros semejantes bienes, que todos ellos son un Bien infinito? Pues poned de una parte este admirable dechado, glorioso en sí, y adorado de ángeles, y acordaos de aquel paso —que había de pasar y traspasar a lo más dentro de nuestras ánimas—, de cuando la hermosa imagen del Padre, Jesucristo nuestro Señor, fue sacado de la audiencia de Pilato, cruelmente azotado, y vestido con una ropa colorada, y con corona de escarnio en los ojos de los que le veían, y de agudo dolor en el cerebro de quien la tenía; las manos atadas, y con una caña en ellas, los ojos llenos de lágrimas que de ellos salían, y de sangre que de la cabeza venía, las mejillas amarillas y descoloridas y llenas de sangre, y afeadas con las salivas que en su faz habían echado. Y con este dolor y deshonra fue sacado a ser visto de todo el pueblo, diciendo: *Mirad al hombre*; y esto para que a Él se le creciese vergüenza de ser visto de ellos, y ellos hubiesen compasión de Él viéndolo tal, y dejasen de perseguir a quien tanto veían padecer. Mas, ¡oh con cuan malos ojos miraron las penas de quien más se penaba por la perdición de ellos, que por su propios dolores! Pues en lugar de apagar el fuego de su rabiosa malquerencia con el agua de sus deshonras, ardióles más y más, como fuego de alquitrán que arde en el agua, y no escucharon la palabra a ellos dicha por Pilato: *Mirad al hombre*; mas no queriendo verle allí, dicen que lo quieren ver en la cruz.

Anima redimida por los dolores de Cristo, escuchad vos, y escuchemos todos esta palabra: *Veis ahí el hombre*; o: *Mirad el hombre*; porque no seamos ajenos de la redención de Jesucristo, no sabiendo mirar y agradecer sus dolores. Cuando quieren sacar alguna cosa para ser vista, suelen ataviarla lo mejor que pueden, para que enamore a los que la vieren; y cuando quieren sacar otra para que sea temida, cercanía de armas y de cuantas cosas pueden, para que hagan temblar a los que la vieren; y cuando quieren sacar alguna imagen para hacer llorar, vístenla de luto y pónenle todo lo que incita a tristeza. Pues decidme: ¿qué fue el intento de Pilato en sacar a Cristo a ser visto del pueblo? No por cierto para ser amado ni temido, y por eso no lo hermoseó ni cercó de armas y caballeros; mas sacólo para aplacar los corazones crueles de los judíos con la vista del Redentor; y esto no por amor, que bien sabía Pilato que entrañablemente le

aborrecían; mas queríalos aplacar a poder de sus grandes tormentos, y a propia costa de su delicado cuerpo. Y por eso atavió Pilato tan ataviado a Cristo de tormentos tales y tantos, que pudiesen obrar compasión en los corazones de los que lo viesen, aunque muy mal le quisiesen. Y por tanto, es de creer que lo sacó el más afligido y abatido y deshonrado que él pudo, reviéndose en afearle, como se revén en una novia para ataviarla; para que por aquesta vía aplacase la ira de los que le desamaban, pues no podía por otras que había intentado. Pues, decidme: si salió Cristo tal que bastaba a apagar el fuego de la malquerencia en los corazones de los que le aborrecían, ¿cuánta razón es que su vista y salida encienda fuego de amor en los corazones de quien le conoce por Dios, y le confiesa por Redentor?

Mucho tiempo antes que esto acaeciese vio el Profeta Isaías (53, 2) este paso, y contemplando al Señor dijo: *No tiene lindeza, ni hermosura. Miramos le y no tenía vista; y deseámosle despreciado, y el más abatido de los hombres, varón de dolores, y que sabe de penas. Su rostro estuvo como escondido y despreciado, y por tanto no le estimamos. Verdaderamente Él llevó nuestras enfermedades, y Él mismo sufrió nuestros dolores; y nosotros le estimamos como leproso y herido de Dios, y abajado*. Si estas palabras de Isaías quisiéredes mirar una por una, veréis cuán escondida estuvo la hermosura de Cristo en el día que trabajó para hermosearnos. Dice la Esposa en los Cantares hablando con Cristo (*Cant.,* 1, 15): *Hermoso eres y lindo, Amado mío*; y aquí dice Isaías, que *no tiene lindeza ni hermosura*. Y Aquel en cuya cara se revén los ángeles y la desean mirar (1 *Petr*., 1, 12), aquí dice que *no tiene vista*. Y Aquel que *cuando entró en este mundo fue*, por mandado del Padre, *adorado de todos los ángeles* (*Hebr.,* 1, 6), ahora que sale del mundo es despreciado de muy viles hombres.

Dice David de Cristo (*Ps.,* 8, 7): que *es ensalzado sobre todas las obras de las manos de Dios*; y dice Isaías que *está el más abatido de todos los hombres*. Y si esto fuera comparándolo con los que eran buenos, no fuera tanto el desprecio. Mas ¿qué diréis, que siendo cotejado con Barrabás, matador y alborotador y ladrón, les parece mejor que Cristo, que es dador de la vida, hacedor de las paces del Padre y del mundo; y está tan lejos de tomar lo ajeno, que, como dice David (*Ps.,* 68, 5), *pagó lo que no tomó?*

Cristo no tenía por qué tener dolor, pues la causa de él es el pecado que en el mundo cupo; mas llámale aquí Isaías *varón de dolores*, que quiere decir, muy abundante de dolores; porque aunque no supo por

experiencia de malos deleites, es varón que sabe de muy recias penas, porque las experimentó, y en tanta abundancia que diga Él por boca de David: *Muy llena de penas está mi ánima* (*Ps.,* 87, 4).

Cristo se llama luz, porque con sus admirables palabras y obras alegraba y sacaba de tinieblas al mundo; mas esta luz, dice Isaías que *tuvo su gesto* [semblante] *como escondido*. Porque si solamente es mirado con ojos del cuerpo, no sé quién le pudiera conocer por el rostro, por mucho que antes lo hubiera tratado. Lo cual no es mucho de maravillar, porque aunque la Virgen, para siempre bendita, y en aquel día la más lastimada de las mujeres, lo parió y envolvió, y se remiraba en su cara como en un espejo luciente; mas con todo esto creo que, si allí estaba presente en este paso de tanto dolor, miraba y remiraba, con cuanta atención las lágrimas de los ojos y el dolor del corazón le daban lugar, si era aquél su benditísimo Hijo, que tan de otro color y manera estaba, que antes le había conocido.

Y si los que lo miraban creyeran que todo esto pasaba el Señor, no porque lo debiese, mas porque amaba a los que lo debíamos, fuera alivio a la pena de Cristo. Mas ¿qué diremos, que dice Isaías que lo tuvieron *por herido de Dios y abatido?* Porque pensaban que Dios lo abatía así, por sus pecados, y que merecía aquello y mucho más; y por eso pidieron que fuese puesto en la cruz. De manera, que de fuera quitaban sus ojos de mirarle, porque habían asco de Él, como de un leproso; y en el corazón lo tenían por malo, y digno de aquello y mucho más. Cosa era para mirar y llorar, que si le miraban, escupían hacia Él, y si no le miraban, habían grandes ascos, como de cosa muy fea. Lo que de Él hablaban eran injurias, que tanto lastimaban como los dolores; y con todo, decían que no tenía lo que merecía, mas que lo pusiesen en cruz.

CAPÍTULO 111

De las muchas y grandes maravillas que sacó el Señor de los mayores males que los hombres han hecho en matar a Cristo; y de la diversa operación que esta palabra: «Mirad a este hombre», ha obrado en el mundo, dicha de Pilato y predicada de los Apóstoles.

¿Quién no se maravillará y dará alabanzas a Dios por su saber infinito, que por modo tan extraño quiso redimir al mundo perdido,

sacando los mayores bienes de los mayores males que los hombres hicieron? ¿Qué cosa peor en el mundo se ha hecho ni se hará, que deshonrar y afear y atormentar y crucificar al Hijo de Dios? Mas ¿de cuál otra cosa tanto provecho vino al mundo, como de esta bendita Pasión?

Pensaba Pilato, cuando ataviaba a este desposado con atavíos de muchos dolores, que para los ojos de aquel pueblo no más lo ataviaba, y atavíólo para ser visto de todo el mundo universo; sirviendo en esto, aunque él no lo sabía, a lo que Dios tanto antes había prometido, diciendo (*Lc.,* 3, 6): *Verá todo hombre la salud de Dios*. Esta salud, Jesucristo es, al cual dijo el Padre (*Isa.,* 49, 6): *En poco tengo que despiertes a servirme las tribus de Jacob, y que me conviertas las heces de Israel. Yo te di en luz de las gentes, para que seas salud mía hasta lo postrero de la tierra*. Jesucristo predicó en persona (*Mt.,* 15, 24) a las ovejas que habían perecido de la casa de Israel no más; y después sus santos Apóstoles, en el mismo pueblo de Israel comenzaron a predicar; y convirtiéronse, no todos los judíos, mas algunos, y por esto dice las *heces*. Mas no paró la salud del Padre, que es Cristo, en el pueblo de los judíos, mas salió cuando fue predicado por los Apóstoles en el mundo; y ahora lo es, acrecentándose cada día la predicación del nombre de Cristo a tierras más lejos[33], para que así sea luz, no sólo de los judíos que creyeron en Él, a los cuales predicó en propia persona, mas también a los gentiles que estaban en ceguedad de idolatría tan lejos de Dios.

Y entonces se cumple lo que aquel santo cisne Simeón cantó, ya que se quería morir, diciendo (*Lc.,* 2, 29): *Ahora dejas, Señor, a tu siervo en paz, según tu promesa; porque vieron mis ojos a tu salud, la cual pusiste ante el acatamiento de todos los pueblos, lumbre para los gentiles, y honra para tu pueblo de Israel*. Si miramos que Cristo fue puesto por mano de Pilato a ser visto de aquel pueblo en su propia casa, y después en lo alto de la cruz en el monte Calvario, claro es, que aunque de todo estado y linaje, naturales y extranjeros, que habían venido a la Pascua, había gran copia de gente; mas no fue Cristo puesto en el acatamiento y vista de todos los pueblos, como dice Simeón en su cantar. Y, por tanto, es Cristo puesto *en el acatamiento y vista de todos los pueblos* cuando es predicado en el mundo por los Apóstoles y sus sucesores, de los cuales dice David (*Ps.,* 18, 5), *que en toda la tierra salió su sonido, y hasta los fines de la tierras sus palabras*. Y Cristo así predicado, es luz, entonces y ahora, para los gentiles que le quieren creer; y es luz y honra para los judíos que también

[33] Alude a la predicación del Evangelio que los misioneros españoles llevaban al nuevo mundo, al cual pretendió pasar el autor, recién ordenado de sacerdote.

le quieren creer, como lo nota San Pablo, diciendo (*Rom.,* 9, 5): *De los cuales viene Cristo, según la carne, el cual es sobre todas las cosas, Dios bendito por todos los siglos*[34].

Pues miremos cuán de otra manera lo ordenó Dios de como lo pensaba Pilato. Él pensaba que ponía a Cristo en acatamiento de aquella gente no más, y dijo: *Veis ahí el hombre*. Y pensó, cuando no quisieron que fuese suelto, mas pidieron que lo crucificase, que ya no había Cristo de ser más visto de nadie. Mas porque vio el Padre Eterno que tal espectáculo como aquel de su Unigénito Hijo, *imagen de su hermosura*, no era razón que tan pocos ojos ni tan malos lo mirasen, ni que a corazones tan duros se presentase, ordenó que se diese otra voz muy mayor, y que sonase en el mundo, y por boca de muchos y muy santos pregoneros, que dijesen: *Mirad este hombre*. Porque la voz de Pilato sonaba poco, y era uno, y malo, y lleno de temor, por el cual sentenció a muerte a Cristo; y no merecía ser él pregonero de esta palabra: *Mirad a este hombre*; y por eso lo mandó Dios pregonar a otros, y tan sin temor, que antes quisieron y quieren morir, que ni un solo punto dejar de predicar y confesar la verdad y gloria de Cristo. Pilato era sucio, porque era infiel y pecador; mas de los pregoneros de esta voz: *Mirad a este hombre*, profetizó Isaías (52, 7) diciendo: *¡Cuan hermosos son los pies —sobre los montes—, de los que predican buenas nuevas de paz y de bienes, y que dicen: Sión, reinará tu Dios!* El *Dios de Sión* es Jesucristo, en suya persona dice David (*Ps.,* 2, 6): *Yo soy constituido Rey de mano de Dios sobre Sión, monte santo suyo, predicando su mandamiento*. Y este *Rey que predica el mandamiento del Padre*, que es la palabra del santo Evangelio, comenzó a reinar en Sión cuando fue recibido el domingo de Ramos por Rey de Israel, en el templo que estaba puesto en el monte de Sión. Y para dar a entender que este reino había de ser en las cosas espirituales, se dice en David *ser constituido Rey sobre el monte de Sión*, que es monte donde estaba el templo en que a Dios se ofrecía su divino culto. Y después, cuando este Señor envió en el mismo monte Sión el Espíritu Santo sobre los suyos, y fue predicado públicamente en medio de Jerusalén, y en las orejas de los Pontífices y fariseos, entonces se acrecentaba su reino; y cuando se convirtieron del primer sermón de San Pedro *casi tres mil hombres* (*Act.,* 2, 41), crecía este reino. Y cuando más gente se convertía, *predicaban* los Apóstoles *a Sión: Reinará tu Dios*. Como quien dice: Aunque ahora este Señor es conocido de pocos, mas siempre irá creciendo su reino, hasta que

---

[34] Téngase presente que Maestro San Juan de Ávila era oriundo de linaje judío. (Nadal, MONUMENTA HISTÓRICA, S. J.)

al fin del mundo reine en todos los hombres, galardonando con misericordia a los buenos, y castigando *con vara de hierro* (*Ps.,* 2, 9) de rigurosa justicia a los malos. Esta es la voz de los predicadores de Cristo, que dice: *Reinará tu Dios*.

Y porque en el corazón del hombre sucio no reina Cristo, pues reina el pecado, no es razón que predique a los otros el reino de Cristo el que en su ánima no consiente reinar a Cristo. Y por eso dice Isaías *que son hermosos los pies de los que predican la paz*. En *los pies* son significados los deseos del ánima, que han de ser *hermosos*. Y por eso no quiere Cristo que se cubran con zapatos los pies de los predicadores por la parte de arriba[35], porque lo hermoso de ellos lo pone Dios en público para ejemplo de muchos. Mas mire mucho quien tiene limpios los pies, no piense que él se los limpió, mas dé gracias a Aquel que lavó el Jueves Santo los pies a los discípulos con agua material, y lava las ánimas de todos los lavados con su Sangre bendita.

No era, pues, razón, que tan limpio Rey como Cristo, fuese anunciado con boca sucia, como la de Pilato; ni que para espectáculo en que tantas y tan grandes maravillas había que mirar, como era Cristo cuando salió a ser visto del pueblo, hubiese un pregonero no más, y que tan poco sonase. Y si Pilato pensó que ya no había de haber memoria de Cristo, ni quien de Él hubiese compasión, ordenó Dios que, en lugar de los pocos que le escupían, hubiese, haya y habrá muchos que con reverencia le adoren. Y en lugar de los que no querían mirarle de asco, haya muchos más que se revean en mirar aquella benditísima cara —aunque esté puesta en cruz—, como en espejo muy luciente. Y en lugar de los que pensaban que lo que padecía lo merecía, haya tantos que confiesen que ningún mal hizo por que padeciese, sino que ellos pecaron, y Él padeció por amarlos. Y si la crueldad de aquéllos fue tanta, que no hubieron de Él compasión, mas pidieron que fuese muerto en la cruz, quiere Dios que haya muchos que deseen morir por Cristo y digan con toda su ánima:

¡Heridas tenéis, Amigo,
y duelen os!
¡Yo las tuviese por vos!

No piense Pilato que atavió a Cristo en balde, aunque no pudo mover de compasión de Él a los que allí estaban, pues que tantos, acordándose de

[35] Alude al texto: *No llevéis oro, ni plata, ni cobre en vuestras bolsas; ni alforja para el camino, ni dos ropas, ni zapatos...* (*Mt.,* 10, 9, 10; véase *Lc.,* 10, 4).

estos trabajos de Cristo, han tanta compasión de Él, que están azotados, y coronados, y crucificados en el corazón con Él, como dice San Pablo de sí (*Gal.,* 2, 19), y en persona de muchos.

CAPÍTULO 112

De cuánta razón es que nosotros miremos a este hombre, Cristo, con los ojos que lo miraron muchos de aquellos a quien lo predicaron los Apóstoles, para quedar hermosos; la cual hermosura se nos da por su gracia y no por nuestros merecimientos.

Muy justa cosa es, doncella, que estas razones tan justas, y estos ejemplos tan vivos de muchos, os muevan a que, quitada toda tibieza, se fije en vuestro corazón con amor entrañable el que por vos con graves dolores fue puesto y fijado en la cruz, y que no seáis vos de los duros, que aquella voz oyeron en balde, mas de los que oírla fue causa de su salvación. No seáis de aquellos que no supieron estimar al que presente tenían, mas de los que dice Isaías: *Deseamos verle. Porque muchos reyes y profetas desearon ver la faz y oír la voz de Cristo nuestro Señor* (*Lc.,* 10, 24).

Mirad, pues, doncella, *a este hombre*, Cristo, que por un indigno pregonero suyo es pregonado. *Mirad a este hombre*, para oír sus palabras, porque éste es el Maestro que el Padre nos dio. *Mirad a este hombre*, para imitar su vida, porque no hay otro camino para ser salvos, si Él no. *Mirad a este hombre*, para haber compasión de Él, pues que estaba tal, que bastaba a mover a compasión a los que mal le querían. *Mirad a este hombre*, para llorar, porque nosotros le paramos con nuestros pecados tal cual está. *Mirad a este hombre*, para le amar, pues padece tanto por nos. *Mirad a este hombre*, para os hermosear, porque en Él hallaréis cuantos colores quisiéredes, con que os hermoseéis: bermejo, de las bofetadas que recientes le han dado; cárdeno, de las que rato ha, y en la noche pasada le dieron; amarillo, con la abstinencia de la vida toda y trabajos de la noche pasada; blanco, de las salivas que en la cara le echaron; denegrido de los golpes, que le habían magullado su sagrada cara; las mejillas hinchadas, y de cuantos colores las quisieron pintar los sayones. Porque según está profetizado por Isaías (50, 6), en persona de Cristo: *Mis mejillas di a los que las arrancaban; y mi cuerpo a quien lo hería*. ¡Qué matices, qué

aguas, que blanco, qué colorado hallaréis aquí para os hermosear, si por vuestro descuido no queda! *Mirad*, doncella, *a este hombre*, porque no puede escapar de muerte quien no le mirare. Porque *así como alzó en un palo Moisés la serpiente en el desierto* (*Núm.,* 21, 9; *Jn.,* 3, 14) para que los heridos mirándola viviesen, y quien no la mirase muriese, así, quien a Cristo puesto en el madero de la cruz no mirare con fe y con amor, morirá para siempre.

Y así como arriba os dije que hemos de suplicar al Padre diciendo (*Ps.,* 83, 10): *Mira, Señor, en la faz de tu Cristo*, así nos manda el Eterno Padre diciendo: «Mira, hombre, la faz de tu Cristo; y si quieres que mire Yo a su faz para te perdonar por Él, mira tú a su faz para me pedir perdón por Él.» En la faz de Cristo nuestro mediador se junta la vista del Padre y la nuestra. Allí van a parar los rayos de nuestro creer y amar, y los rayos de su perdonar y hacer mercedes. Cristo se llama *Cristo del Padre* porque el Padre lo engendró, y le dio lo que tiene; llámase *Cristo nuestro*, porque se ofreció por nos, dándonos todos sus merecimientos. *Mirad*, pues, *en la faz de vuestro Cristo*, creyendo en Él, confiando en Él, amando a Él, y a todos por Él. *Mirad en la faz de vuestro Cristo*, pensando en Él, y cotejando vuestra vida con Él, para que en Él, como en espejo, veáis vuestras faltas, y cuan lejos vais de Él; para que conociendo vuestras faltas que os afean, toméis de sus lágrimas y de su sangre, que por su cara hermosa veis correr, y con dolor limpiéis vuestras manchas y quedéis hermosa.

Así como los judíos quitaban los ojos de Cristo porque le veían tan maltratado, así Cristo quita sus ojos del ánima que es mala, y la abomina como leprosa; mas después que la ha hermoseado con la gracia que le ganó con sus trabajos, pone sus ojos en ella diciendo (*Cant.,* 4 1): *¡Cuan hermosa eres, amiga mía, cuan hermosa eres! Tus ojos son de paloma, sin lo que está escondido dentro*. Dos veces dice *hermosa*, porque ha de ser justa y hermosa en cuerpo y en ánima; de dentro en deseos, y de fuera, en obras. Y porque ha de ser más lo de dentro que lo de fuera, por eso dice: *Sin lo que de dentro está escondido*. Y porque la hermosura del ánima, como dice San Agustín, consiste en amar a Dios, por eso dice: *Tus ojos son de paloma*; en lo cual se denota la intención sencilla y amorosa, que a sólo agradar a Dios mira, sin mezcla de interés propio.

Mirad, pues, a Cristo, porque os mire Cristo a vos. Y así como no habéis de pensar que Él haya hecho alguna cosa por la cual El mereciese tomar sobre si imagen de feo, así no penséis que habéis vos merecido la hermosura que Él os ha dado. De gracia, que no de deuda, se vistió nuestra

fealdad; y de gracia, y sin deuda, nos vistió de esta hermosura. Y a los que piensan que la hermosura que tienen en su ánima la tienen de sí, dice Dios por Ezequiel (16, 14): *Perfecta eras con mi hermosura, que había puesto sobre ti; y teniendo fiucia en tu hermosura, fornicaste en tu nombre, y pusiste tu fornicación a cualquiera que pasaba, para ser hecha suya*. Esto dice Dios, porque cuando un ánima atribuye a sí misma la hermosura de justicia que Dios le dio, es como *fornicar consigo misma*, pues quiere gozar de sí misma en sí y no en Dios, que es su verdadero Esposo, del cual le viene el ser hermosa; y quiere más gloriarse en su nombre —que es *fornicar en su nombre*—, que gloriarse en Dios, que le dio lo que tiene. Y por eso con mucha razón le quita Dios la hermosura que le había dado, pues se le quería alzar con ella. Y como este vano y mal aplacimiento, que en sí mismo se toma, es soberbia y principio de todo mal, por eso dice: *Pusiste tu fornicación a cualquiera que pasa*; porque el soberbio, como tiene por arrimo a sí mismo, que es vanidad, a cualquier viento es llevado, y hecho cautivo de cualquier pecado que pasa; y con mucha razón, pues no quiso humillarse para permanecer teniendo a Dios por arrimo.

Mirad, pues, *este hombre* en Sí, y miradlo en vos. En Sí, para ver quién sois vos; en [vos][36] para ver quién es Él. Sus deshonras y abatimientos, vos los merecíades, y por eso aquello es vuestro; lo bueno que en vos hay, suyo es, y sin merecerlo vos, se os ha dado.

CAPÍTULO 113

En que se prosigue el modo como habemos de mirar a Cristo, y cómo era Él todo cuanto hay es hermoso; y que lo que en el Señor parece feo a los ojos de la carne, como son tormentos y trabajos, es grande hermosura.

Si sabéis aprovecharos de lo que os he dicho, pondréis toda vuestra atención a mirar con espirituales ojos a este Señor, y hallaréis que os será más provechoso, que si con solos los ojos de carne le viérades. Porque a los ojos de carne parecía Cristo afeado, mas a los de la fe muy hermoso. A los del cuerpo, dice Isaías, que *estaba su faz como escondida*; mas a los ojos de la fe no hay cosa que se le esconda; mas como ojos de lobo cerval

[36] *En vos*. Las ediciones consultadas traen *en Él*; pero creemos que el sentido pide *en vos*.

[lince], que ven tras paredes, traspasan lo que parece de fuera, y entrando en lo interior, hallan fortaleza divina debajo de aquella humana flaqueza, y debajo de la fealdad y desprecio, hermosura con honra. Y por eso lo que dijo Isaías: *Vímosle, y no tenía hermosura*, díjolo en persona de los que lo miraron con ojos del cuerpo no más. Mas tomad, doncella, la luz de la fe, y mirad más adentro, y veréis cómo éste que sale en semejanza de pecador, es justo y justificador de pecadores; éste que muere, es inocente como cordero; éste que tiene la cara muy amarilla, es en Sí muy hermoso, y por hermosear a los feos se paró tal. Y pues mientras el esposo más pasa por la esposa y más se abaja, más lo debe ella ensalzar; y mientras más sudado viene, y con heridas y sangre por amor de ella, más hermoso le parece, mirando el amor con que se puso a trabajos por ella, claro es que, mirando la causa de tomar Cristo esta fealdad, parecerá más hermoso mientras más afeado

Decidme: si *la primera* condición de hermosura escondió, cuando de rico y abundante, se abajó a que le faltasen muchas cosas, ¿qué fue la causa, sino porque a nos ningún bien faltase? Y si fue hecho al parecer *desemejante* a la imagen del Padre hermoso, no fue sino porque ordenó el Padre de no darnos hermosura, sino tomando su Hijo nuestra fealdad. Y si escondió *lo tercero*, que es la luz o color, cuando aquella sagrada cara estaba amortiguada y obscurecida, y aquellos ojos lucientes se obscurecían, ya que quería morir y después de muerto, ¿por qué fue esto, sino por dar luz y color vivo a nuestras obscuridades? Según Él mismo lo figuró, cuando de su saliva, que significa a Él cuanto a Dios, y la tierra, que significa la humanidad, hizo lodo, que significa su abatida Pasión, y con aquella bajeza recibió vista el ciego, que significa el género humano. Y si *lo cuarto* que es el ser grande, Él escondió cuando se hizo hombre, y el más abatido de todos los hombres, ¿por qué fue, sino para conformarse con los chicos, y pegarles su grandeza? Según fue figurado en el grande Eliseo (4 *Reg.,* 4, 34), que para resucitar el muchacho chico, se encogió y midió con él, y así le dio vida.

Pues si San Agustín dice, que amando a Dios somos hechos hermosos, claro es que en la obra de mayor amor, más somos hermosos. Pues en qué cosa tanto se mostró el grande amor que Jesucristo tenía a su Padre, como en padecer por su honra, como Él dijo (*Jn.,* 14, 31): *Porque conozca el mundo que amo al Padre, Levantaos, y vamos de aquí*. Mas ¿adonde iba? Claro es que a padecer. Y pues mientras una es mejor obra, tanto es más hermosa — porque lo bueno es hermoso y lo malo feo—, claro está que cuanto Cristo más padecía, mejor obra era; y, por tanto,

mientras más abajado y afeado, más hermoso es a los ojos de quien conoce que quien lo pasó no lo debía, mas pasólo por honra del Padre y provecho de nosotros. Estos son los ojos con que habéis de *mirar a este hombre* siempre, para que siempre os parezca hermoso como lo es. Y también para que sepa Pilato allá en el infierno, do está [lo más probable], que pone Dios unos ojos a los cristianos, con los cuales mirando a Cristo, tanto más hermoso les parezca, cuanto él más afearlo quiso.

Ahora oíd cómo todo esto dice San Agustín: «Amemos a Cristo; y si algo feo halláremos en Él, no le amemos. Aunque Él halló en nosotros muchas fealdades, y nos amó. Y si halláremos en Él algo feo, no le amemos. Porque el estar vestido de carne, por lo cual se dice de Él: *Vímosle y no tenía hermosura*, si considerares la misericordia con que se hizo hombre, allí también te parecerá hermoso. Porque aquello que dijo Isaías: *Vímosle, y no tenía hermosura*, en persona de los judíos lo decía. Mas ¿por qué le vieron sin hermosura? Porque no le miraron con entendimiento. Mas a los que entienden el *Verbo hecho hombre*, gran hermosura les parece; y así dijo uno de los amigos del Desposado (*Gal.,* 6, 14): *No me glorío yo en otra cosa sino en la cruz de Jesucristo nuestro Señor*. —¿Poco os parece, San Pablo, no haber vergüenza de las deshonras de Cristo, sino que aun os honráis de ellas?— ¿Por qué no tuvo Cristo hermosura? Porque *Cristo crucificado es escándalo para los judíos, y parece necedad a los infieles gentiles* (1 *Cor.,* 1, 23). Mas ¿por qué tuvo Cristo en la cruz hermosura? Porque (v. 24) *las cosas de Dios que parecen necedad, son más llenas de saber que lo sabio de todos los hombres. Y las cosas de Dios que parecen flacas, son más fuertes que lo más fuerte de todos los hombres*. Y pues así es, parézcaos Cristo Esposo hermoso, siendo Dios hermoso, Palabra acerca del Padre. Hermoso también en el vientre de la Madre, adonde no perdió la divinidad y tomó la humanidad. Hermoso el Verbo nacido infante, porque aunque Él era infante que no hablaba, cuando mamaba, cuando era traído en los brazos, los cielos hablaron, los ángeles cantaron alabanzas, la estrella trajo a los Reyes Magos, fue adorado en el pesebre, en el que fue puesto como manjar de animales mansos. Hermoso, pues, es en el Cielo, hermoso en la tierra, hermoso en el vientre de la Madre, hermoso en los brazos de Ella; hermoso en los milagros, hermoso en los azotes, hermoso convidando a la vida, hermoso no teniendo en nada la muerte; hermoso dejando su ánima cuando expiró, hermoso tornándola a tomar cuando resucitó, hermoso en la cruz, hermoso en el sepulcro, hermoso en el Cielo, hermoso en el entendimiento. La suma y verdadera hermosura, la justicia es. Allí no le verás hermoso adonde le

hallares no justo. Y pues en todas partes es justo, en todas partes es hermoso.» Todo esto dice San Agustín.

Y cierto; si con estos ojos mirásedes a Cristo, no os parecería feo, como a los carnales que en su Pasión le despreciaban; mas con los santos Apóstoles que en el monte Tabor lo miraban, pareceros ha *su rostro resplandeciente como el sol, y sus vestiduras blancas como la nieve* (*Mt.,* 17, 2); y tan blancas, *que*, como dice San Marcos (9, 2), *ningún batanero sobre la tierra las pudiera emblanquecer tan bien*. Lo cual significa que nosotros, que somos dichos *vestidura de Cristo* (*Isai*.. 49, 18) porque le rodeamos y ataviamos con creerle y amarle y alabarle, somos tan blanqueados por Él, que ningún hombre sobre la tierra nos pudiera dar la hermosura que Él nos dio, de gracia y justicia. Parézcaos Él *como el sol*, y las ánimas por Él redimidas, blancas *como la nieve*. Aquellas, digo, que confesando y aborreciendo con dolor su propia fealdad, piden ser hermoseadas en esta piscina de sangre del Salvador; de la cual salen tan hermosas, justas y ricas, con la gracia y dones que reciben por Él, que bastan a enamorar los ojos de Dios, y que le sean cantadas con gran verdad y alegría las palabras ya dichas: *Deseará el Rey tu hermosura* (*Ps.,* 44).

DEO GRATIAS